EX LIBRIS
WALTER MUIR
WHITEHILL JUNIOR
DONATED BY
MRS. W. M. WHITEHILL
1979

WHITE HILL
COLL.

JOSÉ OJEA.

CÉLTICOS.

CUENTOS Y LEYENDAS DE GALICIA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. MANUEL MURGUIA.

HÁLLASE DE VENTA EN CASA DE
MARIANO MURILLO
MADRID,
Alcalá, número 7.

CÉLTICOS.

CUENTOS Y LEYENDAS DE GALICIA.

JOSÉ OJEA.

CÉLTICOS.

CUENTOS Y LEYENDAS DE GALICIA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. MANUEL MURGUIA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

IMPRESO POR ANTONIO OTERO

EN EL AÑO DE 1883

ORENSE

A Claudio Fernandez.

Querido amigo: á tí, que tienes un alma privilegiada y sabes elevarte en alas de la fantasía á aquellos mundos mágicos donde resuena el canto eterno de las graciosas hijas de Mnemosine, al mismo tiempo que conoces, como pocos, las frias realidades del mundo material, te dedico estos sueños de mi mente. De esa envidiable urna aleatoria que forma tu claro espíritu dedica, al pobre enjendro mio, la parte más benévola.

Ten en cuenta que escribí para mi y para tí. La gloria que no merezco tampoco me tienta. La vena de las vanidades no destila jugos en mi alma.

Indócil mi temperamento al modelaje, más ó ménos artificioso, de ninguna escuela literaria, te ofrezco la obra de mi inteligencia sin aliño de ningun género. Obra torpe, como hija de quien es, y sin vestigios de ese filon de oro que forma el encanto de los que buscan los tesoros del génio desde Homero á Garcilaso ó desde Victor Hugo á Nuñes de Arce: son simplemente narraciones íntimas, sin arte; rumores del pobre manantial que brotando en apartados é ingratos lugares se desliza por la tierra sin obedecer á otra ley que á la de la gravedad.

Tu amigo

José Ojea.

Cortegada, Octubre de 1892.

PRÓLOGO.

Cuanto más se estudia y conoce la historia de nuestro país, cuanto más se penetra en ese pasado misterioso que parece empeñado en ocultarse á la mirada de los suyos, cada libro que se publica, cada nuevo escritor que aparece, cada inteligencia que se manifiesta, cada alma que se revela, nos dice de una manera clara é indubitable que este pueblo gallego, diverso bajo tantos aspectos de la mayoría de los que forman la nacion española, lo es, sobre todo, por las tendencias de su literatura y muy en especial por el predominio del sentimiento en todas las esferas del arte. Bien pronto se echa de ver, tratándose de ella, que es una raza distinta y perfectamente acusada, la cual se mueve en su mundo, tiene vida propia y por lo tanto su instinto poético, su filosofía, historia y costumbres que rijen y explican su vida social á través de grandes y dilatados períodos, ni bien conocidos ni mejor explicados.

No nos atengamos en este punto á lo que nos dice el conocimiento de un pueblo que al fin es

el nuestro, oigamos á los contados viajeros que de vez en cuando cruzan estos valles inexplorados y vagan orillas del océano gallego. Jamás se cansan de admirar las bellezas naturales que nos rodean, y mucho ménos de estudiar al hombre que puebla estas apartadas comarcas. Todo elogio es en sus lábios poco para expresar las simpatías que sienten hácia nuestros pobres campesinos, cuyos defectos, hijos más de su estado que del carácter, son bien poca cosa al lado de sus grandes virtudes como hombres, de sus cualidades como ciudadanos, de su morigeracion y prudencia nativa, que de tal modo los torna en miembros útiles de la familia europea. Ellos confiesan que hay algo de fundamental en la posesion de tan nobles condiciones; bien ven que son expontáneas y acusan la presencia de elementos propios y superiores, de algo en fin connatural á las grandes razas y á las almas primitivas. Y si esto ven los extraños ¿cómo ha de pasar desapercibido para los que son de su sangre? Qué peligro ha de haber en que proclamemos á nuestra vez, que un pueblo que tiene orígen y lenguaje distinto, tiene tambien su arte? Y aunque lo calláramos ¿se cree acaso que bastaría para que no fuese una realidad? Que locura!

Entraos sino en el corazon de esta Galicia desconocida hasta de sus propios hijos, sentaos al hogar de los que todavía visten y hablan, como vestían y hablaban sus padres, inspiradles la suficiente confianza para que no teman mostrarse tales cuales son, oidles con paciencia y os sorprendereis bien pronto de la rectitud y profundidad de sus juicios y del carácter especial

de sus conocimientos y creencias. Vereis cuan rico y peculiar es su *Folk-lore* y cómo su literatura oral refleja mejor que la erudita, el estado de su alma, las tribulaciones de su vida, las supremas miserias que le atormentan, las fugaces alegrías de que goza, cuanto en él es espontáneo y cuanto es producto de las causas que le rodean. Entonces será cuando sabreis de una manera evidente, cómo esta multitud á la cual se creía muda, sin aspiraciones ni recuerdos, está viva y á su hora habla entre sí y para sí, el lenguaje de los dioses. Al oirles, vereis levantarse poderosa, una de esas realidades vivientes que llamamos todavía antiguos reinos, y son en definitiva, nacionalidades vencidas pero no muertas. En sus heridos flancos, llevan todavía por dicha suya, algo que ha de realizar en el tiempo y por completo, las legendarias reivindicaciones; pues no creemos posible que la sociedad moderna, acosada por los peligros de un torpe cosmopolitismo, pueda nunca acomodarse á perder y cegar para siempre estas fuentes abundantísimas de poesía y de fuerza en donde, el mundo del porvenir, debe, á la hora de su decrepitud y posible muerte, rejuvenecerse y tomar nueva vida.

***

Así como se dice al artista de todos los paises, imitad el modelo vivo, y no perdais jamás de vista la naturaleza, así debe decirse á nuestros escritores, permaneced fieles al espíritu de nuestra raza, reflejad sus sentimientos, participad de sus angustias, sentid sus cóleras, en una

palabra, poned los ojos en sus cielos y el alma en sus ideales, pues sólo así podreis producir la obra duradera, aquella en la cual se siente palpitar la vida de todo un pueblo. Nada de cuanto entra en la esfera del arte y de la especulacion, puede sentirse ni explicarse, sino á ese precio. La misma historia, cuyo ministerio parece estar reducido á recordar bien, no tendrá ni color ni relieve, si el que la escribe es de aquellos que no saben ver más que los sucesos, y no se penetra de las causas que los producen, ni conoce el hombre y el medio en que éste vive, é ignora su lógica y la de los acontecimientos.

Hé aquí porque entre nosotros, mejor aún que en otros paises, el permanecer más ó ménos fiel al espíritu de nuestro pueblo, es dar prueba manifiesta de una verdadera personalidad literaria. Importa poco ser ó no un gran escritor, ó un poeta señalado: si no refleja en sus trabajos, como quien dice, el cielo y el corazon de su pátria, no tendrá á nuestros ojos valor real posible, puesto que no reproduce sino lo accidental y pasajero. Y no se crea que se dice esto así, en la necesidad de defender la bandera medio abandonada ya del provincialismo literario, ni que se quieren establecer peligrosas supremacias, proclamando como superior, en cierto modo, á la manera proudhoniana, al poeta que más se ocupe de la pequeña pátria. Proclamamos todo lo contrario. Pastor Diaz que nunca, sino accidentalmente, se ocupó de las cosas de su país, fué tanto de la provincia, permaneció tan fiel á las corrientes que en esta dominan, en una palabra, tan gallego se conservó, que ni el tiempo ni la

ausencia pudieron privar á sus escritos del grato olor de la tierra natal. En sus versos, en su prosa, reprodujo las ideas y los sentimientos de los suyos, nuestro mundo interior y exterior. Sin quererlo lo hizo, es verdad, pero en esto casualmente estuvo el secreto de su victoria. Salíanle de adentro aquellas grandes tristezas y sumos desfallecimientos: de su propio corazon venian las dulces y armoniosas palabras. Color y número, bellezas y defectos, todo era nuestro y nos vemos mucho mejor en aquel espejo que reproduce nuestra imágen sin saberlo ni decirlo, que no en esos otros libros que haciendo de Galicia y de sus cosas, objeto de sus predilecciones, ni la conocen, ni la sienten, ni la sorprenden, ni la sospechan siquiera.

Todo verdadero poeta deja percibir fácilmente el medio en que vive, las causas que lo producen, los ideales que animaban su tiempo, la raza á que pertenece y las tendencias naturales de su gente y ciudad. A nuestro juicio esta es la piedra de toque en que deben aquilatarse nuestros escritores, y muy en especial en la presente época, en que nos hallamos en frente de una nueva y acusada tendencia poética, que si no ha producido ya una literatura, no por eso deja de tener sus representantes. Cuanto más obedezcan á las tendencias naturales que en ellos se manifiestan expontáneas, más personalidad alcanzarán y contribuirán mejor á la formacion y desarrollo de la escuela á que pertenecen, muchas veces hasta sin sospecharlo.

Y que ésta existe no ya latente sino en vias de hecho, nadie puede negarlo. Empieza en Pas-

tor Diaz, caso que no quiera buscársele un más remoto orígen. En su celda de colegial y bajo el cielo de Compostela, el hijo del Landrove, supo hallar dentro de su corazon los apasionados acentos y las vagas tristezas que dominan sus poesías. Con ellos halló tambien la forma propia de la musa gallega, ensoñadora, enamorada, toda del alma. Los que vinieron despues le siguieron como por instinto y obedeciendo á fuerzas superiores, tanto que nuestros primeros poetas se nos presentan hoy con un carácter tal de especialidad y tan diverso del que informa las escuelas castellanas y andaluzas, que no se les encuentra semejante sino entre las sombras y las nieblas del Norte. Los que siendo del país no se les parecen, es que no son poetas, ó que tienden más á la imitacion, ó que, espíritus superficiales, se preocupan poco de la trascendencia de la obra literaria. Fuera de los muy contados para quienes el cuidado y acicalamiento de la frase es cosa primordial, todos los demás siguen un mismo camino, y tienen idénticos ideales. Esta nueva generacion, parece destinada por el cielo á darnos una poesía.

Nos espera en este punto un triunfo igual al que hemos alcanzado en la prosa. Nadie hasta ahora aventajó en este siglo, á nuestros buenos prosistas, en la suavidad, blandura y natural movimiento de la frase. Serán poco abundantes, porque no siendo con la leche, nunca se adquiere por completo una lengua cualquiera, ni ménos se logra poseer aquel caudal de voces necesario para que la prosa resulte, variada, correcta, pura: pero en cambio se hallan bien léjos de la se-

quedad y dureza con que los que hablan desde la cuna la lengua castellana, impregnan sus escritos. En ellos reflejan las frialdades y monotonia de sus llanuras. Nuestra prosa al contrario es ondulante, armoniosa, suave, marcada perfectamente con el ritmo natural, en los que sienten y conocen sus bellezas. Parece que hay algo en nuestros escritores que hace que semejantes cualidades les sean privativas, tanto, que si algunos caen á veces en una afectacion rayana con el gongorismo, áun así y todo, permanecen en esto más fieles al espíritu y tendencias de su raza que los que, entre nosotros, se arrojan por los fáciles caminos del conceptismo clásico, que nos es tan opuesto.

***

El libro al cual preceden estas breves páginas, pertenece por entero á la nueva escuela de que hablamos y responde por completo á lo que hay de más fundamental en nuestra literatura. La cosa fué en el autor de *Célticos* lo que se dice expontánea y por lo tanto su obra tiene el tono y el color, el alma y los sueños de la pátria y de sus gentes. Es fruta de nuestro huerto. Aunque pasasen sus escenas en el país de la Cucaña, siempre echaríamos de ver que fué escrito teniendo ante los ojos y dentro del corazon los paisajes y los amores de Galicia. Hasta la forma le delata. Hay en el fondo de los asuntos que trata una vaguedad, que si se acomoda como era de obligacion á la índole de la leyenda, no por eso es ménos propia de nuestro carácter. Hay

tambien en la expresion de los afectos algo de aquel sentimiento que tocando en ocasiones los límites del sentimentalismo, delata las tendencias propias del pueblo gallego, tan dado á las dulces tristezas, á los vagos sueños, á lo maravilloso y lo sobrenatural. Un cierto grano de buen sentido y de humorístico, templa á menudo las *reveries* del poeta y las sazona con una maliciosa sonrisa, dando relieve y vida eficaz á lo que de otra manera resultaría monótono, frio, muerto. Y no es esto todo. Hay veces que el sentimiento y la ternura, la sencillez y la pureza dominan el cuadro tan por entero, que la leyenda se torna, como sucede en *Enide* y en *Iberina,* en un idilio fresco y perfumado. Pues bien ¿se creerá acaso que nuestro amigo, pierde por eso, algo de sus cualidades distintivas? No por cierto. Idilios y leyendas, le proclaman verdadero hijo de la nueva generacion literaria de Galicia.

Lo hemos visto respecto de lo más accidental, la forma; estudiemos ahora los principales asuntos de sus leyendas y se verá cómo en ellas se revela tambien y de una manera visible, el *alma mater* de la pátria gallega.

Es la desgracia tan nuestra que no se concibe en Galicia cosa alguna en que el *ananke* cruel deje de poner sus manos. La fatalidad es por lo tanto la diosa que preside los destinos de los héroes y heroinas á que da vida en su libro el autor de *Célticos.* Parece que esto debiera imprimir á sus relatos una fuerte monotonía que nunca sienta bien en la obra poética, mas no sucedió así: él tuvo buen cuidado de introducir en sus composiciones un elemento que al tiempo que

tiende á darles un más acentuado carácter, las anima y alimenta con su propia sangre, digámoslo así, librándolas de tocar en el escollo en que de otro modo, naufragarian sin remedio. Hé aquí por que, con sumo acierto, las supersticiones populares, arrojan de cuando en cuando, sobre los cuadros que traza el novelista, sus perfumes ó sus tintas siniestras, dándoles el necesario claro-oscuro, el sabor local que los hace doblemente hermosos y les infunde una vida y dá una oportunidad de que no todos sabrán hacerse cargo.

Así pasa en *Flámen*. Al recorrer las páginas de esta leyenda, se ve bien claro, que nuestro amigo tuvo para ella todas sus predilecciones. Le dió más desarrollo y se ocupó con preferencia de los problemas que más parecen interesarle. Es una noble empresa la que acometió al escribirla, y por lo mismo hubiera obtenido su triunfo, aunque no terminase el relato á la manera del filósofo, reasumiendo en breves líneas, el pensamiento que presidió á la concepcion y desarrollo del drama siempre terrible, que presenta ante nuestra vista, y en el cual un alma creyente va desde las visiones que engendra la exaltacion religiosa, hasta los desencantos y frialdades de la incredulidad. Bien hizo en localizar el asunto en una ignorada aldea de lo más oculto de Galicia, á donde no llegan los rumores del mundo, y en hacer que su héroe respirase el medio ambiente de aquellos lugares apartados y viviese entre gentes buenas, pero de cortos alcances, perfectamente halladas con cuanto han aprendido y sin deseos de saber más: bien hizo repetimos; los problemas que plantea el autor y

de que es viva encarnacion Buenaventnra, sólo son posibles en semejantes latitudes. Hoy se han simplificado estas cosas de una manera muy cómoda. No se discute; se cree porque si, y no se cree por la misma razon. Todo nos dice que semejantes cuestiones han perdido ya su fuerza y su importancia, por más que de cuando en cuando, vengan á agitar algunas almas y á producir las catástrofes que unas veces presenciamos aterrados y otras sospechamos á través de la aparente tranquilidad de hogares turbados profundamente por las cuestiones religiosas.

Y como no? Los tiempos están llenos de dudas y de preguntas, todas ellas sin posibilidad de explicacion ni de respuesta: en el órden moral y religioso, lo mismo que en el político y social. Hay ocasiones en que el hombre se figura haber descifrado el enigma. ¡Vana ilusion! lo que es verdad inconcusa para el uno, es error manifiesto para los demás y el problema queda como la antigua esfinge guardando su misterio y dejando que la duda inmortal llene cielos y tierra y muy en particular aquellas almas blancas que pasan por el mundo sin poder explicarse jamás, por que triunfa la maldad y la virtud sucumbe, porque la supersticion no reduce sus dominios, porque en fin el mal es tan poderoso y fuerte que renace contínuamente de sus mismos miembros rotos y destrozados.

***

En *Gundifredo de Pallares,* el asunto no es tan grave por más que no deja de prestarse á

bien tristes reflexiones. El autor pone en accion en esta leyenda, una de esas lecciones gratas al campesino gallego, que se complace en reproducirlas á cada momento. El egoismo de los que nada dan al pobre y dejan al desamparado morir en su soledad, ha herido tan profundamente la imaginacion de nuestro pueblo, que hizo suyo el apólogo popular y lo adornó con todo género de variantes. En vano se le dice, que esa es planta que crece bajo todas las latitudes, porque él cree sinceramente que solo prospera bajo sus cielos. Ya es el rico que gracias á sus prodigalidades viene á ménos y le visitan la miseria y el abandono de los que antes le rodeaban, repitiendo aquel adagio, infamemente sórdido, *tontos lo dan y cuerdos lo reciben;* ya el pobre desheredado á quien nadie hace caso, ni tiene en cosa alguna. El antiguo leproso no vivió más solo que él, tampoco más triste. Mas hé aquí que la fortuna cambia, que la inesperada herencia trae la abundancia y el bienestar, y bien pronto su casa se puebla de amigos que no conocia antes ó habian olvidado el camino que á ella les llevaba, como sucedió á Turdimulfo. Entonces empieza la venganza, no simbólica, ni siquiera moral, sino práctica, cruel, verdaderamente vengadora, y tal como puede soñarla en sus más angustiosos momentos el solo y el pobre; tal en fin, como la lleva á cabo el héroe de leyenda. Y por tan extraños caminos, con solo hacer caso á lo que ve y pasa á su alrededor; realizó, nuestro amigo, lo que se dice una obra de provincialismo. En esta como en las demás leyendas, todo es del país; el hombre, las pasiones, las creencias y hasta los

sueños de las gentes sin ventura que labran los campos de nuestra pátria.

Lo mismo sucede hasta en aquellas otras narraciones que, como la que titula *La Niebla,* pretende hacer patentes los males que llevan consigo ciertas faltas. En la historia, ya que no en la tradicion del país gallego, busca el drama y la leccion que encierra.

En *La Niebla,* Macias es el héroe. Este nombre es bien conocido. Nadie ignora la sangrienta tragedia que puso fin á sus dias, y no se ha olvidado todavía, de que inusitada manera santificaron los trovadores, en uno de los suyos, el triunfo del amor ilegal; ni ménos cómo vengaron la muerte del poeta cubriendo de flores su tumba y rodeando de gloria su nombre. Todo se sabe y se conoce, en esta historia; por esto mismo se hace tan difícil la tarea de contarla, de dar á la trama el movimiento y vida que reclama. Inútiles, pues, son en ocasion semejante, para apoderarsé del ánimo del lector, las peripecias mejor preparadas, inútiles las sorpresas, puesto que lo que se nos cuenta, lo sabemos desde el principio hasta el fin. Las emociones, la atraccion del relato, el interés que toda fábula inspira, están vedados al novelista. No se puede salir del cuadro que la realidad y el hecho han trazado de antemano y están como esculpidas en la mente del lector. No quedaba por lo tanto otro recurso á nuestro amigo, que buscar en la manera de tratar asunto tan delicado una cierta novedad y sencillez que le hiciese agradable, sin dejar de ser el mismo.

Así lo hizo. *La Niebla* comprende la eterna

trilogía del adulterio. El marido engañado, esto es el dolor creciente; la esposa infiel, quiere decir el sacrificio y la desgracia á un tiempo, y el amante, único dichoso, puesto que es el único verdaderamente amado. De la representacion y contraste de estas tres pasiones, resulta el drama, que en la novela no tiene como ya queda indicado, ni nudo, ni trama posible. Estando todo previsto para el lector, todo tuvo que simplificarse. Con poner estas tres almas, animadas de tan diversos sentimientos, las unas en frente de las otras, basta y sobra para producir la emocion necesaria. A esto fué á lo que se limitó nuestro amigo, y fué tambien un modo nuevo, una manera profunda de atacar un asunto viejo, más que viejo, conocido y olvidado. Lástima que conseguido su objeto, no hubiera prescindido del capítulo *la Apoteosis* con que termina, que en algo roba el natural interés é importancia, que el asunto en sí y la manera de tratarlo, producen en el ánimo del que lee!

***

«Bien poca cosa, dice Goëth en su *Wilhelm Meister,* seria aquel arte que se pudiera aprender de un golpe, y del cual, desde el principio, supiésemos ya la última palabra.» Esta profunda observacion del gran poeta aleman, tiene aquí aplicacion perfecta. La sinceridad de nuestros elogios nos obliga á recordarla, antes de entrar como quien dice en el capítulo de las quejas. El público es un amigo desinteresado, al cual nada

puede ocultarse: antes que negar los defectos del libro que uno ama, conviene explicárselos, para que así los comprenda mejor y comprendiéndolos los perdone por entero.

Todas las faltas y desfallecimientos que hemos notado en *Célticos* provienen de una sola causa; el aislamiento en que vive su autor. La literatura necesita tambien sus pensionados en Roma. No bastan las grandes bibliotecas, las más sanas lecturas, el mejor gusto en el que lée y escribe, como no bastan los museos para el artista. La vista de los lugares habla en ocasiones, al historiador, más que una crónica. El trato de los Pares, es más fructífero que la lectura de sus obras. En ellas no se dice todo: siempre queda algo oscuro, que flota en lo indeciso, á lo cual sólo la palabra y la inspiracion del momento, dá el color, la esencia, la medida. Despues de cantar la felicidad de vivir y morir bajo un mismo cielo y no abandonar el pedazo de tierra en que crecieron con nosotros plantas y árboles, añade el poeta, que de repente, la carta que recibe de la ciudad, trayéndole el perfume y el recuerdo de las cosas del alma, le obliga á abandonar su retiro y á partir de nuevo. Y adios! la grata soledad y los aires puros y cuanto hace amable y risueña la casa paterna! La poesía, el arte, la música que incita á los sueños, las mismas tempestades del amor ó de la ambicion que tan dolorosamente nos conmueven y hacen que el más indeciso se arriesgue, todo, todo esto estaba vivo en aquellas líneas tentadoras. Y marchó y renunció á los sencillos goces que le rodeaban, corriendo en pos de las engañosas esperanzas del

triunfo y de la gloria, que jamás hallaría en el oscuro rincon de la provincia!

La soledad cansa y gasta, casualmente por el no uso. Dormimos, no vivimos en ella. Su quietud mata, el medio ambiente asfixia, los rencores de las medianías que nos rodean descorazonan; no hay medio pues de que el poeta no viva lejos de los suyos. Se comprende á Kant, sin abandonar la ciudad natal, pero Byron no hubiera escrito las sublimes estrofas de *Child-Harold* no visitando antes las diversas playas á que le llevaba su destino errante, sin reposar bajo tan diversos cielos, ni dormir sus sueños al abrigo de tantos techos, ni reclinar su cabeza en tantos pechos amigos, sin haber amado y aborrecido de esa terrible manera que solo ella puede engendrar iguales amores é iguales ódios.

Nuestro amigo no logró escapar á tan cruel enemigo, al aislamiento; y si las bellezas de su libro son suyas, en cambio los defectos vienen del medio en que vive, de la soledad que le rodea, de la paz de que goza, de la indecision que produce en el ánimo del artista el no saber si ha acertado por completo. En vano se ha sumergido en el mar de una lectura escogida, variada, vasta... porque esta ha sido un nuevo escollo contra el cual tropezó más de una vez. Más de una vez si, y contra cuyo peligro, no nos cansaremos de decirle que se precava á todo trance. A esa lectura debe, las incertidumbres é inseguridades que se notan á veces en el desarrollo de los asuntos que trata. Débele asimismo la abundancia de palabras, que es cosa de que debe huir con superior cuidado. Por eso nunca nos

cansaremos de decirle que aprenda á contenerse. Casi siempre lo conciso es lo más elocuente y á menudo se dice y se conmueve más con una sola frase que con un raudal de voces por elocuentes y armoniosas que sean. La esencia no está en el vaso que la contiene, sino en los átomos impalpables que la forman y delatan su presencia.

Todo esto podemos decirlo, porque el autor de *Célticos* no es de los que temen semejantes verdades, y porque despues de todo los defectos indicados, tocan tan solo á la forma, y si algo perjudican, no lastiman la obra poética. La originalidad del autor, que es lo principal, en nada ha sufrido: su personalidad como escritor persevera. Está tan de manifiesto que se le vé en todo, hasta en sus mismos extravíos. La acusa muy en especial una tendencia al lirismo, contrabalanceada con ciertos rasgos humorísticos, que dan á su prosa una variedad agradable, tanto que no son muchos los escritores que entre nosotros han llegado, despues de grandes esfuerzos, á esa expresion tan rotunda y abundante de que hace gala. Despues de todo, no deja de ser un triunfo que debe señalarse, el que nuestro autor, aparezca desde luego, dueño de una frase, limpia y clara y con una forma que puede muy bien envidiarse: en una palabra, con estilo. Él conoce y siente la cadencia de la prosa, lo que por desgracia no es á la hora presente muy comun. Aun hay quien ignora todavía que aquella tiene su ritmo como el verso, que soporta tales delicadezas y son tan variados sus giros, que sus encantos solo son perceptibles á oidos ejercitados, y muy en especial entre los descendientes de los

que, no contentos con la natural cadencia de la prosa, buscaban en la aliteracion, un adorno más que la hermosease é hiciese agradable.

En este punto es nuestro amigo un verdadero descendiente de Valerio! Su manera de decir es tan cuidada, que no son muchos los que en Galicia se han presentado, desde sus primeros trabajos literarios, tan en el lleno de sus facultades como él. No necesita otra cosa su libro, para constituir un verdadero triunfo, sino ser seguido de otros nuevos, en que depurados los trabajos, de los pequeños defectos que la crítica señale, se presente pidiendo de justicia el título de novelista. El de escritor lo ha conseguido ya.

Para ello no tiene que hacer grandes sacrificios: basta que se proponga, que se interrogue á sí mismo, que observe, y que no le arredre la empresa de dar á conocer en toda su realidad los paises y las gentes que le rodean y tan perfectamente conoce.

El autor de *Célticos* se nos presenta en su libro como persona á quien preocupan las cosas de su tiempo y de su tierra. ¿Por qué pues, no entrarse resueltamente por el campo de la novela de costumbres? No ha dado ya pruebas de que conoce la naturaleza humana, y sus condiciones exteriores, que si no constituyen los caracteres, al ménos permiten adivinarlos y sorprenderlos? Ya lo hemos indicado, sus cualidades como novelista compensan y hasta borran los errores en que haya podido incurrir por primera vez. No necesita otra cosa que proponerse: Galicia necesita un novelista que sepa unir á la sencillez del relato y la realidad de los cuadros de Auerbach, aquel

vivo sentimiento de la naturaleza, que haciendo de Jorge Sand el primero de sus intérpretes, le ha asegurado la inmortalidad. Necesita tambien un alma compasiva que conozca y haga patentes los eternos infortunios y las crueles miserias que sufren todavía, los que iguales al siervo de la gleba, son una prueba viviente de la verdad de aquella máxima digna de la antigüedad, «la servidumbre rebaja á los hombres que la soportan, hasta el punto de hacerse amar de ellos.»

Costumbres, caracteres, escenas, paisajes, todo seria nuevo en el libro que nos diese á conocer la vida de esos pobres campesinos encorbados bajo el peso de su infructífero trabajo. Todo seria tambien fresco, sencillo, puro. El mismo dolor pierde, entre nosotros, sus asperezas. Un soplo de amor y de abnegacion baña todos los corazones, y sobre los campos y sobre las alturas, las corrientes y las umbrías de nuestros bosques, pasan las nubes blancas de unos cielos á los que sonríen las auroras y encienden los más hermosos ocasos. ¿Por qué no darlos á conocer?

***

Amar la vida literaria y preferirla á las pequeñas satisfacciones de la dominacion en los pueblos apartados, es dar una idea bien clara, no sólo de una noble inteligencia y bondad de corazon, sino tambien de una rectitud de espíritu y santa austeridad, nunca bastante elogiadas. Como alma que pasa sin mancharse en los lodos que la rodean, vive nuestro escritor en la intimidad de los sentimientos puros, en la soledad de

su casa, poblada con las risas de sus hijos y lleno por completo con la presencia de la escogida de su corazon. *Vita sine littera, mors est* se dice, y así cumplida la diaria tarea, en las largas noches de invierno, cuando todo calla en la naturaleza, y los vientos traen en sus alas los rumores de la lejana tempestad, su alma se recoge doblemente en el santuario del hogar y de su corazon, alegrado y purificado con el amor de la esposa y la presencia de los que bien pronto han de sustituirle en el mundo y en sus tristes luchas. Entonces es cuando su espíritu se complace en ir, guiado por el poeta amado, recorriendo otros lugares, conociendo otros hombres, sintiendo sus penas y experimentando algunas de las insaciables angustias que les devoran. Es en estas horas de soledad, cuando encerrándose en sí mismo, y dejando desbordar lo que está dentro de su pecho coje la pluma y escribe para desahogar en el papel las penas inocentes que le llenan, las santas cóleras que siente levantarse en su alma, á la vista de las iniquidades de los hombres. Sin ánimo de hacer lo que llamamos obra literaria, escribe nuestro amigo para su distraccion, guardando despues, bajo siete llaves, sus trabajos. Si alguna vez, como ahora sucede, los libra del olvido y los dá á la estampa, es más por consejo é instancias de los que le quieren que no por propio impulso y por ánsia de gloria. Bien sabe cuan vana es! Esperamos por lo tanto que este no será su primero y último libro. Para el escritor, como para la mujer el primer paso es el más difícil. El autor de *Célticos* debe tener siempre presentes aquellas palabras de Obermann, el

alma más atormentada por la impotencia intelectual conocida y confesada: «La opinion, la celebridad, por vanas que sean de por sí mismas, no deben descuidarse ni despreciarse, puesto que son uno de los grandes medios que mejor pueden conducir, tanto á los fines más laudables como á los más importantes. Igual exceso hay en no hacer nada por ellas, que en hacerlo todo por ellas.»

M. Murguía.

Padron, Octubre de 1883.

FLÁMEN.

FLÁMEN.

Et lux in tenebris lucet.
(Evangelio de San Juan)
Beatus qui legit, et audit.
(Apocalipsis).

I

1808.

Durante este año famoso nació un niño y le bautizaron.

Esto último podrá no ser para un anabaptista tan natural como parece; pero, gracias al cielo, entre nosotros es corriente.

II

En una aldea de Galicia, pobre de monumentos, pero opulentísima en melenudos bosques, en campos que seria pálido comparar con la esmeralda, en frescos manantiales y espumosos torrentes, en crestas de granito cien veces más altas que los celebrados obeliscos de Menphis y de Karnak, en que el tiempo grabó geroglíficos disolviendo las sales deleznables de la roca, ó la Naturaleza escribió páginas de anfiol y de sílice, sobre las que relucen las micas en menudas partículas, cual si conservasen todavía el polvo secante que encima de ellas volcó la mano genesíaca al acabar de componerlas; en esta aldea de Galicia, rica en maravillas de paisaje que sorprenden la imaginacion que más alto haya subido en los mundos de lo fantasía, es donde fué expuesto á las iras de estotro mundo de la realidad y de los tristes destinos, (1) el niño que bautizaron durante el famoso año de 1808.

La aldea se asemeja, ahora como entónces, á una mujer sin caudal, mas al fin hermosa y romántica.—No pondremos reparo en que la lla-

(1) La obra de Dios arderá, segun los sagrados textos.

meis, si así os place, Ariadna, Virginia, Ofelia, Margarita, ó cualquiera otra cosa que revele belleza, abandono y profundísimas tristezas.

Pero el parvulito, aunque ya pecador, no había tenido tiempo para ser poeta, y tomó posesion de la vida en cueros y llorando.

Y, en efecto, al quitarle los pecados del cuerpo, el recien nacido lloraba con tal hipo, que cualquiera hubiese sospechado que ya había rimado, el infeliz, alguna elegía dedicada á los contribuyentes del fisco, ó que, por lo ménos, se encontraba muy á gusto suyo en el bando de los réprobos.

¡Pero qué ingrato es el hombre! ¿No ven ustedes como al salir del vientre maternal se desespera porque le quieren perdonar?

El calor de agosto no fué suficiente para templar el agua purificadora de la enorme jarra que le echaron encima y, la criatura, bajo aquel diluvio que le amenazaba, á los pocos instantes de ver la luz del sol lloraba desesperadámente.

El padrino, que era un poco excéptico, murmuró en lugar de decir el credo:

—Pobrecillo! parece que protesta.

III

Aquel dia fausto rezaba la Santa Iglesia Católica del ilustre santo de Montpeller y, como era justo, la beatitud de los padres del nuevo cristiano aceptó con júbilo el nombre y amparo divino de Roque para el que iba á emprender el arriesgado y espinoso camino de la muerte. Decimos de la muerte, porque nos ha parecido siempre más propio que decir *el camino de la vida:* acostumbramos dar el nombre del punto á que nos dirijimos á todas nuestras caminatas ménos á la última; y lo cierto es que en este viaje póstumo es cuando suelen tratarnos mejor los conductores y postillones, incluso aquellas gentes que nos ven marchar con indiferencia ó con placer. Pero no se vuelve.....

Roquito era precioso... para su mamá.

Con todo esto hubo de encontrar más tarde la buena señora que, á pesar del gran prestigio que en la córte celestial goza el que habian tomado por Mentor divino del chiquitin, tenía un nombre demasiado áspero y poco armonioso para prestarse á las dulzuras inefables de un lábio maternal. Bien meditado el caso, y mejor consultado con un padre confesor, decidieron, por último, ámbos

cónyuges, del todo tranquilos, gracias al confesor, sobre la susceptibilidad del abogado de las pestes y otras dolencias, cambiárselo en la primera confirmacion que hubiese.

Los obispos, por más que se llaman pastores Evangélicos, no suelen visitar sus rebaños con la frecuencia que el hermoso apodo hiciera creer, y los padres de Roquito tuvieron que llevársele á un pueblo de otra diócesis, bastante distante de su aldea, á la primera noticia que llegó hasta ellos de que aquel año venia, al fin, Su Ilustrísima de visita por aquellas remotas tierras. Esto les proporcionó hacer un viaje memorable, y de paso presenciar los festejos que con tan dichosa ocurrencia se prepararon para recibir al dignísimo prelado.—Cosa tanto más natural y puesta en razon, cuando se contaban los años por décadas desde la última vez que se había visto en aquellas iglesias campestres la solemne funcion de los confirmados; y, por lo tanto, los que entónces habian tenido la dicha de ser robustecidos en la fé por la gracia del santo sacramento, ya comenzaban á sentir el efecto decadente y marchitador de los lustros.

Se preparó, pues, la fiambre; y despues de andar más de tres leguas llegaron al término de su viaje la víspera del dia en que era esperado el obispo.

Aquella devota viajata la recuerdan siempre.

Doña Ángela, montada en una asna, llevaba el precioso niño en sus brazos, miéntras su consorte, don Genaro, caminaba á pié, con las bridas de la cabalgadura en la mano, en amorosa plática con su esposa. Durante el camino no se habló de otra cosa que de los cuidados que el párvulo requería y de sus candorosas é interesantes gracias.

Detras de los devotos caminantes iban dos fámulos: Mari-Juana, la muchacha de servicio de la casa de doña Ángela, con el cesto de la comida á la cabeza, y un robusto moceton, tambien criado de don Genaro, un poco maleante y zumbon, segun decía Mari-Juana, que achacaba estos defectos á su vida de soldado, pues que era licenciado del ejército, donde habia hecho los oficios de furriel y de asistente de un alférez de caballería, en un regimiento de coraceros de la Reina. Pero, sobre todo, era un real mozo para Mari-Juana que solía decirle, poniéndose colorada hasta las orejas, que no habia regimiento, ni coraceros, ni rey que le ganára en zandunga y en donaire.

En mitad del camino hicieron alto para comer.

La sirvienta estendió un blanquísimo mantel sobre el suelo, y con la mayor diligencia colocó los comestibles encima, al mismo tiempo que su

camarada, el ex-coracero, buscaba un sitio herboso para que los animales hicieran otro tanto que los amos.

—Qué placidez se siente en este sitio,—exclamó doña Ángela sentándose al lado del mantel.

—Está un dia de amores,—observó Mari-Juana lanzando una furtiva mirada á su compañero de servicio.

—Siempre están dias de amores para el que ama—dijo don Genaro cambiando una sonrisa con su esposa.

Mari-Juana se puso como una amapola.

Era, en efecto, aquel un dia de abril apacible.

Se habia tendido un toldo de azuladas nubes por todo el cielo, que desprendian, por momentos, menudísimas gotas de una lluvia templada sobre los gérmenes de la tierra en ebullicion.

Grupos de floridos árboles cubrian las cañadas, intercaladas entre el verde claro de las hojas nuevas que comenzaban á brotar en las ramas despojadas por el invierno, traje de boda que se apresuraban á vestir para celebrar el venturoso instante del casto beso de los desposados: el tojo y la carrasca, con el pincel cargado de color, pintaban el fondo de aquel luminoso cuadro con cien sorprendentes matices de carmin, oro y violeta, cuyo secreto artístico pretendieron sorprender Cláudio de Lorena, Rosa de Bonheur y otros

muchos afamados pintores de paisaje. El ambiente diáfano y lijeramente teñido, por la fulgente luz de la amatista estaba matizado por átomos como si fueran el polvo desprendido de una estrella eflorescente en la primavera de los astros: soltaban los balsámicos pinos, á las lijeras sacudidas del céfiro, el polvo rojizo que denunciaba su afan de prolongarse en el tiempo como los hijos de Israel: las mariposas movian en el aire sus pintadas alas semejando una mágica iluminacion de luces de colores, y el vuelo de los pájaros, que trabajaban, cantando romanzas con graciosísimos estribillos en la tiernísima confeccion de sus nidos, matizaban el paisaje con sus alas de estendida pluma en todos los colores sumerjidas: oíase una vibracion deliciosa en las perfumadas capas del aire, que si no era la sinfonía del amor divino ejecutada por los serafines bajo la soberana direccion de Dios, parecía el zumbido armónico de colosal y remotísima orquesta, interpretando el pensamiento de algun génio enamorado del Infinito Bien.

—¡Qué dia feliz!—volvió á exclamar doña Ángela, respirando con deleite las brisas impregnadas de aroma y de armonía.

—Vaya, vamos á tomar algo,—dijo don Genaro.

—Ya era tiempo, mi general—observó el ex-

coracero, que tenía costumbre de recordar de este modo su vida de soldado.

—Tienes hambre, eh?

—Cá, no, señor. Ya sabe usted, mi amo, que los militares estamos acostumbrados á todo. Lo digo, aquí.... por Mari-Juana, que como nunca sirvió al rey está poco hecha á pasar hambres.

—¡Válgate Dios!—prorumpió doña Ángela —Ahora me acuerdo que, con el afan de salir de casa, no les dí esta mañana el desayuno á estos pobres muchachos.

—¿Qué importa eso, señora? En el servicio del rey se acostumbra uno á todo lo malo. Y despues, como ustedes van huyendo á Ejipto... Pero aquí, al fin, se come; que en el servicio del rey come él con los generales.

IV

Terminada la comida, donde no faltó buena vianda y ventruda bota, ahita de lo tinto, emprendieron de nuevo la travesía.

—Ea!—dijo el ex-coracero—vamos andando y quiera Dios que no encontremos á Herodes en el camino.

—¡Que Dios no permita eso!—murmuró doña

Ángela estrechando al niño contra su seno.

Se hospedaron los viajeros en casa del abad, amigo antiguo de la familia de don Genaro, y á la mañana siguiente el clamor agudo de las campanas y el confuso vocerío de la muchedumbre que allí acudía de todas las aldeas y lugares de más de cuatro leguas á la redonda, anunciaron á nuestros caminantes que Su Ilustrísima estaba á la vista.

—Tendremos besamanos...—dijo el doméstico.—Voy á ponerme la gala de ordenanza.

Algunas horas despues, la muchedumbre aglomerada en el camino que traia el Pastor de pastores prorumpió en una exclamacion unísona, que lo mismo pudiera parecer el bostezo de Adamástor ó los silbidos de las cien cabezas de la Hidra mezclados con los ladridos de las tres fáuces del Cervero, que el canto de victoria entonado por Roma prosternada á los pies de Neron, divino emperador y *dilettante*.

La comitiva episcopal se dejó ver en un altito ya muy próxima; y el cura de la parroquia con toda la clerecía del arciprestazgo salió á recibir al príncipe de la iglesia con pálio y puestas las mejores vestiduras de *fábrica* segun es costumbre para solemnizar los dias del patrono y *Corpus-Christi*.

Llegó, por último, el prelado guarecido bajo

los paños del dosel, como un dios asiático, lanzando bendiciones con su diestra, no solamente á los que ocupaban el llano, sinó tambien á los que se alineaban encima de los muros del átrio como esfinges de un templo indio, sin olvidar á los chiquillos que, semejando á las aves, se habian encaramado en los castaños de la carrera.

La escolta de Su Ilustrísima era negra y numerosa: el secretario, el mayordomo, cuatro pajes y más de una veintena de párrocos, sin contar los sacerdotes sin parroquia que le seguian como una procesion de sombras.

Contemplando aquel cortejo singular, el excoracero, que habia hecho varias campañas y habia formado con su regimiento en varias misas militares, lamentábase de no tener de su marcial equipo más que el pantalon de franja, la chaqueta y la gorra de cuartel; y á falta de lo mucho que echaba de ménos para igualar á Marte, habia puesto, para solemnizar el acto, el canuto de hojadelata que contenía su brillante licencia, colgado al pecho por una ancha cinta de colores, lo que le daba cierta semejanza grotesca con un general de *troupe* cómica trashumante. En esta guisa formó él solo por toda la compañía en el punto que le pareció más conveniente *para maniobrar,* y cuando vió pasar las magníficas mulas con sus caballeros tan coloradotes y mofletudos,

con los manteos y las sotanas tan ennegrecidos, con sendas medias ajustadas á la pantorrilla, y la cabeza cubierta con descomunales tejas, todo del matiz del cuervo, se cuadró, llevó la mano á la gorra y dijo á un labriego que le miraba asombrado:

—Atrás, paisano, que pasa su Excelencia el Estado Mayor de la Milicia Celeste!

Luego comparó el trage rozagante del obispo con los negros hábitos que vestía *la córte* que seguia, á cierta distancia, al magnífico prelado y murmuró:

—Lléveme el diablo si ésto no parece el sol escapando de los vestiglos de la media noche, ó los achicharrados demonios escoltando al soberbio rey de sus estados.

Y siguió dialogando con su coraza ausente:

—¡Por vida de mi jamelgo muerto en el campo del honor, que esta caballería es un poco irregular! Estos camaradas no deben de tener mucha ordenanza ni andar en muchas campañas militares. Por lo negros que andan presumo que guerrean de noche como las lechuzas y los murciélagos.

Al siguiente dia se celebró la confirmacion de innumerables chiquillos, y, como la ocasion era propicia, tambien obtuvieron la gracia fortificante del sacramento más de cuatro padres de estos.

Terminada la ceremonia volvieron todos los de la comitiva episcopal á la abadía, donde les esperaba ámplia mesa, compuesta con todas las que á mano hubieron en la Rectoral, é improvisadas otras con tablas clavadas en caballetes provisionales, en un extenso salon de la casa colocadas. Sobre los manteles humeaban grandes peroles de cobre atiborrados de sopa de pan, aderezada con trozos de gallina, pedazos de chorizo, chirivías y garbanzos. Vasos de vidrio de cien formas y tamaños derramando el vino de sus rebosantes bocas sobre el mantel, pedazos de hogaza á granel esparcidos y un verdadero museo de objetos raros y curiosos, antiguos y modernos en tenedores, cuchillos, tazas, platos y fuentes, formaban la mesa del festin.—Porque cuando los párrocos rurales se ven precisados á admitir el raro honor de recibir la visita de su prelado, ponen á contribucion todos los compañeros y demás conocidos y desconocidos en muchos kilómetros de distancia, para juntar la pintoresca vajilla que solamente en tales casos puede el curioso sorprender reunida en verdadera bacanal de desconcierto. Esta grotesca *asamblea de cacharros* viaja con Su Ilustrísima desde el primer curato que visita hasta la última abadía que recibe al ilustre huésped: allí se hace el recuento, y cada cual recoje lo que le pertenece;

salvo el caso frecuente de encontrar los objetos hechos añicos.

Su Ilustrísima hizo cruces con la mano bendicidora sobre el pan; tomó luego asiento, é inmediatamente se vió la mesa rodeada de bustos que miraban jadeantes y anhelosos la humeante sopa. El párroco anfitrion pidió permiso para disponer la marcha del servicio, que dirigió, en efecto, admirablemente, no sin que le prestara importantísimos auxilios el ex-coracero que, para el caso, no tuvo reparo en dejar su fuero militar para ceñirse el mandil de marmiton.

Al amanecer del siguiente dia, del mismo modo que los estorninos levantan el vuelo de un campo despojado en busca de otro que devorar, el párroco visitado vió cómo se alejaban sus huéspedes, y arrodillándose en la misma ventana, desde donde estaba contemplando como desaparecían en los últimos recodos del camino, levantó las manos al cielo y dió gracias al Todopoderoso, en medio de la soledad que volvía á rodearle, por la honra que, áunque tardía, había entrado de lleno en su despensa.—Nunca había estado tan conmovido y casi lloró de gozo así que los perdió de vista.

V

Pasó la fiesta y con ella desvanecióse toda esperanza en aquellos que, con motivo de la venida de Su Ilustrísima, creían que los desmanes, vejaciones, abusos, atropellos y escándalos del clero de la parroquia podrían encontrar, sino el castigo exijido por la justicia y por la moral ultrajadas en nombre del Dios Altísimo, que fuera esto mucho pedir, al menos un saludable correctivo. Mas ¡ah! el Ilustrísimo que llegó á la aldea en nombre de aquel *Señor de señores* que ni siquiera se hizo llamar *ilustrísima* siendo Él principio de toda ciencia; que ni siquiera se hizo llamar *eminentísimo* siendo Él cumbre sin medida entre eminencias; que ni siquiera se hizo llamar *santidad* siendo Él el Santo; el Ilustrísimo señor que llegó á la aldea, como no se trataba de un libre pensador honrado, pero cojido *in fraganti*, pasó bendiciendo á los buenos y á los malos, dió algunos paseos por recrear la vista ó por higiene, charló un poco con los elegidos, que eran los peores, comió, echóse á dormir satisfecho de su obra, y al amanecer siguió su viaje evangélico tan frescamente.

El pecho de los oprimidos, de los que pade-

cian hambre y sed de justicia, presa de mortal desaliento, exhaló entonces una queja sorda que parecía el «¡ay, ay, ay!» del águila apocalíptica.

Y el pueblo murmuró con amarga ironía:

—Bah!... no se comen los unos á los otros.

Por lo demás doña Ángela y su esposo tornaron á su pueblo muy contentos, porque el hijo querido volvía con un nombre nuevo, que en nada desmerecía al primero en santidad y grandeza. Buenaventura les recordó desde aquel dia las glorias del Doctor seráfico; y fué frecuente tema de sus piadosas conversaciones el religioso de San Francisco que llegó á ser obispo de Albano, maravilla de las ciencias teológicas y asombro de las gentes que vivieron allá por el siglo XIII, y que, luego de haberse muerto, dictó desde el otro mundo sus *Memorias*, privilegio que envidió el que compuso las de *Ultratumba*, y el cual, aunque comunista, no dejó por eso de ser canonizado por los doctores de Roma que forman el tribunal infalible de la Iglesia levantada sobre la cabeza del Pescador.

Desde este último memorable suceso, pasaron algunos años, durante los cuales Buenaventura solo llamaba la atencion de su madre en primer lugar y de su padre en segundo; y, como por aquel tiempo no habia dado á conocer Darwin todavía su sistema de seleccion, nadie más se

ocupaba del infantito, á no ser alguno que otro vecino que, desesperado por las impertinencias del muchacho, se veía en la precision, por cortesía, delante de los padres del retoño, de ser muy amable y transigente al compás de cien íntimos denuestos.

—Qué hermoso niño!—decian los fastidiados.—Déjenle ustedes; ¡bah! cosa de niños...! Todos son lo mismo. Es muy listo; ¿qué le piden ustedes si todos son iguales en esta edad? Edad encantadora, por cierto! Pobrecito, y qué graciosísimo y qué guapote es!

Los papás se sentian bañados en olas de placenteros vientos oyendo esta música regalada, que traducida á los dos minutos de despedirse por los mismos encomiadores de Buenaventura, significaba la censura más ácre contra el sistema de educacion de nuestro tiempo.

—¡Infernal chiquillo! Me ha sobado á su gusto el muy mal educado. ¡Cómo me ha puesto la levita, y el sombrero, y el pantalon,... y todo! Me hizo ver cien veces las estrellas con su maldito antojo de pisarme los piés... Sería poco desollarle el trasero. Estuve tentado por el deseo vehemente de comerlo crudo. ¡Y qué padres tan panarras! No sé cómo me he contenido para no pegarle de mojicones al hermoso angelito y á sus seráficos papás.

Buenaventura á todo esto seguía creciendo como los pinos y los alcornoques que cubrian los montes de la comarca: lozanamente.

Corria á su antojo y libre de esos pueriles cuidados que la moda, más imperiosa que la decencia, impone en los pueblos de alguna consideracion,—y en aquellos que, sin tener ninguna, presumen buenamente que son famosos, como don Quijote presumia de la universal notoriedad de la sin par emperatriz de la Mancha,—y roto y lleno de barro saltaba los muros, trepaba á los árboles y dirigia batallas descomunales, en que las piedras lanzadas de dos ejércitos de muchachos producian siempre algun descalabrado.

Afortunadamente, el general Buenaventura casi siempre salía ileso, salvo alguna que otra contusion leve, como acontece á los grandes caudillos.

Pero al mismo tiempo que el precoz guerrillero se desarrollaba en el espacio—como diría un filósofo—la inteligencia del niño Buenaventura recibía por vía de precaucion contra las malas artes del diablo, un almacenaje de palabras y frases, cuyo sentido no se habia preocupado todavía en desentrañar, y que, en la solícita educacion que recibia de sus piadosos padres, le administraban con santísimo interés; y era tan grande este laudable afan, que á los siete años

sabía hacer Buenaventura algunos palotes regularmente torcidos, conocía los números con trabajo, deletreaba bastante mal; pero papagueaba el *Astete* y algunos otros libros devotos con primoroso desenfado. Por estas razones todas, un dia le dijo su cariñosa madre:

—Buenaventura, hijo mio; mañana tienes que ir á confesarte.

—¿Y para qué es eso?—preguntó el muchacho, tirándole del rabo á un gato.

El animal felino se revolvió echando centellas.

—Quieto, niño!—gritó doña Ángela—¿No ves que puede morderte?—Tienes que ir á confesarte, hijo mio, porque ya cumpliste siete años y la Santa Madre Iglesia así lo manda.

—Y para qué manda de ese modo, madre?

—Porque puede mandar; y además es una cosa muy buena el confesarse. ¡Oh, ya verás qué buena es!

—¡Es una cosa muy buena! ¿Cómo qué será de buena, madrecita?

—Es mejor que todas las cosas buenas juntas, querido de mi alma.

—¡Ah!

—Sí, hermoso mio, es muy buena, muy buena.... Luego... ¡ya verás!... el padre Bruno te ha de dar cosas muy ricas.

—¿Sí, eh? ¿Mejores todavía que la confesion? ¿Y qué cosas?

—Dulces, hijo mio, y chocolate, y bombones, y un tambor que redobla de suyo que dá gusto.

—¿Y todo eso mañana?

—Sí, querido de mi alma, mañana; así que te confieses.

Buenaventura se puso á hacer girar en el aire un tizon con el mayor entusiasmo, apagándolo en las narices de Mari-Juana.

—¡Jesús, qué bruto de muchacho!—gritó la criada, llevándose las manos á la cara.

—¿Te estarás quieto?—le gritó doña Ángela.

—¿Y me ha de dar bombones, y chocolate, y el tambor, el padre Bruno?—prosiguió el rapaz sin hacer caso de las narices de Mari-Juana.

—Yo bien sé lo que habia de darte...—refunfuñó la sirvienta.

—Sí, hermoso mio, te dará todo eso luego que te confieses.

—Y el tambor tambien?

—Tambien el tambor.

—¡Que no te diera una buena paliza, que es lo que mereces!—volvió á refunfuñar Mari-Juana.

—Tu bien sabes lo que tienes qué hacer esta noche, corazon mio, porque la *Cartilla de la doctrina cristiana* te lo enseña.

—¿Y qué enseña?

—Que hagas por tener dolor de contricion.

—Ah, sí; ya sé: «*P.* ¿Qué es contricion perfecta? *R.* Un dolor ó pesar de haber ofendido á Dios por ser Él quien és...» ¡Caramba! Ya estoy deseando que llegue mañana.

La primera confesion fué para Buenaventura sumamente fácil. Por más que aún no tenía el hábito de frecuentar el santo tribunal de la penitencia, como esas personas de edificante ejemplo que, á semejanza de los litigantes de mala fé gastan las losas á la puerta de la curia, y se las vé de contínuo arrodilladas pidiendo absolucion para unos pecados de que ni remotamente piensan corregirse, él hubiera vuelto todos los dias á contarle sus inocentes secretillos al padre Bruno, porque esta saludable mortificacion le valía las golosinas y los juguetes que el buen padre le regalaba por encargo de doña Ángela. Mas lo que en el niño es inocencia, es en los adultos hipocresía. La sociedad marcha á su fin viviendo de flaquezas que solamente el tiempo, con la eficaz colaboracion de la Verdad, borra de las costumbres de los pueblos.

El padre Bruno presentó su mano á Buenaventura; éste besó en aquel dorso arrugado la gracia del Altísimo, trasporando, por merced divina, en la carne mísera; la sociedad quedó satisfecha de aquel humilde beso, y luego, el juez

y el delincuente, se fueron juntos á casa del primero, en donde el pecador perdonado encontró realizadas sus ilusiones de la noche del primer dolor de contricion perfecta.

—¡Que Dios te bendiga, y quiera Él que seas un santo, hijo mio!—exclamó doña Ángela recibiendo al gran pecador absuelto entre sus brazos.

Buenaventura contestó al deseo de su madre con un redoble en el flamante tambor que le hizo decir á la buena señora, tapándose los oidos:

—¡Dios mio, y qué estrepitosos son estos angelitos que están en la gracia del cielo!

VI

La madre de Buenaventura se parecía mucho á su hijo en el alma, que era tambien de niño.

Propensa á dudar de todo lo malo, al revés del apóstol, lo creía todo dentro del espíritu cristiano, sin necesidad de verlo; pero si una vez era engañada dudaba siempre. El sonido de su voz era naturalmente grato y las palabras brotaban de su boca como la miel de las colmenas. Hablaba siempre la lengua de su pais, que tañía con suavidad encantadora en el arco vibrador de sus candorosos lábios; y como en su conversacion usaba de todas las riquezas de armonía y de dul-

zura que solamente disputan al gallego idioma aquellas lenguas que sublimaron Boccacio y Dante, Camoens y Herculano, hubiera hecho ésto que su boca fuese confundida con la de Penélope por el más astuto de los griegos.

Delgadita y de mediana estatura, ágil y hacendosa, desde las primeras horas de la mañana daba vueltas como una hormiga por toda la casa hasta que, llegada la noche, se habian ido todos á cama. Ella lo disponía y lo vigilaba todo; y al par que era una celosa cuidadora de que ningun criado dejase de cumplir con los sagrados deberes de cristiano,—entre los que contaba el rosario, que sin faltar una noche se rezaba en la cocina, dirijido por D. Genaro,—era tambien una providencia para los pobres y para la servidumbre de la casa.—Doña Ángela tenía una hermosa alma como el cielo tiene un hermoso sol; y ella no tenía culpa de que en la atmósfera se hubiesen extendido nubes, ni de que estas nubes, quebrando los rayos luminosos del astro de la verdad, le ofreciesen una óptica ficticia.

Don Genaro abrigaba dos fanatismos: el de la religion y el del negocio. Sin ser avariento, amontonaba los ochavos con la misma esplendidez con que Timon el griego derrochaba sus tesoros; porque, sin conocer la historia del misántropo de Atenas, su buen sentido práctico le

alejaba de verse en la dura necesidad de tener que conocer la ingratitud de los hombres á cuenta propia.—Las desdichas son siempre tristes, aun aquellas que logran la fortuna de ser cantadas por el Trájico; y él repetía en voz alta este refran del pais, que muchos llevan grabado en el corazon, conservando la apariencia de generosos; *Amiguiños, sí; mais a vaquiña pol-o qué valer.*

Consecuente con esta máxima que había tomado como un principio de la mejor ciencia económica, todo se le podía pedir ménos dinero. Mas si acontecía que un amigo, *de los grandes,* daba golpecitos suplicantes en la bolsa de don Genaro, éste se la abría con mesura; pero no dejaba de cargarle en cuenta la cantidad suplida, procurando hacer negocio si por acaso se ofrecía algun medio tácito para ello. Por lo demás las sumas estaban siempre hechas en su libro, porque aseguraba que de esto pendía el no perder sus afectos personales, que las buenas cuentas hacen los buenos amigos, como él decía á cada momento.

Trabajar era su pasion dominante, hacer oracion con las rodillas hincadas en el suelo su obligacion sacratísima. No obstante, como de todas las pasiones humanas la del interés suele ser la más constante, por esta razon, logra con harta frecuencia imperar sobre todas las demás, creciendo su poder avasallador en la naturaleza del

hombre á medida que los años le hacen inclinar la cerviz hácia los misteriosos umbrales de la muerte.—La yedra crece con vigor entre las grietas de los muros ruinosos y sobre los árboles vetustos.

Don Genaro, arrebatado por los cálculos de la especulacion comercial, gimnasio aritmético en que su espíritu estaba constantemente haciendo evoluciones, habia llegado á demostrar que su talento era, *para la vida,* muy superior al de su cariñosa consorte, lo que no impedia que sus corazones estuviesen tan desposados por el amor como sus personas lo estaban por la Iglesia; ántes bien era éste el secreto motor de una fuerza misteriosa que les ligaba y apretaba más cada dia.

Pero resultó de esto que su trabajo era fervoroso y su oracion por costumbre.

Los sentimientos naturalmente bondadosos del padre de Buenaventura si no llegaron á una atrofia completa en la vida comercial á que se dedicaba con ardor, pasaron á un lugar secundario, y áun quizás hubieran perecido enterrados entre los escombros de un corazon aniquilado por los números, si la eterna amistad que le ligaba á su mujer no entesara un poco el edificio moral que se bamboleaba en el alma de don Genaro á cada nuevo negocio emprendido, como los montes socabados por las corrientes ocultas se extremecen

á cada tormenta que azota sus flancos amenazando hundirlos para siempre.—Schiller que aventajó á Göethe en corazon, gracias á la amistad que le unió con el *dios sentado de Weimar* (1) supo sacar de la superioridad del talento de éste feliz aprovechamiento. Aquí aconteció al revés, si bien es un caso idéntico para probar lo que influye un afecto sincero en los sentimientos de dos personas que se aman.

La sombra benéfica que en el alma de don Genaro proyectaba la cariñosa compañera de su vida, impidió que el egoismo más repugnante hiciera albergue en el pecho de su esposo, despojándole de todo sentimiento moral y de todo escrúpulo de conciencia. Pero la acrisolada rectitud de pensamiento de doña Ángela, y su acendrado amor, no pudieron desviar cierta hipocresía mercantil que, tomando hábitos muy laudables y muy santos, entró á ocupar en el pecho de don Genaro el lugar que la lealtad iba dejando desierto, allí donde se sienten las buenas y malas acciones de los hombres.

No se crea, sin embargo, que el padre de nuestro héroe, lanzado en este abismo absorvente

(1) Heine al contemplar el génio gigante de Göethe resplandeciendo en medio de una pequeña córte de Alemania, dice que le hace el efecto de un dios colosal que se vé obligado á sentarse porque el templo le viene pequeño.

como los remolinos del Maelstron en los mares del norte, se cubrió con la capa del beato para ser impunemente un malvado, no; fué un honrado comerciante, todo cuanto puede serlo un hombre que vive del tráfico, servicial, clarísimo en sus cuentas, compasivo y benéfico cuanto le fuese compatible con sus intereses, amantísimo de su mujer y que, por única flaqueza, tenia un amor delirante por su hijo.

Todos los defectos de carácter de don Genaro quedaban oscurecidos cuando se le veía acariciar á los niños: como el hijo de Nazaret amaba las criaturas inocentes, y su semblante, si no su boca, repetía aquella hermosa frase cuando tenia alguna delante: «dejad que se me acerquen.»

Vestía con abandono, por más que doña Ángela tenía buen cuidado de hacer resplandecer la blancura de la camisa de su esposo al propio tiempo que gastaba el cepillo y el aguardiente en quitar de su ropa el polvo y las manchas que sobre ella caian con harta frecuencia.—En las personas de elevada posicion—dice el eminente observador que ha logrado sorprender los más íntimos secretos de la Comedia humana—el descuido en el vestir produce cierta innobleza: nosotros nos atrevemos á asegurar que la produce en todas las clases acomodadas en general.—Pero don Genaro salvaba este inconveniente subjetivo,

con relacion á sus circunstancias, gracias á la solicitud, como dejamos dicho, de su pulcra y hacendosa consorte.

Agradábale mucho conversar, y lo hacía tan complacido con los campesinos de la aldea como con los más encopetados señorones que tenía ocasion de tratar, si bien con estos últimos procuraba bajarse á una distancia inmensa; que bien sabía él la manera de adquirir prestigio entre los fátuos y vanidosos.

Su estilo—¡pues tenia estilo propio!—era paradójico y monótono por lo regular, efecto de su peculiar sistema, que consistía en afectar formas altamente religiosas y humildes, teniendo quizás secretas inclinaciones á la duda é íntima certeza de su fuerza. Lamentábase de cualquier contratiempo por insignificante que fuese, como el más desgraciado y menesteroso, y tenía una facilidad maravillosa en crearse estos mismos contratiempos imaginarios: en cierta ocasion el extravío de una llave le hizo prorrumpir en tales ayes y congojas que la familia corrió á él precipitadamente y llena de espanto, acudiendo los vecinos movidos por el interés que siempre causa una gran calamidad; en cambio celebraba, como acontecimientos fáustos, aquellos que se salian fuera del callado círculo de la vida, casi muerta, del lugar, con disertaciones asombrosas en que el fa-

natismo de costumbre y su fantasía, inculta pero viva, se unian para producir discursos que escuchaba su familia con arrobamiento miéntras hacian sobremesa después de cenar.

La comida del mediodía era casi siempre rápida y frugal, porque las atenciones de la casa no les dejaban tiempo que perder; la noche era más propicia para las expansiones del espíritu, ya despues de haber cenado ó ántes de ponerse á la mesa, al rededor de la lumbre, en la cocina, durante las largas veladas del invierno.

En ciertas ocasiones el estilo de don Genaro se hacía pintoresco. Y en aquellas pláticas domésticas desplegaba el buen hombre toda la facundia é inventiva de que era capaz su espíritu paradójico, que si bien carecía de estudios, era naturalmente accesible á las ideas y ductil y maleable como el oro. Pero como los ejemplos oratorios que habia alcanzado á oir no habian sido otros que predicadores de aldea y misioneros campestres, vaciados en el molde de aquellos que excitaron la risa de San Isidoro y del autor de *Fray Gerundio*, de aquí el que don Genaro adoleciese de los defectos de escuela, abusando de los recursos patéticos y espeluznantes para pintar la cosa más sencilla y trivial de la vida, pero que el auditorio recibia con religioso silencio parecido á un éxtasis.

Por lo demás, don Genaro no tenia en su parte física nada que le hiciera repulsivo; ántes bien se desprendía de su persona cierta hombría de bien que le hacía simpático desde los primeros momentos. Las canteras del Pentélico no serian seguramente removidas para robarle la musculatura de Hércules, ni la cabeza de Apolo, ni la esbelta forma de Endimion; el verdadero retrato de don Genaro había que sacarlo *de dentro:* Rochefoucauld no se desdeñaría de hacerlo á la pluma, ni de recojerlo en su paleta lo tuviera á ménos el gran pintor moral que puso su ilustre firma al pié de *Vautrin* y de aquel otro acabado cuadro que conocemos con el nombre de *El padre Goriot.*

Los pinceles de Victor Hugo, empapados en la luz del rayo, ó en las sombras del abismo, no sabrian desleir las medias tintas que requeria esta figura vulgar, pero eminentemente humana.

VII

En la atmósfera de la casa paternal respiraba el pequeño Buenaventura un cariño que cualquiera aficionado á imágenes brillantes hubiera dicho que era el ambiente de la adoracion exhalado

por el pecho de sus padres; y su alma, caldeada en este fuego de amor, se iba modelando poco á poco bajo los suaves golpes de un fanatismo sincero y heredado.—Los artistas de los mejores tiempos de Grecia y Miguel Ángel y Canova, pudieron hacer que el mármol expresara ideas; pero no hay génio en el mundo capaz de plasmar un corazon; que este milagro está reservado para la ternura, casi divina, de una madre.

Las faenas del campo que durante el dia traían muy ocupada á la familia de Buenaventura, le dejaban á él, fuera de aquellas horas que á duras penas pasaba en la escuela, dar libre curso á sus espansiones infantiles; y cuando las últimas luces vespertinas luchaban muriendo con los primeros fantasmas de la noche, y se oía en la lejana torre de la iglesia parroquial el *toque de Ánimas,* volvía el travieso niño, como el ave vuelve al nido, á buscar un sitio al lado del hogar, en que su presencia, vivaracha é inocente, era como el color iluminando los trazos del dibujo, como las flores haciendo sonreir á Mayo, como las pupilas de la aurora vibrando la luz del alba en las gotas de rocío con que Naturaleza prepara, durante la noche, el tocado esplendente de la mañana.—Era el espejo donde se miraba doña Ángela deleitada.

Cuando Buenaventura llegaba á la casa de

sus padres, dirijíase á la cocina, donde encontraba á doña Ángela puesta de pié, y suspendido todo trabajo, rezando las *Ave-Marías* en medio de los criados. Buenaventura se arrimaba á su madre, como la vid se arrima al olmo que le presta apoyo; la amante señora acariciaba al muchacho pronunciando las últimas palabras de la *Salve;* sentábase luego y reclinaba el niño su cabecita en el dulce regazo de la autora de sus aún felices dias, disponiéndose de este modo á esperar que Mari-Juana le preparase la frugal cena. Doña Ángela cojia la rueca, la colocaba en la cintura, pasaba su mano amante por los bucles que caian enroscándose sobre la pura frente de su hijo, y luego hacía girar el rápido huso, en el que envolvía el hilo segun lo iba extrayendo de la rueca, cargada con las hebras del preparado lino. Las aristas que caian del hilado hacian blanquear la negra cabellera de Buenaventura dándole la prematura semejanza de un viejecito cubierto con el polvo del camino de la vida. Doña Ángela humedecía por última vez, en su lábio, las fibras que su mano izquierda arrancaba del blanco copo, extendía el brazo derecho retorciendo la hebra, recojía el hilo en el sonoro huso y luego quitaba de éste la mazorca para comenzar seguidamente otra, hasta completar las husadas que hacian la tarea de la noche.

Pendía de los llares, atestado de trozos de pescado seco, patatas y gruesos pedazos de cebolla, un caldero de cobre, cuya panza se veía con placer en medio de los rigores del invierno envuelta por la llama que brotaba de un enorme monton de troncos secos que ardian chisporroteando y diciendo, con la lengua que los consumía, mil cosas tan alegres, que el corro de jornaleros y criados reia, manifestando el mayor contento en su vida de trabajo, ante la cena que cocía á borbotones en el caldero.

VIII

Aquella era la hora en que doña Ángela, sentada en el rústico banco, lo mismo que Pelayo en el tronco de la encina secular, y con la rueca á la cintura, como las reinas de Homero, departía con los que venian de hacer alguna de las labores de la estacion, esparciendo placidez y bienestar en torno suyo: su alma sonreía en aquellas pláticas de un sabor primitivo, como la gasa flamígera que se levantaba del hogar tachonada de chispas fugaces y brillantes, y en su frente purísima se irradiaba más amor y humanidad que en la de la mística escritora de Ávila,

cuando olvidada de que su pié tocaba la tierra volvía los ojos de las miserias del mundo para extasiarse en un sueño de paradisíacas venturas. —Muy léjos estamos de intentar una profanacion del nombre preclaro de Santa Teresa,—nombre inmaculado y gloria nuestra—ni de quitar nada á la beatitud de otras muchas mártires de su vocacion ascética; pero ¿dónde encuentra la mujer medios más legítimos de glorificar á Dios cumpliendo su destino? No podremos asegurar que el amor no nos ciegue; pero creemos firmemente que no existe senda más escabrosa que el camino trazado por la Providencia á una madre. Cierto que el celibato es tenazmente impuesto por la Iglesia á los sacerdotes del culto católico, y no faltan láicos eminentes por su saber é ilustracion que, en honor y gloria de la virjinidad, han compuesto hermosos libros. El hombre apetece esa virtud en la mujer por egoismo ó por orgullo, cuando no por satisfacer un apetito brutal. Pero ¿en quiénes se manifiestan de un modo más ostensible y repugnante esas voraces concupiscencias de la carne, que alimentan el crímen, promulgan el escándalo, irritan la conciencia, horrorizan el ánimo y arruinan la moral? Pues precisamente en los Maingrats y Contrefatos, ungidos del Señor (1).

(1) Véase Laurent: *Estudio sobre la Religion del porvenir*, párrafo II de *La Alemania*.

Preténdase en buen hora, por egoismos que ya todo el mundo conoce, que la ley del celibato sea sagrada, contrariando las mismas historias divinas y haciendo violencia contra las leyes de la Naturaleza (1). Pero no es bueno torcer la voluntad del Criador; que árbol que no florece no da frutos, y sin frutos viene la esterilidad que es la muerte, quedando la obra de Dios aniquilada por la de Satanás.

Pero la cena de los labradores debe de estar cocida, y Mari-Juana, despues de pinchar con un tenedor las cebollas y el pescado, así lo asegura. Descuelga el caldero de los llares, le escurre el agua, vuelca su contenido en una gran fuente de palo, cuya blancura recomienda el aseo de Mari-Juana, esparce encima medio cartucho de rojo pimiento, rocía todo con abundante aspersion de aceite de olivas y, colocada cada cosa en su lugar, dice con amabilidad graciosa:

—Vaya; siéntense.

Los labriegos se aproximan á la artesa, cubierta con blanco mantel de lino grueso, en donde humea la pirámide de la condimentada cena,

(1) El eminente Gerson, dice en este pleito seguido entre la sociedad y la Iglesia á propósito de los sacerdotes concubinarios: «No saben (en Roma) cuán general es este desórden, cuán profundas raices ha echado, y cuántos crímenes más enormes se cometerian *infaliblemente*, si se quisiese impedirlo con demasiada severidad.»

y se vé una gruesa calabaza repleta de vino, y al lado de ésta un enorme pan, parecido á un pedrusco, de maiz cocido.

Uno de los jornaleros reza un *Padre nuestro* por vía de bendicion y todos repiten al concluir el rezo: *Amen.*

Doña Ángela con los criados de la casa, dicen tambien: *Amen.*

Luego se lanzan los primeros, con la conciencia tranquila, al derribo de la pirámide y del pedrusco, sin olvidarse de hacer lo posible por agotar la calabaza, que corre de mano en mano, no sin que ántes cuide cada cual de limpiar el agujero por donde acaba de beber con el dorso de la callosa mano.

Ninguno olvida decir *Jesús* al ir á recibir el beso fortificante de la *comadre* calabaza (1).

IX

La cena de los trabajadores del campo es siempre muy alegre.

En ella se vé con frecuencia este contraste:

La opulenta mesa del poderoso reune en tor-

(1) Los labradores de varios puntos de Galicia llaman humorísticamente *comadre* á la calabaza donde llevan el vino para el campo.

no suyo semblantes devorados por el fastidio, inapetentes y gastadas naturalezas, frentes nubladas por la tristeza ó por arrugas prematuras surcadas; oye frases elegantes, palabras ingeniosas, dichas con la más esquisita etiqueta, rasgos del espíritu que brotan como llamas de un cuerpo decadente; siente caer sobre el mantel los efluvios de las esencias más á la moda de que vienen impregnados los fraques y las blondas, juntamente con las chispas del ingenio de que se hace gala á porfía hasta llegar á decir mil necedades; pero no presencia jamás la dulce franqueza y el natural contento que en estos agapes de los hijos del trabajo reina siempre.

El olor que esparce la cena de los labriegos por toda la cocina hace dar saltos á los tres gatos de la casa, miéntras piden su parte con el maullido más tierno y zalamero de su *carácter* adulador y pérfido. Buenaventura levanta la soñolienta mirada hasta los ojos de doña Ángela y dice, esperezándose:

—Madre, mi cenita.

—Espera, hijo mio. Primeramente tenemos que rezar. No duermas.

—Yo queria mi cena.

—Buen año se presenta este año, mi ama—interrumpe uno de los campesinos.

—Quiéralo Dios!—contesta doña Ángela.

—El tiempo está bueno para las siembras y, Dios mediante, ha de haber buena cosecha.

—Eso... si no se pone malo.

—Quedaron las témporas de arriba y no hay cuidado.

—Con todo, Dios nos proteja.

—Dios sobre todo. Pero esa señal no falta: ya viene de los antiguos, que todo lo observaban. Y luégo que la luna tambien entró con buen tiempo.

—Quiero cenar, madre.

—Calla, no llores.

—Estamos en menguante y es necesario irse disponiendo para la corta de los esquilmos y de las maderas.

—Sí, que despues hacen sazon.

—No sé si quedarían los campos bien cavados.

—Quedan que no hay más que pedirles.

—Lo que no estuvo bueno fué el Octubre y áun el Setiembre.

—En verdad que relampagueó mucho y á las castañas no les valiera.....

—Sí, no les valiera.....

—Luégo el vino que se pudo recojer es malo.

—Ya se vé! estuvo el estío húmedo y luego llovió en la vendimia, de manera que todo fué contra él. Pero, con todo, ya se paga bien.

—Dios lo quiere así—observa doña Ángela—¡Pobres de aquellos que contaban con su pequeña cosecha para salir del dia!

—Es verdad...—confirman todos los jornaleros.—¡Cómo ha de ser!

Cuando doña Ángela decia alguna cosa, todos la escuchaban con interés y respeto, y su voz sonaba en los oidos de aquellas buenas gentes de igual manera que la campana que tocaba al alba al despuntar el dia. Como madama Gonceru, aquella tia de Rousseau que amó tanto el autor de las *Confesiones,* doña Ángela sabia una gran cantidad de aires y canciones que solia cantar con un timbre de voz sumamente dulce; y lo mismo que la hermana del padre del famoso ginebrino, la serenidad de alma de esta excelente señora alejaba de ella y de cuantos la rodeaban las penosas ideas que crea la melancolía.

—Madre, yo quiero cenar—volvió á decir lloriqueando Buenaventura.

Doña Ángela se puso á cantar.

El niño se apaciguó por un momento; pero luégo dijo:

—Que me cuenten un cuento, madre.

—Déjales que cenen, hijo mio.

—Pero yo quiero que me cuenten un cuento.

—¿No ves que vienen cansados de trabajar y no tienen ganas de cuentos?

—¿Y eso qué le hace?

—Ya te lo he dicho: vienen cansados y no tienen ganas de cuentos.

—Pero eso no fatiga.

Doña Ángela y los campesinos soltaron una sonora carcajada á esta salida del muchacho y uno de los labriegos dijo:

—Le sobra razon: la lengua no labra la tierra. Vaya, voy yo á contarte uno muy bonito.

Buenaventura se frota los ojos para despedir del todo el sueño y se dispone á oir con la mayor atencion.

X

El campesino comenzó:

—«Érase, una vez, un conde...»

Se hizo un silencio general en la cocina: los gatos se acurrucaron al rededor de la lumbre, y solamente acompañó la voz cascada del labriego, como un ritmo soporífero, el sonido que producian las tapaderas metálicas de los potes al despedir el vapor del agua, el sordo movimiento de los líquidos agitados por un hervir tumultuoso y el monótono zumbido del huso que hacía bailar con brio la mano hacendosa de doña Ángela.

—«Érase, una vez, un conde—prosiguió el campesino—que vivía en un castillo construido por sus abuelos en la cima más alta de una pelada sierra.

»Habia estado en Jerusalen con los cruzados.»

—¿Quién?—preguntó Buenaventura.

—El conde, hombre.—«Y de vuelta para sus estados se le apareció un caballero negro en el camino. Negro era su casco, negra su coraza, negra su lanza y su adarga, negras las plumas de la cimera, negros los arneses, negro él y negrísimo el indómito corcel que domeñaba.

—«¿Por qué tan triste vuelves á tu condado? —le preguntó al conde el negro caballero.

—»Vuelvo triste, vuelvo triste, porque perdí mis mesnaderos, y del castillo de mis padres solamente encontraré escombros y ruinas.

—»¿Cómo sabes eso, conde?

—»Yo lo sé ¡ay! yo lo sé porque me lo dijo una agorera.

—»¿Y qué te dijo la agorera?

—»Vino á mi y entró en mi tienda. Dióme espanto y apénas pude preguntarla: ¿qué me quieres?—«Vengo á decirte que pongas la silla á tu corcel y que te marches volando á tus estados»,—me dijo al oido. Yo me estremecí al sentir su lábio como si me hubiese picado una serpien-

te. Sacó luego un brazo descarnado debajo de su manto y, señalando hácia la ciudad, hablóme de esta suerte: «¿Ves esos muros? Pues Jerusalen es de los moros y de ellos será siempre. Véte! Los vasallos de tu feudo hánse levantado en revuelta y lo llevan todo á sangre y fuego, aprovechándose de tu ausencia...»—No puedo explicar de qué modo, pero desapareció de repente como si la tierra la tragára ó la sorbieran las sombras.

—»No te aflijas, mi buen conde.

—¿Quién le dijo eso?—preguntó Buenaventura.

—Hombre!... El caballero negro.—«No te aflijas, que tendrás mejor castillo que el que te dejaron tus padres: si ántes tenía una torre, adornaránle ahora ciento; y desde la cima de sus muros tendrás que inclinar los ojos para ver las águilas volar ráudas por el cielo.

—»Diera mi alma por verlo.

—»Firmemos aquí el contrato.

—»No tenemos papel, ni pluma, ni tintero.

—»No ha de quedar por tan poco.

—»Y diciendo ésto, el caballero negro desenclavijó la negra armadura que cubria su brazo, y con su daga hizo tres cortes en él, como en la res muerta pincha y corta el carnicero; y arrancando un pedazo de pellejo de color de rancio pergamino, quitó luego una pluma de las que

formaban el negro penacho de su cimera, la mojó en la sangre que brotaba de su brazo, se la pasó al conde por las barbas y le dijo al mismo tiempo:

—»Firma!

—»El conde retrocedió medio espantado, porque al pasarle el caballero la pluma por la cara habia prendido fuego en sus barbas y olian á chamusco como cuerno asado.

—»¡Qué! ¿No firmas?—le dijo el negro caballero.

»Hizo el conde un garabato; y al pasar la negra pluma por el pergamino, rechinaba aquel pellejo y echaba un humo tan fétido, cual si con un hierro ardiente firmára en carne fresca. Luego arrojó la pluma soplándose los dedos y dijo:

—»¡Que me abraso!

—»Eso no es nada—repuso el caballero riendo, y luego le gritó:

—»¡Hasta luego!...

»Y apretando las espuelas, del sitio dónde el hierro habia tocado los ijares del caballo brotaron chispas, como las que del pedernal hace saltar el eslabon de acero; y sin poner las patas en la tierra desapareció el negro corcel llevando á su ginete, y haciendo un ruido como cuando furioso sopla el vendabal con estrépito ó retiemblan los seculares cimientos de la tierra. Y desde allá..., muy léjos, oyóse como un trueno

espantoso, y era el caballero negro que repetía al conde:

—»¡Hasta luego!...»

—Madre mia:—dijo Buenaventura—¡ese caballero negro era el diablo!

—¡Que Dios nos aparte de caer en sus tentaciones como el conde, hijo mio!

El campesino tomó la calabaza, echó un trago y, despues de limpiar los lábios y el agujero de *la comadre,* como solía, hizo dos ó tres veces ¡hee! y continuó:

«Érase una tarde.

»Estaba el conde en su castillo; y como dominaba, desde las torres y murallas, toda la tierra que se extendía hasta el lejano mar, sus ojos tenian que inclinarse para ver el alto vuelo de las águilas que cruzaban ráudas por el cielo.

»Comenzó á oscurecer y el conde no dejaba de mirar lleno de orgullo y de soberbia.

»Pero como estaba enamorado, solamente veia la imájen de una mujer extraordinaria, levantada en el pedestal de sus recuerdos. Habíasele aparecido una noche bajo los muros de Jerusalen, y por lo mismo que no habia vuelto á verla la amaba con delirio. Cuando mayor ardor le devoraba en aquella guerra de creencias relijiosas, entró en su tienda la beldad más peregrina que Dios hubo creado, le miró con unos ojos que

parecian soles arrancados á la bóveda de los cielos para iluminar aquel otro cielo de hermosura incomparable, y le dijo: «Yo soy llama». —Y al pronunciar estas palabras tan extrañas brilló una luz repentina emanada de su cuerpo y todos los objetos se inflamaron haciéndose, como el cristal de roca, trasparentes. «Fíjate bien en mí—volvió á decirle—y verás qué errado andas en tus afanes de guerra y de pelea.»—Iba el conde á caer de rodillas para decirla, á sus plantas, que la amaba con frenética pasion; mas la mujer de llama, levantándose en el aire señalóle el cielo y, comenzando á ascender, le dijo: «Para adorar á Dios el templo es éste...»—El conde la vió desaparecer en el éther que se inflamó, á su paso, cual si hubiera prendido fuego en las bóvedas altísimas del firmamento, oyendo por último una voz, cuyo acento soberano jamás se ha oido, y la voz portentosa le decia:

—«No adoreis al semejante: venid á mi directamente.»

»Cavilaba el conde en estas cosas cuando, de repente, estalló una tormenta.

»Y el conde siguió en las almenas del castillo sin hacer caso de relámpagos y truenos.

»Las águilas que andaban dando vueltas por debajo de las torres de la fortaleza, graznaron

entónces con furor y juntas emprendieron el vuelo hácia lejanas zonas.

»Era un vuelo negro, negro, negro...

»Y su graznar llegó á ensordecer la voz pavorosa de la tormenta.

»Y el pulmon del mar lejano mandaba sus resuellos hasta las rocas que sustentaban los baluartes del castillo.

»Y el monte devolvia aquellos rumores aterradores con la voz de los ecos asustados.

»El conde miraba todo aquello como soñando.

»Y oia extremeciéndose porque comenzaba á sentir miedo...

»Cuando las águilas estuvieron encima de las rujidoras olas del abismo, en jigante lucha destrozándose, formaron como una nube de carbon, la cual poco á poco fué creciendo y levantándose, hasta que tomó la forma del negro caballero que el conde habia encontrado en el camino de Tierra Santa, al regresar á sus estados.

»Y el caballero negro llegó á ocupar todo el fondo, por aquella parte del cielo sombrío.

»De las narices del corcel salian rojizos resplandores.

»Y cabalgando, al parecer por la region de los astros, el caballero estendió un inmenso brazo y con el dedo escribió con fuego en los remotos horizontes:

—»¡Hasta luego!...

»Entónces la madrecita del conde, que era santa, bajó del cielo toda llorosa y le dijo:

—»Hijo mio, persígnate ¡Mira que el demonio te tienta y vas á caer en el hondo infierno para siempre!

—»¡Qué demonio ni qué infierno!—contestóle el conde altanero.

—»¡Mira que te condenas!

—»Véte, madre, á tu aposento y déjame aquí: no temas nada.

—»Toma ese escapulario.

—»¿Y este pingajo de qué me sirve?

—»Pónlo al cuello, hijo mio.

—»Vaya, pues; te complazco: me lo pongo.

»Y tan pronto como el bendito escapulario tocó los hombros del conde, estalló la sierra por cien lados, hundiéndose el castillo por una grieta en los profundos infiernos; y cerrándose enseguida quedó oscura la noche, en negro y espantoso silencio...»

—Madre ¡qué miedo! ¿Y el conde se salvó? volvió á interrumpir Buenaventura.

—No, porque no se habia confesado,—contestó el labriego, y siguió contando:

—«Los peñascos que rodean aquel lugar maldito quedaron negros como azabache, de las llamas que los abrasaron; y la pobre madrecita del

condenado, tanta fué su pena, que no quiso volver al cielo, y anda por aquellos cerros llorando que te llorarás: parte el alma el oirla.»

—¿Cuándo se la oye?—preguntó el niño.

—«Siempre que el viento silba entre aquellos negros peñascos hendidos, y cuando la lluvia azota los jarales que crecen entre las grietas y cae despues en torrentes que vienen desde la cima de la sierra maldita á deshacerse furiosos en las profundas simas que hay al pié del monte....

—Y á él ¿no se le oye tambien?

—Sí, tal: «la madre llora en los aires y el hijo ruje en las medrosas cabernas de la sierra.»

—¡Ay madrecita! voy á soñar con el conde.

—Ya viene tu padre, hijo mio, y vamos á rezar; despues dices el *credo* y la *salve* al irte á cama y ya verás cómo Dios te quita los malos sueños.

—Pero, y aquella mujer de llama?... ¿qué fué de ella?

—Yo no sé más que eso,—dijo el campesino encojiéndose de hombros y levantándose para marcharse.

XI

De esta suerte el corazon de Buenaventura se iba preparando al sentimiento ántes de que su inteligencia estuviese apta para detenerse en las sérias meditaciones que sujieren las ideas, y su imaginacion, libre todavía sobre el campo dormido del pensamiento, recibió una fuerte sacudida con la leyenda del campesino, que fué como la simiente de la cizaña arrojada en la tierra dispuesta para recibir los gérmenes de la miés.

El supersticioso terror que comenzára desde un principio á desarrollarse, merced á la educacion que recibía, como una larva ponzoñosa en su espíritu adolescente, en lugar de desaparecer al fin consumido por el tiempo que, en aquella edad, pasa por el alma como las llamas por el bosque, quemando las hojas de hoy para producir la floresta de mañana, cada dia se desenvolvía más pujante, porque la sombra tenebrosa de la Edad-Media había dejado suspendidos sobre aquella familia girones de la noche lóbrega, empapados en el húmedo y corrompido ambiente de los calabozos inquisitoriales, en los vapores acres de los laboratorios de mágia y en las ema-

naciones deletéreas de los cementerios donde bailaban los muertos, segun la creencia de la época, la danza macabra, miéntras no aparecía la luna en el firmamento, ó despues que vibraba su melancólico ¡adios!, esparciendo fantasmas desde la cima de los montes de Occidente.

Y para que aquella edad de terrores estuviese á su imaginacion bien presente, ostentábase en las paredes del comedor de la casa de doña Ángela un cuadro, regalado á la familia por un miembro muy ilustre de la misma que habia sido obispo de Valladolid é inquisidor en Sevilla, cuyo cuadro era la reproduccion al óleo de los espectros que Holbein hizo danzar, al golpe de su pincel, sobre los muros del cementerio de Basilea. Debajo de la tabla pendía de un clavo, un acetre de plata ennegrecido, regalo tambien del obispo inquisidor, lleno siempre de agua bendita, y dentro del que se sumerjía una rama de laurel que servía para hacer las aspersiones diarias, con objeto de espantar los diablos y toda suerte de endiagros, de la casa.

Los padres de Buenaventura lo habian aprendido así y de igual manera se lo daban á su hijo, creyéndolo el mejor alimento para un alma que vive aquí de paso y en dolorosa peregrinacion para el eterno paraiso de la gloria.

Buenaventura oía rezos y oraciones desde que

abría los ojos á la luz de la mañana y se dormía al arrullo de la *Salva Regina* que su madre le decía en fragmentos, pues eran más los besos que su lábio maternal depositaba en la frente del adorado niño, que las palabras que componen la hermosa invencion de nuestro compatriota, el inspirado monje de San Benito.

El adolescente solía preguntar á su madre, con los párpados medio entornados por el sueño:

—Madrecita ¿y aquélla mujer de llama?...

—Duerme, duerme, amor mio—le respondía doña Ángela.

Pero Buenaventura soñaba con la misteriosa aparicion del conde de la leyenda; que si toda la narracion del campesino le había quedado muy impresa en la memoria, aquel incidente sin explicacion mortificaba su curiosidad, y le producía visiones maravillosas cuando su espíritu infantil quedaba entregado al misterioso poder del sueño, aconteciéndole despierto ver surgir de las esquinas flamígeros fantasmas en la hora del crepúsculo.

El afan indagador, tan natural en los chiquillos, comenzó á tomar en nuestro hombrecito un carácter que no era el febril é inquieto, propio de su edad, sino constante, sério é impaciente.

Con frecuencia encontraba á su padre arrodillado delante de una imájen de la Vírgen del

Cármen, terriblemente hecha en madera de roble, la que se erguía, con una disforme corona en la cabeza, sobre un trono de nubes imposibles, todo tallado en el mismo vejetal; como que nubes, santa y corona habian salido en una sola pieza de las manos del artífice. No sé por qué sentimiento piadoso inexplicable, la brocha no habia venido á rematar la profanacion del escoplo, permaneciendo la imájen personificada de los dolores sublimes del Carmelo, mostrando las vetas de la madera, dentro de un enorme camarin, que muy bien pudiera antojársele á la Reina de los Ángeles una buena parte de los cielos. Multitud de reliquias, escapularios, flores de trapo y siemprevivas agobiaban á la santa imájen, colgándole indistintamente de los brazos, de la corona, del pescuezo y de los divinos hombros. Y ya porque el progenitor de Buenaventura comprendiera que la oracion como la limosna tienen más valía á medida que se ocultan más, ó por lo que fuera, es el hecho que, siempre que se encontraba sorprendido en tan devotas prácticas por su hijo, levantábase inmediatamente, colgaba el rosario de uno de los cinco remates torneados que hacian como coronamiento al camarin, y cerrando el libro en que leía, hacía una caricia al chico y salía, como avergonzado, de la oscura habitacion en que se hallaba.

Buenaventura ansioso por conocer el secreto de su padre, tan pronto como éste salía, avalanzábase al libro que acababa de cerrar don Genaro (1) y, despues de manosear la pasta, que era de terciopelo encarnado, desflorada por el uso, lo abría y pasaba sus ojos por la página que la casualidad le ofrecía la primera.

Una vez leyó en el piadoso volúmen:

«Porque (como dize Sammarino en ſu parte ſegunda de Exorciſmos *in principio,* citado de el Doctiſsimo Delrio, en el fólio dicho), antes que el Demonio entre en los humanos cuerpos, caſi ſiempre ſè les repreſenta en la aparicion de algun hombre, que aya tenido mala muerte, ô ſuele repreſentar algun pariente ſuyo defunto, ô ſuele aparecer en forma de algun bruto terrible y formidable, y aunque ſe vea q̃ de repente deſaparece, entra con todo eſto de repente en aquel que lo vè (eſto no es ſiempre) eſto por la mayor parte acontece de noche, ô en los lugares opacos, y tenebroſos, ô obſcenos, tambien entran

(1) Este libro es el intitulado: *Ilvstraciones á las maravillas del Apóstol de Valencia, San Vicente Ferrer, Apóstol de Evropa, Sol del Occidente,* compvestas por el R. P. Fr. Ignacio Catoyra etc., etc.—Sevilla, 1724.

Tomamos de este *maravilloso* libro el texto sin variar su ortografía, pues que detalles tan insignificantes como éste, al parecer, influyen de una manera poderosa, en union de otros agentes, sobre ciertas imaginaciones débiles ó preocupadas.

algunos por la boca, y narizes como viento, tambien ſucede embiar los Demonios algunos tan peſſados, y diabólicos sueños, que les parece corre tras de ellos el Demonio, los cuales deſpertando ſe hallan con ſeñales de endemoniados, algunas vezes entran hiriendo el cuello, ú otra parte de aquel en quien entran. Haſta aquí el citado Sammarino, y no ſin miſterio la Iglesia en el hymno de Cōpletas pide al Señor q̄ cōprima la furia de nueſtro contrario, y q̄ no aya tales ſueños, ni viſiones fantaſmáticas: *Procul recedāt ſomnia, etc. noctiū phantasmata, hoſtemq̄ noſtrum cōprime.*»

Buenaventura dejó el libro temblando de miedo; volvió el recuerdo de la mujer de llama á excitar su imaginacion con todas las imponderables alucinaciones de lo maravilloso y ultranatural; se encomendó de todo corazon á la efigie tallada en roble y, como aquel lugar era casualmente *opaco,* figurósele que bien pudiera ser tambien *obsceno,* y, volviéndose azorado, puso una mano encima de un *rescripto,* que estaba pegado con engrudo por la parte interior de la puerta, de cuyo papel milagroso tenía oido decir que poseia la virtud inapreciable de hacer huir los diablos espantados por malignos y endiablados que fuesen; y corrió por último, pálido de terror, á esconderse entre las faldas de su madre,

que siempre apaciguaba aquellos raptos de la excitada imaginacion de su hijo con alguna sabrosa golosina, despues de hacerle rezar el responso de San Antonio.

XII

Aquel portentoso libro, cuajado de apostillas y eléncos, estaba dedicado, como no podia ménos de ser, á un rey, «fidelísimo creyente», por su autor, del soberano «su más rendido siervo».—Esto era justo; por aquellos venturosos tiempos permanecian los dioses en sus altos pedestales, y nadie manchaba la conciencia con la duda de que un hombre que gastaba corona de oro pudiera ser engendrado como otro cualquiera que la llevára de abrojos ó de hierro.

Así es que, despues de extensas y eruditas páginas, escritas por el reverendo autor de la obra para «el muy alto y poderoso señor don Juan V—que es seguro se murió sin leerlas—rey de Portugal y del Algarbe»; despues de una ajustadísima censura firmada por Juan de Mora y Miguel del Castillo, ámbos profesos en el convento del Santísimo Rosario de Cádiz; despues de una licencia de la Órden suscrita por el prior

provincial, con otro monje del mismo hábito, seguida de la aprobacion, tambien de la Órden, autorizada por Fr. Bernardino Membrive; despues de un privilejio concedido al afortunado autor, por el real padrino—que por milagro suscribe un lego;— despues, todavía, de otra censura compuesta por un reverendísimo lector, definidor, visitador y examinador sinodal; de otra licencia del provisor; de una fé de erratas, hecha probablemente por algun monago, y, para que nada falte en tan singular expediente, de una «suma de la tasa;» despues de todo ésto viene un prólogo, en que Fr. Ignacio Catoyra de la Órden de Predicadores, se echa de bruces pidiendo mil perdones por osadía tamaña como es sin duda la suya al ocuparse de un santo tan benemérito en Valencia primero, en toda la cristiandad despues y entre las milicias del cielo por último, y, epiléptico, el buen Catoyra exclama:—«En confusion tanta, varado totalmente el juicio, receloso de algun naufragio en el escollo de lo tímido... etc.»

Esta «gran literatura» (1) era, en efecto *el bruto terrible y formidable* que se aparecía á la

(1) Fr. Bernardino Membrive, al dar su aprobacion al libro del P. Catoyra, dice: «En ovediencia del Real mandato de V. A. he leido estas *Ilustraciones*, y enterado ántes de *la gran literatura* del Autor, etcétera».

imaginacion adolescente de Buenaventura, y el demonio hiriéndole, no en el cuello pero sí en el alma, llegó á poseerle.

En este estado, y sin que de ello se diese cuenta, comenzó á luchar con los temores que le asediaban—que no eran otra cosa que los mismos demonios celebrando dentro de su cuerpo la victoria sobre el alma del mancebo—y, en esta obsesion, el libro de los diablos le producía pánico y le atraía al propio tiempo.—Era como el basilisco que guardaba el tesoro en el fondo de la sima, segun las consejas de la Edad de Hierro, y que, á pesar de la espantable vision, todos se sentian empujados por el Enemigo hácia el brocal de la mina, en cuyas entrañas tenebrosas creian ver el ojo reluciente del horrible mónstruo infernal.

Buenaventura no podia, pues, dejar de entrar diariamente en el cuarto donde su padre rezaba á solas, cuando no tenía qué hacer, y siempre abria el libro forrado de terciopelo rojo desflorado, concluyendo siempre por cerrarlo y huir. El terror crecía y la curiosidad aumentaba á medida que crecía el terror en el ánimo enfermo del muchacho.

Una tardecita le cuadró enterarse en la portada del temido volúmen, que este libro habia sido publicado en Sevilla, por un tal Sanchez

Reciente, impresor y mercader, en la calle de las Sierpes.

Y se puso á pensar:

—Sevilla... Sevilla... el país de las brujas; mercader... los mercaderes son gente mala puesto que ellos compraron á Josef, y Judas tambien era mercader cuando vendió á Jesús por treinta dineros...: calle de las Sierpes... ¡de las Sierpes...!

Hundido el pensamiento en una preocupacion siniestra, los ojos de Buenaventura veian sin darse razon de lo qué veian, y el papel de hilo de la página de color ráncio, parecióle campo maldito sembrado de carbones, y al propio tiempo ereyó ver, en los signos ortográficos, que señalaban las abreviaturas del texto, pequeñas sierpes discurriendo por entre los tipos elzevirianos.

Aquella noche el atribulado niño no quiso acostarse ántes de su madre, porque tenía miedo de estar solo en el cuarto dormitorio, y cuando se fué á cama cubrióse la cabeza con las sábanas. La mujer de llama no le abandonó; ántes bien vino á sonreir como una aurora en su espíritu, lleno de medrosas sombras.

En medio del más feroz fanatismo, la conciencia humana tiende á levantarse en busca de la verdad, guiada por la luz que irradia la ra-

zón; y lo que fueron para la emancipacion del humano espíritu Ramus ó Lutero, Savonarola, Lulio ó Galileo, era para el alma opresa de Buenaventura la mujer de llama del cuento del campesino. Tenía miedo de todo; pero amaba aquel luminoso fantasma con cierto instinto que le empujaba fuera del ambiente pesado en que vivía, brindándole con otra atmósfera más pura y saludable.

Por aquel tiempo dióse la casualidad de que una mujer de la más delicada gracia, sobrina carnal de doña Ángela, jóven, hermosa y entendida en las artes de lo bello, vino, en compañía de sus padres, á pasar una temporada de campo con la familia de don Genaro. Este incidente dió motivo á cierta revolucion en las costumbres de la casa, que duró miéntras permanecieron en ella los forasteros. Ya no se oian sermones ni vidas de santos miéntras se comía, pues la jóven literata tenía siempre la palabra, y de ella hacía uso, ya para ponderar el aspecto salvaje y pintoresco del pais, ya para admirar la belleza y fecundidad de los campos, ya para pintar los panoramas y horizontes que tanto la embelesaban; y todo ésto mezclado con observaciones y citas de un género poco ortodoxo y en completa oposicion, por lo tanto, con las ajustadísimas creencias y costumbres de la familia.

Pero don Genaro, léjos de escandalizarse escuchaba con hipócrita complacencia.

Doña Ángela hacía como que nada oía, aflijiéndose despues á solas con su consorte, de aquella hermosa criatura tan echada á perder por el criminal abandono de sus padres.

—Yo voy á decirles algo acerca de esto—decía la buena señora.

—Déjales, mujer—aconsejaba don Genaro—¿Á ti qué te importa? Y casi reia miéntras doña Ángela casi lloraba.

Buenaventura, por su parte, escuchaba á su prima pendiente de aquellos lábios que le inflamaban, ya en casa ó ya cuando con ella seguia el curso incierto y vagabundo de sus paseos por los montes y los valles: las cosas que oía eran para él tan nuevas, y eran dichas de una manera tan brillante, que se sentía otro bajo aquel influjo dulce y seductor, olvidándose del cuarto del camarin y de los libros que hablaban del demonio y de sus apariciones en forma de «brutos terribles y formidables».

La hermosa sobrina de doña Ángela habia tomado mucho afecto á su primito y al marcharse le dió un beso en la frente.

Buenaventura creyó sentir que una ola penetraba dentro de su cuerpo.

Al fin de aquel sacudimiento tuvo como una revelacion; pero no la comprendió.

Por de pronto sin saber por qué quedó avergonzado.

Chateaubriand cuenta que siendo niño sintióse un dia, en un accidente casual, oprimido entre el pecho de una mujer hermosa y el alfeizar de una ventana del castillo de Combourg: en la naturaleza adolescente del futuro génio, ocupada, á la sazon, en el misterioso culto de su *fantasma de amor,* prodújose como un choque violento, como un desgajamiento de nubes destrozadas por el rayo.

Buenaventura, al sentir en su frente la chispa desprendida de los lábios de su prima, parecióle que un mar se alzaba de repente en su corazon batiendo los costados de su pecho.

Desde aquel momento la mujer de llama de su ensueño tuvo un rostro conocido y habló como la prima de Buenaventura.

Pero esta «encantadora» revestía formas más puras que aquellas con que se aparecian al hermano de Lucila, Hebe y Diana, Talía y Aphrodita sin velo.

Con la partida de la hermosa sobrina de doña Ángela volvió la casa á su ser y costumbres, cayendo de nuevo, poco á poco, el hijo de don Genaro en las preocupaciones y terrores de ántes;

el cuarto del camarin le atraía y á él volvió. Pero describamos este importante aposento ántes de referir lo que allí hacía nuestro héroe.

XIII

El cuarto del camarin estaba emplazado en la parte baja del edificio, y recibía la luz del dia por una sombría ventana que daba al norte, abierta debajo de un ancho balcon de piedra; de suerte que, por este defecto de construcción, reinaba allí un perpétuo anochecer; el ambiente era espeso, pesado, húmedo y frio como el que se respira con trabajo en los sótanos de los conventos, y en la mayor parte de las sacristias: la sensacion física que allí se experimentaba al entrar producía escalofrios y catarro, entristeciéndose el alma, cual si se penetrára en un sepulcro, cuyo cadáver ausente creía uno ver levantarse para recibirle en los brazos descarnados de un esqueleto.

Las capas del aire se palpaban.

Percibíase al poco tiempo de estar en aquel sitio, cierta untuosidad sobre las manos, recubiertas por las vejetaciones putrefactas del moho y se respiraba un olor fétido y picante.

Frente á la ventana habia una alhacena sin puertas, que tenía á mitad de su altura, un anaquel de pino sin pintar, sobre el que estaba colocado el enorme camarin que guardaba la vírjen del Carmelo encima de su trono de nubes, tallado todo en roble.

Este camarin daba su nombre á la estancia.

La alhacena, abierta en el espesor de la pared, habia pasado á hacer los oficios de hornacina con la misma naturalidad que un templo pasa, en ciertos casos, á prestar los servicios de cuartel.

No es exclusivo de las revoluciones el poder de allanarlo todo.

Los muros del cuarto habian recibido una mano de cal en tiempos ya fabulosos, como diría un historiador de aquel génesis.

El polvo y la humedad de concierto con las arañas, se habian encargado de decorar por su cuenta aquella estancia digna de la mayor veneracion.

Y, en efecto, allí podía admirarse una verdadera maravilla del genio del abandono y de la incuria, desarrollada en tapices flamencos, paños pérsicos, vejetaciones plásticas, cortinajes indios, frisos, cornisas, cresterias hábilmente esbatimentadas sobre estátuas góticas, columnas egipcias, chapiteles y entablamentos de gusto griego,

impostas, volutas y estriaturas romanas, fustes babilónicos, alegorías mitológicas de un estilo pompeyano, gárgolas, esfinjes y centauros presos entre las frondosas hojas del acanto, de la yedra y de la vid, arabescos, alicatados y, en fin, las manifestaciones pictóricas y esculturales del humor satírico, sério, místico ó burlon, y todo cuanto pudiera inventar la exprimida vena de un artista que reuniese en su talento híbrido el gérmen de todos los ideales de las escuelas del universo, pero ese gérmen recojido en una cripta de las catacumbas.

Sobre aquel prodijio de la fecunda fantasía bermicular é hídrica, y colocado encima del camarin, pendia un enorme crucifijo de pasta, hecho, al parecer, por el mismo Judio Errante.

Este crucifijo habia sido cedido al padre de don Genaro por unos misioneros, como recuerdo santo de sus memorables predicaciones.

Estaba el Cristo pintado con furia; pero las arañas, no ménos compasivas que la Verónica, habian tendids velos polvorientos sobre aquel implacable destrozo del cuerpo humano; y las entrañas de la efigie, próximas á salirse por la herida del costado, refrendada con cruel ensañamiento por el Longinos que la había moldeado, se detenian en el pecho del mártir, gracias á una cucaracha que había plantado su *castra castrorum*

en la llaga causada por el segundo bárbaro, más encarnizado verdugo que el primero.

Sin embargo, la piedad de los insectos no pudo llegar á todo, y de las manos y de los piés del Hijo del Hombre, atravesados por verdaderos barrotes de hierro, así como de las rodillas desquiciadas, chorreaba la sangre en raudales de un color de brea.

Buenaventura no podia mirar á la cabeza del mártir del Calvario sin aflijirse: aquella corona de abrojos era más bien que corona el haz de leña que hizo doblar la cerviz de Isaac cuando marchaba obediente al cruento sacrificio, guiado por un buen padre que le amaba...; y el amor del que habia *ejecutado* aquella crucifixion del sentimiento estético recordaba el del patriarca; solamente que al primero no se le apareció un ángel compasivo que detuviera su brazo cuando llevó á cabo tan bárbaro propósito.

Era en verdad aquel el dios de las venganzas horribles, el dios ceñudo y amenazador levantado en Roma sobre la dulce memoria del verdadero Dios, cuya encarnacion humana, azotada y muerta por los sacerdotes de ántes, deja la cristianísima Roma en poder de musulmanes; era el dios de los rencores implacables, de los siniestros espantosos, de los soberbios, de los ambiciosos, de los fanáticos.

Contra esta imágen fraudulenta, impía, del Dios alto, hecha á gusto de las potestades de la época, nadie protestaba; y el artífice habia dado al rostro del mártir crucificado en el Gólgota, en lugar de la santa mansedumbre del que pedia perdon desde el patíbulo para sus verdugos, el gesto de rencor y de desesperacion del ladron que muere á su lado maldiciendo.

La pared del fondo del cuarto del camarin estaba completamente ocupada por un estante de pino donde habian hecho habitacion miriadas de trabajadores incansables, semejando vagamente, con el rumor que producian en su tarea cuotidiana, el zumbido que se levanta al anochecer de las grandes poblaciones.

Las tablas del estante estaban atestadas de libros viejos que habian pertenecido á un hermano solteron del abuelo paterno de Buenaventura, libros que se morian de tédio en una soledad de más de cuarenta años, pues nadie habia vuelto á abrirlos desde que su primitivo dueño se habia muerto.

La pequeña biblioteca era, en verdad, un monumento de oprobio y de ignominia: parecia coleccionada por el demonio. Allí estaban todas las obras de los enciclopedistas, las *Ruinas* del conde de Volney, *De Trinitatis erroribus,* de Servet, los *Comentarios sobre los cánones de Avicena,* de

Averroes, la *Guia espiritual,* de Miguel de Molins, *Instituciones de la religion cristiana,* de Calvino, la *Moral práctica de los jesuitas* de Antonio de Arnauld, poesias de Pirron y de Voltaire, el *Pantagruel,* de Rabelais, y otra infinidad de volúmenes que trataban de viajes, del cálculo, de agricultutura y jardinería, sin que faltasen las monografias dedicadas á Cóster y á Gutemberg y á muchos otros varones ilustres, lo mismo de los que venera la ortodoxia católica, que de herético abolengo.

En pintoresco desconcierto colgaban de los muros estampas guarnecidas por tiras de madera de diferentes tamaños, molduras y colores; estas estampas representaban los sagrados corazones de Jesús y de Maria, el reloj de las horas del cristiano, una santa Redegunda montada en un caballo, la muerte del justo y la del pecador, un *Ecce-homo;* y entre aquel museo litográfico habia un santo, medianamente hecho, que el padre de Buenaventura habia tomado por un san Genaro; Creíalo doña Ángela un san Pablo y, por último, el cura de la parroquia dijo, cuando se lo llevaron á bendecir, que era un san Pascual; resultando de todas estas opiniones que, cuando Buenaventura pudo hacerse cargo de ello, encontró que era un retrato de D'Alambert, el de la *Enciclopedia.*

Delante del camarin, colocados en la parte saliente del anaquel, habia otros pocos libros; pero estos eran todos de la más pura doctrina, y allí los tenia don Genaro para su uso diario.

Aquella especie de caberna, al propio tiempo que hacia los oficios de oratorio para el padre de nuestro héroe, servia de depósito para los trastos viejos de la casa, de almacen para la vajilla de estaño que no hacia falta en las diarias necesidades, de ropero y cuarto de armas, en donde dormian oxidados y arrimados á una esquina, con tres paraguas en gradual estado de conservacion y media docena de garrotes, algunos trabucos de ancha boca, con dos fusiles ingleses, procedentes de la invasion francesa, poco dispuestos á sacudir la herrumbre en un caso probable de asedio de ladrones.

Encima de la puerta de la entrada estaba colocada una ancha tabla que cojia de pared á pared y sufria el peso de algunos garrafones empajados, de Hamburgo, llenos de aguardiente del pais, de dos docenas de botellas comunes repletas de vino generoso, cojido en las viñas de la casa y allí guardado con destino á los dias fastos de la familia, y, por último, de una porcion de enseres y calzado, todo polvoriento y hacinado entre los recortes de papel que los ratones juntaban en aquel sitio para fabricar sus nidos.

XIV

Buenaventura entró y, como de costumbre, su primer mirada fué para el crucifijo; luego, cual si buscara aliento despues de un susto, detuvo los ojos instintivamente en el retrato del desconocido autor de la *Enciclopedia.*

—Este santo no me da miedo como esos otros, murmuró;—y acercándose al camarin, se detuvo á contemplar las numerosas reliquias que pendian de la Vírgen del Carmelo. Despues comenzó á leer en un impreso, pegado al mismo camarin, los centenares de indulgencias plenarias que se podian ganar en breve tiempo, por el fácil trabajo de rezar algunos *Padre nuestros* y otras pocas de *Ave-Marias* delante de aquella divina imájen de la reina de la córte celestial, y de aquellos sagrados huesecitos que pasaban por haber sido arrancados á los esqueletos de los mártires de la religion católica, despues de haberlos abandonado el espíritu, ya purificado, para subir á ver á Dios, con permiso de los Eminentísimos Señores que imperan en Roma.

Y Buenaventura rezó.

Su mano apoyóse al mismo tiempo en uno

de los libros que estaban delante del camarin, y dejando el rezo abrió el volúmen.

—Un santo—dijo.

El grabado era una ilustracion del libro titulado: «*Principios del antiguo arte de hablar desde lejos en la guerra,* publicado por la viuda del célebre Ibarra y representaba un aviso del ejército de Roma que se encontraba sitiado por los griegos, y decia: «Auxilio. Falta de cebada.» Buscó el autor y leyó: «escrita en italiano por el abate Requeno.»

—En esta casa—habló consigo mismo, recordando las críticas de la hermosa prima—todos son abates, frailes, curas, rosarios y milagros y sermones.

Y dejando el libro siguió diciendo:

—Pero la cebada.... ¡Y eso de hablar desde léjos!...—¡Buena gana tienen ellos de comer cebada!... Para que la coman los demás es que se hablan ellos de cerca y léjos.

Pronunciando este monólogo, primera protesta instintiva de un espíritu infantil contra las sujestiones opresoras de una educacion fanática, abrió otro volúmen que decia en la portada: *Disquisiciones májicas.*

La májia le maravillaba; pero le causaba horror porque luego le hacia soñar con el demonio.

Abrió todavía otro tomo, que rezaba en el lomo: *Divina historia de la mística ciudad de Dios.*

—¡Historia de la ciudad de Dios! A ver qué dice.—Y se puso á leer:

—«Son muy contados aquellos que, en llegando al uso de la razon, no pierden luégo la estimable gracia del bautismo y se ponen del bando del demonio.»

—¡Del bando del demonio!... ¡Y son muy contados!... — repitió Buenaventura. — Alzando los ojos pasó la espantada mirada desde el cristo pendiente en la pared hasta el dragon de la estampa que se tragaba al hombre pecador en la misma cama, y le pareció que la garra del mónstruo infernal se salia fuera del cuadro para cojerle, y huyó despavorido.

Un dia fué solicitado Buenaventura para apadrinar un reciennacido. Era una niña, y le puso por nombre Eufemia. El acontecimiento hizo época en la familia, y se habló por mucho tiempo de la virtuosa hija de los procónsules Catilio y Calsia, despeñada por los legionarios en los acantilados picachos del Xérez, y hoy gloria explendente del martirologio galáico.

Pero el gran libro de aquella devota familia era uno del que no dejaban de citar diariamente algun pasaje, cuando no leian sendas páginas por

vía de aperitivo ántes de cenar ó despues de haber levantado los manteles para ayudar el estómago á la más fácil digestion.

Todos leian en el venerado volúmen; y así es que, á porfía, se quitaban unos á otros la palabra de la boca para referir lo que del portentoso libro habian tomado en la memoria. Para todos los casos de la vida tenia apropósitos, y en todas las ocasiones hacian de él elocuentes citas doña Ángela y don Genaro.

Buenaventura habia cumplido doce años y sus padres habian dispuesto que al dia siguiente saliese á emprender estudios de más importancia que los que hasta entónces habia practicado en la escuela de la aldea. Un camarada del mismo lugar iba con él á la ciudad, con objeto tambien de matricularse en el instituto de segunda enseñanza.

Don Genaro le echó un discurso al acabar de cenar.

—Hijo mio, no olvides nunca la educacion que te dimos. Cuida de huir de las malas compañias y encomiéndate á Dios de todo corazon. Estudia mucho. El hombre sábio es respetado de todos y siempre encuentra pan en cualquiera parte que se halle. Tu madre te encomendará en sus oraciones al Todopoderoso.

Doña Ángela se veia precisada á enjugar á

cada momento las lágrimas que corrian á hilo por sus mejillas.

Don Genaro continuó:

—Apártate de aquellos que te quieran enseñar malas doctrinas ó descarriarte del sendero por donde marchan los que viven en el santo temor de Dios, en la servidumbre de nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y en el santo respeto á los ministros del altar. Tú has sido cuidado con aquel esmero que Santa Mónica démostró por su divino hijo. Desde que naciste no has oido más que buenos consejos y solamente has presenciado buenas obras. Siguiendo la recomendable advertencia de San Juan Crisóstomo, gran padre de la Iglesia de Dios, tu misma madre te hizo al nacer la señal de la cruz, porque, como el santo dice, grave peligro seria que viniesen á hacerte santiguaciones las viejas ensalmadoras y santiguaderas.

Al terminar, tenia el acento de don Genaro un son fúnebre, y su esposa lloraba cual si oyese cantar el *De profundis* á su adorado hijo. Este preguntó:

—¿Y dónde dice eso, padre?

—En el precioso libro de *La Familia Regulada* (1) que tiene mucho que saber y está compues-

(1) «*La Familia Regulada*, con doctrina de la Sagrada Escritura, y Santos Padres de la Iglesia Católica, para todos los que regularmente

to con muy buenas historias de milagros y de santos.

—¡Ah, sí! ya me acuerdo qué libro es.

—¡Pues no has de acordarte, hijo mio!—exclamó doña Ángela.—Es ese libro en que leemos diariamente para fortalecernos en el camino del cielo. No lo olvides nunca, querido.

—No, madre, no lo olvido. Es aquel en donde se cuenta el caso de una señora que pidió un hijo á San Pedro Mártir, porque era estéril, con la condicion de meterlo religioso de su órden.

—Cierto. Y como la madre le encontró luego muy hermoso, dijo: «En verdad, hijo mio, que me ha de perdonar San Pedro Mártir y no has de ser fraile.»

—Y enfermó y se murió al momento (1).

—Así fué, hijo mio.

—Y tambien cuenta de una bruja que venia por el aire y cuadrándole pasar por cerca de un campanario, en el momento en que tocaban al alba, se cayó al suelo (2).

—Así mismo fué. Líbrenos Dios de tales gentes empecatadas y dignas de excomunion.

componen una Casa Seglar; á fin de que cada uno en su estado, y en su grado, sirva á Dios Nuestro Señor con toda perfeccion, y salve su Alma,» por el R. P. Fr. Antonio Arbiol, de la Regular Observancia de N. S. P. S. Francisco.—Zaragoza. Impresion quinta. 1739.

(1) *Familia Regulada*, página 417.

(2) Id. id. página 416.

—¿Qué hacen esas excomuniones, padre?

—Vas á verlo.—Y haciendo venir *La Familia Regulada,* don Genaro se caló los anteojos, acercó la luz, abrió el volúmen por un sitio señalado con un registro, y comenzó á leer con lúgubre entonacion:

«El Eminentísimo Señor Cardenal Belarmino, para probar los efectos formidables, que tiene una Excomunion mayor, *ipso facta incurrenda,* refiere los que tuvo en un animal; para que tiemblen y teman los hombres racionales. El ejemplo es de un abad cisterciense, á quien le faltó un anillo precioso, y buscándolo, no pudo conseguir el hallarlo. Para el fin de que pareciese fulminó descomunion mayor en su Comunidad, extendiéndola á cuantos vivian en su Monasterio. Habíase domesticado en el Convento un cuervo; y con la inclinacion que semejantes aves tienen á esconder las cosas, escondió tambien el anillo, en donde tenia su nido. Fulminada la Excomunion mayor comenzó á secarse y á desplumarse el cuervo doméstico, de tal manera, que se compadecian de él los monjes, pensando que se moria, y no daban en la causa.

Conferenciando sobre la novedad del cuervo, dijo un monje en presencia de su abad, le habia venido pensamiento, si acaso el cuervo doméstico se habia llevado el anillo, y se secaba en fuerza

de la Excomunion. Algunos de los que estaban presentes se rieron pareciéndoles disparatada semejante ocurrencia; pero el abad discreto, hizo reflexion sobre ella y mandando se buscasen todos los escondidos del cuervo, se halló verdaderamente, que se habia llevado el anillo, y lo habia puesto donde tenia escondidas otras muchas cosas. Hízose digna ponderacion de este caso extraño, que se halla en las Crónicas antiguas del Císter, y á dicho Eminentísimo Señor Cardenal le pareció justo el publicarlo á todos los fieles para que aprendan á temer en los brutos los efectos horrendos que hacen las Excomuniones y Censuras de la Iglesia Santa» (1).

Buenaventura tuvo calentura aquella noche y su sueño fué poco y agitado. Al dia siguiente, mientras hacia camino hácia la ciudad, con su camarada, le aseguraba á este haber visto las letras de lumbre trazadas por el caballero de las águilas negras, que decian:

«¡¡Hasta luego!!»

XV

Mientras siguió nuestro héroe los estudios

(1) *La Familia Regulada*, páginas 224 y 225.

en el instituto de segunda enseñanza, el fanatismo quedó agachado detrás de las alegres travesuras propias de la edad, y su alma parecia volar alegre por la mejor parte del camino de la vida, seguido por aquel tiempo en compañía de numerosos camaradas, agenos como él de cuidados y de penas. Su vecino y compañero era el inseparable de nuestro mozo, lo mismo en las áulas que fuera de ellas, llegando á echar, como es frecuente, sobre aquel afecto infantil el cimiento de una amistad tierna y duradera.

Terminados los estudios de segunda enseñanza, los dos amigos emprendieron el camino de Santiago. Buenaventura se matriculó en el primer año de medicina y su camarada emprendió la carrera de la sagrada teología.

El hijo de doña Ángela había espigado mucho y le apuntaba la barba. Tenía diez y ocho años cumplidos.

Había traspasado nuestro hombre los umbrales de un templo consagrado á la ciencia y en él respiraba un aire más puro, mientras sus ojos comenzaban á ver con más claridad, libres en parte de las sombras que fatigaran sus párpados en un principio. Pero sus pupilas no estaban todavía acostumbradas á mirar con fijeza. El estudio del cuerpo humano mostrándole cada dia nuevas maravillas al golpe del escalpelo, y las

lecciones de fisiología, dadas por el lábio elocuente de un profesor afiliado en la escuela racionalista, derramaban en su espíritu torrentes de luz, á favor de la cual iban deshaciéndose, si bien lentamente, las negruras de la noche que llevaba encerrada bajo las óseas paredes de su cráneo. Pero acontecia un fenómeno en su alma, llena de espesos vapores, parecido al que se observa en la naturaleza cuando el sol se levanta encima de un país en que la niebla aglomerada impide que sus resplandores lleguen hasta él puros y radiantes, percibiendo solo una débil é incierta trasparencia. Así es que las ideas nuevas chocando con las viejas creencias las habian irritado produciéndose una lucha á muerte dentro de su cerebro.—El momento en que una espina se clava en nuestro músculo es doloroso; pero ¡ay! las ideas que se clavan en un espíritu, en el instante de su desenvolvimiento, son harto difíciles de arrancar, cuando no quedan allí arraigadas hasta que la muerte las estirpa de cuajo para mostrarnos la verdad detrás de los celajes impenetrables de la tumba.

El jóven escolar venia á pasar las vacaciones al seno de su familia y no dejaba de visitar varias veces el cuarto del camarin; pero en lugar de buscar los libros que ántes le habian infundido tantos terrores, revolvia impaciente la biblioteca

del hermano de su abuelo, y se pasaba las horas leyendo á Diderot, D'Alambert y demás autores de la *Enciclopedia*. Aquel afán de Buenaventura llegó á inquietar á doña Ángela, pues su hijo amado habíase lanzado osadamente á la tribuna —que en aquella casa, como sabemos ya, era el escaño de la cocina y la mesa del comedor;—y á las devotas peroraciones y cristianas pláticas de don Genaro, sucedian ahora las entusiastas disertaciones en que Buenaventura derribaba, sin consideracion ninguna, las divinidades y creencias de su madre.

Todos aquellos hombres que á fuerza de trabajo y de fortuna han logrado reunir algun caudal, elevándose á una posicion que si da ciertas consideraciones, no da el prestigio del nacimiento, se ven generalmente solicitados por el ánsia de hacer notables á sus hijos, y para conseguirlo entienden que no hay medio mejor que darles una carrera literaria. Despues de esto, el pobre hombre trabajador ve en su hijo el timbre nobiliario de la casa con el orgullo natural *de haberle hecho con sus manos*. Pero como resulta un desnivel entre la inteligencia cultivada del uno y la inteligencia sin cultivo del otro, el padre oye deleitado las *sabidurias* que brotan del lábio de *su hechura,* tomándolo todo por oro de la mejor ley.—La vanidad y la ignorancia, en este caso,

abren la boca á un tiempo, extasiadas con frecuencia ante la estupidez ó la pedantería.

Pasábale á don Genaro un poco de esto, circunstancia que, unida á otras de su carácter que ya intentamos delinear, le dejaban gozar satisfecho de la gran ciencia de su heredero, áun cuando fuese esta herética, malvada, ó simplemente perversa, segun afirmaban escandalizados los amigos de sotana de la casa.

Doña Ángela, por el contrario de su esposo, sentía un dolor profundo al oir en boca de su hijo adorado tales irreligiosidades; y entre amante y pesarosa solia murmurar:

—¡Esos libros, esos libros te echan á perder, hijo mio!

La tranquilidad de su alma cristianísima exigíale un consejo sobre el particular, y á los piés del confesor iba á manifestar sus sozobras é inquietudes. La pobre señora volvia más contristada todavía, formando propósitos de arrancar con enerjía la cizaña del alma de su hijo. Pero al verle delante, su santo enojo se desvanecia como el humo, contentándose con repetir:

—Te he de quemar esos malos libros en que lees.

Entónces reconocia su impotencia para oponerse al incendio maldito que el demonio atizaba dentro del corazon de Buenaventura, y arrodilla-

da delante de la vírgen del Cármen, lloraba y rezaba hasto que iban á arrancarla de su huerto de Olivas.

Buenaventura, que era hijo amantísimo, no podia sin remordimientos crueles seguir causando aquellas amarguras de su madre, y dejó de leer en los viejos libros del hermano de su abuelo; pero seguia batallando por las nuevas creencias; que es el amor á las ideas inextinguible, produciendo ántes el martirio de quien al progreso se consagra con fé, que la débil apostasía, solo posible en los falsos creyentes ó pérfidos sectarios. Por otra parte, los ideales de Buenaventura no tenian gran necesidad, para robustecerse, de la antigua librería del cuarto del camarin, puesto que se encontraban ediciones más correctas y esmeradas por do quiera de aquellas mismas obras y otras tan funestas y pecaminosas como ellas.

Pero el corazon del jóven escolar sangraba al ver á su madre presa de mortales congojas por culpa suya. Las viejas creencias, merced á este contingente sentimental que llegaba en su refuerzo, alcanzaron el último grado de dominio en su espíritu, combatido por la duda y, conociéndose aquéllas amenazadas de muerte, levantáronse con la fúria de la desesperacion á librar la última batalla.

Don Genaro venia en auxilio del negro fantasma batallador siempre que decia á su hijo por via de consejo:

—Tu madre sufre mucho porque en lugar de bajar á rezar el rosario te quedas leyendo.

—Pues bajaré por complacerla — prometía Buenaventura.

—Bien harás; pero no te quedes de pié, como sueles hacer. Además poco trabajo te cuesta salir los domingos á dar un paseo hasta la iglesia; y cuando llegue la época tambien será bueno que te confieses.

Por aquel tiempo el carácter de nuestro jóven sufrió una violenta variacion: de pronto se hizo brusco y sombrío; huía del trato de las gentes; paseaba sólo por los lugares más apartados hablando consigo mismo en voz alta y más de una vez le habian visto en la cima de una roca contemplando la corriente del rio, como dispuesto á precipitarse en la ola que le seducia al pasar con sus misteriosos murmullos.

Hay un magnetismo en la corriente de las aguas, que haciendo volar nuestra mente hácia lo desconocido, produce el vértigo de la muerte. Buenaventura sentia la fuerza de aquella atraccion magnética; cerraba los ojos y abandonando su cuerpo á un impulso cualquiera que le hiciera rodar por el precipicio, decia:

—¡Quién sabe, quién sabe si en esos acentos confusos hablará la lengua de Dios á nuestro torpe oido!

Pero si el ánsia de sorprender lo que las olas decian le empujaba al abismo, su madre le gritaba maldiciéndole:

—¡Suicida! El crímen que intentas cometer será tambien el puñal que arrancará la vida á la que te parió y luego te dió su sangre con los desvelos de un corazon amante, mártir de su amor.

Y de nuevo le gritaba:

—¡Asesino!...

Y el eco del remordimiento extremeciendo su alma aterrada seguia repitiendo desde el fondo de su conciencia:

—¡Suicida! ¡Asesino, asesino!...

Buenaventura volvia en sí como despertando de una pesadilla; apartábase del rio tentador y, echándose de bruces sobre la tierra, vertia lágrimas de fuego.

Así como los metales se calientan por el ludimiento y las maderas restregadas se inflaman, los ejes del pensamiento del hijo de doña Ángela, en contínuo y rápido volteo, habian producido dentro de su cerebro una tension violenta, cuyos efectos se manifestaban en la mirada ardiente de sus ojos, en la demacracion de sus carnes, en sus

lábios secos y anhelosos, y en el color amoratado de sus párpados, fatigados por una contínua vijilia.

—Mira—decia á su camarada, cuando iban juntos á pasear por las márgenes del rio:—como esa corriente que marcha tumultuosa y fatalmente, chocando con los mil obstáculos del cáuce á sumirse en la negra inmensidad de los abismos, corre la azotada ola de la humanidad al tragadero sin fondo de la muerte. Los rios se mezclan en el anchuroso Océano: de este Titan vemos siquiera el ceño que frunce cuando irritado maldice con la fúria de un Luzbel herido, ó la sonrisa luminosa con que nos recuerda las deleitables perspectivas de un paraiso perdido, cuando el sol, antorcha demasiado opaca para iluminar la conciencia del hombre, le hiere, y el aire está en calma y la atmósfera diáfana como el cristal del telescópio, y las brisas se besan encima de él con su lábio humedecido en el aliento de Mayo. Pero del piélago de la Nada no vemos nada... ¡nada!... Las miradas del pobre Adan tropiezan en las impenetrables sombras de la tumba, como la acerada barrena en la coesion de las moléculas que componen la roca viva. Una roca se deshace al fin. Pero las sombras... las sombras, cuándo más, nos devuelven sombras...

Mas qué digo?—exclamó de repente; y de-

jando caer de su lábio las palabras con desden excéptico, añadió:—De la muerte, sí tal, conocemos algo: un esqueleto que rie, con una risa que solo cuadra á la sorpresa recibida en el momento de espirar, de las necedades á que sacrificó la vida, y, (pese á mi buena madre) un poco de forraje para alimentar ovejas y asnos, creciendo lozanamente á espensas de la carne.

XVI

La lucha formidable que las viejas y las nuevas ideas libraban dentro del cerebro de Buenaventura, crecia á medida que los años iban pasando; y el encarnizamiento de la batalla se recrudecía al propio tiempo que las creencias mamadas con la leche en el seno maternal, perdían terreno ante el diario contingente de ilustraciones que el jóven adquiría, ya en sus diarios y asíduos estudios, ya en el trato de las personas doctas.

Tan solo le quedaba un baluarte al negro fantasma, «al dragon formidable y terrible.»

Pero este baluarte era muy difícil de tomar; era casi inexpugnable: estaba defendido por doña Ángela.

El dia en que Buenaventura se iba á presen-

tar en su familia con el título de licenciado en la facultad de medicina estaba ya cercano.

Estudiaba el penúltimo año de la carrera.

Llegó el fin del curso académico y, despues de adquirir notas brillantísimas en los exámenes, se fué, como de costumbre, á pasar el verano en medio de su familia.

Su amigo llegó con él.

A los pocos dias de haber llegado, sin darse cuenta de lo que hacía, como el que lleva un mundo dentro de sí y vive por completo de ilusion, echó á andar por la casa como un noctámbulo y se encontró á la puerta del cuarto del camarin. Por más que habian pasado algunos años sin poner allí los piés, lo encontró todo igual. Una emocion indescriptible le dominó de nuevo, y despues de permanecer algunos instantes como clavado en el dintel, pasó adelante con resolucion y exclamó:

—Veamos, todavía... yo no sé al fin dónde está la verdad.

Y cojiendo uno de los volúmenes que estaban delante de la virgen del Carmelo, tallada en roble, miró el título de la obra y leyó en voz alta:

—*La familia Regulada,* por el R. P. Fr. Antonio Arbiol.

Se mesó varias veces los cabellos y volvió á exclamar:

—¡Santo libro de mis devotísimos padres! ¡A ver! ¡Dime algo!

Pasóse una mano por la frente, y abriendo el volúmen comenzó á leer:

«En el salmo 108 que suele decirse en voz funesta en el dia de Anathema, hay una compilacion y agregado de las fatales desventuras, que cargan sobre los infelices descomulgados; y entre otras cosas, dice el Profeta, que á la mano derecha tenga el descomulgado al demonio, como si el descomulgado fuese de inferior calidad: *Et diabolus est à destris ejus,* porque regularmente va á la mano derecha el más digno.

»Cuando sea juzgado, salga condenado, y su oracion sea como hecha en pecado mortal.

»Sus dias sean pocos, y sus conveniencias queden para otros ménos dignos.

»Sus hijos, si los tiene, queden huérfanos, y su mujer quede viuda, y desamparada.

»Sus hijos sean transferidos, y llevados de una tierra á otra, y anden mendigando, y sean echados de sus propias habitaciones.

»Sus acreedores se lleven toda su fortuna, y los agenos destruyan y devoren los trabajos de sus manos.

»No tenga quien le ayude, ni le ampare el infeliz descomulgado, ni halle quien tenga misericordia con sus hijos pupilos.

»Sus hijos infelices vivan solo para caer y acabarse con brevedad, y en la una generacion se borre el nombre del maldito descomulgado.

»La maldad de sus padres se vuelva á poner en presencia de Dios, y el pecado de la madre no se ponga en olvido.

»El horroroso descomulgado amó la maldicion, y ésta vendrá sobre él; y pues no quiso la bendicion, ésta se pondrá lejos de su presencia.

»Va vestido el descomulgado de la maldicion de Dios; y así nada se ve en él que no sea maldito; y la maldicion entra como agua á su interior, y como aceite penetrante se le pone dentro de los huesos.

»Se hace oprobio de todos los buenos cristianos, los cuales le miran compasivos, para no mancharse con ella.

»En el edicto público del Santo Tribunal de la Fé se dice á los insordecentes descomulgados:

«Sean malditos en poblado, y en el campo, y en cualquiera parte donde estuvieren, y las casas donde moraren.

»Sean malditos los frutos de sus tierras; y los animales, y ganados que posean se les mueran. Envíeles Dios hambre, pestilencia y mortandad.

»Sean perseguidos de aire corrupto, y de los enemigos; y sean aborrecidos de todos y reprendidos en sus malas obras.

»Sobre los campos de sus vecinos envie Dios lluvia y fertilidad; y los suyos queden secos y sin frutos.

»Pierdan el seso y el juicio, y cieguen de sus ojos de tal manera, que la luz les haga tinieblas, y estén siempre en ellas.

»Sus mujeres sean viudas, y sus hijos huérfanos, y anden de puerta en puerta á pedir una limosna y no se la dé nadie. Quieran comer y no tengan qué.

»Sus dias sean pocos y malos; y sus bienes y herencias, dignidades, oficios y beneficios se pasen á los estraños.

»Maldita sea la tierra que pisaren, la cama en que durmieren, las vestiduras que vistieren y las béstias en que anduvieren; el pan, carne y pescado que comieren, y el agua ó vino que bebieren.

»Malditos sean con Lucifer y Judas y con todos los diablos del infierno, los cuales sean sus señores, y estén en su compañía; y cuando fueren á juicio salgan condenados.

»Vengan sobre ellos todas las plagas de Egipto, y la maldicion de Sodoma y Gomorra, y ardan en el infierno como ellos ardieron.

»Trágueles la tierra, y desciendan al infierno como Dathan y Abiron, donde permanezcan en compañía del perverso Judas y de los otros con-

denados para siempre jamás, si no reconocieren su pecado y enmendaren su vida.

»Dicho esto se manda á todos los del pueblo que levanten la voz y digan todos: *Amen.*

»Y los ministros de Dios dicen el salmo: *Deus laudem mean netacuerís,* con la Antífona: *Media vita in morte sumus,* y el responso: *Rebelabunt Cœli iniquitatem indœ:* y llevando una cruz cubierta de luto, y candelas encendidas en las manos, las apagan en el agua en señal de la perdicion y condenacion de los descomulgados, diciendo el ministro de Dios: Así como estas candelas mueren en esta agua, así estén las almas de los infelices descomulgados muertas en el infierno» (1).

XVII

—¡Qué horror!—gritó Buenaventura lanzando vítreos reflejos de sus encendidos ojos.—¿Y el Dios en nombre del que esto se hace, es el Dios que tú adoras, madre mia?...

Buenaventura cayó una vez más en las garras del «mónstruo formidable»; y, despues de una noche de desesperacion y de llanto, en que su

(1) *La Familia Regulada:* páginas 225, 226 y 227.

alma sufrió todos los tormentos más crueles de la duda, cuyo diente sutíl le destrozaba las entrañas, al oir el toque de alba se fué á la iglesia de la parroquia, y rogó al primer sacerdote que encontró que le oyese en confesion. Arrodillado á los piés del ministro de Dios volvió á llorar y á gemir; pero el que estaba allí sentado en el tribunal del perdon, representando la soberanía del Inmenso Bien, rechazó escandalizado al atribulado penitente.

—Piedad, señor, piedad!—gritó Buenaventura.

Las golondrinas que anidaban en los altos artesones de la bóveda del templo, revolotearon alegres, produciendo un murmullo de amor, que parecia una plegaria elevada al Altísimo implorando una mirada de caridad no sabemos si para el ministro, si para el pecador.

—Idos de ahí!—vociferó el sacerdote—y se levantó airado.

—Perdon, perdon, perdon!—gritó ahogándose el jóven, y cayó sin sentido sobre las losas de la iglesia.

Inquieto y devorado por las serpientes del infierno, volvió otro dia al templo y se hincó de hinojos ante otro sacerdote de la religion que perdonó á Pablo, á Agustin y á la mujer adúltera. No tuvo valor para confesar sus dudas y

mintió. El sacerdote murmuró, pensando en otra cosa, las bendiciones que redimen del pecado, y luégo, durante la misa, dió á Buenaventura la sagrada forma.

El desgraciado penitente soñó durante la noche que la partícula consagrada le quemaba la boca.

Al dia siguiente por la tarde vino á verle su camarada, y con él se encerró en el cuarto del camarin, donde hablaron largamente. Su amigo fué el verdadero confesor. Todo se lo dijo. Y al abrirle los tenebrosos abismos de su corazon, no olvidó referirle la leyenda del caballero de las águilas negras y lo que en su espíritu había influido aquella mujer de llama que se habia aparecido al conde bajo los muros de Jerusalem.

A propósito de esto, el amigo de Buenaventura sostuvo la posibilidad de las apariciones ígneas, y en apoyo de su aserto citó muchos casos tomados de las Sagradas Escrituras y de la vida de los santos, concluyendo por leer aquel extraordinario pasaje del *Pentecostes* que se ve en los *Hechos de los Apóstoles:*

»Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos.

»Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en várias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.

»Mas esto es lo que fué dicho por el profeta Joël:

»Y acontecerá en los postreros dias (dice el Señor) que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.

»Y daré maravillas arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre, y fuego, y vapor de humo.»

Buenaventura escuchó con vivísimo interés.

Siguieron luego departiendo sobre el mismo asunto, hasta que el camarada de nuestro héroe notando que su amigo, sumido en un mar de perplejidades no le escuchaba, se calló tambien. Sacó la petaca del bolsillo, lió un cigarro y cuando iba á encenderlo notó que los fósforos estaban húmedos. Frotó uno y lo arrojó; luego otro y otro y otro sin conseguir hacer fuego. Impresionado por las ideas que acababan de preocupar su espíritu, cojió, todas las cerillas que áun quedaban en la caja y escribió, distraido en la pared:

FLÁMEN.

Pasadas algunas horas en profundo silencio, el camarada de Buenaventura se retiró, dejando

á su amigo dominado por una preocupacion tenazmente sombría.

Buenaventura cojió de nuevo el libro compuesto por San Lúcas (1) y siguió leyendo estos versículos del capítulo II:

»Y estaban todos atónitos.

»¿Pues cómo los vimos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que nacimos?

»Parthos y Medos y Elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea y Capadocia, Ponto y Asia.

»En Phrigia y Pamphilia, Egipto, y tierras de Lybia, que está comarcana á Cyrene, y los que han venido de Roma.

»Indios tambien y Prosélitos, Cretenses y Árabes: los hemos oido hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.»

Y así leyendo, quedóse con las palabras del profeta Joël en la abstraida mente, palabras por Pedro repetidas á los incrédulos:

«Y vuestros mancebos verán visiones.»

De repente dejó caer el libro, hundióse en el profundo sufrimiento de sus crueles dudas, y desplomándose en un viejo sillon de vaqueta, ocultó la cabeza entre las manos. El peso de las ideas y el esfuerzo que estas hacian luchando

(1) Toda la antigüedad reconoce á San Lúcas por autor de los *Hechos de los Apóstoles.*—Scio.

con saña dentro de su cerebro para posesionarse de aquel espíritu infeliz, le hacian inclinar la frente en desequilibrio con los demás miembros corporales.

De esta manera permaneció mucho tiempo.

XVIII

Anocheció del todo.

La luna que iluminaba una expléndida noche de Junio, cernió su disco azulado en el espacio infinito, formando ondas luminosas, cuyo débil reflujo penetraba en el cuarto del camarin, dando á los objetos formas caprichosas y vagas que adquirian acentos y ojos y movimiento.

La fiebre dominaba en el organismo de Buenaventura, y bajo su impulso voráz la válvula de la vida latia en su pecho, con un *toc toc* seco y metálico que semejaba al que produce el vapor comprimido en el momento de poner en accion los resortes de una máquina de hierro; y como aquel alucinado de Ivan Tourgueneff, creyó que le llamaban. Levantó entónces la cabeza con trabajo y del mismo modo que el que despierta de una pesadilla por una sacudida brusca, conservando la tirantez en el sistema nervioso; la masa encefálica en ebullicion; el cráneo dolorido á

fuerza de resistir la explosion del pensamiento ó del dolor, y los párpados cargados con las sombras que sobre ellos acumulara el beleño de una somnolencia azorada, con las órbitas hinchadas miró vagamente y sus ojos vieron algo informe, parecido á un cendal blanco que flotaba en el ambiente de la estancia.

La gasa lúcida se tendia en el aire blandamente; desaparecia y volvia á aparecer, cual si una odalisca sacudiera el extremo de la muselina de su falda al bailar cualquier *delirio lánguido* delante del sultán en el harem.

Buenaventura tenia la vida concentrada en las pupilas.

La palpitacion que poco ántes resonaba en su pecho no la percibia ya; pero en cambio la frágua habia trasladado el horno á las sienes de Buenaventura, en donde sentia ahora la combustion de la sangre, verificándose como la del carbon que arde al soplo violento de un fuelle movido por potente mecanismo.

Despues de un breve instante de tinieblas, que hacian pálidos los ténues efluvios de la luna, volvió á surgir el luminoso vapor, y un ojo miró en las sombras á los ojos de Buenaventura.

Las dos visiones oculares se tropezaron.

De nuevo tornaron las tinieblas y de nuevo tornaron las dos miradas á encontrarse.....

Fija la una en la otra, se resistieron; cruzaron el filo de sus rayos visuales como dos acerados floretes, lucharon con destreza buscándose el corazon y, por último, se absorvieron.

Eran dos adversarios dignos uno de otro y se abrazaron.

El alma de Buenaventura dominaba por completo la materia; y haciendo á esta instrumento sumiso de sus paroxísmicos antojos, vió y oyó lo que la imajinacion en delirio quiso que viese y oyese el hijo de doña Ángela.

Otra vez desaparecieron las ondas tenuísimas de luz para aparecer á los pocos instantes: era como un juego de rayos y de sombras; como girones del crepúsculo flotando en la media noche.

De pronto los vapores luminosos llenaron la estancia.

Buenaventura pronunció con la mente estas palabras de Joël, repetidas por Pedro á los incrédulos:

«Y daré maravillas arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo.»

Fuego y vapor, ó vapor de fuego, estendiéndose por el aire, semejaba el polvo inflamado del cielo que los ejércitos seráfios, en grandiosa maniobra, levantaban al cruzar por delante del Poder de los poderes, ó la melancolía de Diana,

derramada de su frente en efluvios de luminosa languidez.

Aquel fuego en vapor fué tomando una forma indefinida.

Buenaventura creyó ver el reflejo de una mirada oculta.

De repente se abrieron dos párpados y pasó fugaz el relámpago de dos pupilas. El jóven escolar llevó la mano al corazon: la hermosa prima acababa de extremecerse en su alma al poder magnético de los recuerdos. Por último, vió que aquellas ondas azuladas eran tocas agitadas por el céfiro y por un broche de luz sujetas á la cabeza majestuosa de una matrona augusta, revestida de soberana hermorura, la cual le miraba compasiva.

Poco á poco la vision se fué levantando, como Vénus sobre las olas, hasta que se mostró en toda la esplendidéz de su varonil belleza.

Era alta como Calíope, y de Clío tenia el severo continente; su seno era opulento, como la que llevaba allí guardado el gérmen de los heróicos amores. El arte encontraría en ella el modelo ideal de las líneas, de la expresion y del dolor. Diógenes apagaría ante la sublime aparicion su linterna, creyendo haber encontrado la lealtad humana, olvidada en el cielo, en el momento de dar Dios forma al primer hombre; el poeta romperia su lira

The Institute of Mexican Studies
LIBRARY

homérica contra las sirtes de las Cíclades en presencia de la armonía suprema y Sáfo lloraría avergonzada de sus cantos. El ámplio ropaje de la fulgente vision, sujeto á su cintura por el ceñidor de Hebe, soltábase en el aire desvaneciéndose, de suerte que aparecia sin piés y flotando en el espacio como el astro de la luz; la clámide que Juno, la divina, usara en el cielo griego, prendíase en su hombro izquierdo con una rosa simbólica, y aquel brazo caía con elegante abandono y tal gracia escultural sobre el costado, que diera muerte de celos á los génios del Parthenon por su torpe manejo en el cincel.

Este singular fantasma borrábase por intervalos delante de Buenaventura, cual si se ocultase en el seno de la noche, para surgir del eclipse con alas de ángel unas veces, con penacho de luz en la frente otras, y otras con casco y lanza, lo mismo que la diosa protectora de la culta Athenas. Y aquel Proteo que se deshacía al contacto del aliento de Buenaventura y tornaba á aparecer en diferentes aptitudes, conservaba siempre la mirada animadora, clara y brillante como el faro de los mundos, levantado por el creador al pié de las gradas de su trono.

—¿Quién eres?—preguntóle Buenaventura con el pensamiento.

—Luz.

—¿Á qué viénes?

—Á alumbrarte, puesto que ante mi huyen las sombras, desaparecen las tinieblas, caen los falsos ídolos de sus altares y surje la verdad resplaneciente.

—¿Cómo te llamas?

La figura luminosa extendió un brazo, los ojos de Buenaventura se volvieron hácia el punto indicado por la diestra del fantasma, y leyó en la pared este nombre, escrito con fuego:

FLÁMEN.

XIX

Como sucede siempre que la investigacion serena de los hechos, como facultad del alma, es turbada por los trastornos del espíritu, á semejanza de lo que acontece á los pueblos cuando la osadía de un declamador desquicia el sentido y la naturaleza de las ideas, Buenaventura no vió que todo aquello era un poco de fósforo humedecido, con que su camarada habia trazado un nombre en la pared; sino que, arrebatado por el delirio de su exaltada fantasía (tribuno declamador de su alma) creyóse ante una de las maravillosas

apariciones ígneas de que hablan los textos sagrados, las vidas de los santos y los místicos, y se dejó llevar por la aparente realidad á las cimas vertiginosas donde le colocaba su cerebro enfermo.—El organismo del hombre es una semejanza del grande organismo humanidad. Y esta grandiosa fusion del indivíduo, ya sea por ignorancia ó ya por un secreto resorte, cuyo misterioso oficio solo gobierna Dios, es un hecho, evidente en la Historia, que abdica de sus facultades autónomas sin esfuerzo ante cualquiera molécula de las multitudes que logra crecer tanto como Goliat, ó grita con la voz elocuente de Ciceron, Domóstenes ó Mirabeau, ó con la palabra de Budha, Muní ó Mahoma dogmatiza; sin reparar en que aquella talla disforme ó aquellos cerebros peregrinos pueden lo mismo arrojarla á los piés de Roma cesárea que en los brazos de América libre, en una rehabilitacion del más alto grado de las castas indias, que en los siete cielos sexuales del Koran, ó en el purgatorio ó en el infierno cristianos.

Buenaventara, en el extravío de sus facultades mentales, miró cada vez más absorto, el misterioso nombre escrito con fuego en la pared, y de que aquello era una aparicion ígnea extranatural no dudó un instante. El libro sagrado de Lúcas allí estaba, al alcance de su mano, para repetirle

las extraordinarias palabras del profeta á los varones de Judea y Jerusalem, dichas de nuevo por Pedro con motivo de la incredulidad de aquellos: *fuego y vapor.....*

et juvenes vestri visiones videbut.....

et ignem, et vaporem fumi.....

Instintivamente, el hijo de doña Ángela se puso en pié y la vision desapareció al mismo tiempo.

Este hecho, que le hubiera podido inducir á una observacion para poder apreciar el disparate en que estaba embebecido, le ofuscó cada vez más, terminando por creer que la mujer de llama se le habia aparecido, lo mismo que al conde de la leyenda bajo los muros de la ciudad santa, dejándole escrito su nombre con fuego para que no le olvidara jamás.

De repente los terrores supersticiosos volvieron á hincar su garra en el ánimo inseguro del jóven, y el caballero de las águilas negras pasó por delante de sus ojos escribiendo en el aire la frase fatal: *¡Hasta luego!*

En un movimiento febril acercóse entónces al muro y pasó su mano por encima del fosfórico nombre.

Flámen lució con mayor intensidad, brotando de él con mayor abundancia los vapores luminosos.

Buenaventura volvióse azorado buscando al

negro caballero que acababa de amenazarle con el terrible emplazamiento.

Cerca de la techumbre de la estancia flotaban otra vez los cendales blancos. Sin soplo ninguno que los empujase, se movian como por impulso propio, cual debe de moverse el espíritu de la humanidad al rededor de la frente del Supremo Ser ántes de formar la esencia que luego baja á encarnarse en el cuerpo del hombre.

Una zona luminosa extendíase lentamente en la atmósfera.

Buenaventura vió á los pocos momentos que el vapor ígneo tomaba la forma de una paloma que desplegaba las níveas alas sobre su abrasada frente, lo mismo que la que Zurbarán colocó sobre la cabeza de San Pedro de Alcántara.

Conservando las plumas extendidas, el cuerpo del ave trasformóse luego en un rostro encantador, semejante á las cabezas aladas con que Murillo llenaba el ambiente de sus vírgenes.

El rostro era el de la primera vision.

Buenaventura sintióse reanimado.

Entónces los lábios del peregrino fantasma pronunciaron palabras que vibraron en el aire como una música del cielo, al propio tiempo que batía suavísimamente las flamígeras alas. Y dijo:

—Todavía el error te tiene asido y por eso tiemblas: sé fuerte y venceremos de él.

En esta lucha de fantasmas (que eran la personificacion de las ideas enemigas que torturaban su alma) sintióse Buenaventura aplastado bajo un enorme peso que de repente cayó sobre su pecho, cual si tuviese sobre sí las cuatro patas del caballo negro del cuento del campesino, ó algun «bruto terrible y formidable,» de aquellos de que hablaban los devotos libros de sus padres, se hubiese posesionado de él, y sintióse morir. Una violenta ola de congojas entró bramando en su corazon, le faltó la voz, parecióle que el beso abrasador de la llama infernal envolvia sus carnes, comenzó la asfixia á oprimirle con violencia la garganta y, como un energúmeno, salió corriendo hasta que se encontró en la calle. Y luego, loco, vehemente, frenético, siguió corriendo, corriendo, hasta que llegó á lo más alto de un monte que dominaba el pueblo, y allí se detuvo jadeante y sin aliento.

Desde la abrupta cumbre donde se hallaba —escarpada cima que parecía haber sido hecha por los titanes para escalar el cielo—dirijió una mirada enhelosa en torno suyo, cayendo desplomado sobre el suelo. Allí gimió como un Prometeo; sus manos apresaron gruesos mechones de su cabellera y, por último, se puso á escarbar la tierra con las uñas como un insensato. El frio de la noche introdujo en sus nervios irritados un soplo sutil, y la dolorosa impresion le volvió un

poco á la realidad. Pero no tanto que no se le figurase que alguien le tocaba en el hombro y le decía:

—¡Levántate!

Púsose en pié de un salto y miró con ansiedad á todos los lados del horizonte.

Nunca habia tendido la noche en los espacios infinitos manto más azul, ni con tantas hermosísimas estrellas tachonado. La explendidéz de aquellos diamantes del cielo era digna de una fiesta en las mansiones del autor de la creacion. La luna no habia osado interrumpir aquel diálogo de luz, vibrado en la inmensidad por la mirada divina de los astros, y se habia ocultado: de la tierra no se levantaba ni un rumor, con excepcion de algun torrente lejano que cantaba blandamente, repitiendo siempre una misma nota en el único bordon de su salterio, la dulce gracia con que llegaba á su seno el beso lánguido de sus eternas amantes las púdicas estrellas.

Buenaventura escuchó.....

Y, en efecto, creyó oir algo estraño, embelesador, solemne. Era una confusa y remotísima vibracion debilitada en los ámbitos sin fin del firmamento: quizá el extremecimiento armónico de las esferas al moverse sobre sus órbitas; quizá el rumor de los cometas al cruzar el éther, encadenados á un hilo invisible, cuyo extremo

tiene Él sujeto, entre dos dedos de la mano que crea, regula ó aniquila.

El alma lacerada del pobre jóven desprendióse un poco de la carne, que el magnetismo de una grandiosa abstraccion entumecia, comenzando poco á poco á estender las alas, cruelmente ceñidas por el cilicio de mortales dudas, uniéndose luego al concierto universal que al Dios bueno, clemente, todo amor, todo perdon, todo hermosura elevan los séres que forman los cuatro reinos de cuanto en los dias del Génesis fué creado.

El corazon de Buenaventura latió por vez primera normalmente: corrió la sangre por sus venas como un soplo tibio que llegaba á los extremos, donde se siente la pulsacion de la vida, dulce é igual, lo mismo que la mansa ola cuando forma una música de besos cadenciosos en el vaiven de sus deliquios amorosos con la playa. Notó que era grato respirar la brisa de la noche; que por los oidos le entraban sensaciones impregnadas en un deleite inefable; percibió una armonía que subía de la tierra, confundiéndose con otra idéntica que bajaba de lo alto, donde palpitaba una esencia amorosa, cuyo fin era la glorificacion de Dios por medio de la felicidad eterna del hombre, su hechura y semejante.

Y el espíritu de Buenaventura se elevó hasta Él en un rapto luminoso de su conciencia y de su

razon. Y en la contemplacion de tanto bien quedóse extasiado, despues de una dura peregrinacion por la selva de horrores de la tierra.

Mas aquella usurpacion á la realidad duró poco.

Allá en la márgen de un profundo surco que un rio habia formado mordiendo las montañas, sus ojos tropezaron con una masa sombría. En la diafanidad de la noche reconoció su aldea y la columna de humo que subia de la chimenea de su casa. Primeramente le pareció el holocausto de Abel repetido por su adorada madre. De pronto el humo se hizo negro, y en lugar de subir derecho como las plegarias de los buenos, extendióse por el aire en forma de dragon, cuyas alas de murciélago jigantesco terminaban en largas y aceradas uñas. La serpiente con que venía luchando, abalanzóse sobre él, sibilante y terrible y le mordió en las entrañas. Sus ojos, abrasados por las lágrimas y el insomnio, lanzaron entónces una mirada desesperada é interrogadora arriba, abajo y á todos lados, y cerrados los puños gritó levantando los brazos:

—¡Surje, demonio, surje!

En el fondo del valle alzóse un clamor confuso: creyó oir voces de gentes conocidas, ladridos de perros, el estrépito de un lugar en sobresalto, un grito desgarrador lanzado por su madre.....

Buenaventura dirijióse al punto de donde venía el rumor, lleno de ansiedad, pero nuevamente exclamó sin miedo:

—¡Ven, ven, maldito! Yo quiero verte. ¡Fantasma aterrador, ya no te temo! Ven. Quiero que me digas si eres tú la verdad. ¡Horrible verdad! ¿Dónde estás? ¿Acaso en los labios de mi madre? ¡Oh, entónces, madre mia, es cien veces horrible esa adusta ciencia que se esconde en tu alma adorable para destrozar mi vida con un refinamiento de crueldad irresistible. ¡Surje, demonio! ¿Eres acaso tú peor que el Dios que excomulga? Dios... Satán... ¿Qué más dá? ¿Puéden esas turbas llenas de fé católica hasta la impiedad, comprender esto sin figurarse que son los nombres de los brazos de un solo tirano? ¡Ah, madre mia! Tú me lo has enseñado así por que del mismo modo te lo han dado con la primera leche que mamaste. ¿Pero es posible paz en la conciencia ante esa irritable divinidad que tiene al demonio por verdugo y por bufon perverso, y el infierno por suplicio eterno para el desgraciado que se atreve á pensar porque tiene entendimiento, que se atreve á recordar porque tiene memoria, que se atreve á desear porque tiene voluntad, que se atreve á amar porque tiene corazon?

Y volvió á gritar cerrando los puños é hiriendo el suelo con el pié:

—¡Surje, maldito, surje; que yo te vea una vez sola!...

La excitacion á que habia llegado el espíritu de este mártir de la duda era tan grande, que la sangre comprimida en las venas por la violencia de las ideas, salia y tornaba al corazon con tanta violencia que en los oidos de Buenaventura comenzó á zumbar como un viento furioso, cayendo aturdido sobre los brezos del monte, al mismo tiempo que se creía arrastrado por los aires y á la grupa del caballo negro del demonio de la leyenda.

XX

Cuando se notó en la casa la falta del jóven, todo el mundo se puso en movimiento. Doña Ángela despues de registrar el lugar inútilmente, comenzó á llamar á voces á su hijo como si le hubiera perdido para siempre. La aldea entera corria de un lado á otro inquieta y aturdida. La madre del extraviado mozo, dando al viento gritos desgarradores, marchóse, acompañada del excoracero batiendo los montes como una demente.

En el silencio de la noche el rumor del tumulto llegó hasta Buenaventura.

La casualidad llevó á la herida madre al encuentro de su hijo. Cuando le vió tendido en el monte, creyóle muerto y, abalanzándose sobre él,

—¡Hijo de mi alma!—gritó en el colmo de la desesperacion—¡Buenaventura, vuelve en tí!

Buenaventura murmuró:

—¡Dios... Satanás!...

—¡Hijo mio, hijo mio!—volvió á gritar doña Ángela.—Vuelve en tí para que yo viva. Yo te diré quién es Dios y tú conocerás despues al diablo.

—*¡Flámen!*—pronunció el jóven sin despertar del desvanecimiento.

Doña Ángela con el corazon destrozado por horrible dolor exclamó:

—¡Loco!... ¡Ay de mí, está loco!...

Y sus lágrimas siguieron expresando aquel dolor cruel, porque sus lábios perdieron de súbito el arte de la palabra.

El antiguo criado de la casa cargó como pudo con el señorito (como él le llamaba). Así que hubieron llegado junto á don Genaro, que gemía en una esquina sin consuelo, metieron al enfermo en su cama, y el ex-coracero marchó volando en busca del médico. Por fortuna era el doctor hombre ilustrado, hábil y muy observador, de suerte que, tranquilizando á la familia por el momento, notó desde luego que aquel caso requería un de-

tenido estudio. Constituyóse á la cabecera del lecho de Buenaventura, y despues de indagar de la familia y del camarada de nuestro héroe, guiado al propio tiempo por las revelaciones incoherentes que se escapaban de los lábios del delirante enfermo, formó el diagnóstico y, con plenitud de ciencia, dispuso el tratamiento. En virtud de las sabias disposiciones del médico, Buenaventura recobró lentamente la salud y siguiendo los consejos del mismo, nadie volvió á hablar de diablos ni de infierno; antes bien parecia que una ráfaga de viento puro habia barrido de una vez todas las antiguallas de la casa y se respiraba allí un bienestar encantador.

Don Genaro mandó echar una llave á la puerta del cuarto del camarin, y teniéndola él á buen recaudo nadie penetró ya más en aquel sombrío aposento.

Buenaventura salió á pasar una larga temporada con unos parientes de su padre que vivian en la montaña. Hízose cazador y pasaba el dia entero en el monte.

Por aquel tiempo, el camarada y amigo del hijo de doña Ángela, se presentó al concurso abierto por la autoridad eclesiástica de la diócesis, con objeto de provistar de párrocos los curatos vacantes. El concursante obtuvo una abadía que si bien era de pingües productos materiales,

distaba mucho de su aldea natal. Con este motivo pasaron muchos años sin que volviera á ver á su amigo. Sabía por las cartas que de tarde en tarde se escribian, que Buenaventura vivia contento en medio de su familia, aumentada con una cariñosísima y virtuosa esposa y dos chiquitines encantadores, que hacian las delicias de los abuelos, al propio tiempo que eran su embeleso. Pero en medio de esta felicidad habia una sombra, segun la frase de Buenaventura.

«Esta sombra—escribía el hijo de doña Ángela á su amigo—ocupa la mayor parte de mi cielo doméstico. La veo siempre extendida, hosca, sombría y tenebrosa en la frente de mi madre. Tú bien sabes cuánto esta señora es bondadosa y cuánto en mi adoraba. Pues bien; á mis hijos los quiere con delirio; pero no puedo saber si este nuevo afecto ha matado en su corazon aquel cariño loco que por su hijo tenía. Me sonrie á veces con tristeza; mas cuando quiero besarla, como por costumbre solía, desvíame con dulzura; y noto entónces en sus ojos lágrimas acumuladas y relámpagos siniestros. Mi mujer me pregunta muchas veces qué pena enorme aflijirá á mi madre, puesto que la encuentra con frecuencia, arrodillada, orando, y con el pañuelo empapado en lágrimas, producto de un copioso llanto. En esto debe de tener oríjen la indisposicion de los

ojos que hace algun tiempo la aqueja, sin que ella se cure de hacerles remedio alguno.

»Yo sufro, amigo mio, por esta causa, un suplicio igual al de aquel personaje de la fábula que estando sumerjido en un lago hasta la barba, el agua huía de su boca cuando la sed le acosaba. Tengo á mi madre á mi lado; en su amor me sumerjo, y cuando deseo besarla huye... ¿Me creerá condenado todavía por lo que llamaba en otro tiempo mis estragadas ideas?»

Un dia, el amigo de Buenaventura salió de su abadía determinado á hacer una visita á su antiguo camarada. Recibióle éste con muestras de vivísima satisfaccion; pero luego que pasaron los primeros momentos de aquella natural alegría, el abad encontró á su amigo sumamente pensativo y como agobiado por hondísima tristeza.

—¿Qué te pasa?—le dijo—¿Volvemos á las andadas?

—No, gracias al cielo; es decir, no sé...

—Tienes motivos para quejarte de la suerte?

—No sé que responderte... Mi mujer es buena, virtuosa y amantísima de sus hijos y de su marido, sin necesidad de tener miedo al diablo; mis hijos van educados en la doctrina salvadora del respeto á sí mismos y del amor al trabajo. De esta suerte serán honrados, benignos y respetuosos con sus semejantes; amarán á sus padres,

procederán como buenos ciudadanos y sabrán bendecir al verdadero Dios...

—Pero tu semblante, amigo mio, denuncia grandes penas.

—Estoy de luto...

—Pues no lo hubiera conocido en tu traje.

—Lo llevo por dentro, que es donde se coloca la verdadera negrura de los pesares.

—¿Has perdido alguna persona querida?

Por las megillas de Buenaventura rodó una lágrima tan pesada, que despues de deslizarse por sus barbas, cayó al suelo produciendo un estallido cual si fuera de plomo.—Los grandes dolores cuando se deslien producen gotas de metal fundido.

El amigo del hijo de doña Ángela no pudo contener otra lágrima que se escapó de sus ojos. —El cariño, en todos sus grados, es un magnetismo que se apropia los corazones.

—¡Deseara ser un Alejandro para poder quemar los templos todos de la tierra!—exclamó de pronto Buenaventura con el acento de la desesperacion más violenta.

Su antiguo camarada quedó horrorizado de tan jigantesco como criminal antojo, é involuntariamente se puso á murmurar los primeros versos del antiguo himno latino *Dies iræ*. Luego dijo:

—Creo que harías mejor como Napoleon.

—Si, ya sé que es conveniente en este mundo de farsantes, más ó ménos sinceros, vestir el traje segun el uso de cada país. Pero Napoleon hizo eso porque su madre no se lo prohibió al morir.

—No te entiendo.

—¡Ah! Tú sabes bien mi historia.

—Recuerdo tus luchas íntimas.

—Pues bien: mi madre me adoraba y su amor la impuso silencio mientras vivió. El que tiene en su conciencia alguna idea que pugna por formularse en palabras, no calla impunemente: así es que mi madre hízose enfermiza y achacosa, cediendo en la lucha diaria su carne al voraz impulso de aquella conciencia que le decia: *grita! grita!*... Y la mártir calló siempre hasta que, sintiendo que la muerte la cojia de la mano, me llamó á su lado. Yo fuí corriendo. Quiso darme un beso; pero á mitad de la intencion volvió la cabeza como arrepintiéndose de querer quebrantar un propósito antiguamente hecho. Lo que entónces sentí no lo puedo recordar con ánimo sereno... Pasó una larguísima hora sin que ni ella ni yo hablásemos una palabra. Su respiracion, casi extertoral, hacia un extraño concierto con el chisporroteo de dos velas de cera amarillenta que ardian delante de la vírgen del Carmelo, colocada por órden de mi madre encima de una mesa que habia á los piés de la cama. En una habita-

cion próxima lloraban mi padre y algunos criados. Bien se veía que la muerte estaba allí!... Mi madre hizo por incorporarse un poco y yo me apresuré á ayudarla. Miróme luego largo tiempo de una manera fija: sus ojos parecian los de una imájen por la inmobilidad. Aquella mirada hízose por fin terrible para mí y le dije: «Por Dios, madre, no me mire Vd. de ese modo». Entónces hablóme de esta manera: «Hijo mio: encomiéndate á Dios, al verdadero Dios!... Quema esos libros que te han echado á perder. Tú eras bueno, muy bueno; y áun tienes buen corazon. Pero aquellos libros perversos fueron el tormento de mi vida y ahora son la causa de este horror que me infunde la muerte. Acuérdate, hijo mio, que yo voy á purgar los pecados por tí cometidos; y mientras no quemes esos libros de perdicion yo estaré ardiendo en las llamas del purgatorio. ¡Adios!... No puedo bendecirte porque mi bendicion se perdería por caer en un pecador como tú eres. La maldicion.....; pero no puedo..... no puedo..... Nuestra Santa Madre Iglesia te maldice.....» Y espiró, quedando en su último gesto impreso el horror á las llamas del purgatorio.

Al acabar de decir esto, Buenaventura se quedó sombrío y meditabundo. De pronto se volvió hácia su amigo; puso un dedo en la frente y le dijo:

—Lo tengo aquí!...

El camarada del hijo de doña Ángela notó entónces en los ojos de su amigo cierta manera de mirar extraña que le puso intranquilo.

XXI

Despues supo que la razon de Buenaventura se habia turbado y que vivia diciendo pestes contra las religiones todas y contra sus sacerdotes á quienes llamaba en su locura enbaucadores, dándole tambien la manía por ir todos los dias al cementerio, y uno por uno, quemar aquellos libros malditos sobre la tumba de su madre.

Una noche volvió de la mansion de los muertos radiante de gozo y con la razon recobrada.

Lo que habia sucedido, él mismo se lo contó despues á su amigo de la infancia de la manera siguiente:

«Sentíme débil bajo el enorme peso de mi espíritu herido y me tuvieron por loco. Una noche, estando en el cementerio, decidí poner fin á mis horribles luchas: tomé carrera, y ya iba á romperme el cráneo contra la tumba de mi madre cuando desquiciándose las piedras, vinieron al suelo con estrépito, y, de la abierta sepultura,

surgió una figura luminosa en quien reconocí al momento á Flámen, cuyo rostro, de esta vez, era el de mi madre, idealizado por una expresion divina y sobrenatural. Quedéme absorto contemplando tan hermosa y extraordinaria aparicion, mientras ella iba creciendo, creciendo, en el espacio, hasta que con su fulgente cabeza alcanzó la region de las estrellas. Dos de estas se fundieron en sus ojos. Luego estendiendo una mano sobre mi frente, mostróme con el índice de la otra las recónditas profundidades del cielo, y con la misma voz de aquellos lábios que me acariciaron los primeros en la infancia, díjome lo siguiente, mientras yo me extremecía de júbilo:

«Eso que ibas á hacer llámase caer derrotado ante el enemigo.

»La Verdad está cansada de presenciar esos desvanecimientos vergonzosos.

»Irgue la frente y mira: el suicidio es un crímen que revela al mismo tiempo flaqueza, miedo é incertidumbre.

»Ánimo fuerte, voluntad firme y fé: he aquí las cualidades que deben adornar á los soldados de la Verdad.

»¿Piensas acaso vencer del error de muchos siglos sin trabajos, sin martirios, sin dolor?

»Yo soy aquella que al morir, queriéndote como á un pedazo de mis entraños, puesto que

eras mi propio corazon, te maldije. Y ahora, revestida con la luz explendente de la Verdad Única, vengo á redimirte y á guiarte por la senda de aquellos que, caminando hácia el principio de toda perfeccion, alcanzan quizás todavía un vaso de cicuta como el ilustre Sócrates; pero nunca un fin vergonzoso ó siniestro cual fué el fin deplorable del gran Pascal, ó el trájico fin del enfermizo Werther.

»Todas las religiones tienen su Roma dogmatizadora é infalible.

»Pero el hombre fuerte tiene dentro de sí un poder superior á esas potestades humanas.

»Tiene la conciencia.

»Aparta los ojos del suelo y mira á lo Alto...»

.....

GUNDIFREDO DE PALLARES.

Á MI AMIGO

JESÚS MURUAIS RODRIGUEZ.

GUNDIFREDO
DE PALLARES.

I

No sé si de oríjen normando, vándalo ó de qué antiquísimo abolengo, cuenta una polvorienta crónica que llegó un dia (del año no dice nada) á las márgenes del susurrante Ávia, uno de tantos jefes de tribus nómadas; y encantado del país, que encontró fértil y pintoresco, dijo para su pellico —pues sobre este particular asegura la crónica polvorienta que de piel de oso era su manto:— «Esto me conviene.»

Y despues de pasear su mirada de buitre por toda la comarca desde un alto peñon que dominaba el frondoso valle (y es probable que fuese aquel pedrusco el que hoy conocemos con el nombre de *Pena Corneira* (1) acercó á su lábio rudo el enorme cuerno guarnecido de metal que traía pendiente á su hombro por una torcida raiz de

(1) En el distrito municipal de Avion, partido judicial de Rivadabia, se encuentra este famoso monolito de figura ovóidea, descansando, por su parte más ancha, sobre otros pedruscos de granito, cual si fuera allí colocado en tan pintoresca manera, por la mano de los hombres. Los pastores tienen hecho una senda por debajo de él por la que se pasa rastreando; y el coloso, cual centinela majestuoso de los siglos, contempla desde elevada atalaya multiplicados y extensos horizontes. Vése desde allí, y serpenteando como el último adorno de la falda de aquella sierra sobre que se yergue el gigante, el rio Ávia de frescas aguas diáfanas y rumorosas, en cuyo seno duermen las náyades descuidadas, mientras corre la graciosa onda por debajo de bóvedas de follaje fragante, al blando son de las linfas que resuenan como la cuerda del arpa heridas por las espadañas del cáuce.

¿Será un monumento celta? ¿Será acaso un obelisco levantado por generaciones antidiluvianas para conmemorar un hecho desconocido de la historia? A los doctos dejamos esta investigacion. Por decontado, el peso enorme del peñasco célebre no quita ninguna fuerza á estas imaginarias suposiciones, si en cuenta se tienen estas palabras de Lamartine á propósito de las piedras que forman las magníficas y colosales ruinas de Balbek, al pié del Anti-Libano:

«Aún cuando no se quiera conceder que la raza humana haya excedido de las proporciones actuales, pueden haber cambiado las proporciones de la inteligencia. ¿Quién asegurará que esta inteligencia más jóven y más inmediata á su creacion, no haya sido poseedora de procedimientos mecánicos más perfectos, para remover, como si fuese un grano de arena, estas masas que un ejército de cien mil hombres no conmovería en el dia?—*Viaje á Oriente.*

sáuce, y haciéndole sonar con fuerza, los vasallos que le seguian se echaron por tierra al oir los prolongados bostezos de la bocina de su caudillo, dando de seguida ocupacion á los dientes con los trozos de javalí y venado que sus mujeres le presentaron adobados con yerbas picantes y aromáticas, ó simplemente en cecina.

El jefe, que era así como rey absoluto de aquella manada de gente que acaudillaba, siguió por algunos momentos tocando en la mitad de la corona arrancada al testuz del cornúpeto, en lo alto del peñon: parecia querer decir que, una fiera desconocida en aquellos breñales tomaba posesion de todas las tierras que desde los mismos se divisaban, y para dar conocimiento de ello á los habitantes, si los hubiese, procuraba hacer llegar á sus oidos descuidados aquella especie de ahullar lúgubre y famélico.

Runo Palkzjtlares, embebecido en la perspectiva del hermoso panorama que se desarrollaba, como un sueño del cielo realizado en la tierra, delante de sus avarientas miradas, no se hartaba de pasear sus tenebrosos ojos de una en otra colina, de unó en otro horizonte, de un bosque á una pelada cresta y de allí á un verdegueante prado, devorando todo lo que veía con la ansiedad de un hambriento lobo y adivinando lo oculto con el insaciable codiciar de su anhelante pecho; y allí,

en la cima de la roca, como una negra ave de rapiña, se pasó la noche entera, oyendo los confusos cuchicheos que llegaban hasta su oido supersticioso desde el profundo cáuce.

II

El pergamino que de esto reza, perteneció á las ricas crónicas del Císter y, segun induce á creer una feliz casualidad, fué propiedad del monasterio imperial de Osera, cuyo archivo, como es notorio, abandonaron los monjes á una torpe incautacion, viniendo por tan bárbaros modos los infolios y manuscritos á ser propiedad de los tenderos de cominos y demás orugas destructoras de aquellos historiográficos tesoros.

Fué el caso, que cierto anciano, monomaníaco por recojer fárragos y desquiciados mamotretos de color rancio y olor á moho, dió un dia con el inapreciable pergamino casi del todo sumergido en un lugar inmundo, por donde se aligeraba de impurezas una populosa ciudad del antiguo reino de Galicia.—Y está por de más decir que, de las basuras del alma de los millares de habitantes de aquel pueblo, no salia nada por la cloaca; que el

hombre siempre avaro, léjos de arrojarlas al arbollon, las guarda en el cenagal de su conciencia. Así como Job fué herido de lepra y desolacion, conservando su alma pura en medio del estercolero, existe otro Job más humano que aquel de que hablan las divinas historias, el que, conservando el cuerpo limpio al exterior y la hacienda pujante, está herido de codicia y de ignorancia y se recrea en contemplar la lepra y la desolacion que lleva en el hediondo muladar de su alma corrompida.

III

Pero estas divagaciones, de muy mal gusto y del todo agenas á la historia del hallazgo de la peregrina crónica, no son tan extrañas como á primera vista pudiera parecer, al carácter del viejo anticuario, que solía verse en el aprieto de tener que agradecer á la inmundicia lo que fuera vano empeño tratar de arrancar al espíritu mezquino y torpe de los hombres.

Hábil como pocos en el conocimiento de antiguos papeluchos, podia desde luego asegurarse que nadie como él sabia justipreciar el valor de un libro viejo, desenterrado de entre el polvo de

un desvan, de un cronicon arrebatado en tiempo á las destrucciones de la humedad y de la polilla, ó de un romance del origen de la lengua, sorprendido en los lábios de cualquier ciego mendigo ó menestral contador de las *historias* de «aquellos tiempos en que Dios andaba por el mundo.» (1)

Dedicado en cuerpo y alma á esta asídua contemplacion papireana, sus ojos luminosos habian adquirido tan extremada, sagacidad, que habia acontecido varias veces verle marchar hácia un lejano monton de desperdicios y recortes de mil clases de papel y, con seguridad pasmosa, cojer aquel que le habia llamado la atencion desde larga distancia y resultar ser, en efecto, algo notable ó importante.

Entre muchos casos de esta índole, habíale sucedido que, revolviendo entre los escombros del archivo de la imperial Osera, despues del expolio llevado á cabo por los hombres, los temporales y las ratas, recojió su mano, siempre codiciosa de los secretos del tiempo, una hoja de una crónica medio roida y casi del todo destrozada por los piés de los que por allí habian pasado, como los caballos de Atila, ó como los

(1) Bajo esta denominacion es frecuente oir en Galicia mil narraciones diversas, ya en prosa, ya en verso, entre las que se suele sorprender alguna de verdadero interés histórico ó lingüístico.

bueyes del carro bélico de Merovingio, y con apesadumbrado acento exclamó:

—¡Las Gálias y las cien victorias de César diera yo, juntamente con la corona de Carlo-Magno y las doce espadas de sus doce famosos pares, por recuperar esta joya! ¡Qué riqueza aquí perdida! Estos caractéres son de lo más primitivo del arte. ¡Qué hermosos! Aquí está, aquí está la mano temblorosa de una generacion que comenzaba á hacer palotes. ¡Pero esto valdría una conquista de las Indias! ¿Dónde yacerá el cuerpo del monumento, cuyo informe pedazo tengo entre mis manos? Juro dedicar mi vida entera á buscar esta maravilla paleográfica, para levantarla de nuevo sobre su pedestal roto y desquiciado.

Marchóse luego á su casa y despues de encender el velon de aceite con que se alumbraba, sacó del bolsillo el pergamino y contemplando los antiguos caractéres en él escritos, pasóse la mayor parte de la noche en esa especie de mística adoracion con que un doncel enamorado contempla la primera misiva amorosa de la reina y señora de sus pensamientos.

—¡Esto vale un mundo!—repetia entusiasmado á cada momento. Y dejando las gafas encima del manuscrito, atizaba el velon, y volvia á calarse aquellas para continuar en su arrobo de arcáicos ensueños. Por último, la torcida empezó

á chisporrotear en el mechero, y nuestro hombre abrió una gaveta, y en un rincon de la misma colocó su tesoro, cual si hubiese escondido de la rapacidad de los ladrones un diamante de valor incalculable. Al mismo tiempo que esto hacia, murmuraba:

—Busquemos aún! Y juro que lo he de encontrar.

IV

Este hombre, verdadera mandrágula de los conventos ruinosos, donde vagaba de contínuo para satisfacer la concupiscencia folicularia y bibliómana que le dominaba como una enfermedad crónica, parecia él mismo un pergamino cosido á un esqueleto de cualquier monje de elevada talla, cuya semejanza completaba el traje un tanto eclesiástico que usaba. Tenía, por lo demás, una idea de los conocimientos humanos más grande que la de esos amasadores de rarezas tipográficas, cuyo placer se funda en poseer por el solo gusto de poseer, como esos judíos que nos ofrecen por tipo de avaricia: él ambicionaba el hallazgo con afan desmedido para cederlo luego generosamente á todo el mundo.

Juró, como hemos visto, buscar con ahinco el cronicon de que formaba parte el pergamino deteriorado que habia encontrado en el archivo del monasterio de Osera; y áunque la empresa pudiera parecer árdua para un hombre *de seso*, no hacia mella en su ánimo bien templado la magnitud de las dificultades que naturalmente pudieran ocurrírsele á otro. Fiel á su propósito, hizo viajes, inquirió; á todo el mundo dirijió preguntas; escribió cartas; bajó á los basureros; entró en los cuchitriles de los expendedores de especias y en las casas vergonzantes de préstamos al por menor; pidió á los mercaderes que le dejasen registrar los montones de papel destinados al embalaje; revolvió en los barridos de las farmacias, de las oficinas del Estado y entre los harapos de las prenderías; y desde el estante de libros de las bibliotecas públicas y privadas al que contenia los legajos y protocolos de las escribanías y procuras; desde el lugar destinado para los escombros, hasta la inmundicia de las calles, de los zaguanes y de las cloacas, todo lo escudriñó, todo lo averiguó, con perseverante é incansable celo.

Como era natural, esta vida extravagante dedicada al husmeo de papeles viejos le hizo famoso, y las madres de familia no tuvieron reparo en hacer de él un espantajo para apaciguar las

rabietas y berrinches de los bebés; los pilletes de la calle se alegraban estrepitosamente cuando le podian cojer de su cuenta y en general era conocido con el apodo de *el brujo buscon,* sin que faltasen muchos que creyeran de veras en las malas artes del supuesto hechicero.

Y lo cierto es que su figura enjuta y avellanada, su manera de caminar, siempre mirando al suelo, como si buscara algo que se le hubiese perdido, su escasa conversacion, enigmática para el vulgo harapiento y no ménos sibilítica para el vulgo dorado, le daban extrañas apariencias de antiguo nigromante; y si alguno de aquellos sábios imbéciles que tanta chacota hacian del buen *brujo buscon,* alardeando de dudoso ingenio y componiendo en su honor una verdadera zarabanda de palabras germanescas é indecorosas, como es uso entre gentes de grande ilustracion, —ilustracion asombrosa por el aplomo con que charlan de todo, sentando axiomas atrevidísimos contra las opiniones más autorizadas, ó emitiendo luminosos juicios sobre lo que solamente han catado por el forro, ó con los ojos del placer vislumbrado de lejos, ó con la mano torpe de la voluptuosidad palpado á oscuras;—si alguno de estos hijos enfermizos del *esport* de taberna, ó hablando más cultamente, de café, le hubiese sorprendido en su antro, cuando á media noche,

caladas las grandes antíparras y con una pluma de buho en la mano, delante del enorme velon de seis mecheros, se ocupaba, á la sombra de la pantalla de laton, en traducir algun infolio, seguramente que le hubiera tomado por el mismo autor del fárrago, resucitado en la hora de los aparecidos, para venir á reparar los daños causados en su obra por la mano deuteronómica de los sabios del dia.

V

Pero el brujo buscon caminaba, mientras tanto, á su objeto, y no reparaba en gastar su fortuna en tal negocio, como tampoco reparó *el más insigne manchego* en consumir la suya á cambio de adquirir una librería de su gusto; que por no serlo tanto de el del barbero y del cura del lugar fué condenada á las purificadoras llamas.

Ya hemos dicho que era monomaníaco, y lo era en tal grado que llegó á quedarse sin un banco donde poder sentarse, pues todo lo habia vendido para adquirir papeles, pergaminos y libros viejos, que, conociendo su flaco, le hacian pagar á peso de oro los libreros.

Como el célebre alfarero del Perigord,—no

ménos famoso que las trufas tan encarecidas por Savarin—que no teniendo leña para cocer sus esmaltes metía en el horno los muebles de la casa, nuestro hombre hubiera vendido la camisa para satisfacer sus concupiscencias folicularias; llevando á aquél la ventaja de no tener mujer que le comiera la figura por parecidos desatinos y ruinosos desaciertos.

VI

Una tarde caminaba el buen brujo buscon por la orilla de un riachuelo, husmeando como de costumbre, cuando de pronto su semblante cetrino tomó un color arrebolado de tomate, sus ojos centellearon como un áscua agitada en el aire y le faltó gas vivífico para respirar. Habia visto en medio de un albañal, que desahogaba en el torrente sus eruptos corrompidos, un pedazo de pergamino casi del todo sumergido en la inmundicia. Despues del primer estremecimiento de alegría, sintió como que le daban un fuerte empujon y ¡paf! quedóse enterrado hasta la cintura en el terreno, que además de inmundo era anegadizo.

En tan crítica situacion, y por ende sin las

fuerzas que los años le habian robado para poder salir del aprieto; con el inmenso peligro ante los ojos de no poder salvar el pergamino que su corazon le decia que era un tesoro, dióse á gritar como un desesperado pidiendo socorro, no para él, sinó para el interesante cronicon (pues ya le suponía tal) con la voz menos carraspeante que pudo arrancar á sus desecadas fáuces.

VII

Vióle desde lejos un pilluelo en tan mala aventura, y el muy desalmado, más veloz que el viento, corrió toda la ciudad congregando á la numerosa religion del diablo, compuesta de él y de sus inquietos camaradas, quienes armando grande batahola marcharon juntos contra él, prorumpiendo en desaforados gritos:

—¡Al brujo buscon! ¡Al brujo buscon!

Así que hubo llegado el endiablado ejército cerca del regato, produciendo grande estrépito, tomó posiciones en los altos que dominaban el albañal, y despues de armar el brazo con los cantos que por allí habia en abundancia, á una señal del Aníbal de aquellos terribles legionarios, las huestes descargaron á un tiempo tan

nutrida granizada, que solo por milagro patente pudo quedar ileso el atribulado brujo por aquella vez.

—Bárbaros!—gritaba él, en tanto, entre suplicante y furioso—¡que lo vais á acabar de sepultar!... ¡Salvajes! ¿No veis que es un pergamino?

—¡Muera el brujo buscon!...—respondióle un vocerío atronador, acompañado de un nuevo disparo de pedradas.

—¡El pergamino, el pergamino!...

—¡Muera el brujo!

—¡El pergamino, el pergamino!—repetía el viejo, gritando con todos sus pulmones y sin hacer caso de las contusiones recibidas.

—¡Muera, muera!—se oia chillar en los altos por centenares de voces.

—Pues bien—dijo esforzando su garganta el anticuario—muera yo en buenhora, pero salvad el pergamino. La posteridad, los siglos venideros, quizá tengan mucho porque alabaros... ¡Ah, insensatos! lo vais á inutilizar del todo con vuestras piedras...—Y no sabiendo ya como suplicar, una súbita oleada de coraje le trastornó el sentido y lo primero que se le ocurrió fué decir como don Quijote á los frailes de san Benito que iban camino de Sevilla:

—¡Gente endiablada y descomunal, escuchadme!

Los pilluelos atentos por un momento á las descompasadas voces que daba el pobre hombre, contuvieron un poco su bélico ardimiento, suspension que fué notificada á las lejiones por el *aquilífero* que estaba al lado del capitan.

—¡Oigamos, oigamos! Á ver qué dice el brujo.

Mas tan pronto comenzó aquel á hablar del pergamino, una risa general estalló en todo el ejército, apagando en su boca las palabras del anticuario y, á la risa lejionaria siguió un disparo graneado de piedras; y en mal hubiera parado aquel negocio, si una mujer que andaba haciendo amelgos en una tierra vecina no se moviera á compasion hácia el cuitado y fuese corriendo á dar aviso á la justicia de lo que allí acontecia.

VIII

Merced á este auxilio, muy á tiempo llegado, los batallones se deshicieron como el humo; mas quedándose algunos de aquellos intrépidos soldados en acecho de lo que pasaba, así que vieron al brujo buscon protejido por la justicia y ya libre de las basuras de la cloaca, lamentarse de que nadie quisiera prestarle ayuda para cojer el

cronicon, uno de los pilletes se le acercó con donaire y le dijo:

—Yo soy el valiente que va á pillar ese fárrago de en medio de las basuras, si su merced me alumbra con lo que sea de razon.

—¡Tú eres un hombre!—exclamó con alegría el anticuario, olvidando el mal rato que aquel tunante con los demás camaradas acababa de hacerle pasar—Tú eres un hombre, sí, y ahí tienes mi bolsa.

Cojió el pillete el fardelillo y despues de contar las monedas que contenia, se armó de una larga percha y en breves momentos estuvo á los piés del viejo un legajo harto estropeado y maltrecho. El brujo buscon lavólo con el mayor cuidado, el lejionario se fué saltando como un pájaro con el pico lleno, y los respetables miembros de la justicia, con el edil á la cabeza, se marcharon riendo grandemente de tan singular aventura.

IX

Con el pecho lleno de indescriptible alegría y más satisfecho que Mario despues de vencer á los cimbros, llegó el anticuario á su antro sin tomar aliento; encendió luego los seis mecheros

de su enorme velon y, haciendo un rimero de infolios delante de la mesa, se sentó sobre ellos. Calóse las antiparras; sacó del bolsillo el inapreciable pergamino, y comenzó una atenta investigacion por entre sus medio desvanecidos renglones.

El pecho le latia con vehemencia y su mano nerviosa no acertaba á desdoblar las hojas, no bien enjutas todavía. Mas lo primero que experimentó fué un glacial desaliento al observar que solamente habia logrado unas pocas de páginas de un volúmen que debia, á su perito juicio, estar compuesto de innumerables hojas. Las que tenia entre sus manos tan estropeadas estaban que para nada servian. Él las habia lavado con cuidado, con esmero, con mimo, con veneracion; pero el baño en que habian permanecido ¡Dios sabe cuánto tiempo! habia borrado la mayor parte de los caractéres antiguos en ellas escritos. Dió un gran suspiro, puso las gafas sobre la mesa, levantóse, y aguijoneado por una débil esperanza, la más fuerte por ser la última, abrió la gaveta, cojió la hoja de pergamino encontrada en el monasterio de Osera y volvió á sentarse en el rimero de infolios. Montadas de nuevo las antiparras en el afilado lomo de su aguda nariz, miró atentamente el primer hallazgo y luego procuró inquirir del segundo.... De repente dió

un salto como si una mano invisible le hubiese levantado en peso y exclamó:

—Oh! La misma, sí, la misma letra!

El manuscrito del albañal conservaba en su primera hoja y en aquella parte que felizmente no habia estado sumergida, algunos renglones que le ofrecian la prueba de esta identidad de caractéres; pero nada más....

El anticuario no era hombre que creyese en imposibles y á fuerza de leer libros de química y de preguntar á las gentes entendidas en esta ciencia, creyóse capaz de restaurar las desvanecidas letras y, en efecto, lo consiguió en parte, pues el resto estaba del todo estropeado.

X

No obstante, pudo asegurar lo siguiente con plenitud de ciencia:

Primero:

Que el manuscrito encontrado en el archivo del convento de Osera (casa imperial de monjes cistercienses)—cuya traduccion es aquella con que dimos comienzo á esta narracion—y las demás hojas de pergamino encontradas igualmente en el albañal, pertenecian á un mismo cronicon.

Segundo:

Que este interesantísimo hallazgo tenia por objeto narrar los hechos y grandezas y antigua genealogía de la nobilísima casa de Pallares (1).

Tercero:

Que Runo Palkzjtlares era evidentemente el primer Pallares, fundador y tronco de aquella preclara é insigne estirpe, puesto que, la repeticion de consonantes, tan antipática y difícil á la dulce habla gallega, fué suprimida en el trascurso del tiempo hasta quedarse trasformado el antiguo en el novísimo nombre patronímico.

XI

Despues de sentar estos axiomas paleográficos y lingüísticos, tradujo del deteriorado manuscrito del albañal lo que humanamente pudo traducir, y es como sigue:

XII

»Y por aquellos tiempos la casa de los Palla-

(1) Ya se entiende que no es de aquella ilustre familia gallega, cuyo tronco genealógico echó sus primeras raíces durante el asedio de moros á la ciudad de Lugo, de la que intentamos hablar; es esta estirpe de más antiguo abolengo.

res habia llegado á su mayor esplendor; y comenzaba á inclinarse por un lado, si bien por el otro estaba bien cimentada y firme.

»El lado ruinoso era el de las glorias; que áunque esto no alimenta es lo cierto que satisface.

»Y era el lado firme el de las riquezas, pues era casa llena y harta, y temida de los humildes, y agasajada de los soberbios.

»Habia dado de sí muchos frailes, algunos abades y bastantes priores y dos generales de la órden de san Bernardo, y un obispo de Indias, y inquisidores, y hombres de virtud, de saber, y de milagros; y tambien habia dado hombres de guerra y afamados justadores; y tenia horca, y se hacia la justicia por su mano, y era en todas aquellas tierras poderosa como encina vieja que mete las raices por entre peñascos.

»En aquellos serenos dias fué nacido Turdimulfo, el teólogo, y tambien el chato. Y era de la primera manera conocido entre las gentes, porque en toda su menguada vida no se dió á otra cosa que á saber de teologías; y, sin tomar hábito,—ántes bien hizo matrimonio con rica hembra del país—pasaba los tiempos buscando disputa acerca de la dicha sabiduría que él cuidaba de tener al dedillo, para lo cual leia y releia en los libros que tratan de Dios Nuestro Señor y de sus divinas cosas.

»Estaba de acontecer y aconteció que una noche vino por allí un fraile capuchino que haciendo viaje para su convento perdió los vientos de la ruta; y teniendo algun reparo en pasar la noche al raso, porque no habia el buen fraile tan grandes pecados que mereciesen tal penitencia, llevóle su ángel guardian á casa del de Pallares á pedir hospitalidad. Con grande contentamiento recibióle Turdimulfo en su morada y mandó que pusiesen, para él y para el fraile, gran yantar y vino nuevo.

»Puestos á mesa y manteles, como buenos y viejos amigos que eran, andaba muy ocupado el capuchino en dar abasto á los dientes y no decia una palabra; mas el señor de la casa que sentia comezon por hablar de teología, decidióse, el primero, á hacer conversacion; y como no anduviese fácil ni poco apurado para entrar en razones, cual era de su deseo, acordóse de que áun habia un poco de sol cuando el huésped fué llegado á la casa y parecióle bueno para el caso un refrán, y dijo:

—»Padre, huésped con sol há honor.

—»*Amen.*

—»Pero de esta ocasion yo he más honor que el huésped.

—»*Dominus vobiscum.*

—»Paréceme que teneis hambre y á fé que

me huelgo de veros comer con tan buen apetito.

—»*Deo gratias.*

»Dióse á paciencia el de Pallares y así que estuvieron bien comidos y el odre de vino nuevo, de mofletudo y reventon se habia quedado en los pellejos de flaco y de chupado, comenzó Turdimulfo á despachar argumentos y silogismos que era cosa por demás. El padre capuchino, que ya no estaba para bromas, hacia á su vez lo que podia: y sobre si el Hijo, y sobre si el Padre, y sobre si el Espíritu Santo, armaron nunca oido vocerío; y despues de tirarse á la cara los mendrugos de la cena, se arremetieron con descomunal ahinco, dándose cual más podia de mojicones, de barrigazos y de puntapiés; y despues de correr todo el salon bregando y echando por tierra cuantos trastos allí habia—que era aquello el fin del mundo de estrépito y de amenazas—vinieron los dos á dar consigo en el suelo, del que se irguieron, al fin, sudando á mares; mas el buen capuchino levantóse con una buena razon—y no teologal—entre los dientes, miéntras su contrincante la echaba de ménos, no en su afan de disputar, sino en su cara, pues que se habia quedado sin narices, arrancadas por los dientes del fraile capuchino.

»Y esta es la razon porque, desde entónces, á

Turdimulfo, el teólogo, le llamaron tambien *el Chato.*

XIII

»Desnarigado y todo, el descendiente de Runo, el que tocaba el cuerno en lo alto del peñon, encontró consorte—que nunca es mal parecido hombre bien adinerado;—y al poco tiempo de casado tuvo un hijo de su amada Rabizuncha, ricahembra, como el lucero del dia de colorada, y vivaracha como los cabritillos recentales. Pero era Rabizuncha tan entrometida, arisca y de génio avinagrado, que ni el mismo demonio la llevara con paciencia.

»Turdimulfo escarmentado de una vez para siempre con el caso del capuchino, no queria perder las orejas, que áun le quedaban enteras de aquella teológica disputa, y, por esta juiciosa razon, no replicaba nunca á su mujer, si bien ésta le argüia á cada instante.

»El cielo, al fin clemente, se compadeció del buen Pallares y su consorte se marchó á morar con Dios, despues de una mala digestion de silogismos caseros que presentó á su esposo con motivo de un brial que le venia corto y por ende no le hacia el talle tan hilado como ella hubiera

querido mostrarlo ante los ricos-homes y mayorazgos del país. Pero como el prudente Turdimulfo callaba siempre por miedo á quedarse sin orejas, la elocuente Rabizuncha reventó de un hartazgo de razones que no pudo demostrar: por lo que barrunto que áun no se la hubiera llevado el diablo si ántes oyese alguna objecion de su marido que le diese motivo para terminar la obra del capuchino, arrancándole las orejas de una buena dentellada.

XIV

»Quedóle al desconsolado viudo un hijo de doce años, á quien habian puesto por nombre, en la pila bautismal, Gundifredo.

»Y era único heredero de la ilustre casa de Pallares.

»Y descendiente, por línea recta, de Runo, el que tocaba el cuerno en lo alto del peñon.

XV

»Creció el vástago con vigorosa pujanza. Y como las riquezas eran grandes, las rentas pín-

gües y sin cuento, y habia poco quien las diese abasto, el padre dejó al hijo que viviese á su antojo y voluntad. No desperdició Gundifredo las larguezas paternales y comenzó á gustar con afan de las aventuras del juego y de las mujeres y de cuanto apetecia su alma depravada, así como la de los innumerables camaradas que, cual hormigas que devastan un panal de miel, le rodeaban noche y dia con muy grande solicitud y entusiasmo.

»Hacíanse torneos, y el invencible hijo de Turdimulfo, el teólogo, era proclamado siempre, por aquellos apasionados amigos, el más bravo, el más hábil, el más intrépido y denodado y el más apuesto y gentil; hacíanse festines, y él era el magnífico y seductor; hacíanse cabalgatas, y nadie le ganaba en diestro y entendido en el manejo del bridon, ni habia quien osara poner en duda su donaire y osadía en el arte de saber montar: y las damas le requebraban, y las que no lo eran le salian al encuentro; y era alabado por hermoso, por galanteador, por magnánimo, por amigo leal y generoso, por espléndido; y hasta le decian que era inimitable en la gracia con que desocupaba las narices, escupia ó se rascaba el cogote y se mordia las uñas.

»Y era dicho todo esto con tanta razon que es por demás encarecerla. ¿Cómo no le habian de

alabar si Gundifredo de Pallares pagaba todas aquellas fiestas y algazaras y además cubria las deudas de sus admiradores y llenaba sus voraces bocas y sus bolsas sin fondo y daba ricas joyas á las damas y soltaba riquezas sin cuento en las manos de las plebeyas?

XVI

»Y Turdimulfo, el chato, seguia siendo tan prudente como en tiempos de Rabizuncha. Pero, un dia, viendo el mal rumbo que llevaba su hijo único, díjole con cariño, aunque poniendo el semblante más sério que le fué posible, como si fuese á sentar el más intrincado silogismo:

—»Hijo, tu eres de noble raza.

—»Del tronco de Runo, padre.

—»Pláceme que no lo olvides.

—»De aquel que tocaba el cuerno en lo alto del peñon.

—»Bravo! veo que á pesar de tus locuras, tu sangre es la de los Pallares.

—»Como que soy hijo vuestro y de Rabizuncha.

—»Pero si así sigues, hijo mio, no habrá nada que te llegue.

—»¡Valiente cosa! ¿No soy yo, por ventura, el heredero de la casa entera de Pallares?

»Y el mancebo siguió cada dia peor que peor: si ántes tenia sus orgías fuera de casa, ahora traia á la misma de su padre mujeres perdidas y amigos chupones y aduladores, tan envilecidos como aquellas y como aquellas insaciables. Y se pasaban semanas enteras con las ventanas cerradas, encendiendo grandes luminarias para que pareciese siempre noche; y empezaban á la mesa y concluian revolcándose en las camas, para volver á la mesa y al juego y otra vez á los lechos: y así, de esta suerte, traginando dinero, vino y liviandad, se pasaban dias y dias hasta que ya no podian resistir de tanto regodeo.

XVII

»El buen Turdimulfo, el teólogo, lleno de pesar y consumido de tristeza procuró, atraer á su heredero al camino de la teología, que era para él el único camino del honor y de la gloria y la única tabla de salvacion á que podia asirse Gundifredo en medio del mar tempestuoso por donde corria su vida, cual nave sin timon que marcha azotada por los huracanes á un naufragio

inevitable. Y lleno de seráficas ilusiones, el afligido viudo echaba una gota de miel en el estanque amargo, dando un huelgo á su tribulacion, con la esperanza de hacer teólogo á su hijo. Con tal propósito, colocaba sigilosamente en el cuarto del descarriado mozo las obras de Aristóteles con las de santo Tomás de Aquino, con las de san Jerónimo y san Agustin y demás filósofos y Padres y Doctores de la Iglesia. Pero siempre que iba á ver si alguno de los edificantes volúmenes tenia señales de haber sido abierto, encontraba que yacia medio chamuscado ó del todo convertido en ceniza por el fuego de la chimenea. Consternado contemplaba aquel impío destrozo y volvia á traer nuevos tesoros teológicos para ser del mismo modo arrojados al suplicio de los herejes.

XVIII

»La perdicion del hijo de Turdimulfo era inevitable: ya le faltaba poco para que las riquezas inmensas de la casa de Pallares se acabasen de consumir en una vida desenfrenada; y lo que laceraba más el corazon de su cristiano padre era ver como su descendiente manchaba el lustre

de sus deudos y antepasados, nunca tachados de sospechosos en materias religiosas, con una relajacion de ideas y de costumbres tan grande que ya no le conocian en todas aquellas tierras, y hasta en los más lejanos lugares, por otro nombre que por el de Gundifredo, *el hereje.*

»Para alcanzar este horrible bautizo, en verdad que motivos sobrados habia dado y de antiguo venian ellos.

»Él no oía misa ni confesaba; habia penetrado como ladron en las casas santas de las hijas del Señor y las habia violado, y con ellas habia huido á otros parajes; habia dado de palos á muchos ministros del altar (cosa muy imperdonable); un dia le escupió al rostro á un hermano mendicante, porque, habiéndole pedido limosna, el hereje no quiso darle nada, y entónces el hermano le maldijo y le sacó á relucir su mala vida, indignado, sobre todo, porque no le daba la limosna, que es cosa muy meritoria para las ánimas del purgatorio; otra vez puso asedio á un convento de bernardos, ayudado por una cuadrilla de malhechores bien pagados, porque el padre abad del mismo convento habia lanzado contra él descomunion mayor; y así que entró en el sagrado recinto de los monjes, hizo que la comunidad comiese paja (¡causa espanto decirlo!) en el mismo altar, convertido en pesebre

para el caso; y, por último, cojió al padre abad y lo puso en pelota y mandó que le untaran bien de miel, y luego púsole un gran cucurucho en la cabeza, en forma de mitra, y díjole que comenzase á oficiar de pontifical para quitarle la descomunion que le habia echado. El padre abad no tuvo más remedio que hacerlo así; y aquellos bergantes desalmados se reían, como los judíos que azotaron á Nuestro Señor, al verle oficiar de aquella manera, y cuando las moscas le picaban: porque hacia, el pobrecito, muy raras cosas para espantarlas, lo cual no conseguian, pues ellas volvian otra vez al cebo de la miel.

»Y por estas impiedades, el templo quedó irregular y hubo de venir bula de Roma para abrirlo de nuevo al culto de Cristo Crucificado, nuestro Dios (1).

XIX

»Una noche, Turdimulfo, agobiado por tantas y tan desmedidas desventuras, sintióse de

(1) Hemos oido referir este caso á un campesino, que decia haber acaecido en el convento de Melon. La historia no refiere nada sobre el particular; pero algo de cierto podrá quizás tener, cuando la tradicion lo conserva; y además estos sucesos no eran nada inverosímiles en

muerte y, llevando la mano al sitio de las narices, vínole pensamiento de que era llegada la hora para decir á su heredero los póstumos consejos paternales. Hízolo venir de una orgía, en que se encontraba grandemente ocupado con sus camaradas de ámbos sexos, en desentrañar un enorme silogismo, oculto bajo la forma de un odre de vino rancio; y mal humorado y haciendo eses se presentó delante de su padre moribundo.

—»Aquí estoy, padre.

—»Bien venido, hijo mio.

—»A fé que andais apurado.

—»No yo, hijo mio, sinó la muerte que me está estendiendo el despacho.

—»Pues buen viaje, padre.

—»Tú eres un desalmado!

—»Eso del alma es ya cuento muy viejo.

—»Dios te toque con su divina gracia en el corazon.

—»Amen.

—»Amen, sí!.... Pero ántes de marcharme quiero decirte mis últimas palabras.

—»Bueno!—y Gundifredo dejándose caer en un enorme sillon de vaqueta, claveteado con grandes redondeles de metal dorado, que estaba de-

cierta edad en que el padre abad del convento de San Clodio, venia en procesion á Ribadavia con una riestra de ajos al pescuezo, forzado á sufrir tal afrenta por un noble de la época.

lante de la cama, quedóse profundamente dormido mientras hablaba con trabajo el moribundo.

—»Mis palabras solamente merecieron tu desprecio.

»El hereje comenzó á roncar.

—»Tú eres un hijo pródigo; mas yo no alcanzaré á ver tu arrepentimiento. Para que esa manada de lobos y prostitutas que te adulan, porque te devoran, hagan corro á tu alrededor, la casa de Pallares no sólo perdió el prestigio que una sucesion de grandes hombres le habia dado con su virtud y religiosidad, algunos con milagros y otros con conquistas y adquisiciones de pingües rentas y territorios, en el trascurso de gloriosos siglos, sinó que sus riquezas van del todo consumidas por tus vicios, dilapidaciones y despilfarros. Las rentas de muchos años están empeñadas; y si hubieras tenido tiempo en medio de tus escándalos y depravaciones para mirar á tu alrededor, hubieras reparado que de la numerosa servidumbre de esta casa apenas me queda un criado para hacerme la cama ó para traerme la hazaleja con que me limpio el sudor que la vergüenza hace correr por mi rostro. Y hubieras echado de ver tambien que los techos comienzan á desplomarse por falta de reparos y las ventanas se van quedando como los huecos de una calavera, porque las maderas caen de su sitio

azotadas por el temporal: ya vés cómo llueve aquí y en todas las esquinas de la casa, y el viento entra y sale como Perico por la suya. Pero lo que me causa mayor desasosiego y me anticipa la muerte es tu herejía....

»Quedóse Turdimulfo sumido, al decir estas últimas palabras, en honda meditacion; y de pronto, pegando una gran puñada en la mollera de su hijo, gritó furioso:

—»Confiésate, foragido, confiésate!

»Gundifredo dió un fuerte ronquido, y tomando en el sillon otra postura, murmuró sin despegar los párpados:

—»*Confiteor.*

—»Confiésate, hereje, confiésate!—volvió á gritar Turdimulfo, asestando otra puñada en la cabeza de su heredero. Este, que dormia bien el vino y el cansancio de la orgía al arrullo del sermon, respondió de mal humor:

—»*Mea culpa.*

»El moribundo, montado en cólera, pegó tan récio empujon á su hijo que, haciéndole rodar por el suelo con sillon y todo, despertó por completo.

—»¡Mil demonios!—exclamó levantándose—si con esos brios entrais en el infierno, pronto veremos sustituido al diablo viejo por el nuevo diablo Turdimulfo.

—»¡Oye, perdido, oye!—dijo el de Pallares á su hijo.—Aun cuando mereces una horca, no me es posible abandonarte á la infame suerte cual debiera; que al fin, malvado como eres, soy tu padre y tú mi hijo único.

—»Por muchos años, padre.

—»¡Oye bien, excomulgado! Si algun dia vuelves en tí,—y confío que la ruina completa te ha de hacer volver,—y comienzas á desandar ese camino de perdicion para emprender la buena senda, entónces encomiéndate de corazon al san Huberto que está en la sala del archivo y pídele con fervor que te proteja y ayude.

—»Pues no dejaré de hacerlo para entónces,

—»Ese milagroso santo fué el amparo de toda nuestra familia, que á él se dirigió siempre en sus apuros, y no en vano. Pídele de corazon, que él te dará; pídele con fervor, malvado!

»Al decir esto último, la voz de Turdimulfo era como el trueno y la mirada de sus ojos como fuego de incendio entre humo negro y resplandores muy siniestros. El hereje cayó de rodillas á los piés de la cama, y prometió, lleno de miedo, cumplir todo al pié de la letra, mientras su padre espiraba.

XX

»Tan pronto fué sabido el fallecimiento del viejo señor de Pallares, corrieron muchas gentes de todas partes y de largas distancias, porque la casa de Turdimulfo, el teólogo, era buena para hacer suculentos y lucidos funerales. Y los amigos y camaradas de Gundifredo, bajo pretexto de que él no estaba para nada con tanto pesar como tenia, tomaron mano de todo con presteza y diligencia muy grandes, disponiendo lo necesario para la fiesta que fué sonada hasta muy apartadas tierras y comarcas.

XXI

»Y se pusieron grandes mesas por todas las salas y corredores de la casa para las gentes de nobleza y clerecía; y por fuera de ella tambien se pusieron tablas y bancos para los vasallos y hombres y mujeres y niños que allí vinieron como moscas al vezo de la comida. Y vinieron las gaitas todas de la comarca con tamboriles y

bombos y triángulos que le hacían muy buen acompañamiento; y tambien vinieron ciegos mendigos con violas, guiados por mujerzuelas que tocaban la pandera ó las conchas con muy buena gracia y zandunga, y, al compás de ellas, cantaban coplas y otras cosas que hablaban de milagros y encantamientos; y acudieron los juglares y farautes; y se mataron muchas terneras y corderos y muchas reses de otras clases; y se cocieron muchas hornadas de pan; y corrió el vino como rios desbordados; y acontecieron muchas quimeras, y llovieron mojicones, y hubo cabezas y brazos rotos; y se murmuró mucho; y los eclesiásticos hablaron de todo ménos de Dios, y sacaron á relucir cuentos del confesonario, y comieron como hombres que mandan hacer penitencia á los demás; y hubo danzas; y hubo hombres que vendian, como en féria ó romería, rosarios y reliquias y rescriptos y medallas con indulgencias plenarias y escapularios benditos y nueces y avellanas; y no faltaron rapuñeros y, como es natural, tampoco escasearon hurtos: y parecia aquello una Babel de tanto ir y venir, de tantos gritos confundidos y mezclados, con tanto gentío, con tantos caballos, mulos, asnos y borricas.

»Las amigas y camaradas del hijo del difunto, atentos á todo con muy grande solicitud, or-

denaron, á fin de dar mayor ostentacion al pesar de su triste amigo, de armar un teatro en el patio de la casa; y en él improvisaron ellos mismos pasos muy divertidos que acababan siempre en borrachera y lividinosos bailoteos.

XXII

»Todo el mundo quedó cansado, contento y satisfecho de aquellas nunca vistas fiestas luctuosas que duraron tres dias sin reposar.

»Y así que hubieron concluido del todo, los amigos y amigas de Gundifredo, cada vez más solícitos, para quitarle pesadumbre le propusieron cabalgatas y cacerías y grandes fiestas y buenas partidas de juegos diferentes, y otros muchos divertimientos de esta índole y jaez. Aceptó él, muy reconocido á tan visibles muestras de amor é interés, todo cuanto le propusieron: y de una en otra zambra, de una en otra fiesta, cansando al vicio en las orgías, quedóse, al remate, sin nada, pues él pagaba todo y perdia siempre al jugar, sin echar cuenta de lo que le robaban, que era mucho.

XXIII

»No se cuidó en un principio de su ruina, pues suponia él que sus amigos le habian de dar del modo que él les habia dado, con largueza y sin medida.

»Y se acercó al que más favores le debia, y de todos el que mejor caudal gozaba, merced á las dádivas de Gundifredo, y le dijo:

—»Préstame, que luego te devolveré con usura.

—»¡Qué has de devolver tú!—le contestó; y se puso á hacer tales escarnios de él que Gundifredo huyó lleno de indignacion y de vergüenza.

»Los demás evitaron encontrarse con él como si fuera un leproso; que bien dicen que no hay lepra más horrible que la de ser pobre.

»Pero como del árbol caido todos hacen leña, sugerióle el demonio al más infame de aquellos perversos amigos (al que le habia escarnecido cuando le pidió prestado) la mala idea de reir sin tasa á cuenta del poderoso arruinado.

»Al efecto dispuso un convite.

—Cornelio dá una fiesta—dijeron los que

habian sido cortesanos del heredero de Pallares.

—»Cornelio es poderoso—repitieron los parásitos de la opulencia:—Vamos, que será magnífica.

»Gundifredo recibió una invitacion muy cariñosa.

—»A mi señor—le dijo el criado de Cornelio, aparentando que hablaba por cuenta propia—no sé qué grande pena le aflije de pocos dias á esta parte. Parece unas veces loco rematado y quiere arrojarse de las ventanas de la casa; y parece otras que se va á morir de pesadumbre. Llora y dá unas voces que ponen espanto, exclamando: «soy un miserable.» Y al propio tiempo se arranca los pelos con sus manos. Todos los de la servidumbre de Cornelio estamos llenos de miedo y consternados. Ahora mismo acaba de decirme: «Anda, y te daré cuanto me pidas si haces con que Gundifredo, mi amigo más amado, aquel á quien todo se lo debo, venga á mi casa. Y si no pudieses aplacar su enojo, aquí está la cuerda donde terminaré mis infelices dias.» Y me mostró la que atada á una escarpia se balanceaba en el aire.

»El hijo de Turdimulfo, en vista de esto, creyó que el arrepentimiento habia penetrado en el corazon de Cornelio, procurando por aquel medio hacerle ofrenda de los remordimientos de

su conciencia, y del gran pesar de su corazon, despues de un ultraje tan grande como habia sido aquél, que en un momento de sugestion diabólica sin duda, le habia inferido. Y como habia sido poderoso y ahora se veía pobre de solemnidad, por mucho entró en su ánimo la buena voluntad para perdonar á Cornelio, pues no dudó que despues de opípara comida le abriria sus arcas, como él se las habia tenido abiertas siempre hasta que le quedaron exhaustas.

»Dando, pues, á un lado desdichas, allá se fué Gundifredo.

»Y cuando llegó á casa de Cornelio, cuatro criados de éste se adelantaron muy sumisos en ademan de tomarle el sombrero y la capa. Mas como de tales amos tales criados, en el momento en que Gundifredo alargaba la capa y el baston, los criados se avalanzaron sobre él, trocando la sumision en escarnio y poniéndole una argolla al pescuezo lo sujetaron con la cadena del perro que tenia costumbre de estar en aquel sitio para guarda de la puerta.

»Miéntras tanto se oía el ruido que producian los convidados en la sala del comedor; y Cornelio decia á sus camaradas:

—»Acaba de llegarme un dogo, regalo del padre general de la órden de San Benito, venido de Tierra Santa. Es un animal que no hay dinero

que lo pague. Os ruego que le guardeis los huesos, que es cosa de que gusta mucho.

»Y así que hubieron comido levantáronse todos muy afanados por ver el maravilloso perro. Cada cual llevaba en un plato los huesos que habia juntado de la comida. Cornelio iba delante de todos. Cuando llegaron á la puerta del patio volvióse el anfitrion hácia sus huéspedes y, reventando de risa, exclamó:

—»Miradle!

»Prorumpieron entónces todos en una carcajada que hizo estremecer la casa en sus cimientos; y, celebrando mucho la ocurrencia de Cornelio, comenzaron á arrojar los huesos que llevaban en los platos al heredero de Pallares; añadiendo chanzas y picantes pullas, miéntras Gundifredo mordia la cadena de hierro con intentos de romperla. Entónces Cornelio, tambaleándose porque estaba beodo, se acercó á él y le pegó latigazos para que ladrase como si fuera perro, donaire que todos celebraron y aplaudieron.

»Gundifredo pasó allí, amarrado á la cadena, dos dias con dos noches; y llegó á roer en aquellos huesos, que sus aduladores y chupones de otros dias le habian arrojado, porque tenia hambre.

»Del mismo modo que un fuego excesivo del

sol produce nubes llenas de rayos, los dolores extraordinarios del corazon de Gundifredo, acumularon en sus músculos una fuerza tan desesperada que logró romper las cadenas y huyó, como huye la fiera que destroza la jaula, llena de rábia y ánsias destructoras.

XXIV

»Acordóse entónces del último consejo de su padre moribundo y fuése á la sala del archivo con el pecho lleno de cuitas (y tambien de rencores); pero muy bien esperanzado.

»El salon del archivo estaba todo en ruinas.

»Llovia por el techo y las tablas del piso se hundian de podridas.

»Todo demostraba abandono y se respiraba allí un olor á yermo que contristaba el ánimo.

»Los legajos nobiliarios, las cartas forales y escrituras de enfitéusis, los legados y donaciones, testamentos, mandas y codicilos de los antepasados, yacian mutilados en los húmedos estantes ó por el suelo esparcidos, rotos y estropeados; sin que nádie se apiadase de aquella grandeza hundida, de aquella gloria disipada, de aquel pode-

roso nombre de Pallares borrado por las goteras y roido por los gusanos y las ratas.

»El espíritu de Runo, aquel normando de feroz mirada, abandonaba al fin la tierra sobre que habia caido con la garra extendida como el buitre y que hasta Gundifredo habia tenido bien apresada.

»El estante del archivo, hecho de talla en madera de castaño, ocupaba un lienzo entero del salon y en el centro, como arrimando las espaldas á él, se veía el San Huberto que Turdimulfo, el chato, habia encarecido á su hijo como dadivoso y agradecido protector de sus piadosos ascendientes. Tenia una magnitud gigantesca y con los piés se afianzaba en el piso miéntras su cabeza parecia sostener una de las vigas que formaban la techumbre. En medio de aquel triste aposento, el enorme santo parecia levantar los ojos pidiendo misericordia al cielo que se veía por varios agujeros del tejado.

»Cuando entró allí Gundifredo, una lechuza muy grande salió de un rincon de la estantería de castaño tallada, y dió dos vueltas por el salon sin hacer ruido alguno: parecia más que pájaro con alas una vision fantasmática, reluciendo unos ojos enormes sin expresion ninguna y lanzando de ellos miradas frias, vagas, cóncavas, unas veces amarillas como el resplandor de un cirio

de ofrendar, otras veces blancas como la piel de los difuntos, saliendo al fin por una parte del techo desplomado.

»Gundifredo quedóse como muerto mirando los movimientos del ave agorera y, tan pronto como se vió libre del negro ensueño que le producian sus ojos fatídicos, dirijió los suyos llenos de supersticion al santo, que era hecho tambien de madera traida del castañar.

—»¡Santo protector de mis abuelos!—exclamó el hereje arrodillándose delante de sus enormes plantas—protéjeme en esta mi grandísima cuita, así como dicen que á mis mayores has amparado.

»Por mas que la súplica era muy de veras, el santo se quedó con una cara de palo, cual si en otro tiempo hubiera dado pilongas.

—»Protéjeme!—repitió Gundifredo con edificante humildad.

»Y el santo siguió haciendo oidos de mercader.

»Todos los dias iba el hijo de Turdimulfo á pedir y á suplicar de la misma manera; pero San Huberto, que tenia las orejas de palo de dar castañas, le oía como si oyese llover; á lo cual estaba ya muy hecho miéntras permaneció en el soto, y despues que llegó á santo desde que la habitacion habia quedado destejada.

XXV

»Con estos malos resultados el fervor del desventurado hijo de Rabizuncha, léjos de amenguarse crecia en su pecho, porque cuando la nave se anega en alta mar, un pedazo de jarcia es una esperanza como un mundo; y él estaba anegado en el pozo sombrío y sin fondo de la miseria, y además, vuelta la razon á su centro por las reguladoras manos de la adversidad, sin echarlo de ver siquiera, se encontró que era creyente y hasta fanático, como se lo habian enseñado á ser en la niñez. Esperándolo todo del santo, y con el ánsia de alcanzar de nuevo las desvanecidas grandezas, en hora muy tardía lloradas y sentidas, su ardor cristiano hízole tomar camino de grande penitente y con tal objeto fuese un dia á un convento vecino y pidió un sayal y cilicio para mortificar el cuerpo.

Quedáronse los monjes muy maravillados de ver así sumiso aquel tremendo pecador y, despues que hablaron entre ellos del asunto, no solo le dieron lo que pedia sino que le invitaron á prestar un servicio en la casa y á quedarse en ella para mejor poder servir á Dios y pedirle con

sosiego el perdon de que estaba tan menesteroso. Hízolo de este modo Gundifredo. Los frailes le tomaron aficion porque le veían siempre rezando y confesando y siempre con su cuerpo á vueltas de mortificaciones. El descreido creía ahora en todo; y muchas veces, los reverendos padres temiendo un ardid bien jugado, para probar la fé del penitente le sujetaban á duros suplicios y otras le contaban cosas estupendas y milagrosas y nunca por nádie imaginadas, en que él creía, como si se las dijese el mismo San Huberto de castaño, á quien iba á rezar diariamente, y en quien confiaba más que en ningun otro beatificado de la divina muchedumbre que habita la córte celestial.

XXVI

»Y aconteció que se celebraban en aquella casa monacal unas fiestas de mucha resonancia que de año en año se hacian, y á las cuales venian gentes de más de diez leguas de distancia: llamábanse aquellas fiestas, la romería de las Divinas Barbas Milagrosas.

XXVII

»Hé aquí en que consistian:

»Tenian los reverendos padres en la iglesia del convento, y á mitad de la altura del retablo del altar mayor, un camarin que permanecia todo el año cerrado con llave y ésta la guardaba cuidadosamente el Reverendísimo padre abad de la órden.

»El segundo dia de la fiesta, pues el primero era de vísperas, despues de la gran misa cantada, y en medio de un sermon que se llamaba *el sermon de las divinas barbas milagrosas,* porque tenia esto solo por objeto, el padre abad, vestido de pontifical, subia por una altísima escalera y llegado al camarin abria la puerta del mismo y aparecia una cortina verde. La muchedumbre de fieles presenciaba estas operaciones preliminares sin respirar. El predicador suspendia el sermon por algunos instantes. Bajaba luego el padre abad y así que ponia el pié en las gradas del altar, quemaban mucho incienso y mucha mirra, y entonando grandes cánticos, todos en latin, tiraba aquel por un cordon, descorríase la cortina verde, y aparecia allá en la sombra, pues

todas las vidrieras de la iglesia estaban colgadas de cortinas, un crucifijo con unas luenguísimas barbas, que parecia que acababan de clavarlo allí los mismos sicarios que le crucificaron en Jerusalen.

»Era de oir entónces cómo la multitud lloraba, cómo gritaba y cómo vociferaba, diciendo estas y otras cosas parecidas:—¡Divino señor, ten compasion de mí! ¡Cristo milagroso, cómo te han puesto! ¡Santísimo Hijo de Dios, protéjenos! ¡Redentor del mundo, míranos con misericordia!

»Y el predicador gritaba más que nádie y decia cosas que hacian extremecer el templo.

»El tumulto se iba apaciguando un poco, gracias á las voces del que predicaba, y este era el momento en que un padre, que estuviese en olor de santidad, subia al camarin y hacia la barba al crucifijo, cuyas rasuras depositaba despues en una patena, y se repartian á los fieles, no por dinero, que fuera profanacion; pero aquel que daba más limosna tenia mayor seguridad de conseguir la reliquia que el que no daba tanta, ó daba mucha ménos: y otro tanto hiciera cualquiera que no fuera fraile.

XXVIII

»Aquel año parecióles á los monjes que sería de grande ejemplaridad que Gundifredo hiciera de barbero, porque como su vida de pecador habia sido tan notoria, tenia que redundar, por la misma razon, su conversion á la fé y edificante enseñanza, en gloria del Topoderoso y en provecho de la casa. La comunidad vino en acuerdo sobre esto. Para disponer bien las cosas acordaron al mismo tiempo que Gundifredo pidiese, él mismo, un segundo bautismo, pues que el primero podia tenerse por no hecho, en vista de la vida relajada, herética y de pecado en que habia vivido, cuya ceremonia se haria el mismo dia de la fiesta para mayor ostentacion y gloria de Cristo Señor Nuestro, y determinaron igualmente que el penitente pidiese, con voz de su boca, la honra de hacer la barba al crucificado del camarin. Y para que lo del segundo bautismo no fuera causa de maravilla entre las demás comunidades monásticas decidieron tambien hacer fundamento, para el caso, en las famosas cartas de San Cipriano, obispo de Cartago, sobre los *rebautizados*.

XXIX

»Una mañana muy temprano, y algunos dias despues de celebrado este concilio, Gundifredo pidió á un padre que le oyese en confesion.

—»Padre—le dijo:—yo quiero bautizarme.

—»No hay necesidad, hijo mio.

—»Sí la hay, padre.

—»Ya estais bautizado, hijo; y aunque es verdad que la herejía manchó vuestra conciencia y aniquiló vuestra alma con la ceguedad del demonio, el sacramento de la penitencia y una abjuracion pública de vuestros crímenes, es suficiente para Dios, inmensamente bueno y misericordioso.

—»No basta, padre, no basta.

—»¿Por qué, hijo mio?

—»Porque anoche, cuando rezaba sólo, allí, al pié del altar mayor, oí una voz que venia de la veneranda imágen del patrono de esta santa casa y me dijo unas cosas que me quitaron todo sosiego, y me mandó que me bautizara.

»El padre quedó como meditando.

—»Bueno, bueno, pues se os bautizará—dijo por último el fraile.—No es bien contrariar lo

que los santos dicen. Además, san Cipriano, que es muy grande ante Dios y grandísimo ante los hombres, es tambien partidario del segundo bautismo.

—»Y todavía me dijo la voz otra cosa.

—»Hablad.

—»Que pidiese la honra de afeitar yo al divino Cristo.

—»Pondré eso en conocimiento de la comunidad, pues es cosa grave.

XXX

»El milagro de la conversion de Gundifredo, el hereje, así como su proyectado bautismo, fué pregonado por los que iban á vender estampas y reliquias de la casa hasta lejanos países, y la gente devota acudió aquel año en tan crecido número que nunca se acordó romería semejante.

XXXI

»Y llegó el dia, y se hizo el segundo bautismo del hereje, y se cantó la misa, y comenzó el

predicador su sermon—que en aquella ocasion fué magnífico, pues el padre tomó asunto del milagro hecho por el Cristo de las Divinas barbas con motivo de la conversion del heredero de Turdimulfo;—y despues de abierto el camarin y corrida la cortinilla, Gundifredo, vestido de penitente, subió la escalera con lentitud, miéntras el predicador hacía llorar con su elocuencia á los fieles que le escuchaban presos á sus lábios por el oido y por los ojos al vástago de Pallares. Así que estuvo éste al lado de la milagrosa imájen, sin atreverse á levantar los suyos hasta el rostro del crucificado, notó que los piés del Hijo de Dios tenian una ligadura en lugar de estar atravesados por clavos de hierro; pero no hizo alto en esto, y sacando la navaja se puso á darla un pelo en la correa para no lastimar el rostro divino y luego que hubo concluido levantó los brazos en actitud de dar comienzo á la obra. Al ir á poner la navaja en la bendita cara, quedóse como aterrado mirando al Cristo de las Divinas barbas milagrosas.

XXXII

—»Aféitame; no te pares!—le dijo el crucificado.

»Gundifredo seguia mirando como aturdido.

—Despacha!—volvió á decir el Cristo—ó de lo contrario corremos peligro, tú y yó, de que nos descuarticen.

—»¡Tú eres Cornelio!

»El Cristo tembló.

»El asombro del de Pallares pasó desapercibido para la multitud merced á la oscuridad que reinaba en el camarin, y los frailes lo tomaron por natural sobresalto del penitente al poner las manos en la cara del Redentor.

—»Sí,—dijo de nuevo el crucificado con una voz que el miedo hacía temblona—¡Yo soy aquél amigo que tanto has querido!

—»Y de la fidelidad del perro de tu puerta no podrás dudar, pues que te sigue hasta el suplicio.—Y soltando una risa feroz Gundifredo le echó una mano á la garganta, miéntras en la otra blandía amenazante la navaja barbera.

»El Cristo gimió de dolor, y con la palidez de un agonizante en el rostro dijo tristemente:

—»Apiádate de mí!: no me hagas daño... Ya vés: estoy indefenso. Además, los frailes acechan. Miéntras me afeitas, te contaré mi desgracia, y seguro estoy que si es grande tu enojo, grande será tambien tu compasion.

»Gundifredo solicitado á un tiempo por el ódio, que le pedia vehemente el aniquilamiento

de aquel malvado y por el deseo de oir la explicacion de aquel encuentro tan peregrino, comenzó la rasura.

—»Yo llegué como tú—empezó á contar el crucificado—á no tener camisa y me eché á pedir limosna.

—»Sí, eras un ladron que disparaba llantos y padrenuestros.

—»Hace dos dias que llamé á la puerta de este convento y me mandaron entrar á la hospedería porque me estaba muriendo de hambre.

—»Yo roí huesos á tu puerta—rujió Gundifredo.

—»Trajéronme comida y con tal apetito comí que me encontré mortal.

—»Yo tambien creí morir desesperado en el patio de tu casa—volvió á rujir el de Pallares, y un extremecimiento convulsivo agitó su mano.

—»¡Esa navaja!....—murmuró el Cristo.

—»No es nada..... Continúa—dijo Gundifredo con una voz que la ira enronquecía.

—»Tan mortal me encontré, que ayer tarde me pusieron los divinos, y á los pocos instantes me dejaron por muerto. A la media noche trajéronme aquí.

»El Cristo exhaló un profundo suspiro.

—»Miéntras buscaban la entrada oculta—continuó—en un altar que hay en el trascoro, decia

uno: «¡Este es un magnífico Cristo!» «Y el otro repuso: «¡Soberbio! ¡Poco se va á asustar el catecúmeno!....» Yo creo que esto del catecúmeno lo decian por tí ¡oh amigo mio!

»Gundifredo miró de una manera espantosa al que áun osaba darle aquel nombre, y, de repente, apresó con una mano la cabellera del crucificado y la navaja brilló en la otra como un rayo sobre el pescuezo de Cornelio.

—»Eh! eh! Mi cabeza vale la tuya!—gritó el de la cruz.

»El brazo del de Pallares se detuvo á su pesar. Un súbito terror supersticioso contúvole de repente. Mas volviendo sobre sí, otra vez levantó la navaja en actitud de degollar al Cristo y exclamó:

—»¡Muere, malvado!

—»¡Detente!

—»No! Quiero pagarte una deuda. Tú me has hecho perro, yo quiero hacerte Dios.

—»¡Detente! Los frailes te entregarían al fanatismo de esa chusma de imbéciles y no saldrias de la iglesia sino en pedazos.

—»Les arrojaré tu cabeza y les diré la verdad.

—»El ódio te trastorna y no ves que ellos tienen la mentira en sus lábios y la hacen arraigar como verdad en las conciencias.

—»¡Todo es mentira!—bramó el de Pallares.

—»Bueno. Pero dirán que de nuevo te ha tomado el demonio y te entregarán al furor de los devotos.

—»Pero tú vas á hablarles ahora mismo—dijo con terrible acento de amenaza el de Pallares.

—»¡Líbrenos Dios de tal cosa! Harian un milagro de mis voces y cerrarian el camarin para que nadie entendiese mis palabras. Luégo tu serías víctima de tu imprudencia.

—»¡Tienes razon, infame!....

»Gundifredo quedóse como meditando; mas de pronto su mano convulsa volvió á agarrar la cabeza del Cristo por los pelos, y éste, al sentir el frio del acero en su pescuezo, cerró los ojos para morir.

—»Pero no.....—dijo de repente Gundifredo obedeciendo á otra idea.

»El Cristo respiró.

»El de Pallares recojió las rasuras; y cuando iba ya á bajar del camarin se volvió al crucificado, y poniendo una cara que infundia espanto, le dijo:

—»Oye, Redentor: te faltaba la lanzada de Lonjinos y hay que remediar esta omision histórica. Por otro lado, debes de morir lentamente colgado de un madero. ¡Toma!

»Y con la navaja de afeitar abrió un profundo surco en el costado del crucifijo, del que saltó la sangre á borbotones.

—»¡Asesino!—clamó Cornelio con espanto.

»Gundifredo le dijo con sarcasmo al propio tiempo que comenzaba á bajar:

—»El perro aquél te salió de presa ¡oh milagroso Cristo!

XXXIII

»Perdida toda fé, toda creencia y toda esperanza de recuperar por medio de los santos las consumidas riquezas, Gundifredo de Pallares arrojó con desprecio é indignacion la hopa de penitente, pidió á un criado del convento una hacha, y se fué á la ruinosa casa solariega de sus mayores. Y no ya sumiso, crédulo, endechoso y esperanzado; sino arrogante, soberbio y lleno de desesperacion, penetró en la sala del archivo de mala manera, y airado el semblante arremetió al San Huberto, comenzando á hacer leña de la veneranda imájen. El hacha manejada con frenesí caía con rábia en la madera del beato y de una vez abrió senda herida en el voluminoso vientre del bienaventurado, saltando al golpe un rio deslumbrador de doblones con los bustos de tres dinastías, produciendo, al rodar por el suelo, un rumor que dejó al incrédulo como

trasladado de repente á las mansiones donde cantan los serafines (1).

—»¡Bien me decía mi padre!.....—exclamó reponiéndose del pasmo—¡Que Dios le tenga en su santa gracia!

XXXIV

»El hijo de Turdimulfo no apareció más por el convento. Desde aquel dia dedicóse á restau-

(1) Este hecho es histórico y en él he fundado el cuento de *Gundifredo de Pallares.*—Cierta casa muy amayorazgada del Rivero de Avia llegó á verse arruinada por los despilfarros de uno de sus herederos que salió pendenciero, jugador y grande amigo de orgías. Su padre le dejó arruinarse porque era único y le queria con ceguedad; si bien no le escaseaba consejos, harto inútiles por cierto. Murió el anciano y en su última hora, le recomendó á su hijo la oracion, como especial medio de conseguir mercedes de un San Antonio colosal que habia en la casa. Hubo de acordarse de esto el calavera cuando ya no le quedaba nada de sus riquezas; y como encontrase al santo siempre indiferente á sus desastres, un dia le deshizo á hachazos, dando por este modo con las mercedes del santo que, con razon, le habia recomendado su padre. Y dióse el caso que, aquellos mismos que habian gozado de las larguezas del pródigo, al verlo de nuevo con caudal le sospechaban ladron, y así lo decian sin reparo ni misterio.

Asegúrase tambien que—ya fuese por la poca seguridad que por aquellos dias corría el dinero, ya por las escasas relaciones comerciales que era causa para que éste se estancase, ó ya por las dos razones juntas,—era general por aquellos tiempos la costumbre de guardar tesoros en lugar oculto, entre las casas amayorazgadas del Rivero, tesoros que iban engrosando con la sucesion de las familias.

rar su casa y su fortuna, huyendo de todo trato y desviado de todo comercio.

Los muros ruinosos del hogar prístino fueron deshechos del todo y en su lugar mandó construir un magnífico palacio, conservando, no obstante, aquella parte que áun permanecía en buen estado, como memoria de sus progenitores.

»La chusma de aduladores que ya no se acordaba de él para nada porque no tenía que dar, desde el momento que, con asombro, le vieron otra vez poderoso, sintieron deseos de volver á la vida pasada; mas no tuvieron valor para acercársele, porque al fin, aunque su relajacion moral era muy grande, acordábanse de que se habian portado muy mal con aquél que tantos tesoros habia derrochado con ellos, haciendo ricos á muchos; y aún más que por estas consideraciones, despues de todo producidas por el recuerdo de un lejano pudor ya extinguido, no se presentaron en tropel á las restauradas puertas de la fortuna, porque temian ser recibidos cual era justo que los recibiese Gundifredo.

»La comunidad del convento del Cristo de las Divinas barbas milagrosas, no ménos asombrada, aunque más previsora, vió desde luégo en el de Pallares un enemigo formidable, porque era dueño de riquezas, y luégo ¿quién sabe si les habria sorprendido algun importante secreto?....

Y lo primero que hicieron fué esparcir el rumor de que el demonio se habia metido otra vez en el cuerpo del maldito y que aquellas riquezas eran la parte que recaudaba como capitan de una gavilla de ladrones.

»Los falsos amigos de otros dias, ahora envidiosos, cambiando la fácil alabanza de ántes en la más fácil murmuracion presente, dijeron tambien: «Se metió ladron.»

XXXV

»Gundifredo de Pallares dejó hablar.

XXXVI

»Cuando tuvo su palacio del todo concluido, dispuso una gran fiesta para estrenarlo y al efecto, mandó criados por todas partes para que convidasen á cuantos quisieran asistir á ella.

»A ninguno mandó invitar particularmente.

»La concurrencia fué inmensa, apareciendo los primeros en la casa aquellos desleales amigos y depravadas concubinas, con quienes el heredero de Pallares habia derrochado su fortuna. De todos estos bribones solamente faltaba alguno, no por su voluntad, sino por haberse muerto.

»Y tambien acudieron al llamamiento muchos nuevos amigos, por el estilo de los viejos; y los frailes del convento, tal vez por interés grande, no tuvieron escrúpulo en honrar la mesa del catecúmeno y barbero del Cristo de las Divinas barbas milagrosas.

»Todos los rostros resplandecian de alegría, todos los lábios se extremecian adulando, todas las bocas se abrian pasmadas de tanto áuje; y cuando pasaba algun criado de Gundifredo se inclinaban y decian cosas asombrosas para que aquél se las fuese á contar á su amo.

»De pronto oyóse un redoble de adufes y á esta señal, de antemano anunciada, todos los convidados entraron en el comedor. Era éste un salon anchísimo y de muy elevada bóveda, con tanta riqueza preparado que todos se quedaron absortos contemplando las maravillas del adorno. Pendían en el aire perfumado cuatro enormes lámparas de bronce de Corinto cincelado y las cuerdas de hilo de plata que las sostenian, despues de pasar por las roldanas, sujetas á la bóveda por escarpias que figuraban dragones, iban á dar á las manos de cuatro grandes estátuas que las tenian sujetas, terminando en ámplias adujas que el brazo escultórico recogía con gracia y elegancia. Las cuatro estátuas, tambien de bronce, levantadas en altos pedestales de mármol

blanco, estaban colocadas en los ángulos de la sala y eran preciosas alegorías de la adulacion, de la farsa, de la ingratitud y de la perfídia. Una extensa mesa para trescientas personas estaba en el centro del comedor, cubierta con rico mantel de lamanisco, cuyo fleco semejaba barbudas espigas de trigo candeal, cuyas barbas, aunque de oro como todo lo demás, eran flexibles: trabajo que dejó admirados á todos los convidados, los cuales lo examinaban con codicia. Las ventanas del salon estaban todas muy bien cerradas y las lâmparas derramaban tanta luz como soles del cielo.

XXXVII

»Los aduferos hicieron sonar otra vez la piel de onagro, y todos tomaron asiento haciendo gran ruido, y luego comenzaron á hablar cada cual con el que tenia al lado.

—»Esto va por redobles—decia uno.

—»Por redobles va—contestaba otro.—Pero lo que más me maravilla es esta expléndida mesa del festin, sin nada qué comer, ni qué beber, y sin vajilla ni cosa que lo valga.

—»Es que en su soberbia—replicaba otro—

el mentecato de nuestro anfitrion, pretende cambiar los usos.

—»Serán costumbres de la cuadrilla—observaba un tercero—guiñando el ojo.

»Comenzó á sonar una música deliciosa y en otra parte de la mesa murmuró un comensal:

—»Vamos! hemos venido á oir música.

—»Ésta siquiera es grata.

—»Pero más grato sería comer.

—»Y beber.

»En esto entró Gundifredo. Al presentarse, todo el mundo se levantó prorumpiendo en vítores. Las mujeres le lanzaron una granizada de flechazos capaz de nublar el sol, como las saetas del ejército de Jerges; pero más bien que esto, puesto que los dardos eran de fuego, serían capaces de consumir el mundo adelantando el último Juicio.

»Y al mismo tiempo penetraron en el salon seis criados, con ricas libreas vestidos, conduciendo en unas andas de plata una colosal sopera, que parecia un estanque ó la urna cineraria de media humanidad y la colocàron con trabajo en medio de la mesa del convite.

—»Bien decia yo que nos quería sorprender —dijo uno entónces.

—»Y no se puede dudar que es una sorpresa de rey.

—»O de ladron—objetó otro.

—»¡Qué joya esa sopera!

—»¡Debe de valer millones!

—»¡Es una maravilla!

—»¡Pero ahí trae comida para una legion entera!

—»¡Y qué bocado será, si guarda relacion con el vaso que la contiene!

—»¡Pues no ha de guardar relacion!

—»Este hombre nos quiere asombrar.

—»¿De dónde le vendría toda esta opulencia y este fáusto?

—»De..... la noche.

—»Todo está bien; mas ¿vámos á comer con los dedos? Aquí no se vé un plato, ni un cubierto.....

—»Esa será otra sorpresa.

—»Puede ser que sea así. Allá por dónde tiene ahora sus rentas deben de comer las gentes como se usaba al principio del mundo.

—»Tambien creo yo lo mismo.

»De esta suerte cuchicheaban los convidados unos con otros, miéntras contemplaban la sopera con despecho que procuraban vengar y satisfacer dando curso á mil suposiciones y calumnias. La sopera era realmente un prodigio de oro cincelado. Tenía cuatro asas en el cuerpo inferior que formaban ninfas enlazadas con fáunos, y la de la

tapadera representaba dos alcides procurando reventar las serpientes de Laoconte. Además toda ella estaba cubierta de otros grupos mitológicos y alegorías de la caza, de la pesca y de la vendimia.

»De repente cesó la música deliciosa y Gundifredo de Pallares, poniéndose en pié, exclamó:

—»Soy dichoso, porque veo que mis amigos de otro tiempo no me han olvidado.

—»¡Qué irá á decir!—murmuraron estos bajando los ojos avergonzados.

—»Soy dichoso, porque mis amigas antiguas tampoco me olvidaron.

—»¡Viva Gundifredo el magnífico!—clamaron las aludidas, sin pararse en vergüenzas.

—»Soy dichoso, porque á mis amigos y amigas de otros dias, se agregaron otras y otros nuevos, lo que me hace creer que les soy muy querido y muy simpático.

—»¡El más querido, el más simpático, el más gentil, el más expléndido y generoso de todos los hombres!—vociferó la multitud en revuelto vocerío.

—»Y con estas muestras de amor sin igual ¿cómo no he de ser dichoso?

—»¡Todo lo mereces! ¡todo, todo, divino Gundifredo!

—»Pero tengo un dolor inmenso en medio de gozo tan grande.....

»La sala quedó en silencio.

—»Un dolor muy grande—repitió Gundifredo

—»¿Qué te aflije, pues?—preguntaron todos con demostraciones de interés vivísimo.

—»Una pena enorme.

—»Dínosla, habla!—pidieron á una voz los comensales.—Muéstranos tu pecho: somos tus esclavos, y aquí nos tienes para hacer todo cuanto podamos por arrancarte á las torturas de esa pesadumbre.

—»Qué importará que os lo diga? No podréis consolarme.

—«¿Qué es, qué es?—preguntaron todos con vehementes ánsias.

—»Es la falta de Cornelio, mi mejor amigo. ¿Sabeis, por ventura, donde pára?

»Todos callaron. Los frailes se pusieron pálidos y sudaron sudor frio.

—»No lo sabeis?.... pero sí tal. Los reverendos padres que nos honran con su presencia en esta mesa, pueden decirme á mí y á todos vosotros qué fué hecho del Cristo que yo afeité el dia de la fiesta de las Divinas barbas milagrosas.

—»¿Cómo es eso?—preguntaron todos á los aterrados frailes?

—»Yo voy á decíroslo.

»El salon quedó mudo esperando la palabra de Gundifredo.

—»Cornelio era el Cristo que estaba en el camarin!—dijo el de Pallares.

»Un movimiento de asombro y de horror á la vez se produjo en la sala. Los frailes que traían el capillo echado y no se les veía la cara, debieron de quedarse más muertos que vivos al escuchar aquella pública revelacion que venía á echar por tierra la más lucrativa de las industrias de su convento.

—»Pero ¡vamos á comer, señores! y dejemos para mejor ocasion estos asuntos.—Y agarrando Gundifredo la tapa de la sopera con ámbas manos gritó con voz estentórea:

—»¡Farsantes de la religion, de la amistad y del amor, devoraos los unos á los otros!

»Y al mismo tiempo que él desaparecia por una trampa, dispuesta de antemano debajo de sus piés, comenzó un sonar desesperado de cuernos, de timbales y de adufes proviniente de una estancia próxima, y de la sopera comenzaron á saltar, irritados por haber estado largo tiempo aprisionados juntos y sin comer, multitud de salamandras, escorpiones, ratas feroces, raposas, serpientes y garduñas que silbaban y rujían de una manera horrible y espantosa. Y apareciendo el hijo de Turdimulfo en una alta ventana que

caía dentro de la sala, vió cómo aquella turba de bribones y de hipócritas andaba mezclada y confundida con los inmundos reptiles; y muertos de espanto, hombres y mujeres en revuelto desórden, se derribaban unos á otros y sin compasion ni miramiento se maltrataban con el afan de alcanzar una salida para arrojarse fuera.

—»¿Cómo es eso, amigos mios?—les gritó entónces Gundifredo, sacando su cabeza por la ventana é iluminando su semblante una infernal sonrisa.—¿Ya quereis abandonarme? ¡Por mi fé que fuera grande esa locura! Mi jauría es escojida entre las castas de perros más feroces: ¿no oís el imponente rumor que producen sus ladridos? Tengo más de mil canes para la seguridad de este palacio. Además, ¿ya se extinguió en vuestros pechos aquel afecto desmedido con que me llenábais de contento? ¡Ah! no me apesadumbreis y dejaos estar en la que siempre habeis tenido por casa vuestra, y era vuestra, en efecto, más que mia. En otros tiempos no me abandonábais de dia ni de noche..... No me abandoneis ahora.

—»¡Maldito seas, infame! ¡Maldito seas!—gritóle de pronto un monje que acababa de ser mordido por una serpiente.

»Gundifredo reconoció, muy sorprendido, aquella voz y le dijo:

—»¡Hola, mi buen Cornelio! ¡mi querido amigo! Pláceme que no te hayan enterrado vivo, como temias. ¡Y yo que te daba por muerto!.... Más vale así, más vale así! pues segun veo te has dado á partido con los buenos padres y has tomado ese hábito que te sienta primorosamente. ¡Buena ha sido la jugada, bergante! porque presumo que habrás rescatado la vida á trueque de hacerla santa para siempre y con la condicion de ceder todos los años esas tus divinas barbas milagrosas. Pero tú, que eres Redentor del mundo, redímete ahora si puedes de este trance.»

XXXVIII

Esto es lo que el *brujo buscon* pudo traducir del antiguo pergamino encontrado en el albañal, muriéndose luego muy apesadumbrado por no haber podido recuperar todas las hojas del interesante cronicon. Y dicen que el buen anticuario se marchó al otro mundo en fetidez de pecado, pues la manía de la maldita *crónica* no le dejó lugar para ponerse á bien con Dios.

LA NIEBLA.

Á MI AMIGO

JUAN MANUEL PAZ.

LA NIEBLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

—

EL SEÑOR DE PORCUNA.

I

¡Corre, caballo mio, corre!

La senda desaparece entre los pliegues de la blanca niebla que apenas logra deshacer delante de tu ojo inteligente el fuerte resoplido de tu noble pecho.

Todo se mueve en este seno de vapores de una manera fantástica, y nosotros parecemos encerrados en una urna de pálida humedad.

Un temor me asalta.....

Todos dicen que D. Enrique es tan hábil en ese arte maldecido de trovar, como temido nigromántico.

Y bien sabrán por qué lo dicen.....

La privanza de mi rival con el gran maestre de Calatrava es bien notoria, y ámbos se reunen para platicar de esa gaya ciencia que detesto. Yo dí al marqués la dolorida queja de mi pecho acuitado y oyóme el prócer y háme ofrecido desagravio. Mas ¿puedo fiar de la fe de un cortesano? ¿Quién me dice si con su saber de brujería no habrá cuidado de libertar al infame de mi enojo?

Los hechiceros gozan de un poder á que no alcanza mi espada. ¿No me está pareciendo en este instante que, á pesar de la rapidez de esta carrera, no salimos de un mismo sitio?

Nada se vé delante de nosotros y todo es misteriosa incertidumbre alrededor.

¡Quién sabe si camino por alguno de aquéllos antros brumosos que él nos hizo ver en su libro traducido de la lengua de Toscana! (1)

(1) «.... y en el mismo año (1428), la *Divina Comedia de Dante* se traducía al castellano, por D. Enrique de Villena: hecho muy notable por cierto.»—Ticknor, tomo I, p.ª 371.

II

¡Horrible frio!

Pero la piel de mi caballo humea como la boca del caldero cuando resuena con el precipitado latido causado por el fuego que devora la leña debajo de su panza, así como mi pecho resuena ahora con el martilleo que produce mi sangre hirviente al soplo abrasador de la ira.

¡Vuela, alazan! Yo soy la muerte.....

Una existencia que debo de apagar al momento me espera para que yo ría luégo viendo bajar al malvado por la abrasada pendiente del infierno.

¡Vuela, caballo mio, vuela!

III

Las gotas que la niebla va colgando de las desnudas ramas del bosque, se hielan, y siente uno frio en los huesos al ver relucir esas lágrimas del aterido Polo, petrificadas en las pestañas del Invierno. Pero en mi casco sin plumas ondea

mejor adorno que el que ostentaba el dia que gané la presea en el torneo, pues el horno de mi cabeza, calentando el bronce, forma una graciosa cimera con las gasas de la niebla que se evaporan al tocar el metal calcinado por el fuego de mi frente.

Sí; yo siento la frágua de Satán que trabaja furibundo dentro de mi pecho. El antro de Luzbel se ha trasladado aquí..... ¡Ah, cómo pega en el yunque su martillo! Me espanta el resuello estertoral de sus fáuces desecadas.

¡Corre, caballo mio, corre!

No vaya á consumirme antes de llegar, como el volcan á una pavesa, esta desesperada rábia que me empuja hasta ver lavada con sangre mi deshonra.

IV

¿Cuándo llegaremos?

No sé si caminamos hácia adelante, ó si tal vez marchamos en contra de nuestro objeto.

Mi caballo ha visto no sé qué, para mi recóndito, y encabritándose me arrojó al suelo. Jamás la lanza del enemigo logró hacerme abandonar la silla, y quizás un maleficio..... Sí; el relin-

char de mi corcel era dolorido y de espanto al mismo tiempo. ¡Los brujos!.... ¿Por qué no se aparecen con Lucifer delante de mi lanza? Yo les haria volver á sus cavernas.

Mas ¡ah! costóme trabajo dominar el bruto que, tan pronto me sintió de nuevo encima, corrió desenfrenado no sé á dónde.

Semejantes á las dudas que mortifican el espíritu, caminamos por un mundo sin horizontes.

Nada se vé.....

Mi caballo se pára otra vez y, rebelde al acero, hiere la tierra con el férreo casco é impaciente relincha de terror.

¡Anda, no temas, bravo animal! Yo soy la muerte.

V

¡Cuánta vision!

La luna que rezagada viene á sorprender la aurora, trasparenta este cendal descolorido como el semblante de los muertos. Ella misma se asemeja á un cadáver envuelto entre tocas funerales.

Por todas partes manchas negras que se dibujan caprichosamente en el seno de estos vapores, cual si caminando por el mundo lívido de

los resucitados se apareciesen ante mis ojos los espectros de aquellos criminales condenados á vagar eternamente por las regiones sin sol, donde viven helados en compañía de los grandes malvados de la tierra.

Son árboles sin hojas que parecen huesos sin carne.....

Esos vetustos robles, despojados por el invierno de su manto de verdor, parécenme asesinos que me esperan emboscados en esta atmósfera medrosa, con intento de consumar mi deshonra, para recibir luego el precio de mi muerte de mano de la adúltera.

Pero no, no son asesinos! Son los esqueletos de mis antepasados que dejan la estrecha sepultura, impregnada de humedad, y vienen á mi encuentro, tiritando de frio, á llorar mi desdicha y á prestarme el valor de que me suponen falto.

Los venerables huesos chocan entre sí con los escalofrios que les produce la atmósfera terrena; pues en el lecho que acaban de abandonar dormian calientes, sin un átomo de calor, bajo la mano amante de la muerte; y semejan al andar un rumor de ramas secas que se quiebran.

¡Ah, cómo se extremecen!

Extrañan el hielo de sus tumbas que encontraban grato y regalado, cual mullido lecho de novia, al recibir el soplo glacial de la tierra,

donde todo es iniquidad, perfidia y crímen.....

Al ménos bajo la pesada losa reposaban sosegados en la tranquila posesion de la verdad.

La muerte es la vida.

¡Corre, caballo mio, corre!

VI

¡Qué triste es la niebla!

Y las nieblas de mi alma son más tristes todavía que ésta que envuelve la tierra como un sudario.

Y yo sueño con los muertos.... ¡Yo, que voy á matar!

En esta soledad amortajada por los paños cenicientos que nos rodean, humedecidos en los últimos llantos tal vez de los que dejaron de existir, celebró hace poco sus fiestas de amor, de colores y de luz, la pasada primavera.

Amor! Tú que enardeces el corazon del hombre con la antorcha de las felicidades divinas; tú que repites el milagro del Tabor, haciendo reverdecer las plantas sepultadas en el melancólico panteon del otoño, las cuales levantándose en un himno primaveral envían al cielo la plegaria que brota de su seno en el momento de estallar al sol

la flor de la nueva vida ¡ah! en mi pecho has encendido el fuego que abrasa eternamente á las almas infernales.

¡Maldito seas, pérfido é inconstante amor!

Dentro de mí has soltado un nido de serpientes ponzoñosas que discurren por mis venas y refluyendo al corazon me muerden las entrañas, me aprietan la garganta, como un dogal que me estrangula, produciendo esta fiebre horrible de ódio y esta sed abrasadora de sangre.

¡No ceses, no, cuadrúpedo!

El rojo líquido que el acero de mi espuela hace brotar de tus ijares, me enardece.

¡Vuela, caballo mio, vuela!....

VII

¿Qué sueños de espanto se apoderan de mí, cuando corro despierto á vengar un terrible agravio?

Todo me infunde miedo.

El terror parece que afloja los nervios de mis brazos, hace poco tan tirantes por el tornillo del dolor que se enrosca, sujetando sus extremos, á mi corazon herido y desangrándose.

Quiero matar y el frio me entumece la mano.

Llevo un incendio en el centro de la vida y los têmpanos de hielo de la region del bóreas á su alrededor.

Soy como el volcan que estalla entre las altas nieves y derrama rujiente sus devastadoras lavas que ahogan, abrasan y aniquilan.

La muerte dá en mí una batalla.....

Sus ejércitos vienen hácia mí como una pesadilla, compuestos de espectros que ríen de un modo sórdido, miran con el ojo vertijinoso del abismo, y sus brazos, que hacen sonar contra la armazon del cuerpo de una manera lúgubre, empuñan guadañas, sierras, barrenos, garfios, rastrillos: emblemas de las fiebres, del cólera y de toda la horrible maquinaria de que se sirve la enemiga de la vida para torturar á su adversario.

Pero no tiemblo, no: yo voy á matar y me pongo de tu lado ¡oh déspota de los sepulcros!

Corramos. ¡Hurra, caballo mio, hurra!

VIII

¿Por qué me persiguen estas medrosas visiones?

Cualquiera creeria que esos sáuces son esposas infieles, cubiertas con el manto que la niebla

pardea sobre sus cabezas, y que vienen á derramar impúdico llanto, valiéndose de este misterioso velo de brumas, sobre el cadáver de su amante, ajusticiado por el ofendido esposo.

Déjalas que lloren, y anda, bravo alazan mio, anda!

Jeremías lloraba de esa suerte al pié de los caminos.

Pero sus lágrimas eran tan puras como el incienso que cae del árbol á una sacudida del asolador huracan.

¡Ah, sí! El vehemente soplo de las pasiones pasa por el hombre aniquilando su alma, como el hórrido latigazo del simun pasa por la floresta tronchando las tiernas azucenas y las duras encinas seculares.

Mas ¿qué importan los llantos inauditos del profeta?

El que canta se consuela.

Y él cantaba como un ángel que desde la desolada tierra echa de ménos las perdidas venturas de los cielos.

Pero no es tan grande la pena cuando se puede cantar.

Si él hubiera tenido mi alma lacerada como está, se hubiera convencido ¡ay! que no existe arte que iguale al arte de llorar calladamente.

Las amarguras que llegan á los ojos se eva-

poran; aquellas que no encuentran salida se hinchan enfurecidas dentro del corazon, cual vapor de muerte comprimido, y le ahogan, ó le hacen estallar hecho pedazos.

IX

Esos malditos trovadores son como la rama del pino que el poeta latino llamó armonioso porque el viento le hace sonar con su soplo, ora dispuesto á gemir idilios y elegías, ora propenso á cantar endechas y serenatas, ora á entonar los épicos acentos de la oda, los entusiastas compases del himno, ó las solemnes cadencias de la marcha funeral.

Otras veces toman la flauta de Pan, ó el caramillo de Grisóstomo, ó la cítara vinosa de Anacreonte y hacen seguidillas ó villancicos.

Así son los poetas.

Cuando les aflije alguna aspereza del camino se páran y componen salmos y trhenos, vertiendo la fácil queja en cantares que acompañan con el laúd ó con el sistro; y la hiel de su alma diabólica se vacía, por este modo, en los aires como un vaso de cicuta dispuesto para matarles, cuyas emanaciones deletéreas respiran luégo los demás

que, fascinados por su acento, sufren por ellos los dolores de que saben despojarse por tan peregrina manera.

Unos tienen la via del llanto fácil y expedita hasta saber llorar aparentando pérfidos dolores, y otros necesitan ayuda de quien pueda abrir un surco á las lágrimas estancadas en el corazon, ó se anegan; que no es para todos el benéfico bien de poder verter lágrimas cuando hay llagas verdaderas en el alma.

Ay! La profundidad de las mias causa vértigo el mirarla, como las simas donde moran los mónstruos y los fantasmas de espantables ojos.

X

¡Otra vez el bosque despojado y con él los espectros ennegrecidos por el moho de las tumbas!

Esas hojas amarillentas que se han quedado presas á la madera inerte por un beso seco y sin esencia y que caen de las desnudas ramas al peso de la niebla, semejan, con el rumor que producen en su caida, el estallido de las lágrimas que vierten los esqueletos de mis abuelos, sacudidos en su tumba por la garra rencorosa del dolor y por el choque impetuoso de la ira: de

este dolor y de esta ira que rujen dentro de mis venas como los vientos desencadenados batallando con los mares procelosos, cuyo fragor se repercute en sus pechos sin entrañas y en el hueco de sus ojos que relampaguean, como la nube en noche tempestuosa.

XI

Mi cabeza desvaría.....

Y estas locuras de mi mente me agobian cual si, nuevo Atlante, llevara un mundo sobre mis hombros.

Pero el mundo fuera lijera carga en comparacion de este negro mónstruo que llevo enroscado en mi alma.

Tengo celos... ¡celos horribles!

XII

¿Qué fantasmas son estos que se me acercan siniestros y callados, como el criminal que acecha la víctima con el puñal asesino oculto entre los pliegues de su manto?

Parece que cabalgan en mónstruos del abismo y con su brazo descomunal sostienen la pujante lanza.

Un soplo lijero, cual si fuera el viento que producen en su marcha, mueve el flotante ropaje de la niebla y, por intervalos, veo su ojo mortecino y feroz que me hiela la sangre.

Ahora levantan el crispado puño, oprimiendo el afilado acero con que me amenazan.

Herid! matadme pronto, pronto.....

Pero ¡ah! ya pasan..... Escuadron endiablado, sin ley ni ordenanza, en su curso írrito llevan el exterminio por objeto sin saberlo y sin pensarlo. Es el ejército del Mal obedeciendo á un impulso ciego, á un frenesí, á una demencia.

XIII

Mas la imaginacion me fatiga con temores indignos de mi ánimo. Esos enemigos forjados por el delirio en mi atribulada fantasía son hijos de la espantosa fiebre que me consume.

Los abismos de mi dolor están poblados de esos fantasmas que se aparecen á mis ojos, revestidos con las inquietudes, la desesperacion y el espanto que por momentos invade mi pecho.

La pasion de la venganza es una enfermedad cruel.

El ódio es el paroxismo de esa dolencia.

Anda, fogoso bruto! corramos como los torbellinos del huracan á saciar el vehemente deseo de la muerte.

XIV

La fiebre me abrasa.....

.....

Los poetas cautivaron siempre el corazon de las mujeres.

Malditos sean esos hijos del infierno.

¡Y hay mujeres poetas!

¿A qué region del báratro pertenecería Penélope, si hiciera versos?

¡Y hay marimachos sublimes que dejan la rueca y la tela con que han de engalanar el lecho nupcial para cojer la lira de Píndaro!

Yo creo que el gran teatro donde la mujer alcanza mayor triunfo, luciendo las portentosas maravillas de su alma está marcado por los lindes que separan la cuna de sus hijos del mundanal clamoreo.

¿Quién le quita con esto que iguale y áun su-

pere á su natural compañero en la humanidad?

El hombre se hizo para la lucha, la mujer para curar de sus heridas con el bálsamo de su hermosura y de sus gracias, realzadas por su saber, encerrado todo en el vaso divino de la virtud.

¡Ay! Cuán dulce es la luz de la casta luna al descubrir su frente púdica en medio de las soledades de la noche!

¿Hay alguno que haya fijado en su disco la mirada miéntras el sol alumbra?

El rumor del manantial que brota bajo la musgosa roca y suspira entre los céspedes perfumados del bosque solemne, atrae con el encanto de su peregrina dulzura solamente de las auras conocida; aquella linfa candorosa, arrojando espumarajos de cólera contra los duros arrecifes del mar es soberbia, asombrosa, sublime, colosal en su grandeza; pero ya no suspira...

Ruje como las fieras; brama como los leones; silva como las serpientes; grita y vocea como un beodo; escupe injurias; se retuerce y forcejea como los alcides del circo. Rasga su seno y descubre sin pudor la flor mística que deja caer tronchada á sus piés con la indiferencia de una Mesalina.

¡Ah, imprudentes!

¿Por qué rompeis la urna misteriosa que contiene la esencia divina?

La rosa despues de abierta se huele un instante, se admira su color y luego se arroja.

¡Poetas, poesía..... yo os detesto!

¡Si yo pudiera dar muerte, juntamente con mi rival á todos esos hijos plañideros de las musas!

¡Al ménos caerá uno!.....

XV

Amanece.

No; es la luna que se sumerje en la niebla, haciéndola más trasparente.

Las visiones me persiguen.

Hé ahí una vieja encina que se me aparece como una hija soñolienta de la noche, extraviada entre la niebla de la mañana y que busca con torpeza el camino del Ocaso.

Entre sus largos brazos lleva todavía las sombras adormecidas.

Las sombras que hicieron lucir el ojo fosforescente y supersticioso del buho y provocaron el quejido lúgubre del mochuelo y el agorero lamentar de las tétricas lechuzas.

Sobre la yerba de esa linde deja caer las gotas de la niebla que se desprenden silenciosas de

sus oscuras ramas, como las lágrimas que derramaban las hijas de Jerusalen cuando, cautivas, lloraban con eterno llanto la destruccion de su ciudad querida.

Hijas de Jerusalen, acudid á mí: yo me sentaré con vosotras en la piedra que se alza á la márgen del camino y lloraremos juntos.

Yo preguntaré á las gentes: ¿Sabeis dónde vá el amor de mi esposa? ¿Lo habeis encontrado por ventura?

Pero no, no vengais: yo quiero sangre; que no es el llanto lo que mitiga el vértigo que en mí produce este dragon que siento rujir dentro de los senos abrasados de mi pecho.

El dolor de los celos es la orgía de las fúrias.

Es la carcajada del infierno.

Es la bacanal de los ángeles malditos despertados, despues de la caida, en la caverna de horrores y de sombras.

Es el hervor de los abismos.

Es la lucha de los rayos desgajando el velo de los mundos.

XVI

La encina llorona, sombra, fantasma, ó lo

que sea, desapareció en esa atmósfera de blancos vapores, como las alucinaciones luminosas que uno cree ver á oscuras disolviéndose en la negrura impalpable de la noche.

Pero ¿qué legion de seres increibles es esta que la sigue en vertiginoso vuelo y que á mis ojos se presenta como pavesas arrebatadas por el torbellino?

¿Acaso estoy loco ó me abismo en un mundo de pesadilla?

Sí, loco estoy, pues me figuraba que ese bosque corría á mi lado entre la niebla, cuando tú ¡oh valiente amigo mio! eres el que, comprendiendo mi sangriento afan, me llevas con el ímpetu del dardo despedido por la tirante cuerda al apetecido término de mi venganza.

¡Corre, caballo mio, corre!.....

XVII

El frio extraño que anuncia el miedo vuelve á introducirse en mis huesos.

El terror se apodera de mi ánimo.....

¿Qué nuevas sombras fatídicas pasan por encima de mi cabeza graznando hórridas venganzas?

¡Ah! Pasaron ya.....

Pero dejan en pos de sí un surco negro cual giron de la noche lóbrega, suspendido en esta niebla que me hace sentir frio en las entrañas.

¡Vuelven!....

Y otra negrísima sombra se adelanta... se adelanta hácia mí pisando la tierra.

¿Es un jigante vomitado por el abismo?....

Un jigante vestido de ropaje funeral! Lleva la cabeza oculta en el enorme casco que adornan extrañas y monstruosas plumas y parece que habla con la voz del antro, que resuella como un mónstruo, que canta no sé qué solemne y espantoso lamento parecido al llorar de un Prometeo, ó que blasfema la imprecacion del ángel maldito en el momento de tocar la tierra en su caida.

Qué infernal, qué insoportable graznido!

¡Ah! son las siniestras sombras que acaban de matizar la niebla, como un poco de humo escapado del horno donde cuecen los precitos.

Allá vienen... se ensanchan, se elevan cual ennegrecida torre de feudal castillo; se estrechan como la aguja gótica de cristiano monumento y giran como las pestíferas emanaciones de una tumba, abierta un instante por el celoso y óseo habitador, ávido de respirar el aire de la vida para sorprender á su amada, pérfidamente entregada á criminales devaneos.

Oh! Si los celos se extinguieran con la vida,

yo me hundiría esta daga en medio del corazon; pero los celos siguen torturando los huesos del cadáver y por eso necesito sangre... sangre!

Se acercan las sombras del aire y la sombra del jigante de la tierra. Se acercan... se acercan...

Las siento sobre mí; van á tocarme!.....

Aquellas corren hácia el fantasma que resuella y rodean su cabeza... y despues giran en torno de ella y se esconden entre las plumas negras de su cimera, lanzando tremendas carcajadas y cantando espantosos vaticinios.

Ya llegaron.

¡Ah, loco de mí! Es la roca en cuya cima brotan salvajes brezos y jarales, entre los que anidan los cuervos, y á cuyo pié se precipita la resonante catarata.

¡Corre, caballo mio, corre, corre!

XVIII

¡Bravo animal!

El latido de mi sangre envenenada me lo decía:

¡Ya llegamos!

Allá se dibujan, como sombras que danzan

desvaneciéndose en la niebla, las torres de la fortaleza de Arjonilla.

¡Oh, sí, ya hemos llegado, ya hemos llegado!...

Yo tambien tengo garras como el cuervo de negras plumas para deshacer aquel pecho en girones y luégo la fementida imágen de la que á mi pesar adoro, en la extinta vena del hermoso trovador.

Relincha, noble bruto, relincha tú tambien de feral alegría.

En mi pecho no cabrá la inmensidad del gozo que voy á sentir de un golpe, cuando el hierro de mi lanza atraviese el impuro corazon del seductor infame.

XIX

A ver... Mi brazo es fuerte; jamás me fué traidor cuando mi voluntad le ordena que hiera con vigor y tino.

¡Ya te tengo á mis piés, doncel de D. Enrique!

¿Me oirá?... Yo quiero que me oiga.

¡Ya te tengo, ya te tengo, gentil vate!

¿No cantas? ¿Por qué no me recreas con tus armonías?

¡Oh, qué pena la mia, si no me dejas oir tu hermosa voz en este instante. Canta, ruiseñor; canta, poeta.

¿No quieres malgastar tu deliciosa voz? Pues ¡muere!

¡Muere!

Luego huiré.

Y luego cantaré yo.

Yo como tú sé tambien cantar endechas.

¿Pues no es justo que á mí me llegue el turno de cantar?

Ya verás qué voz la mia; escucha:

De profundis! De profundis! De profundis!....

CAPÍTULO SEGUNDO.

—

ELVIRA.

¡Cuán desgraciada soy!

Mi cuerpo y mi alma batallan noche y dia en ruda y mortal pelea. Con lazos inquebrantables atáronme á un deber; pero mi alma no estaba allí y, libre de estas cadenas, vuela.

¡Bárbaro suplicio! La materia tiene un dueño y el alma es toda entera de aquel otro que gobierna mi voluntad por el amor.

¡Oh, poder tiránico é injusto de los hombres!

Pero hasta dónde alcanza ese poder? ¡Ay! yo le siento en mis carnes desgarradas por el grillete brutal del opresor y mis entrañas se rasgan en la lucha tenaz que el espíritu sostiene para desprenderse y volar libre al encuentro del que la llama con la voz irresistible de la más dulce pasion. Mi alma quiere huir y yo no puedo detenerla.

El marqués de Villena.—Fuerza es que la virtud ahogue ese amor criminal en vuestro pecho.

Elvira.—¡Ah, señor! vos, que tanto sabeis de estas cosas que sin querer se prenden en nuestro corazon, como la llama en las resinas aromáticas que queman delante del altar, no pidais un imposible.

El marqués.—Temed la deshonra, señora.

Elvira.—Tan solo temo deshonrar á mi dulce y constante trovador.

El marqués.—¡Qué delirio!

Elvira.—Entre amantes—bien lo sabeis—es deshonra la ingratitud y la perfídia; mas tener amor á quien tan firmemente sabe amar, será un martirio, pero al fin martirio dulce para mí.

El marqués.—Vuestro esposo lo sabe todo.

Elvira.—Yo misma se lo contara si no lo supiese ya.

El marqués.—Hernan Perez de Vadillo ha acudido á mí en queja contra vos y vuestro amante.

Elvira.—Inútil, bien inútil queja.

El marqués.—No tan inútil...

Elvira.—Imbécil!

El marqués.—Reparad que Hernan Perez, señor de Porcuna, es vuestro esposo...

Elvira.—Siempre le odió mi corazon.

El marqués.—El corazon... hay que matarlo.

Elvira.—¿Cómo quereis que le mate, si es la vida de Macias?

El marqués.—Macias, á pesar de cuanto le estimo, ya está preso en la fortaleza de Arjonilla y vos...

Elvira.—Y yo, señor, allá iré cuando querais.

El marqués.—Pues ireis.

Elvira.—¿Qué dicha puedo apetecer mayor que la de vivir en un calabozo de la misma cárcel donde, por mi causa, él permanece?

El marqués.—Bien será que antes mediteis que el enojo podrá volver irascible á Vadillo. Los celos producen deseos vehementes de venganza; y el señor de Porcuna maneja la lanza y la daga con habilidad notoria.

Elvira.—Tanto mejor.

El marqués.—¿En tan poco teneis la vida de vuestro amante?

Elvira.—Es la mia, pues si respiro yo es con su aliento y si él muere, muerta al punto me vereis tambien.

El marqués.—Hernan Perez...

Elvira.—Le detesto.

El marqués.—Es vuestro señor.

Elvira.—Dominio duro, en verdad, es el suyo.

El marqués.—Si no dominais esa hoguera apagando la última brasa, os espera un fin siniestro.

Elvira.—Cualquiera me será grato con tal que ponga término á este suplicio.

El marqués.—Macias...

Elvira.—No sigais. ¿Qué nos importa la vida si por obedecer vuestro mandato me ví forzada á desgarrar mis entrañas al pié del ara santa para entregar mi mano al de Porcuna, cuando resonaban en los ámbitos de mi alma las últimas cántigas del enamorado trovador de Padron? Y cuanto rogué ¡ay! á aquél Dios que nos unía que permitiese á la muerte que allí mismo rompiera este lazo violento y sacrílego!

El marqués.—Yo ignoraba.....

Elvira.—Pues bien alto hablaban mis ojos.

El marqués.—¡Fatalidad! Yo no cuidé de observar ese lenguaje.....

Elvira.—Que tan bien sabeis expresar en vuestras trovas!

El marqués.—Pero yo canto ese sentimiento en general.

Elvira.—El amor.

El marqués.—Pero cuando ese amor inflama

dos espíritus que hace arder en una misma llama, el sentimiento se particulariza entre dos séres cuya esencia se une á través de las distancias y se comunican por corrientes de simpatía, cuyo misterioso curso ignoran los demás, aumentando este celestial misterio los inefables goces que proporciona una pasion amorosa á dos existencias que se adoran.

Elvira.—¡Qué bien hablais, señor!

El marqués.—Decir la verdad es preciso siempre.

Elvira.—La verdad..... Pues bien, señor, ¿por qué cortásteis ese hilo divino con que mi alma y el alma de Macias estaban unidas en la celestial juntanza del amor?

El marqués.—Es invisible.

Elvira.—No para vos, que sois poeta.

El marqués.—Cuando más, la inspiracion despierta el espíritu dormido para recibir la visita de esos séres invisibles que se trasforman en el verbo rimado que es la poesía.

Elvira.—¿Nada más?

El marqués.—Nada más.

Elvira.—Pues la inspiracion es llama, fuego sacro, que desciende de lo alto y, haciendo templo el alma de los profetas y de los apóstoles de la profecía, ilumina con clarísimos resplandores el curso del pensamiento, que luego hace vibrar

los lábios de David, de Jeremías, de Amós, de Joel y de todos aquellos que, como vos, sienten ese estremecimiento íntimo, esa conmocion profunda del alma que trueca el sér humano en otro sér, por el espíritu en llamas divinas inflamado, quedando apto para sentir y ver lo más recóndito en los demás séres á ellos inferiores.

El marqués.—Decís bien; mas ¿quién puede penetrar el corazon de una mujer?

Elvira.—¡Es tan fácil!.... Pero el secreto se rompió; y si no quereis que con él se rompa en pedazos mi corazon y el suyo, dejadnos que en la profunda sima de nuestra desventura, seamos dichosos deseándonos, cual pueden serlo ¡ay! dos pedazos de una misma entraña que se buscan para unirse y respirar la vida al través de un muro de bronce enrojecido que los separa.

El marqués.—Locura! ¿Y cómo atravesar ese muro?

Elvira.—Con firmeza.

El marqués.—Locura, locura, bien lo veis.

Elvira.—Dejadnos, señor.

El marqués.—El corazon es temerario cuando amor lo alienta.....

Elvira.—Y yo amo con toda mi alma.

El marqués.—Estais loca.

Elvira.—Loca de amor.

El marqués.—¿Y el doncel?

Elvira.—Está loco de amor tambien por mí.

El marqués.—¿Lo sabeis con tanta certeza?

Elvira.—¿Cómo he de dudarlo?

El marqués.—Quizás presunciones imaginarias, nada más.

Elvira.—En mi pecho guardo la evidencia.

El marqués.—Mucho guardar es.

Elvira.—Me ama como yo le amo á él; y tanto, tanto nuestros corazones se adoran, que no pueden latir separados, y en las venas de Macias y en estas de su amante se repite el latido de una sola entraña para los dos.

El marqués.—Sin que fuera milagro, bien pudiera suceder que os engañáseis.

Elvira.—Menguada idea teneis de ese sentimiento que tanto exaltais en vuestras cortes de amor. ¡Yo engañada!

El marqués.—Pudiera ser.....

Elvira.—Conozco, señor, vuestro propósito. Pero por más que intentareis en vano despertar dudas imposibles en mi pecho para amortiguar esta pasion que me abrasa, como el sol de mediodia abrasa las duras rocas sin fundirlas, antes bien produciendo las dulzuras inefables de los campos, no fuera prudente que el noble marqués de Villena calumniara como un villano el alma tierna y resonante de su leal amigo, cuya gloria realza la del prócer resplandeciendo como un

astro en los saraos y en los torneos del gran maestre de Calatrava.

El marqués.—Grave, á fé mia, es la ofensa.... Pero os la perdonaré en gracia á lo mucho que amais.

Elvira.—Como querais, señor.

El marqués.—Me siento conmovido y no puedo reñiros, Elvira. Mas ¿cómo tan cierta estais del amor de Macias?

Elvira.—Os lo he dicho ya, señor: guardo aquí, en mi pecho, la última cántiga que ayer me envió por un fiel amigo de él y mio; y aunque mi memoria la grabó en sí á la primera lectura, seré feliz otra vez pasando de nuevo mis ojos por los renglones que trazó su mano idolatrada. Escuchad:

«Cativo en miña trystura,
»Xa todos prenden espanto
»E preguntan ¿qué ventura
»Foy que me atormenta tanto?
»Mays non sey n'o mundo, amigo,
»Que mays de este meu quebranto
»Diga desto que vos digo.....

El marqués.—Callad!

El señor de Porcuna, fuera.—¡Maldita niebla! ¿No es este mi castillo? Sí; y esa voz que escucho es la de mi infiel esposa que repite las cántigas del odiado trovador.

Engañado por la niebla que se burla de mi desesperacion, he vuelto al punto de partida, ó tal vez soy juguete de los conjuros de algun nigromante. Ahora recuerdo que mi caballo me arrojó al suelo y luégo corrió de nuevo conmigo burlando el freno y mi destreza.....

¡Ah! no importa.

En las abiertas heridas ha caído plomo derretido: esa voz adúltera que acabo de escuchar flajela mis entrañas y enroscándose como una serpiente á mi garganta me muerde y me envenena.

Corre, caballo mio, corre!....

CAPÍTULO TERCERO.

—

MACIAS.

«Cuydé sobir en altesa
»Por cobrar mayor estado,
»É cain en tal pobresa
»Que morró desamparado.
»Con pesar e con deseio
»Que vos dyrye mal fadado
»Lo que yo hé ben o veio.
»Cando o louco cree mays alto
»Sobir, prende mayor salto.»

Así que hubo terminado de cantar este lamento el trovador, dejó el laúd y, sentándose á la ventana gótica de la torre de la fortaleza de Arjonilla, apoyó el gracioso rostro en una mano y con la mirada fija en el lejano horizonte escudriñaba la distancia sumido en una especie de dolorosa soñolencia; las montañas se hacian trasparentes á sus apasionados ojos y con el pensamiento medía el espacio que le separaba de Elvira.

La cuna del sol se ennegrecia por momentos y la hoguera de los funerales resplandores del rey de la luz hacía arder con vivísimos reflejos las montañas de Occidente. El horizonte por este lado era de fuego y del mismo lado del ocaso se habian cubierto las pendientes de las sierras con gasas color de violeta,—tocado luctuoso que al comenzar el crepúsculo, despues de una tarde de fulgentes resplandores, se apresuran á tender sobre sus hombros las enhiestas cumbres á medida que el sol se va muriendo, cual símbolo de nocturna viudez.

Como el alma es una maga que hace sonreir á la noche tempestuosa ó á los cielos verter llanto, cuando, vestidos de gala, celebran el paso triunfal del Soberano de la Luz, segun que ella padece, ó regocijada se deleita en sí misma, Macías contemplaba aquel espectáculo solemne, figurándose que asistia á un inmenso duelo del

planeta que no era más que el inmenso duelo de su alma herida de desventura: en el éxtasis del dolor oía esa música grandiosa con que los mares, los torrentes y los vientos sacudiendo los bosques y empujando las nubes que revientan despidiendo rayos, celebran la omnipotencia del invisible Sér—tanto más grande cuanto más se oculta á la mirada del hombre que, anonadado presiente la Eterna Sabiduría por la obra extranatural del sublime Artífice—y creía asistir á la agonía de los mundos.

La cuna y la tumba del luminar agonizante se contemplaban desde los extremos del firmamento.

Las plácidas cuanto breves alegrías de la Aurora, habian sido borradas por los oscuros celajes que anuncian el suspiro postrero de la tarde. La rutilante brillantez del mediodia se apagara y la última reverberacion de gloria de aquel rápido curso luminoso se inflamaba un instante para dejar lo único que queda de todas las grandezas mundanales:—las frias cenizas de César aventadas luego por la Historia, ó un resplandor mortecino que, por fin, se desvanece en las sombras de una noche perdurable. Amanecer, lucir y deslumbrar un poco desde el zénit, y luego las tinieblas sin fin... hé ahí la vida de aquellos pocos que han llegado al mundo en un

dia sin nubes; los demás... ¡ay! los demás brotan como las plantas salvajes con que Naturaleza cubre la costra de la tierra y sin saber quienes son, ni á qué han venido, vuelven á la nada, como esas nubes de polvo que el soplo vertijinoso de los vientos levanta de los arenales del África, cruzan el espacio oscureciendo la atmósfera y caen en el inmenso seno de los mares insondables.

Macías seguia contemplando abstraido aquel espectáculo sublime; y su mente fija con terrible crueldad en la idea de su infortunio, idea que se robustecia con las imájenes mortificadoras que de él sacaba para acrecentar todo lo posible la mortal dulzura que apetecia su alma torturada en la desgracia, dejó volar el espíritu que desprendido en un ahelo de arrobos amorosos, de la mísera materia, hundióse con el astro moribundo detrás de las sierras que se levantaban entre sus ojos y los ojos de su amada.

El corazon del trovador gemia y por sus mejillas rodaban lágrimas de concentrada hiel. De pronto se secaron éstas y los ojos del poeta miraron con ánsia indefinible al Ocaso porque del vapor de su pensamiento, calcinado en el crisol de vehementísima pasion, surgió una onda de dorado matiz que le representó á Elvira recibiéndole con los brazos abiertos de manos del

sol, en que él se figuraba caminando á su encuentro, y en el manantial de los lábios de su amada, ricos de dichas y fortunas, apagaba la sed de amor que le abrasaba. Mas esta ilusion momentánea, que le habia distraido algunos instantes, así como distrae sin aplacar las inquietudes del ánimo la llama que brota repentina en medio del espeso humo de un incendio, no habia hecho más que cambiar la direccion del puñal para herir de la misma suerte. La ilusion desvanecida dejó un vacío negro que la realidad se apresuró á ocupar mostrando su faz sarcástica é implacable. Pero como no existe enemigo más formidable para el hombre desventurado que su propio espíritu, todavía éste le mostró un páramo sin césped y sin sombras, en cuyo centro crecia una flor, cuya corola se fué estendiendo hasta llegar á parecer árbol jigantesco que cubria un delicioso prado, donde recobraba su perdida calma en brazos de Elvira que, sentada al pié de la prodigiosa flor, cojia en su boca el agua de un manantial que brotaba en el oasis para refrescar la garganta del poeta.

¡Sarcasmo amargo de la condicion humana! En las grandes desgracias es cuando la mente del hombre se ilumina con las revelaciones del génio, ó con los fuegos explendentes de las más peregrinas ficciones y por eso, bajo los abrasa-

dores rayos del desierto sueña con el agua fresca que brota de la fuente bullidora; y como no se puede humedecer el marchito lábio en medio del océano de arenas fundidas por un sol abrasador, el pobre Adan delira con los abundantes rios y praderas del Paraíso, donde se meció dichosa la cuna de su bien perdido.

El cruelísimo dolor que en el alma de Macías producia la lucha de su tempestuosa imaginacion contra los reveses de la suerte, habia hundido su corazon en un mar de hieles, y rendido y sin aliento se habia entregado por fin á las olas del amargo abismo, complaciéndose en ese negro deleite, propio de todos los desgraciados, que consiste en acariciar sus desventuras como el domador de fieras acaricia al tigre que ha de concluir por devorarle. Las contorsiones y rudas acometidas del enemigo gigante que se habia introducido falazmenta en su pecho, solamente se manifestaban al exterior de su débil y dulce naturaleza por una nube de la misma hiel en que se anegaba su espíritu y esa nube, levantándose como el polvo de la pelea, del fondo de su corazon en mortal lucha empeñado, cubria sus ojos, asomando á su mirada la negrura insondable de los grandes sufrimientos que le herían: dolor no comprendido por las angustias que producen los martirios corporales.

Los déspotas de Roma vieron morir á los cristianos, desgarrados por las fieras del circo, sonriendo dichosos á un amor correspondido en un sublime idealismo que fortalecia su espíritu hasta hacerles olvidar las garras del leon que destrozaba sus carnes palpitantes; pero la herida interna, el enardecimiento de un afan imposible de aplacar con la dulce posesion del objeto codiciado, un afecto inflamado en el corazon sin esperanza, una idea luminosa sin medios de realizarla, un deseo vehemente sin una ilusion halagadora encendida en los remotos horizontes del alma, cual faro de sonrientes pero imposibles venturas, hará ver al endiosado poderoso que es un miserable gusano devorado por las sugestiones de una grandiosa revelacion irrealizable, ó por los antojos de su entraña torturada en medio de un poder ante el cual la tierra se postra asombrada y muda de terror.

De vez en cuando la nube de llantos se plegaba bajo el párpado del enamorado poeta y rodaba una lágrima por su pálida y casi trasparento mejilla, que él dejaba correr hasta perderse en el suelo, como esos potentados que derrochan el oro sin curar de la miseria: rico él de tribulaciones podía verter aquellas gotas concentradas de su amargura sin temer al derroche, pues era inagotable el caudal de sus pesares é infortunios.

Aquel pueblo que fué artista por excelencia le hubiera copiado en mármol, con el cincel de sus más afamados maestros, para hacer una divinidad más y colocar en su poblado cielo la imágen del amor desgraciado.

Una profunda melancolía, cual ave fatídica, habia posado las negras alas sobre la inspirada y armoniosa frente del hijo de Iria Flavia, y el lento movimiento de los párpados del doncel parecía el último aleteo del génio de las tristezas imponderables, al detener su invisible y callado vuelo en la cumbre de los escollos que se erguian dentro del alma del galante trovador.

El astro del dia acaba de morir. El suspiro postrero de aquel rey de fuego flotó encima del ocaso en forma de vapor de oro, cual si hubiese espirado un dios de Homero en las cumbres del Parnaso para renacer al dia siguiente en el Dios que sube al patíbulo y redime al mundo desde lo alto del madero que los sicarios clavan en la roca del Calvario:—símbolo de toda idea nueva crucificada por los ódios que engendra el interés reinante y la preocupacion de la ignorancia.

En los apartados horizontes repercutióse por algunos instantes aquel estremecimiento de agonía del coloso de la luz en forma de suspiros luminosos de una hoguera que se muere. En el azul infinito comenzaron á brillar las primeras antor-

chas de los celestes funerales. La reina de las sombras apareció con su frente impregnada en secular melancolía para presidir el duelo: sus miradas se extendieron dulcemente por el espacio etéreo y dejó caer sobre la tierra algunas lágrimas de sus ojos que, evaporándose, produjeron una luz ténue, suavísima, amarillenta y dulce, cual conviene al que tiene el corazon enfermo y el alma herida de mortales congojas. Entónces comenzó á oirse un suspirar, exhalado por un pecho oculto que latía en la brisa, en los sombríos bosques y en la ola al imprimir su beso húmedo en la playa; un gemido de garganta dolorida; una sinfonía de muerte... Macías escuchó, á su pesar, el suspirar y el gemido, aquel concierto de tristuras que el aire recojía por doquiera, y un luctuoso presentimiento deslizóse en su pecho, al mismo tiempo que el ángel de los últimos amores murmuró á su oido,—á ese oido que todos tienen cerrado en la bonanza y que solamente se abre en los dias adversos, allá en lo más profundo de nuestro sér,—una palabra fria como el soplo que hiela:

—Ven!...

—Ven!...—repitió aquella voz misteriosa:—mi amor es firme, inextinguible, eterno!

El trovador sintióse llamado á la espantosa iniciacion de los secretos de la tumba y la imájen

de la Pátria, rival de su adorada Elvira, se dibujó en aquél momento cariñosa y amante, en su imaginacion, al lado de la mujer que idolatraba.

La noche fué contando sus horas soñolientas con ese monólogo solemne que atrae el alma á la meditacion sosegada de lo infinito, y una densa niebla tendióse perezosamente en las cañadas, en cuyo lecho se adormeció con abandono hasta el dia siguiente.

Las gasas blanquecinas, prestando á todos los objetos las fantásticas proporciones de un mundo de imposibles, enardecían el alma del poeta y del enamorado, y Macías comenzó á soñar despierto con sus dos amores: con Elvira y con Galicia.

Creyóse en su pueblo natal, en aquellas sonrientes praderas ocultas en el seno de la bruma, como los objetos preciosos bajo la capa de blancos algodones, y respiró el perfume de la madreselva y del jazmin que brotaran un dia al rededor de su cuna prestando fresca y benéfica sombra á su niñez: su pecho se llenó con el vivificante soplo de las brisas marinas estremecidas por el rumor de las luchas occeánicas y con los balsámicos efluvios de los campos tachonados de jacintos y de gualdas; iluminó su pupila la reververacion de aquella luz cernida por las sonrosadas manos de la Aurora sobre la tierra amada, y nunca dada al olvido desde la in-

fancia: oyó el canto de los pescadores, el rumor de la ola al estender su cristal sobre la menuda arena de la playa, el lejano mujir de los abismos, el beso furibundo que estos imprimen en la roca jigante de la costa: llegó á su oido el alegre vocerío de los infantiles camaradas, el canto estridente del gallo-sultan del corral de la paterna casa, el ladrido del vigilante mastin; estremecióse de inefable dicha creyendo escuchar la música incomparable del maternal acento, y su alma se meció en las gratas emociones de una felicidad completa, cual si recibiese á un tiempo mismo tres esencias adoradas en un beso de los cielos: la esencia de su madre, la esencia de su amante y la esencia de su pátria. Luégo, efecto de ese milagro de movilidad que hace entreabrir el pecho á las más risueñas quimeras cuando la trepidacion del abismo se siente pavorosa bajo nuestras plantas, se dejó arrullar nuevamente por otros dulces ensueños del corazon delante de la presentida muerte que le miraba con los negros huecos de sus ojos carcomidos; y en este arrobamiento que le embargaba ante los umbrales de la eternidad (extraña protesta de la vida contra la paz perdurable después de la batalla), complacíase en ver su imájen y la de su adorada, formadas por girones de la niebla, en tierno abrazo enlazadas y sentadas, libres de todo cui-

dado, en un peñon de la cántabra ribera, cuyos mares procelosos venian á cantarle idilios, rompiéndose á sus plantas con blando movimiento ó en blanca y ligera espuma desatando sus olas enlazadas:—figura que el poeta recojía para comparar el fuego de sus lábios cuando besaban á Elvira, ansiosos siempre, mudos y trémulos un instante para volver de nuevo vehementes á besarla como de la vez primera. Cambiaba luégo la escena á su voluntad, asociando dichas á dichas sobre el altar en ruinas de su felicidad, y las dos ficciones de tan venturosa alucinacion discurrian por las márgenes del Ulla cojiendo flores con que el trovador tejia guirnaldas que luego engalanaban la frente de Elvira: hacía notar á ésta la sombra de los olmos tendida en el seno de las aguas cual si fuese mágico jardin de un hada voluptuosa; formaba con las anchas hojas de las plantas acuáticas vasos por donde bebian los dos el agua trasparente; vagaban inciertos por las sombrías alamendas que bordan el curso del Sar y del Sarela, ora embelesados por el canto de un ruiseñor, cuya ardiente palpitacion tan maravillosamente respondía al latido de sus pechos, ora distraidos por un grupo de agavanzos en flor, en medio del que tenía su nido un gilguero, ora corriendo atolondrados tras las mariposas de plateadas alas.

Sucedia á este loquear delicioso un cansancio embriagador, y sobre la aromática alfombra que el trébol y las menudas gramíneas formaban en las márgenes del cáuce, tendíanse exhalando placentero suspiro de sus pechos, gustando así, bajo la recortada copa de fresno, en cuyas ramas se columpiaban las enredaderas de azules campanillas, esa sabrosa plática que brota de los lábios de los enamorados como la miel de los panales: conversacion siempre igual, siempre monótona, de insulsa é insufrible insustancialidad para el hombre indiferente; pero siempre de un interés que sobrepuja al interés del mundo todo, por que en esas niñerias sublimes está latiendo el corazon del hombre por entero. Y con frecuencia se detenia en un detalle de conmovedora ternura, de aquellos que el corazon del poeta atesoraba en gérmen á millares, complaciéndose en contemplar aquellos engañosos reflejos de sus dichas imposibles, presentados á sus ojos por la imaginacion en delirio en el seno de la niebla; y se veía con su amada entretenido en amorosa disputa, motivada por si los lábios del trovador habian de ser los primeros en tocar los delicados pétalos de la flor que formaban los encendidos lábios de Elvira, ó la fragante corola de una rosa que aquella tenía en su alba mano; y porfiaba Elvira por besar la rosa ántes de que Macias la besara

á ella. El trovador celoso de la rosa lograba, por fin, arrojarla deshecha sobre el suelo, y corría luégo presuroso á pedir el premio de su triunfo, que Elvira le concedía sonriyendo, cual sonrien, al ofrecer su fragante cáliz al primer beso de la mañana, las gentiles azucenas.

Y Macias creyó entónces que su amada le decía:

—Por vencedor de la rosa ¡oh poeta mio! coroné tu frente, que yo adoro, con esta guirnalda que mis lábios depositan sobre ella. ¿Pero como no oigo los acordados sones de tu laúd?

El trovador cojió el instrumento sonoro y, siguiendo en su delicioso arrobamiento, comenzó á gemir esta queja en la supuesta creencia de que Elvira le escuchaba.

»Señora en la que fiyança
»He por cierto syn dubdança...»

Y cuando comenzaba esta sentida cántiga á brotar de los lábios del trovador oyóse el precipitado galopar de un corcel al pié de la fortaleza; luégo una terrible blasfemia estalló como un trueno debajo de la ventana desde donde Macias daba al viento los acentos armoniosos de su musa plañidera; silvó el viento de extraña manera y, al mismo tiempo que estremeció el aire una

voz como un rujido, la lanza de Vadillo, señor de Porcuna, clavóse en el pecho del enamorado doncel atravesándole el corazon por medio de la entraña.

—¡Muere, graciosa alondra!—volvió á rujir el matador con sarcástico acento, mientras los lábios de la víctima se contraian, apagándose en ellos para siempre aquel verbo divino que se desvaneció llevando á Elvira su nombre guardado en el último suspiro del enamorado poeta.

CAPÍTULO CUARTO.

—

LA APOTEOSIS.

Al blando soplo de la aurora comenzó la niebla á levantarse de los valles con voluptuosa molicie, cual dama perezosa que abandona el lecho pudoroso despues de una noche de dulces complacencias en brazos de regalado sueño.

Hernan Perez de Vadillo, prorumpiendo en infernal carcajada, arrimó el acicate á su caballo y huyó saciado, pero lleno de remordimientos.

Corria desbocado el corcel enardecido por el

insano hierro cuando, al subir una ágria cuesta, cayó desplomado arrojando el ginete á gran distancia. El Sr. de Porcuna quedóse sin sentido á la violencia del golpe y cuando volvia en sí, el sol naciente jugaba con la niebla que se iba elevando en el espacio, cual lijera blonda de finísimos encajes. Los ojos de Vadillo, ofuscados por el trastorno que habia producido en su cuerpo la caida, y en su espíritu el remordimiento del cometido crímen, creyeron ver levantado en los aires gigantesco mausoleo de vapores que semejaban de lúcido alabastro. Era un monumento de peregrina belleza, trabajado en un instante, al conjuro de la maga Poesía, por los génios de la niebla. El cádaver de Macias, colocado en suntuosa urna trasparente, vertía sangre de la herida y la lanza matadora yacía á su lado juntamente con el laúd del trovador, tan armonioso ántes y ahora mudo y roto. Un ángel de deslumbrante hermosura hollaba con el extremo de un pié, como dispuesto á tomar impulso para ascender, aquella preciosa urna, mientras que su frente se perdia en la bóveda azul del firmamento: era el alma del poeta que, habiéndose desenvuelto de la carne, subía á ocupar el asiento para ella reservado en las alturas, en su natural grandeza. Las musas rodeaban el maravilloso monumento, formando un coro de alabanzas con los divinos

cantos que brotaban de sus lábios inmortales. Y de un grupo de trovadores que el canto de las musas acompañaban, arrancando melodías de sus liras, adelantóse el de Villena, é hincando una rodilla ánte la urna, escribió sobre ella una cancion del trovador de Iria Flávia por vía de epitáfio; siguióle luego Rodriguez de Padron, quien, levantando la cubierta de la urna, se disponia á encerrarse con su amigo muerto para siempre, cuando apareció Elvira y deteniendo al camarada de su amante, le dijo:

—Apartad, leal amigo del poeta: tan solo á mi me es debida esa merced que procurais.

Colgó luego de la urna mortuoria una corona de rosas que llevaba en la cabeza; levantó la tapa del sepulcro, y penetrando dentro de él exclamó, al mismo tiempo que dejaba caer la losa encerrándose con los restos de su amante.

—Tú serás ¡oh Macias! el eterno símbolo de las desdichas de amor.

LAS LEYENDAS DEL CONDE.

ÉNIDE.

Á MI FIEL AMIGO

CLÁUDIO FERNANDEZ,

que sueña como un poeta, piensa como un artista, filósofo ayudado por una variada y escojida ilustratracion, y que nunca escribe por avaricia del far niente.

ÉNIDE.

I

Declaro que he tomado de un celebrado poeta, en cuya mirada reflejó el primer rayo de luz el mismo cielo que inspiró al grandioso cantor de las luchas de los ángeles, y del que las brumas de Morben, tristes y sombrías como la lira de Young, rodearon su cuna murmurando notas desprendidas del arpa armoniosa de Fingal, un nombre y una idea.—Tennyson escribió los idilios del Rey, y *Enid* es la romántica y dulce rosa que hace brotar en uno de ellos.

No será escasa mi fortuna si consigo, con idea y nombre agenos, hacer agradable un asunto desconocido para todos, y casi moribundo en la memoria de estos pueblos que apenas si refieren, entre las chispas y el humo del hogar, cuando el helado viento arranca voces pavorosas á los mismos lugares de mi cuento,—y al recuerdo suscitado algunas veces por la erguida piedra que sostiene la techumbre, despojada á las ruinas del castillo por los descendientes de aquellos que temblaron al poder señorial de sus moradores de otros dias—trozos adulterados é incoherentes como ambarinas cuentas esparcidas de un collar, perdidas para siempre casi todas, rotas y desfiguradas los que la leyenda recojió.

II

En tiempos muy remotos dominaba en estas tierras el conde Unaldo, y su castillo elevaba torres y murallas al espácio en medio de un solitario monte;—sin otra vida hoy que el nombre que aun conserva de aquel noble, un manantial que sonrió aprisionado en el pátio de la fortaleza y sigue hoy cantando, en aquella soledad con acentos que semejan almas errantes que murmu-

ran, los secretos del desvanecido castillo, y un camino solitario que desde este pueblo le cruza hasta el vecino reino donde mora la memoria de Inés cuyas lágrimas, puras y cristalinas, llevan sin cesar la amarga pena de aquel pecho dolorido, con las notas del sublime canto que refirió tanto infortunio, al sonriente Mondego (1).

Énide,—hija única del conde Unaldo,—y cuyo nombre se habia conservado en la familia de generacion en generacion por recuerdo á una antigua alianza que un ascendiente muy esclarecido del conde habia hecho en la corte del legendario rey Arturo,—de quien habia sido grande amigo—vivia solo con su hermosura, sin saber que era hermosa, y la vigilante solicitud de su viudo padre, como una azucena en medio de las peñas de un desierto. Era de elevado talle, esbelta como los brotes nuevos de un rosal, y, de tan agraciados movimientos que los cañaverales del rio tenian envidia de tanto hechizo y gentileza. La dulzura de su alma se revelaba en la luz serena, matinal de unos ojos negros y soña-

(1) Frente á Coimbra, y al otro lado del rio que baña sus piés de coquetona diosa, brota en medio de jardines un abundante manantial que los portugueses llaman *Fuente de las lágrimas*. Doña Inés de Castro gozó y lloró en aquel lugar de sus amores y de su muerte. Recuerda este suceso una lápida de mármol que, al pié de la fuente natural, muestra en doradas letras las estancias que Camoens dedicó á esta tradicion.

dores como las noches apacibles que con las primeras flores vienen á la tierra cargadas de perfumes, armonías inefables y embelesadores misterios. A la nieve y al fuego de su boca podría compararse una noche del polo en miniatura. —Nuestro original, lozano y despreocupado Campoamor hubiera dicho que eran

> sus dientes y sus lábios, maridaje
> de las perlas casadas con las flores.

Habíase aficionado, Énide, á colocar las negras hebras de su abundante pelo sobre una frente modelada en la de Eufrosina, como la más célebre de las cortesanas de Athenas, de quien tenia una pintura en su dormitorio que un pariente suyo, aventurero paladin, y compañero animoso de los almogávares, habia traido como despojo de aquella épica y lejana correría.

III

No habia visto más estrellas que las que encima del terrado de la vivienda de sus antepasados lucian silenciosas; el mundo jamás habia cambiado de horizontes para su contemplacion;

leía diariamente el único libro que habia en el castillo, legado cariñoso de su madre, preciosa copia del *Libro de horas* de la reina Ana que Unaldo habia dado á su esposa, como regalo nupcial la víspera de su enlace.

El corazon de Énide dormia y nada tenia que contar á la luna: respiraba tranquilamente la brisa de la tarde cuando se aproxima la hora de las dulces meditaciones para los corazones que padecen la nostalgía del amor, y la vírgen de los ensueños juveniles baja á cojer flores á la márgen del arroyo y que luégo deja caer lánguidamente en los cristales fugitivos de las aguas como las ideas de la mente caen en alas del pensamiento... Solamente daba y recibia las caricias primaverales de un lirio silvestre que cuidaba con el mismo esmero que un niño cuida el primer pájaro que retiene en una jaula: la imágen de su madre era la única adoracion de su alma.

IV

Una tarde de Mayo la cólera del cielo bramó irritada como nunca sobre las torres de la morada solitaria del conde Unaldo. Los escarpados montes y ramblares gimieron conmovidos por la

terrible amenaza del dios de Isaías, y la nube mensajera del fuego vengador pasó envolviendo las murallas del castillo.—Unaldo estaba en la guerra sirviendo como bueno al rey, su señor, miéntras tanto que las llamas iban á arrebatarle el único objeto, en el mundo, de sus ánsias y de su amor.

Énide oye aturdida el fragor del incendio; las llamas elevan sus dentelladas lenguas silbando y retorciéndose sobre los muros como enfurecidas serpientes, hasta la estancia donde, rodeada de una atmósfera de fuego, próxima á la muerte, pide arrodillada delante de un retrato de su madre que la salve desde el cielo.

—¡Toda esperanza está perdida!... le dice con angustiosa desesperacion un viejo escudero—fiel como un lebrel, y á quien Unaldo dejaba siempre el cuidado de su hija y de sus haciendas.

—¡Yo soy la esperanza!... Gritó entónces una voz varonil y sonora, que pareció á Énide y á su leal servidor, descendida del cielo y tan dulce como debe de ser la del ángel, que en el dia de la profecía, anuncie á los justos el divino perdon.

Sintióse Énide, con la rapidez del pensamiento, enlazada por unos brazos vigorosos que la oprimian contra un pecho que latia con violencia, y atravesar veloz el denso humo, las llamas devoradoras, y el pavoroso estruendo que pro-

ducian pisos y murallas al desplomarse en el volcan.

V

Aquel rápido viaje por un infierno más terrible para nuestros personajes, que para Dante el que recorrió guiado por su divino maestro, duró breves instantes. El desconocido—que era un jóven de extremada gallardía y cuya alma parecia haber sido templada para el desprecio de todos los peligros,—cruzó con rápido y seguro paso las ruinas inflamadas y corrió presuroso á depositar su preciosa carga á la márgen de un pequeño estanque que la fuente del castillo formaba naturalmente á pocos pasos de la puerta exterior de los muros de aquella fortaleza.

VI

Énide, desvanecida, tendió su cuerpo sobre el oscuro feston de esmeralda que ceñia el limpio espejo del reducido lago, como blanco lirio derribado por la brisa sobre los aljofarados ma-

tices de aromosa y menuda yerba. Su rara hermosura, vigorosamente realzada por el fondo sobre que se dibujaba como faceteado carbunclo en medio de las sombras de la noche, cautivó en aquel momento tan profundamente la atencion del jóven desconocido que, en aquella época de nebulosa inteligencia, no es maravilloso que temiese encontrarse con los artificios de otra Armida.

Más no era tiempo ya de abrigar recelos en un corazon todo ocupado con el afan de oir la voz de aquella inocente hechicera,—tan rica de bellezas, tan cautivadora en su natural abandono, tan delicada y pura en las líneas que trazaban su perfil de ébano, alabastro y recamadas sedas sobre el intenso color del oscuro suelo que, el culto pelasgo la hubiera adorado como la divinidad del gracioso lago, y el inventor de Cimodocea encontraría más hermoso este grupo,—semejando la sorpresa de una ondina por la mirada indiscreta de un profano, en el momento en que duerme descuidada en la márgen bordada de espadañas de su diáfana morada—que el mármol de Diana y Endimion que sirvió de modelo para el primer encuentro de sus dos héroes cristianos (1).

(1) Obras de Chateaubriaud: Notas á «Los Mártires».

Inclinóse el jóven, que comenzaba á sentir en su pecho el fuego de las llamas que acababa de atravesar, sobre el estanque, cojió algunas gotas de aquella agua que se extremeció como pudorosa vírgen al contacto de su mano, y la dejó luego caer como diamantes sobre matizada plata, en el rostro adormecido de Énide.

A un movimiento suave é indeciso, con que demostró que recobraba el perdido sentido, siguió otro más marcado; siempre con la gracia indefinible, vaga, dulce, armoniosa con que un grupo de blancas nubes se mueve sobre el cielo, impulsado por el soplo suave de una tarde serena.

Experimentaba el jóven una atraccion infinita y respetuosa hácia aquel prodijio de deslumbradora belleza y lo contemplaba absorto como si se creyese ante las impalpables fantasmagorías de un ensueño feliz.—En el pecho de Gwynplaine no se inflamaron tantos deseos, ni tanta admiracion se despertó en su alma delante de Josiana envuelta en gasa de vítrea trasparencia y próxima á despertar de un sueño voluptuoso.

VII

En aquel momento sonó impertinente y monótona una bocina y los ecos repitieron prolon-

gando de roca en roca aquella ondulacion del sonido, columpiándole y atenuándole como gemido de niño en brazos de una nodriza que se aleja.

Levantó el desconocido la cabeza de aquella paradisíaca contemplacion, miró al horizonte donde la bocina habia sonado y con mirada firme interroga al monte.

—Señor:—le dice el viejo escudero de Énide, apareciendo inquieto y mutilado por la catástrofe de que habia logrado al fin salvarse—Grande es nuestro peligro. Esa bocina que acabais de oir es del desalmado Rumi-Alan. Dicen que, no sé en que corte mora, tuvo riquezas y poderío; más, por excesos de su alma ruin, fué sentenciado por el rey, su amo, á morir ahogado despues de quitarle todos sus bienes y honores. Pudo escaparse y aquí le trajo Satanás. Nególe el Conde, mi señor, la mano de su hija, y desde entónces nos hace implacable guerra y tiene á estos pueblos aterrados con sus alevosías y las de la gente que acaudilla. Es muy hábil caballero y pocos hay que resistan la pujanza de su lanza.

Al oir el nombre de Rumi-Alan el rostro del jóven caballero se iluminó por subitáneo fuego, y de sus ojos brotó un relámpago de ira como rayo de luz devuelto por la bruñida hoja de una espada.

VIII

Pasaron breves instantes y por encima de una árida y fragosa colina que recorta el horizonte con el aspecto desolado de arruinada ciudad—como Balbek en el desierto—aparece Alan, que desciende por el tortuoso camino que la cruza, al frente de su gente.

Corren, ó más bien se precipitan, sin reparar donde pisan, confundidos, frenéticos y veloces, de tal suerte que al verlos pudiera recelarse un descuido en el tricéfalo guardian de las tenebrosas puertas del infierno.—Alghieri creería que tomaban forma real los monstruosos malvados de su divino cuento.

Rumi-Alan se adelanta del diabólico escuadron—terrible y pintoresco como una de aquellas legiones de réprobos delineadas y coloreadas por el mágico pincel de Milton,—y su caballo, hostigado por el hierro que inflama sus ijares, se tiende cual flexible junco hasta rozar el vientre en el suelo, y parte con la rapidez del dardo que despide arco poderoso tendido por robusta mano contra el inesperado salvador de Énide, que espera al moro con marcial y sereno continente.

Ya están á escasa distancia...

El ardiente vapor que el caballo árabe de Alan, en la fatigosa respiracion de tan extraordinaria carrera, arroja como llamas, ha enardecido el sensible olfato de el del jóven guerrero, que brotando relámpagos de los inquietos ojos relincha impaciente del combate. Un salto más de aquella vertiginosa carrera, y las lanzas de ambos adversarios saltarán en astillas al espacio ó cruzarán sus pechos cual sutil aguja blando panal.

El sereno jóven, inclinado sobre la cabeza de su arábigo caballo, que obliga, con las bridas retraidas, á tomar la actitud del leon que se apresta á saltar sobre el chacal, busca con la punta de su lanza el sitio donde ha de clavarse el que viene á acometerle como descuidado ciervo acechado por tranquilo cazador.

IX

Van á herirse...

La piedra lanzada de la honda toca fatalmente el punto donde la lleva el ciego brazo que la arrojó al espacio: de la misma suerte, el fiero Alan, va á precipitarse sobre el desconocido

guerrero...; cuando por un recurso de prodigiosa habilidad desvia el moro su caballo, y, sin poder detenerse, sigue gran trecho, más que corriendo volando en su númida alazan.

Vuelve luego, y lanzando al generoso jóven coléricas centellas de la sombría nube de sus ojos, le dice con terrible acento:

—¡Ah, eres tu! Satan te trae; ¡ya te tengo!... No he querido atravesarte con mi lanza por que sería demasiado honroso para tí; y además mi ódio no quedaría apaciguado. Te prepararé mejor castigo: he de meditarlo bien para gozar de mi venganza que será cual es mi ódio.

—Desde Córdoba vengo en busca de tí—le contesta el animoso jóven, con impaciente frase. —Has logrado burlar la justicia del emir; más yo juré encontrarte á pesar de tu fingido nombre y arrancarte con la vida esa lengua maldita.

—¡Oh!,—repuso bramando de furor, Rumi-Alan,—aquí no llega para tí la sombra de Aben-Hud cuya privanza me arrebataste. Desde que has aparecido en mi camino, mi estrella antes venturosa, se nubló: en los torneos, en las frecuentes batallas, en las zambras y cacerías tu te llevaste sobre mí la admiracion de las sultanas y caballeros de Córdoba, de Sevilla y de Granada: víme humillado y traté con Alhamar y con Fernando de Castilla la ruina del voluble Aben-Hud,

miéntras hacía llegar á éste delaciones contra tí: el emir de los gazules descubriendo mis planes te salvó y me perdió á mí. ¡Bastardo, ahora nádie te arrancará á mi furor!...

—No hables más infame charlatan, le interrumpe el valiente caballero con iracunda impaciencia; ya hubieras pagado con la vida tus maldades á no haberte arrebatado á mi enojo la justa indignacion del emir. ¡Traidor! ahora verás si la sangre de mi padre degeneró en mi bastardía.

X

Y con el ímpetu que á su pecho varonil daban el natural valor y el enojo avivado por la presencia de su enemigo se precipita sobre él, y los caballos de ambos adversarios, iguales en agilidad y fuerza, tropiezan como dos peñas que se chocan en el valle desprendidas de opuestas y elevadas cumbres.

La lanza de Rumi-Alan se rompe en la dura coraza del intrépido guerrero y á un falso movimiento de su caballo queda éste desmontado: arranca temblando de ira su espada, y comienza, cual un tigre enfurecido un combate desigual contra Alan que se defiende con ventaja desde el

suyo.—Eran dos héroes del Tasso renovando el asunto de sus cantos embelesadores; el último descendiente del más generoso de los galos luchando con el sicambro Meroveo si no más imponentes y terribles.

XI

Empuña por fin el denodado caballero, su tajante acero con ambas manos, y, con la desesperacion del que todo lo aventura de una vez, dirige un golpe formidable al sarraceno que lo recibe en el brazo con que maneja su alfanje; y sin poder ya retenerlo lo abandona al suelo: queda Alan aturdido de dolor; su adversario aprovecha este momento, y ágil como el leopardo de la Nubia lánzase á su grupa, rodea el cuello de su enemigo con nervudo brazo, le atrae hácia sí, y con la otra mano le arranca su propio puñal que entierra presuroso en la garganta del muslime.

XII

Los sucesos que acabamos de referir habian

pasado con tal rapidez, que la gente acaudillada por Rumi-Alan,—segura del triunfo de su jefe contendiendo con un solo enemigo,—se habia entregado al despojo de los aun candentes escombros del castillo, cual trailla de perros hambrientos á los restos de un festin, y nada habia visto.

El victorioso caballero aprovecha esta circunstancia favorable, y despues de colocar á Énide en el caballo de Rumi-Alan, dirígense, guiados por el viejo escudero del Conde, á una posesion que éste tenia, cercana de aquel lugar y en las márgenes del Miño llamada el Remanso (1).

XIII

Marchaba Énide con las bridas olvidadas sobre el cuello de su corcel, vaga la mirada, soñadora la frente, como el que duda si fué cuento ó realidad cuanto acaba de presenciar.

Seguíala el caballero, sin atreverse á turbar aquel penoso silencio, cada vez más impaciente por decirle cuanto amor su pecho inflamado atesora para ella.

(1) El tiempo ha ido cambiando este nombre natural de un lugar todavía encantador, y hoy se llama Santamariña.

Así cruzan bosques y senderos solitarios, lentos y mudos como sombras perezosas evocadas de la tierra por la noche que comenzaba á tender su manto de estrellas en las bóvedas espléndidas del cielo. Detiénense al fin delante de los macizos pilares de un portal, recubierto de lozanas hiedras, resaltando sobre la alta piedra que cierra aquel dintel, el heráldico blason, ceñido por la amante planta, de la casa condal del noble Unaldo.

Adelantóse entónces, sumiso y cuidadoso, el viejo escudero; humilló su hombro hasta las breves plantas de la hija de su señor, que desciende, miéntras bufa y relincha su caballo al presentimiento de próximo descanso; dirigióse luego al caballero, y con celosa intencion y ademan respetuoso le dice:

—Trájoos el cielo para salvar á la hija del Conde, mi señor, de los peligros que acaba de pasar. Sin que el brillo de vuestras armas me lo hiciera sospechar, lo que acabais de hacer me dice que sois noble y generoso como un rey, si no sois realmente un príncipe.

Diéraos gustoso hospitalidad; mas esta vivienda es reducida y no digna de un noble como vos. Contaré al Conde la deuda que hoy contrajo, y si os dignais decirnos vuestro nombre, no dudeis que, él es tambien noble y sabrá pagárosla.

—Nada me debe el Conde tu amo, contestó altivo y arrogante el caballero.

XIV

Lanzó luego una mirada á Énide, cuyo infinito amor fué correspondido por otra que le devolvieron tierna y acariciadora los hermosos ojos de la hija de Unaldo; y parte sin cuidarse de cuanto le rodea ni de buscar abrigo en medio de la noche. Énide ocupa entero su pensamiento. No se cuida siquiera de guiar á su caballo, que se detiene tentando las yerbas del camino, ó vaga incierto por aquellas sendas y linderos.

La mirada que acaba de recibir en su alma, el fogoso caballero,—como el rocío vespertino cae en el seno de una flor medio moribunda por el excesivo calor de la tarde,—produce en su anhelante pecho un tumulto de sensaciones cuyo precipitado movimiento le dejan adormecido para cuanto es ageno á aquel ardoroso pensamiento.

Inmóvil, cual fatídico fantasma, en medio de los pavores de la noche, permanece silencioso—como sujeto á la tierra por el conjuro de algun mago de aquel tiempo—miéntras su cabeza se inclina al peso de tenaz preocupacion, y su fren-

te se humedece al contínuo surgir de las ideas que cruzan su cerebro cual chispas inflamadas que le abrasan.

XV

Repentinamente una voz desagradable y temblorosa, como la que el miedo oprime en la garganta, gritó en las sombras:

—¡Jesus! el fantasma de Alan.

Arrancado de esta suerte el apenado caballero á sus silenciosas inquietudes preguntó con récia voz:

—¿Quién sois?

—Rusten, señor; y pertenezco al conde Unaldo—y aproximándose más, el locuaz aparecido, prosiguió—¡Ah! creí que érais el diablo; y es todo al revés, pues que sois el valiente que mandó al infierno al sarraceno y que libró de las llamas á la hija del Conde, mi señor.

Notando luego la profunda meditacion en que habia vuelto á sumirse el generoso guerrero, dijo:

—Quedaos con Dios, señor; y no asusteis así á la gente. A estas horas vienen las brujas y los duendes en nefanda compañía á bailar en las

encrucijadas de estos bosques y cualquiera os tomará por un vomitado de la tierra.—Está perdidamente enamorado... murmuró luego á media voz dirigiéndose á la posesion del Conde.

XVI

Permanecía, en tanto Énide, de cuyo pecho no habia exhalado una sola exclamacion, silenciosa y triste como arpa muda de olvidado trovador.

Agitaban su alma los primeros estremecimientos de la fiebre que inunda siempre violenta el corazon de la mujer, y sus lábios enardecidos se entreabrian con lento y prolongado ritmo para alimentar la vital ondulacion de aquel pecho presa de naciente y desconocida inquietud. Sentía pasar las horas perezosas de la noche sin poder llamar al dulce sueño en su auxilio, y por la primera vez en su vida de inocencia, una ansiedad inexplicable hizo rodar algunas lágrimas de aquellos ojos que jamás habia empañado el dolor, ni tampoco iluminado el goce fugaz de ninguna alegria. Su alma permanecía hasta aquel dia tranquila, ignorando el fuego oculto que existía dentro de ella, como esos lagos misteriosos que esconden cariñosas las montañas en su seno,

cuya cólera adormecida jamás despertaron los vientos irritados.

Así la sorprendió la dulce aurora, sentada en su lecho, y con el rostro oculto en el pulido marfil de sus delicadas manos.

XVII

Rusten llamó con receloso cuidado á la puerta de su estancia y despues de esperar largo tiempo sin oir contestacion entró. Observó con aire malicioso las huellas que el insomnio habia impreso en las pálidas megillas de la hija de su señor, recordó la actitud en que habia encontrado, la noche precedente, al caballero y murmuró con sonrisa feroz:

—¡Hola! tambien mi candorosa condesita está apestada de aquel mal...

Rusten era un ser deforme y repulsivo como los mónstruos que se forja una imaginacion calenturienta. Raquítico y contrahecho con espantoso rigor de la naturaleza que habia agotado en él la sublimidad de lo horrible, era, sin embargo, su alma más deforme todavía: en su cuerpo reconocería Víctor Hugo á Quasimodo, y en su alma tenebrosa á Barkilphedro, ó Shakespeare á

Caliban. La crueldad le hacia sumiso y un afecto bondadoso ó un beneficio recibido levantaban tempestades de rábia y de venganza en su mísera existencia. El mal era el fondo de su vida, su constante aspiracion.

¿Amaba á Énide?—Es un arcano.

Teníale el Conde en su familia por la extravagante costumbre de aquellos tiempos que hacia necesaria en los palacios la presencia de un ente que excitase en los señores—cansados de batallas, de intrigas y de crímenes—agradable entretenimiento con la osadía de su lengua consentida, y con la mueca natural de estos mónstruos arrancados, al parecer, á la arquitectura de la época.

Habia adivinado,—por esa maravillosa intuicion que la providencia concede á los seres que despoja, despiadada, de todos los encantos del modelo que sus manos creadoras depositaron en Eden—lo que pasaba en el corazon de Énide y en el del hermoso caballero.

Oprimió el suyo con las manos, como en un acceso de furia ó de dolor, y salió de la estancia con un plan tenebroso en su cabeza infernal.

Fingió á Dagoberto—el fiel escudero—un mandato del Conde que le llamaba á su lado; y con la ayuda de una vieja agorera que vivia muy cercana, entre las cavidades de una roca, en

compañía de una serpiente y de un mochuelo, comenzó á ejecutar su plan.

XVIII

La tarde terminaba.

El sol radiante de un caloroso dia de verano habia hundido su cabellera de oro en los lejanos mares, y sobre el horizonte vagaban los últimos resplandores, deslizándose por entre algunos grupos de atornasoladas nubes, detenidas como manadas de pintadas palomas y blancos rebaños de corderos, sobre las elevadas cimas y suaves hondonadas de los cercanos montes. El ambiente embalsamado con el hálito fugaz de mil rosas entreabiertas—secretos de aromas arrebatados por el céfiro á su amante existencia—llenaba de sonidos confusos y tíbios el espácio, produciendo en el alma sosegada el encanto inefable de una dulce embriaguez de ideas risueñas, indecisas, sin contornos y voluptuosas meditaciones.

Una pálida entonacion de luz hácia el Oriente mostraba ya, sobre el diáfano turquí de los cielos infinitos, las primeras gasas de la reina del silencio que venia á recibir la confidencia diaria y los besos de la tierra.

Todo era vago, blando, confuso y soñoliento en el aire; todo era resonancia, armonía y ocultas caricias en la tierra; todo era trasparencia, brillantez, inmensidad en el sereno cielo. El alma de Tamiris hacía resonar los bosques con su ardorosa y palpitante cantilena...

La naturaleza sonreía, el alma meditaba...

XIX

La hermosa hija del conde Unaldo, recostada en la yerba que acariciaban las ondas del Miño, —risueño y bullicioso con la imágen que aún conservan de las *aureanas* que hicieron estremecer con su hermosura las cuerdas de la lira de un amigo mio—seguia con mirada distraida el ancho círculo de las olas que al separarse de la corriente venian á reclinarse perezosas en la rica almohada de tomillos, madreselvas y mejoranas con que le brindaba la ribera, formada en aquel sitio por el ámplio seno de un remanso.

Sentíase inquieta y no sabia bien que causa motivaba su inquietud; tenia miedo de estar sola y le causaba extrañeza este recelo que nunca habia experimentado desde la muerte de su adorada madre. Y en esta sorda tempestad de ideas y

sensaciones que se levantaba de su corazon á los primeros movimientos del amor, como de un lago se levantan los vapores al nuevo sol de la mañana, recordaba una leyenda que un rey poderoso del Oriente cantaba en plectro de oro, refiriendo con el hechizo de su acento, el amor ardiente que Sulamita profesaba á su amante; y entónces la imágen del gallardo caballero apareció en su mente como el ánsia del hogar en la del perdido navegante.

XX

Entregada de esta suerte al profundo vuelo de su imaginacion soñadora, olvida el tiempo que pasa sin sentir y la luna,—la diosa blanca de las vírgenes efésias—plateaba ya las aguas, que chocando con las piedras de la corriente producian á cada salto un tumulto de murmullos y un raudal de espuma y diamantes.

—Las estrellas—dice en el lánguido abandono del que habla sin oirse—son amadas de las aguas que las reciben en su seno; los lirios crecen juntos en la márgen del arroyo, florecen á un tiempo, y el tallo que se inclina lo sostienen otros lirios con sus apretadas hojas que son como

sus brazos; dos manantiales que brotan separados corren presurosos á confundir sus aguas en un lago... ¡ay! yo estoy sola...

XXI

Y volviendo á recordar la leyenda que á su madre habia oido tantas veces suspensa de su voz, repite con la imaginacion más bien que con los lábios, trozos dispersos que conservaba en la memoria.

«Yo duermo y mi corazon vela...: es la voz »de mi amado que llama...:—ábreme amiga mia, »paloma mia, por que mi cabeza está llena de »rocío y mis cabellos de las gotas de la noche.

Callaba, y luego semejante al ave que llama sus hijuelos con tiernos acentos interrumpidos por intérvalos de angustiosa pena, volvia á recitar:

«Mi amado para mí y yo para él...

«Hacecito de mirra es mi amado para mí, »entre mis pechos morará.

«Racimo de Cypro en las viñas de Engadi, es para mí mi amado.»

Figurábase otras veces que el amante objeto de su tierna meditacion habia oido su voz y que la decia como el de la encantadora leyenda:

«Paloma mia, en los agujeros de las peñas, »en la cavidad de la albarrada muéstreme tu »rostro, suene tu voz en mi oido; porque tu voz »es dulce y tu rostro hermoso.»

Desechaba esta ilusion y tornaba á sus quejas solitarias hablando con la pasion de la hija del Jordan:

«Véisme morir sin consuelo porque mi alma »no está conmigo sinó con aquél que es todo mi »embeleso. Él se me ha ausentado, sin cuidarse »al parecer del desfallecimiento en que me deja. »¡Oh! si lograra yo ahora...»

XXII

Como respondiendo á la voz de su corazon, un canto lejano repetia en aquel momento las mismas inquietudes de el de Énide.

Sorprendida y recelosa prestó atencion al vagoroso éco que súbitamente la interrumpia en su dulce delirio.

Era aquél una modulacion de notas un tanto monótonas como la voz de las aguas con que se confundian sus últimas cadencias; dulce y melancólica como la cancion que el árabe entona al recuerdo de Zoraya miéntras sigue en santa pe-

regrinacion el tardo paso del camello, al través de los arenales de la Livia; y tenia ese aire del desierto con que los descendientes de Omar disipan las penas de su pecho sentados por la noche á la puerta de la tienda iluminada por la luna.

XXIII

Pronto apareció bogando sobre las olas una barquilla que guiaba un hombre vestido de reluciente armadura. La barquilla tocó la márgen; el que la conducia saltó en tierra y despues de atarla á un ramo de la orilla se presentó de improviso delante de Énide que, reconoció al momento su gallardo caballero, palpitante de emocion.

—Sabia, le dice, que veníais á este sitio delicioso á respirar las brisas de la noche, y que os encontraría como á otra diosa de la hermosura entre los laureles de Idalia.

El gentil mancebo que habia recibido una educacion muy esmerada—raro patrimonio en aquel tiempo de ambiciones y de luchas—era tan animoso y denodado como seductor y brillante era su cultivado ingénio.

XXIV

Perseguido desde niño por el delito de ser hijo del amor ilegítimo de un poderoso, habia recibido en compensacion toda la ternura y los cuidados de una madre que habia derramado sobre él las riquezas de su corazon y de una opulenta fortuna.

Con su madre habia cruzado los mares—manantial siempre fecundo de inspiracion para viajeros, pintores y poetas;—habia vivido largo tiempo en la deslumbradora corte de los abasidas de Bagdad; meditado sobre la corriente del Jordan y del Orontes en Damasco; recorrido el inmenso imperio de Ramses, Cleopatra y de Thahoser, los montes de la Siria y la Judea—que repiten aun la voz de los profetas y el lirismo incomparable de David al pié de Siloé;—habia contemplado el fulgurante cielo de la Ausonia,—que habia oido el melancólico canto del cisne de Mántua, y de Lucano, y de Ovidio que se lo enviaba lastimero desde el Ponto, y que más tarde inspiró á tantos génios pátrios y extranjeros, como Rafael, Pergolesse, el de Byron y el de Corina;—y al pasar por delante del

sepulcro de césped del más valiente de los griegos, y del cabo Suniun, habia visto en su imaginacion levantarse al héroe con la gloria de Homero en la frente, y sobre el segundo batir las alas celestiales de Platon. Despues, los accidentes de su vida, le trajeron á Córdoba, donde con la privanza del emir habia respirado los restos decadentes de aquella civilizacion esplendorosa y de aquel gusto refinado del grande Abderraman.

XXV

Énide solamente conocia sus lirios perfumados y el libro en que leía diariamente.

Su ciego corazon, presa de las llamas que en él encendian las palabras ardorosas del apasionado caballero, no dormia ni cesaba de latir con inusitada violencia, y su alma se entreabria presurosa á la ley de amor que une al cosmos en eternas armonías, como la azucena de las aguas desdobla su corola á los primeros rayos del sol. La manera con que el gentil mancebo le manifestaba el sentimiento que brotaba de su pecho en torrentes de imágenes, tan ardientes como el sol bajo que había vivido largo tiempo, era como

un rocío de fuego que penetraba en su pecho despertando de improviso, á este soplo candente de pasion, todas las ánsias, deseos, goces é inquietudes del amor en su corazon juvenil, cual sustancia que se inflama con el aire en el fondo de una copa de alabastro ó de cristal.—Absorta, sin poder arrancar de sus lábios ni un sonido, miraba al caballero con sus grandes, negros y brillantes ojos que despedian en las sombras, como astros, fulgurante centelleo.

El enamorado jóven, cada vez más impelido hácia aquella hermosura sin igual, por la ola que crecia, corriendo por sus arterias y sus venas ante la presencia de su adorada por el lugar y por la hora en que la veía, volvió á decirla como el que experimenta repentina y extraordinaria conmocion:

—En medio de este bosque de flores y de extrañas plantas que recuerdan las más remotas regiones de la tierra, sois como una perla de belleza inestimable escondida en el nácar de una concha: busco anhelante el tesoro en su espléndida morada para ocultarlo eternamente en el fondo de mi alma, con la vida en mis entrañas... Pero aun no he oido vuesta voz, y me sería imposible existir en este afan con que mi corazon os adora sin saber si del vuestro alcanzaré algun suspiro.

Los lábios de Énide se movieron como dos pétalos unidos que estremece ligeramente el aliento de los valles y murmuró:

—Pensaba en vos...

XXVI

Cogió el afortunado amante una mano que Énide le dejó abandonada, cual un manojo de blancos alelíes en las del dichoso caballero, y, vagando así unidos por el bosque, sentáronse por fin al pié de un terebinto, cuyo extendido follaje—manto codicioso que guarda la memoria de Esther y de Sarah—sombreaba aquel poema en accion de dos seres enlazados por la ternura del alma en medio de la engalanada naturaleza; y arrebatado el caballero por la dicha que le enloquecia llevó las manos de Énide á sus lábios y exclamó:

—Sois hermosa, amada mia, como las estrellas que allá lucen; el candor de vuestra frente es más dulce que la apacible claridad de esos astros de la noche. En esta soledad de aromas sois la rosa más gentil, el perfume más preciado de mi alma; sois el sueño constante de mi corazon...: ya no alimentaré mi existencia con otra respiracion que vuestro aliento...

—Deseara estar siempre á vuestro lado,—pronunció la hija de Unaldo suspirando.

—¿Y quién podría alejarme ya del vuestro, hermosa mia?—repuso el jóven desconocido, y prosiguió.—Pero salvándome con vos de un peligro inminente temo haber caido en otro más cruel si vuestro corazon no puede calmar con afecto igual las inquietudes que por vos siente mi alma.

XXVII

Énide desprendió de su cabeza un ramito de ciprés, lo colocó sobre el pecho del caballero, y le dijo:

—Tomad; guardadlo siempre ahí, sobre el corazon: es eterno su verdor y así se conservará sin marchitarse vuestro nombre en mi memoria. ¿Cómo os llamais?

—Tengo el nombre de mi padre, y pronunciándolo vos, vais hacerme querido ese nombre que no amo.

—¡No amais á vuestro padre!—exclamó Énide sorprendida—¿Cuál es su nombre?

—Alfonso. Pero mi madre que adoré con delirio, y vive en la veneracion de mi alma,

como la imágen ausente de un altar abandonado que acrecienta el fervoroso culto del creyente, perseguida por su inhumano amante—de quien dicen, no obstante, *que amó la justicia y aborreció el vicio*—fué á dejar su triste existencia al fin de una peregrinacion al Estado de Betlhen, y ahora descansa al lado de los que lanzaron su maldicion contra la ingratitud de los hombres. Mi madre era para mí como la luz que disipa las tinieblas; como el agua fecundante que da á las praderas alegría; como el recuerdo indeleble de la pátria para el que busca desde remota ignorada playa, con los ojos empañados de dolor, la columna de humo del doméstico hogar en el horizonte que le niega esa nube de consuelos inefables formada en el regazo de la esposa, de la madre y entre tiernos arrullos de inocentes hijos. ¡Ah, madre mia! Tú eras para mí como el divino sueño de santa libertad, que conmueve el corazon juvenil al sentir en el alma el soplo vivificante de noble y generosa independencia; eras la plegaria que unia en cadena nunca rota de ruegos y bendiciones mi nombre con el cielo; eras la fuente bulliciosa donde apagaba las inquietudes de mi alma y calmaba las ardientes congojas de mi corazon atribulado por las ánsias engañosas de la vida. Mas ¡ay! aquella luz apagóse para siempre en las soledades de mi

espíritu; cambióse la alegría que me daba, con la inmensa ternura de su corazon, en honda pena; y al cubrir su cadáver con la tierra de aquel lugar de redencion sentí un frio en torno mio como si la tumba nos hubiese devorado á los dos... Vos sois ahora la que posee todos mis afectos en la tierra, y sereis la esperanza que alimentará esta vida que bogaba por el mundo, como un bajel sin rumbo fijo en medio de un mar sin riberas.

XXVIII

—¡Tampoco teneis madre!...—dijo Énide empapando con las lágrimas que caían de sus ojos un pequeño objeto, que habia sacado de su pecho miéntras escuchaba á su amante la triste relacion que acaba de desprenderse de sus lábios.

Miráronse luego largo tiempo; y en la presion de sus manos enlazadas, y en la profunda ánsia con que se contemplaban bebian insaciables el hálito inflamado del hondo abismo de pasion que bullia en el fondo de sus pechos.

.....

La estrella de la mañana lucía en el Oriente. Sonó un beso...; extremeciéronse las sombras fu-

gitivas, y la luna sonreía ocultándose detrás de un alto monte, despidiéndose igualmente de las aguas, de los bosques y los valles.

Desde aquella noche se veían diariamente, y los dias corrian como instantes para aquellas dos existencias adoradas.

XXIX

Habia mediado el sol en su camino, y era la hora de la siesta. Zumbaban las abejas libando el dulce sustento de las flores; flotaban en el aire átomos brillantes como enjambres de seres impalpables; el agua del remanso semejaba una lámina de bruñido acero reflejando con vigor los rayos de un sol canicular, y la sombra de los árboles convidaba con amena frescura al grato reposo de los miembros fatigados. Alfonso, reclinado sobre el corazon de Énide, respiraba con afan las brisas húmedas de un arroyo que corria á sus piés, y entraban en su pecho con el aliento de su amada. Dos mariposas tendian sus ténues alas sobre las linfas de la corriente, medio escondida entre las yerbas de las márgenes, remedando con sus graciosos giros la danza de Ariadna, grata á las jóvenes cretenses.

Énide llamó sobre aquellos insectos la atencion de Alfonso.

—Mira: dijo, son nuestras almas que se besan... La muerte ya no podrá separarnos pues nuestro espíritu está unido para siempre.

—¡Ah, no temas! La misma muerte tendría pena de mi dolor, repuso Alfonso. Pero esas mariposas—añadió—son negras y tu alma tiene las alas del cisne.—¡Estás pálida, mi dulce amiga!...

—¿No oyes ese pequeño pajarito que pia abandonado en aquel sáuce?—volvió á decir Énide, sin contestar á su amante, con la movilidad nerviosa del que experimenta los primeros síntomas de la fiebre.

¡Alfonso volvió los ojos que tenía fijos en los de su amada y miró. Al pié de un elevado sáuce un pequeño pajarito, cuyas alas no sabian aun tender el vuelo, piaba por el nido de que habia caido.

—Es un ruiseñor—contestó con indiferencia, y prosiguió, recordando de su odisea el curso vagabundo, y la vida de todos los grandes hombres, que conocia:—Ese rey de los cantores de las selvas, así abandonado en ese lugar, podría servir de exacta imágen al niño que una esclava depositó en la márgen del rio Milés, cuyos gemidos se trocaron más tarde en el más armonioso de los cantos inmortales.

—No;—repuso Énide, con la mirada brillante y abstraida por una profunda reflexion—podría mejor querer decir que si uno de nosotros se muere gemirá el otro de esa manera miéntras no vaya á unirse con el que parta primero.

—¡Énide mia!—exclamó Alfonso, rodeando cariñoso el talle de su amada y atrayéndola con suave ternura á su pecho—jamás oí tan tristes vaticinios de tu boca. Tus lábios están enardecidos... Tu frente está cubierta de copioso sudor...

—Tengo sed,—le interrumpió Énide.

Alfonso corrió al arroyo, y uniendo sus manos ahuecadas, ofreció á su amada, en aquella copa de caricias, el agua fresca y trasparente.

XXX

Luego sacó del interior de su cota un pequeño estuche que guardaba un libro delicioso.—Habíalo recibido de la mano del sultan de la antigua Seleucia: estaba escrito con caractéres azules y encabezamientos de oro en blanco pergamino; y por el primoroso gusto con que estaba recubierta su áurea pasta de opulenta pedrería, se conocia desde luego que habia sido el presente de un magnate.—Este libro era el Antar, prece-

dido de los versos más preciados de las poetisas Saila y Elchansa.

Alfonso comenzó á leer, con el fin de alejar las sombrías ideas que aquella tarde oscurecian la frente de su amada, y moduló con sonora voz algunas estancias de la Safo de la Persia, recitó con apasionada viveza las palabras con que Elchansa excita en el alma de un guerrero, el valor amortiguado, y siguió leyendo en aquél libro que habita en los palacios del emir y del califa, vivaquea en las tiendas movedizas de las tribus, y distrae las horas de molicie y de fastidio en el haren de las sultanas.

Énide, atraida por la interesante lectura del poema, se inclinó poco á poco sobre Alfonso que, segun iba refiriendo—con el mágico prestigio que dá el génio á las cosas que relata—los trabajos y los hechos prodigiosos del héroe del desierto, su frente se nublaba y tornaba á serenarse, cual en una tarde de mayo un cielo espacioso sobre un ameno paisaje. Las negras trenzas de relucientes cabellos que Énide tenia sujetas á su cabeza, de esa graciosa manera que los amantes del arte antiguo llaman *en corimbo,* desprendiéronse de aquel tocado escultural y flotaron alrededor de la frente de Alfonso, cual ondas de finísimas sedas en una atmósfera de nardos.

Al llegar al momento en que Antar va á re-

cibir el premio de su valor y de su constancia, cayó el libro de sus manos, buscáronse sus ojos, uniéronse sus pechos en ardoroso abrazo y no leyeron más...

—¡Ah, amado mio!—dijo Énide arrebatada por su amor y por la fiebre que aumentaba—tú eres valiente como Ablla; pero en mi pecho encontrarás más tierno y durable agradecimiento.

Una carcajada estridente, sarcástica, terrible... hizo volver la cabeza á los embelesados amantes hácia un grupo de altas yerbas y retamas que bañaba el arroyo alrededor.

—¡Dios mio!...—Exclamó Énide.—¿No ves las mariposas?

—Si, allí giran sin tino...—Contestó Alfonso inquiriendo con la mirada á todas partes.

—¡Tengo miedo!...—Volvió á decir Énide estrechándose á su amante.

Alfonso besó la frente de la hija del Conde, extremecido por un movimiento de hondísima ternura, y hablóle de esta suerte:

—Mi amor te guarda, amada mia; siento celos de ese sentimiento que aun puede penetrar en el pecho que yo deseara ocupase mi nombre solamente.

La hija de Unaldo se abandonó desfallecida en los brazos de Alfonso, y,—semejante á la inspiracion del génio lírico de Haydn ó Mozart

brotando de la cuerda armoniosa como los pensamientos rimados de un poema de Virgelio,—exclamó:

—¡Ay! Pero el temor es la muerte para mí... Esta noche soñé que una sombra, cuya vision me llenó de espanto, me arrebataba del pecho el retrato de tu madre que guardo aquí...

—Pero la sombra huyó,—contestóle Alfonso. —Tú eres mia, y este nudo con que mis brazos te sujetan á mi pecho nadie tendrá poder para romperlo miéntras aliente mi existencia.

—El aire me ahoga...,—habló otra vez Énide con marcada dificultad—á penas puedo respirar...: las llamas que consumieron el castillo de mi padre parece que las siento correr ahora por mis venas.

Calló un momento, buscó con los suyos los ojos de su amante, hablóle con ellos no sé que misteriosas y terribles palabras, y, con el alma evaporándose en sus pupilas, le dijo:

—¿Recuerdas aquel pajarito que piaba al pié del sáuce?... ¡Ay! Yo soy la hechicera de la muerte...

Énide aspiraba con vehemencia el aire de la atmósfera, como si dentro de su pecho hubiesen estallado las llamas voraces de un incendio, y los tonos suavemente azulados que marcaban el movimiento de la vida bajo su cutis de azucenas

habíanse oscurecido; sus venas se habian hinchado; á la palidez de su rostro habia sucedido la coloracion de la escarlata; sus lábios ligeramente fruncidos hácia los extremos de la boca, habian tomado una singular expresion; de sus ojos, que empezaban á retirarse bajo el arco de las cejas, despedía una luz semejante á las fosforescencias que brotan de las tinieblas; y aquel crepúsculo de esos dos astros que iluminan el cielo de la vida con los fúlgidos destellos de la pasion y del génio,—verificándose á la sombra de unas pestañas donde se detenía la muerte; —como un sol que agoniza entre efluvios teñidos por el melancólico Octubre; y aquellas pupilas humedecidas por una lágrima de insondable amargura, inundaban el alma de Alfonso con el acíbar de todos los dolores, de todas las pesadumbres y de todas las tristezas del humano espíritu.—Inclinó bajo aquel peso su cabeza hasta tocar los ardientes lábios de su adorada con los suyos y llamó con toda la ternura de su alma:

—¡Énide!...

Énide hizo un movimiento con la suya, que tenía como muerta sobre el pecho de Alfonso, y le miró de una manera indefinible. Alfonso tembló. Aquella mirada se clavaba en su alma como una saeta de frio acero impregnada de letal veneno. Un vértigo pasó por su cabeza, os-

cureciéndosele la vista y vaciló sobre sus piés.—Énide dijo entónces:

—Todo gira en torno mio...; dentro de mi pecho hay una hoguera...: me abrasa la sed...

Reunió, Alfonso, algunas hojas y musgos del suelo, depositó á su idolatrada amante en aquel lecho de Atala, y despues de humedecer los lábios de Énide con el agua del arroyo, sentóse á su lado recogiendo en sus rodillas aquella cabeza encantadora.—La hija de Unaldo, colocó su mano tibia sobre la de Alfonso y llevándola á su corazon le dijo:

—Siento morir... ¡Era tan feliz!... Tú, habias elevado mi espíritu á una region de ideas desde donde veía todo sonreir. Dias felices, horas encantadas que pasaron como un sueño... ¡Ay!... Esta mano, amado mio, que tantas veces calmó las inquietudes de mi pecho ya no puede detener esta fatiga que aumenta á cada instante... ¡La muerte estaba envidiosa de mi dicha!...

Alfonso tenía su alma sumida en los más funestos temores; el dolor de su corazon le quitaba la voz y apenas pudo decir á su adorada:

—¡Énide! amada de mi alma... Ten confianza en Dios: no será esto más que un acceso de la fiebre que en breve cesará.

—¡Ah!—repuso la hija del Conde—tu serás el pajarillo que ha de gemir sobre mi tumba; yo

oiré tu lamento al través de la yerba que crecerá sobre mi sepultura, y te esperaré impaciente para consolarte.

Las lágrimas de Alfonso cayeron ardientes sobre el rostro de Énide que al sentir aquella lluvia del corazon exclamó:

—Este será el rocío que verterás sobre el lugar donde descanse para siempre tu adorada, y que yo recibiré como una bendicion... ¡Mi fortuna era tan grande!... ¡Cuán breves fueron los instantes de nuestra venturosa vida!...

El delirio comenzó á trastornar la imaginacion de Énide. Alfonso, con el alma traspasada de dolor, vió levantarse la luna, tantas veces mudo testigo de su felicidad, y cruzar el espácio, triste y melancólico cual antorcha mortecina que vela á un moribundo. Oía el ruido seco y precipitado que producia el pecho de su amada al respirar—semejante al muelle que se quiebra y desenvuelve acelerado la cuerda de un reloj;—y como el que, de la cima más erguida del inseguro alcázar de la fortuna se precipita en honda sima de desolacion y de miserias, veía pasar en su mente alucinada, espectros de forma aterradora y vislumbres muy lejanos de aquella felicidad que habia brotado, instantánea, fúlgidos colores en el horizonte de su vida, cual una de esas nubes que dora el sol rápidamente,

en un cielo tormentoso, al hundirse en el ocaso.

Como el soplo espirante de una llama que se apaga, recobró Énide de nuevo la razon y dijo á Alfonso con casi imperceptible voz:

—Alfonso, amado mio, la muerte me llama... Paréceme que el alma vive ya ausente de mi cuerpo... El frio me entorpece poco á poco los sentidos: mira mis manos ya sin movimiento...: mi corazon no late como ántes; este corazon que era tuyo... y que voy dejando de sentir...; llevo tu imágen dentro de él...

Cual vaso que rebosa y vierten sobre él nuevo raudal, así corrió de los ojos de Alfonso el exceso de amargura que su pecho no podia contener; y estrechando con angustiosa desesperacion entre sus brazos aquel cuerpo idolatrado gimió:

—¡Énide, Énide mia!...

Volvió, la hija de Unaldo, los ojos, sombreados por los lirios de la muerte, los clavó turbados en Alfonso, y articulando las palabras con sonidos de estertor, dijo:

—Antes que la muerte acabe de quitarme esta voz que tanto se deleitaba en pronunciar tu nombre, quiero que su último acento sea para tí. Acerca tu frente... óyeme... no llores... yo vendré á consolarte.

Por entre las sombras trasparentes, cruzaron

girando en mil sentidos dos negras mariposas y se pararon un momento revoloteando sobre este drama de la noche, de la soledad y de la muerte. En este instante recobraron los ojos de Énide, como la última llamarada de la vida, el poder de la vision, y fijándolos en los ágiles insectos murmuró, como si la brisa arrebatara un sonido ligerísimo de las tirantes cuerdas de un laud:

—Son nuestras almas que se buscan... dame un beso. ¡Adios!...

Y los lábios de Alfonso recogieron en aquella última caricia, el postrer aliento de su amada:—primera confidencia de la tumba enviada á su alma, por otra que era parte de ella, desde la eternidad.

XXXI

Amaneció.

Las ténues gasas de los vapores de la noche se elevaron lentamente hasta coronar la augusta frente de las sierras—que así se disponian á saludar la nueva luz, como los sacerdotes de Homero, ceñida la cabeza de blanco lino ante la divinidad—y deshaciéndose por fin en menudas gotas de rocío, se suspendian de las esbeltas yer-

bas al caer, é inclinándolas, reflejaban en mil colores destellos de la aurora, como sartas de granates, perlas y záfiros enhebrados por las hadas en hilos de esmeralda. Los rayos de un sol explendoroso reverberaron sobre un hombre cubierto de rica y cincelada cota, que indiferente á todas estas magnificencias de la naturaleza, é inclinado sobre la tierra recientemente removida, la regaba con copioso y callado llanto.—Las impresiones del espíritu van de afuera: un corazon feliz todo lo embellece; miéntras que el pecho lacerado por honda pena todo lo vé al través de las sombrías tintas del dolor.—«El verdadero punto de vista está en el alma.»

Entre el espeso ramaje que rodeaba aquel recinto de muerte se movieron algunas hojas como separadas por una mano cautelosa, y una carcajada prolongada, récia, inícua, infernal, agitó el viento... Alfonso saltó como mordido por un áspid, llevó la mano al puño de la espada, y dirigiéndose á la espesura, siguió destrozando con el acero cuanto á su paso se oponia, loco, frenético, sin poder encontrar al que así se burlaba de su infortunio.

Sentóse, al fin, fatigado por la terrible desventura que abrumaba su alma, en el mismo lugar donde habia recibido el último adios de su adorada. Dirigió una mirada vagorosa en torno

suyo; hinchóse su pecho con un suspiro que pareció arrancarle el corazon; vió la luz brillar sombría; parecióle que el rio no era risueño como antes; que los árboles inclinaban las hojas macilentos; que los murmullos del agua eran lamentos disipándose en el viento...; y su frente se hundió entre sus manos agobiada con el peso de inmensa pesadumbre...

En aquel mismo instante un objeto suave y rápido como las alas de una sombra pasó rozando sus manos. Enfriósele la sangre en las venas y un estremecimiento repentino cruzó todo su cuerpo... Alzó la frente, sobrecogido por inexplicable temor, y vió una mariposa negra alejarse con callado movimiento, y otra, enteramente igual, que acababa de caer muerta á sus piés. Oprimiósele de terror el corazon, se le erizaron los cabellos y le faltó la voz.

Rustén, apareció al mismo tiempo.

Aquella mueca de los hombres sonreía con satánica expresion. Alfonso le miró con supersticioso espanto.

—Señor:—habló el jorobado—mucha debe de ser vuestra pena, yo lo adivino por la mia; y suponiendo cuanto os agradará conservar la copa en que bebia la hija del Conde, mi señor, os la traigo. Conserva todavía las últimas gotas de agua con que ayer humedeció sus lábios, ántes

de venir á recibiros.—Y luego fijando en el mísero jóven sus ojos relucientes, con siniestra complacencia, añadió:—Mañana llega el Conde. ¿Veis aquella peña? Es su camino.—Y las pupilas de aquel horrible ser vibraron una centella fatídica sobre Alfonso, como lanzada por los ojos de una sierpe.

Tomó, el atribulado caballero, la copa de manos del jorobado con precipitado movimiento, la llevó á los lábios, que se humedecieron ligeramente en el agua que contenia, y la retiró con rapidez, depositándola en el suelo, para interrogar al que se la habia traido.

Rustén habia desaparecido; ya no vió á nádie.

Al cabo de algunos instantes un calor repentino, pero violento, inflamó la boca y las megillas de Alfonso. Una sospecha terrible apareció en su conturbado cerebro... Recogió la copa, y vertió su contenido en el dorso de la mano... Al poco tiempo cubriósele de encendido color, abultáronsele las venas y sintió un calor en ella como si la tuviese oculta en el rescoldo de una hoguera. Vió, entónces, en su mente la inulta imágen de su amada, parecióle que una mano enemiga le oprimia las entrañas dentro del pecho y que no le dejaba respirar; las ruinas de sus ilusiones y esperanzas oprimieron su espíritu con imponderable pesantez, y cayó al suelo herido en el

medio del alma por aquel golpe formidable del destino. Luego, rugió bajo su cráneo, y dentro de los senos de su pecho una tempestad deshecha de dolores y deseos vehementes de venganza; y levantándose iracundo, con los ojos preñados de lágrimas y furores, puso un pié sobre la copa fatal y frenético exclamó: ¡Envenenada! Sus puños se crisparon levantados en el aire, como si en la insensatez del dolor creyese tener delante un ser odiado que anonadar, y rugiendo como la loba que ve arrebatar sus cachorros, se lanzó cual un demente en busca de Rustén.

XXXII

El conde Unaldo volvia, en efecto, de la guerra que contra los moros andaluces habia emprendido el rey Fernando III de Leon y de Castilla. Pero no era el sósiego pactado de las armas ni la lucha terminada entre infieles y cristianos la causa de su vuelta, sinó una terrible noticia que habia herido su pecho, más cruel que el hierro musulman.

Rustén habia exhalado de su alma impura el aliento calumnioso sobre los dos amantes, y la nube pestilente habia corrido con la fama por

todos estos pueblos llegando á ennegrecer el corazon del buen Conde.

Dirigíase el camino que éste tenia que cruzar, por la márgen izquierda del Miño, donde—á escasa distancia de la deliciosa morada del Remanso, y á pocos pasos de las celebradas fuentes que brotan hierro y azufre con el agua cristalina—se levanta una gigantesca roca—palacio encantado, segun las creencias de las cabañas y los campos, trono colosal en cuya cima se sienta la agarena misteriosa durante los primeros albores de las mañanas apacibles, y pule sus trenzas de oro con peine de marfil.—Este jigante de granito,—semejante á una gran ruina de tiempos fabulosos, ó á esos grupos babilónicos con que un insigne pintor moderno nos hace adivinar la grandeza pulverizada del imperio de Nemrod y de Semíramis,—elévase inhiesto sobre el rio que oculta los piés del coloso bajo las negruzcas olas que corren encauzadas por un profundo lecho oprimidas por las laderas casi perpendiculares de las montañas. Por la parte posterior se une la roca al monte hasta tocar éste su elevadísima cima, dejando, de esta suerte, el camino que por allí cruzaba como suspendido en el abismo.

El ánimo se turba contemplando aquella altura prodigiosa y la memoria recuerda aquel lugar de suplicio que en la antígua Roma hacía

temblar las potestades del Senado y abatia las vanidades olímpicas del Capitolio.

Este era el punto que Rustén habia señalado á Alfonso, y al que se dirigió el amante de Énide despues de buscar á aquél inútilmente como impelido por misterioso hado.—Allí, sentado en la cumbre de la fantástica peña, espera largo tiempo con los ojos fijos en el fondo del precipicio, que producia en sus sentidos extraña fascinacion.

Un rumor confuso al principio, luego cercano y claro le arrancó de aquella penosa contemplacion. Púsose en pié, y al mismo tiempo apareció el Conde precedido del jorobado y acompañado de algunos hombres de armas que le seguian. En el momento en que Unaldo divisó al jóven caballero, sus ojos relucieron como áscuas, bramó una terrible imprecacion, y lanzando su caballo al escape, paróse delante del mancebo.

—El infierno te espera...—le dijo con una voz que resonó como un trueno en las cóncavas márgenes del rio;—y, cogiendo la hoja con ámbas manos, descargó con el puño de su espada tan récio golpe en la cabeza de Alfonso que aturdido vaciló y rodó luego en el abismo.

Una carcajada diabólica, como producida por el mismo Lucifer hizo temblar á todos de miedo. El Conde se volvió imponente de furor.

— Señor: — dijo Dagoberto apareciendo en

aquel instante.—Llego tarde, no me valió correr cuanto he podido.

—¿Reías tú?—preguntóle Unaldo con la espada levantada sobre la cabeza de Dagoberto.

—¡Oh, señor! Bueno estoy para reir... Hace dos meses que engañado por una falsa órden vuestra que Rustén me dió, marché á buscaros. Llegué á los reales del rey donde supe que habíais marchado no sé á que punto en servicio del monarca. La reina doña Berenguela quiso hablarme, y al despedirme me dió ese pliego para vos. Es del rey.

El Conde cogió el pergamino, rompió el sello real y leyó:

«Mi buen conde: Hemos sabido que nuestro hermano bastardo, D. Alfonso, cautivo está, en esa tierra, de la rara hermosura de tu hija. Hazle saber, y ténlo tu sabido, que es nuestra voluntad llamaros á mi corte, donde la reina, mi madre, pondrá en sus manos las arras de los desposados, y nuestra santa causa contará un defensor más.»

Unaldo, trémulo de ira, arrojó al rio el pergamino hecho girones, y como si el corazon le saliese con las palabras al impulso de un gran dolor, dijo al mismo tiempo:

—Lo mismo hiciera con el rey.

Dagoberto siguió hablando:

—Pues bien señor:—Creí que el juicio me faltaba cuando, al volver, encontré tanta desgracia. Sospeché que Aronta hubiera lanzado algun conjuro contra vuestra noble casa; y la punta de mi cuchillo la hizo decir, que á Rustén habia dado un filtro con que mataria á vuestra hija y á su generoso salvador...

El Conde no esperó á oir más; y arrojándose del caballo en el colmo de la desesperacion, cogió al malvado por el medio del cuerpo, acercóse á la orilla del precipicio y levantándolo en el aire lo lanzó al espacio. Quedóse luego inmóvil é imponente mirando como el abismo devoraba aquél maldito: vióle extender los brazos en el aire, descender con rapidez, tropezar en las malezas de la peña, ceder éstas poco á poco, y desaparecer por fin entre las sombrías olas que exhalaron, al tragarlo, su voz amenazadora desde el fondo de las broncas cavernas de la jigantesca roca.

XXXIII

Cuentan que á este sitio—llamado hoy *de la Pena*—suele ir el viejo Unaldo, durante las noches en que la tormenta brama enfurecida, á

llorar sus infortúnios. Y en el Remanso crece un arbusto de amarillentas hojas sobre la ahuecada piedra que guarda para siempre la hermosura celestial de la hija del Conde, ante el que se detiene supersticioso el campesino; y al ver posada en sus ramas descoloridas la blanca mariposa de las florestas, sigue su camino murmurando con melancólico temor:—Es el alma candorosa de la infortunada Énide (1).

Cortegada, 1874.

(1) Hace pocos años se veía todavía en el Remanso un rosal silvestre viviendo de la tierra empobrecida que contenia un abandonado nicho de piedra, de cuyo orígen y pertenencia nádie daba razon. Hoy forma aquel nicho parte del muro de una huerta de este pueblo.

IBERINA.

IBERINA.

Sumido en esa profunda quietud del alma en que el hombre no alcanza á ver hácia donde tiende el vuelo misterioso de sus ánsias, ni de donde viene el viento desconocido que empuja sus deseos; herido, pero sin dolor: con ese mal psicológico que adormece los sentidos al rumor de ideas incipientes, inconexas, tímidas, que sin aspiracion ni aliento para volar juntas á inquirir la causa que fatiga, cuando activo se lanza fuera de su cárcel humana, el pensamiento, y que, cual informes creaciones iniciadas en el fantástico seno de la niebla, quedan volteando en la

mente, como rayos de luz producidos por trémulo metéoro, que debilitados por cien tapices juegan confusamente entre las dilatadas columnas del templo bizantino, ó en la bordada crestería que cuelga sobre el gótico guerrero que reposa en su lecho secular detrás del roseton guarnecido de vidrios de colores: en este estado moral, oyendo los últimos cantos del crepúsculo, repetidos en la soledad de estos valles por la amante labradora que vuelve á su hogar entonando la *barcarola* de los campos, en apasionado éco contestada por el pecho del jóven campesino que desciende, allá á lo léjos, por la suave senda de la loma; y escuchando, al mismo tiempo, en lo más hondo de mi alma, el rumor confuso y sordo, pero amargo, de cien dolores en su curso sombrío y sosegado, como las tinieblas de la plaga sembradas en la tierra por la mano airada del profeta, levanté los ojos al cielo y contemplé la inmensidad con sus problemas insondables, los sistemas planetarios reflejando su luz codiciada por la ávida mirada de los sábios; y, al volverlos á la tierra, encontré la oscura masa del monte que se yergue encima de mi casa, sombría y triste y llena de ruidos producidos por seres animados y manantiales escondidos en su sombra, formando todos la eterna alabanza de la mano creadora, miéntras el hombre se levanta

airado contra ella, ó le disputa arrogante el poder en su miseria... Acordéme entónces de aquel pueblo misterioso, Judío errante de las humanas razas, que, desde el centro del continente asiático, llegaba á esta tierra, tal vez sin huella de humana planta, y, haciendo templos de sus bosques, le confiaba las cenizas de ignorados caudillos, sobre las que, la piedad y el respeto de aquellas sencillas gentes, levantaban monumentos que la fiel depositaria ocultó, durante largos siglos, á la profanacion de otros tiempos más doctos é ilustrados (1). Y, en este libre volar sin tino de la imaginacion, alcancé á ver, por encima de los pinos que recubren la montaña, al blando fulgor de la naciente luna y envuelta en las brumas de la noche, flotar la suave imágen de Iberina.

(1) Aprovecho la ocasion para lamentarme, de la manera más solemne, de la desaparicion de un monumento céltico de inestimable valor, cuya pérdida aumenta considerablemente la suma de los gloriosos timbres de nuestra tierra destrozados por la torpe mano de la más crasa ignorancia al amparo del vergonzoso abandono de nuestros gobiernos. Me refiero al *túmulus* descubierto en el término de *Valdohome,* ayuntamiento de Melon, partido judicial de Ribadavia, en Setiembre de 1873; cuyas piedras grabadas y signos pintados de rojo y negro, ayudó á deshacer, para emplear en el afirmado de la carretera de Orense á Vigo, la Comision de Monumentos de la provincia con su *luminoso* informe.

IBERINA.

I

Las naciones que habitaban la parte occidental del muerto mundo de los romanos, contaban el siglo VIII de la cristiana era.

De aquel siglo, nefasto para nuestra pátria, corria el año II.

Una niña, más hermosa que la blanca margarita cargada de rocío donde juega el albor de la mañana, recostada en las rodillas de un anciano, de venerable y cautivadora fisonomía, contemplaba, en una noche de agosto, el cielo todavía

oscurecido por los últimos vapores de la tormenta que habia bramado con terrible furor en el espácio.—Referia un canto órfico, perdido en el incendio de la imperial Alejandría, que así adormecia en sus brazos, el hijo de Critheis, miéntras contemplaba la ola estremecida por la flota que volvia vencedora de los dárdanos, á la vírgen Poesía.

Aquella niña y aquel anciano tenian la belleza ática de la antigüedad.

Los sarmientos del bejuco, columpiando sus racimos de flores en los bosques de magnolios del Nuevo-Mundo, no tienen tanta originalidad, ni tanta gracia, como los brazos de la hija de aquel anciano, rodeando el cuello de su padre en amorosísima caricia.

Pudieran creerse el sagrado númen de las artes acariciando con inmortal halago á su hija predilecta; la sonrisa más feliz del espiritualismo de la Grecia petrificada al contacto del buril; un himno de olímpica armonía brotando en eternos resplandores de la belleza plástica que inflama el mármol y los bronces con el fuego pivino arrebatado de la frente de los dioses por el jigante Prometeo.—«Esa es mi inspiracion,» de ella hubiera dicho Polignoto: «Esa es la que guia mi mano cuando hiere las cuerdas de la lira,» exclamaría el lírico de Tebas: «¡Ah! mi

Júpiter—diria Fidias—huyó del Partenon para seducir á Leda, ó tiene entre sus brazos á la madre del Amor.»

II

Aquel anciano se llamaba Tameobrigo.

El primer conde Unaldo le tenia como su astrólogo; y diariamente buscaba, por su mediacion, el auxilio de las potencias invisibles.

Creíanle en los campos muy amigado con el diablo, y formaban de su vida el objeto de los cuentos que, por la noche, referian en voz baja á la luz mortecina del candil ó de los carbones medio apagados del hogar.

Cuando despues de haberse puesto la luna alguno atravesaba los senderos del valle y veía brillar, sobre la cumbre del monte, el hornillo encendido del hechicero de Prado, que relucia por intérvalos en lo más elevado de la ennegrecida torre donde éste moraba, apresuraba el paso murmurando precipitadamente alguna oracion; y despues aseguraba haber visto á Satanás echando lumbre por los ojos y conversando amigablemente con el viejo solitario.

La supersticion y la ignorancia distaban mu-

cho, sin embargo, de conocer el verdadero carácter de aquel extraño ser.

Viajero de la fantasía, del mundo y de la ciencia, Tameobrigo, era tan original en su aspecto, como en las creencias que habia levantado en su alma sobre el cosmopolitismo de sus variados y profundísimos conocimientos.

Allí donde las leyes de Manú colocan al extranjero al lado de los dioses, habia visto al brahma retirado en su vida contemplativa conversando familiarmente con Vichnu, dios conservador de los séres, á quien, en la exaltacion de la soberbia, los sacerdotes reducian á la humilde condicion de admirador de su grandeza; á los árias de la Bactriana y de la Media meditar sobre la herida causada al Toro de la Vida por el dragon que habita debajo del puente que conduce á los justos al cielo inmóvil de Ormuzd; y á los caldeos volver los ojos afligidos á la serpiente de bronce levantada en un madero sobre la cima de la montaña. Buscando alimento á su espíritu insaciable de conocimientos y saber, al par que copiaba con su mano el *Naskas,* los *Vedas* y los cinco libros de Moisés, ó adquiria todas las obras sagradas, literarias y filosóficas de la antigüedad, demandaba á Zoroastro el poder de los conjuros y se iniciaba en sus secretos con los taumaturgos de Egipto y con los sacerdotes de

Elénsis. A su vista habia aparecido en Tarso la sombra de Esculapio; en el templo de Eugium, la tierra estremecida bajo sus plantas como las olas del mar, y arrojando llamas y rujidos pavorosos, habia visto, al fin de aquella espantosa convulsion, la divinidad de las sombras, surgiendo, entre el humo del incienso y de la mirra, la terrible *Hecate* de pálido rostro y funesto poderío; la maravillosa fuente de Andros habia brotado espumoso vino en su presencia y los restos de las Esquilias, al verle remover el suelo formado de osamentas humanas, habian creido que volvian los tiempos de Juliano y de Máximo.

Poseía la varita mágica de uno de los Magos de Faraon que un sacerdote de Menphis le habia dado, la piedra *heliotropo* que hacia invisibles á Alberto el Grande y á Guillermo de París, el filtro *hippomanes,* la *panacea* que luego usó Paracelso en el puño de su espada, las plantas *athiopis* y *achimenis* de misteriosas virtudes y el *moly,* que Mercurio aconsejaba á Ulises llevara consigo para preservarse de los encantamientos de Circe.

Así habia adquirido grande fama, y era requerido, de grado ó á la fuerza, por los poderosos de la tierra. Y cuando sobre la cabeza de éstos, su mano erguida, agitaba la rama seca que habia recogido de la encina de Dodona, ó

les hacia aspirar el humo acre que brotaba del trípode donde ardian fragmentos que habia desgajado del ciprés del apóstol del *Zend-Avesta,* los tiranos oían con terror, y con mucha más envidia, de sus lábios inflamados, que su poder era tan grande que, él, aniquilaria el sol si fuera su antojo, fundiria las montañas en el crisol de su hornillo, ó haria que los rios arrastrasen olas de fuego sobre riberas cubiertas de cráneos de reyes, condes, duques y señores.

III

Tameobrigo creía en la inmortalidad del alma y de la pátria, y despreciaba á los que temian á la muerte.

Él se habia formado una creencia.

¡Creencia extraña y singular!

Satan era el principio de todo mal.

Los ángeles que habian escuchado sus consejos, desterrados con él de las regiones celestes, sufrian el castigo de vivir en la tierra, intrincada selva de la ignorancia.

Los divinos desterrados formaron una familia de proscritos.

Su espíritu inmortal se encarnó en la efíme-

ra materia y sufrió el dolor de la muerte, trasmigrando de arcilla en arcilla por una cadena de quebradizo barro, hasta purificarse del pecado que los habia arrojado del Elíseo.

Como su pesadumbre y sus aspiraciones estaban fuera de lo que alcanza el limitado entendimiento de los hombres, éstos tomáronles por locos; mas reconociendo sus alcances sobrehumanos y subyugados por la fuerza y por el brillo del espíritu divino, que llevaban dentro de sí, concluyeron por seguirlos ciegamente:

Tirteo, grotesco presente que Atenas hizo á Esparta, llevó en pos de sí y al canto de su musa, la victoria esclava de sus lábios inspirados.

Para alcanzar de nuevo la morada del Eterno Bien, la ciencia y la poesía les habian de abrir el sendero que conduce á las alturas donde resplandece el trono de Dios, el eje de los mundos gira con perdurables armonías bajo sus plantas inmortales y la fulguracion de la verdad divina, único faro de los inmensos cielos, sumerje la conciencia de los justos en deliquios inmortales.

Aquellos espíritus de la sublevacion celeste, despues de tomar la forma humana emprendieron la obra de expiacion.

Mas como el hombre muere pronto, el espíritu pecador sufria su condenacion viajando de sér en sér por las dilatadas generaciones de los

siglos, hasta alcanzar la rehabilitacion concedida por el supremo Juez.

La palabra rimada fué el primer lamento que exhaló el pecho atribulado del nuevo habitador del mundo.

El ánsia de disipar las sombras que envolvian su inteligencia, privada de luz por la caida, conmovió á toda la humanidad.

Ellos hablaban: los demás oían...

Satan bramó de rábia.

Ciego de soberbia preferia reinar solo en la inmensa soledad de su destierro á reconocer otro poder que humillase el suyo.

Fingiendo auxiliarles les tendió lazos.

Creó las castas sacerdotales y las llenó de su espíritu exaltándolas hasta que se creyeron superiores al mismo Dios.

El pária, el ilota y el esclavo fueron desgarrados por sus semejantes elevados, en los hombros de un mónstruo tan dorado como pérfido, á la apoteosis.

Satan comenzó á reir.

Luego pasó su mano, empapada en los vapores del infierno, por las páginas de los libros de teología.

Entónces prorrumpió en carcajadas que hicieron estremecer el orbe.

Y fué tanta su alegría que un dia, subióse á

la cumbre de una montaña elevadísima, y le propuso arrogantemente á su victorioso enemigo que le adorara, y que, en cambio, le daria de aquellos horizontes que á su vista se desarrollaban infinitos, algo que le sobraba.

Mas la misma ciencia á que se dedicaban los divinos desterrados del cielo, y los sublimes acéntos de la inspiracion, como emanacion de Dios, solian hacer reparar, á los que de nuevo caían en la tentacion de Satan, en su error; y ansiosos de alcanzar el fin de su peregrinacion humana, tornaban al camino del verdadero saber y de la divina poesía.

Así habló Confucio.

Así cantó David.

Así se enalteció el sábio Salomon.

En esta extraña creencia, Tameobrigo, era un descendiente de aquella legion de amonitados, ó más bien, uno de aquellos mismos revoltosos, cuya alma áun no purificada, habia ido viajando hasta él, de padres á hijos, por toda una dilatada ascendencia de innumerables siglos.

En religion conservaba las formas exteriores con que sus más cercanos antepasados invocaban la divinidad; pero sin los procedimientos cruentos del culto de Irminsul. «El corazon sano llega siempre á Dios»—decia repitiendo una máxima que habia recogido de los lábios de un sábio

muy antiguo. La astronomía era su pasion dominante, «porque los astros—decia tambien—son lámparas del cielo.»

IV

No era, sin embargo, Tameobrigo, el escudriñador de los secretos de las estrellas que pasaba la vida mortificando el *estíbium* para pedir á los rádios que formaba al congelarse relaciones misteriosas con aquellas, ó tratando de dar forma al *círculo cuadrado* de la alquímia, como esos tipos admirables que salen de la mano creadora de Walter Scot con la vida perceptible de una época.

Sobre todo era poeta.

Y, como tal, en él revivia el génio de los profetas de Judá, y más inmediatamente, por lazos más directos de familia, renacia en su alma aquella flor que brotara de los lábios de los bardos, vestidos de azul como el cielo y del canto de los druidas, cubiertos de blanco como las crestas del Himalaya con el manto de la nieve.

De esta última familia sagrada, traida á Galicia con sus primeros habitantes, descendia Tameobrigo, en cuyo pecho vivia, como santa memoria

de sus mayores, aquel resto del culto druídico que no habian logrado hacer olvidar las desgracias de su pueblo, ni los muchos conocimientos adquiridos, ni los viajes que le habian llevado á ver á Dios reverenciado de mil maneras distintas en todos los templos de la tierra. Cual planta exótica que toma algunas cualidades del nuevo clima que forzosamente respira, conservando, sin embargo, su esencia, así Tameobrigo era el celta que habia cruzado el tiempo y el espácio reteniendo en su naturaleza, como el arca santa de Israel al través de las vicisitudes de aquél pueblo, el símbolo de sus creencias religiosas, que son para el espíritu del hombre como el aroma para las flores, como la luz en los cuadros de la Naturaleza, como el blando susurro de los valles para el alma que padece la pasion de lo infinito...

No era, pues, Tameobrigo, un tipo creado por un accidente de la Historia: era un signo primitivo, desfigurado por el roce de los siglos que conservaba algunos rasgos de su primera forma, cual latido agonizante que palpita débilmente en un miembro disperso del cuerpo cuya existencia ha desaparecido hundido en lo pasado. —Un cinturon de roja púrpura, bordado con signos cabalísticos, sujetando su cintura, era la única adulteracion histórica que habia introducido

en su vestido de sacerdote galo. De este cinturon pendia un puñal con que un sacrificador de Moloc habia aplacado, en Cartago, la sed del dios, derramando sobre el ara la sangre de la hija de Amílcar, la bella Salambó.

V

Como aquellos, Tameobrigo, coronada la cabeza de emblemática encina, al aparecer la luna del año nuevo se dirigia al bosque con su hija y allí, ante el rústico altar de sus mayores, hacía revivir la adoracion del terrible Tentatés. Ante una peña, en cuya cima pasadas generaciones habían abierto un pequeño receptáculo para recibir la lluvia concedida por el dios á aquellos pueblos, miraba con lágrimas en los ojos al dragon de Kinris, grabado en la roca por la parte en que se levantaba la losa del altar, y, despues de invocar á Irminsul, entregaba á su hija la segur de oro con que la última druidesa, rodeada la frente de verbena, recogía de la encina la planta misteriosa y dejándola caer sigilosamente en la mano del anciano, éste repetia en tanto:

Á la luna del año nuevo.

Á la luna del año nuevo.
Á la luna del año nuevo.

Coso (1), divinidad local, recibia luego la ofrenda mística, y Tameobrigo y su hija gritaban entónces á coro, repitiendo la *triada* de los druidas.

Terminado este culto de unos dioses muertos, silencioso y meditabundo, volvia Tameobrigo á su morada, precedido de Iberina que jamás osaba interrumpir aquel arrobamiento profundo del anciano.

De vuelta de esta ofrenda solitaria, sentábase á la puerta de la torre, y complacíase en traer á la mente de su hija la memoria de aquella raza sin historia que habia pasado por la tierra, en cumplimiento de un misterioso destino, sin dejar otra huella de su paso que el rumor producido por su incierta y azarosa marcha al través de un mundo nebuloso, alguna tosca losa sobre la que invocara á los dioses por medio de cruentos sacrificios ú oyera al sacerdote anunciándole el mandato de la divinidad, y algunas piedras agrupadas sobre los restos de sus caudillos, cuyas

(1) El nombre de este dios gallego se debe á la ilustracion y actividad de nuestro notable historiador Sr. Murguía. De su magnífico libro tomé este nombre así como el de Tameobrigo.—Véase su *Historia de Galicia* T. I, páginas 562 y 564.

virtudes y altos hechos nádie puede arrancar á la silenciosa mole sepulcral ni tampoco á unos signos ilegibles cuando el bardo, ante un gran dolor de los suyos, no pudo contener el noble deseo de dejar allí grabados los conceptos de su alta inspiracion.

Entónces,—como el eslavo Odin cuando aproximaba á los lábios de su hija Saga la miel mezclada con la sangre de Kvasir,—destapaba del todo el vaso que guardaba la poesía y hacía que Iberina apurase la copa á grandes tragos. Tameobrigo, abandonándose de esta suerte á sus recuerdos, olvidaba que, el dios de la leyenda escandinava, habia concedido á Saga aquel don porque, como mujer, le pertenecía de derecho probar de él la primera. Ah! no sabía que la poesía es el rocío que fecunda la planta del amor en un corazon adolescente.

Su voz sonora, viva é inspirada, llamaba á los espíritus del aire, y la reina Mab, en su carro de avellana, se deslizaba en los rayos indecisos que fosforecen por la noche, seguida de su corte de alfos, miéntras sus compañeras lavaban el lino de sus camisas en un rayo de la luna; los pequeños kobolds salían en tropel de las grutas del monte para asistir á los cuidados familiares, ó volaban al lado del minero para alizar la lámpara mortecina, y las hadas risueñas y gracio-

sas comenzaban sus danzas aéreas sobre el lago donde hacían perecer al incauto enamorado; que así escarmentaban aquellas falaces hermosuras al que no sabia apercibirse contra su encantadora perfídia.

Iberina creía realmente que aquellos séres impalpables, evocados por la sosegada voz de su padre, poblaban el aire, retozaban en la brisa, y venian corriendo para llevarla al encuentro de otra imájen con que su alma soñaba.

Este fué el instante en que, recostada en las rodillas del anciano, su mirada se fijaba en el cielo como si pretendiese arrancarle, con la vibradora llama que de sus ojos brotaba, la calma de que su pecho estaba ansioso.

VI

Era la hora en que el bronce toma el sublime acénto del mártir de Nazaret, y desde la torre suspendida por la fé en el espácio convierte al mundo á la oracion, y á la entrada del bosque suenan las primeras trovas que durante la noche va dirigir á su amada el inspirado bardo de las enramadas.

La tormenta habia pasado.

Algun relámpago fugaz cruzaba iluminando los apartados horizontes, y se levantaban, en rápida vision, como sombras surgidas del abismo, las crestas de las sierras, desapareciendo de nuevo en la profundidad de la noche, cual fantasmas producidos por el trueno caminando sigilosas por las cumbres del planeta. El sordo rumor que á intérvalos se extendia por el aire, parecido al fragoroso eco de lejana batalla, indicaba que la nube seguía descargando su ira en apartados lugares muy lejanos. Alrededor de Tameobrigo y de Iberina susurraban blandamente mil arroyos en las laderas del monte,—hijos de la tormenta, alegres y retozones en su vida pasajera cual efemérides de brillantes alas.—La atmósfera, saturada en las exhalaciones de las plantas que mostraban su regocijo sudando aromas, y extremecida por el aleteo de los céfiros despertados en las ramas del bosque, todavía impregnadas por la lluvia de la tarde, era por ambos respirada con infinita ánsia, miéntras su oido escuchaba embelesado esa voz que nádie ha podido traducir con exactitud: idilio que repiten á un tiempo todos los manantiales, la fresca brisa murmuradora, el ruiseñor escondido entre el follaje, el cielo, los astros titilantes, y todos los séres que, á la puerta de su cabaña subterránea, se querellan á la luna, ó subidos en el tallo de las yerbas

impregnadas de rocío se columpian como silfos, produciendo el ledo murmullo que tan grato es escuchar al alma atenta durante las noches que siguen á las tormentas.

El sábio astrólogo, con la suya sumergida en el melancólico sueño que tan grato es evocar al descendiente del adorador de la reina de las sombras, arrancaba á los siglos desvanecidos recuerdos de generaciones evaporadas en la nada, y, como Ovidio mostrando á los escitas en su libro de los *Metamorfoseos* la imájen adorada de la pátria, él desarrollaba ante su hija el cuadro de otra imájen semejante, borrada á los golpes de la espada conquistadora y por la esponja corrosiva de los siglos.

Pero Iberina no le oía.

Su mirada luminosa buscaba una estrella pensando en su amante.

VII

Al cabo de algunos instantes los lábios del anciano y de su hija habian enmudecido por completo. Tan solo hablaba el pensamiento.

Al curso de las ideas dando vida á la palabra había sucedido el arrobamiento del ánimo.

Iberina volvió por fin la cabeza con la gracia del cisne hácia Tameobrigo: el ambiente se conmovió ligeramente y de aquella boca infantil salieron algunos sonidos como evaporaciones de rosas y jazmines por las grietas de una gruta de nieve y de corales.

—¿Habeis visto la estrella, padre mio?—preguntó la hermosa niña.

—Hija mia:—contestó el sábio,—el cielo está nublado. El mundo de los astros celebra hoy fiesta ante el Omnipotente que rige su curso con compás de oro; y delante de nosotros cuelgan, en el espácio ilimitado, esos oscuros cortinajes con el fin de evitar que la mirada escrutadora del hombre penetre sus misterios.

—¡Ah!...—repuso Iberina.—El cielo... esa felicidad de que me hablais muchas veces, me parece un sueño irrealizable. La tierra es más grata para mí.

—La tierra es un lugar de suplicio, hija mia.

—Mi pecho aspira con delicia este aire embalsamado—objetó Iberina con exaltacion.

—Las alas del vampiro—observó Tameobrigo—producen brisas almizcladas que aspira la víctima con ardientes ánsias antes de que el mónstruo le chupe la sangre de las venas.

—Me causais miedo, padre mio!... Pero yo no veo más que mariposas ligeras y pintadas con

los matices más hermosos de las flores y las sedas del Oriente.

Tameobrigo levantó una mano y señalando al cielo dijo con solemne acénto:

—Allí está la vida...

—¡Oh!—exclamó Iberina—allí viven los sueños; la realidad que encanta vive aquí.

—Aquí—repuso el astrólogo—vino á parar aquel príncipe soberbio que, no sabiendo resistir un poder más fuerte que el suyo, fué precipitado desde la eclíptica...

—No digais eso, padre mio—pronunció Iberina con una inflexion de voz de extremadísima ternura.—Son los ángeles los que aquí moran.

—Sí; los ángeles rebeldes—respondió el sábio, y prosiguió:—Desde entónces, algunos, sabemos que una potencia afortunada, omnipotente, pero inexorable, nos privó de las delicias perdurables de una mansion de bienes siempre nuevos y sin fin mientras no háyamos logrado la larga expiacion de aquél delito.

—¿Hay delicias mayores que las que el mundo ofrece?—preguntó Iberina con adorable candidez.—Yo nací en la tierra.

—¡Nacer!... Nacer es nuestra desdicha,—dijo Tameobrigo con amargura.—Aquél dia nacimos nosotros...

—¡Ay!—exhaló Iberina de su pecho.—Con-

quistar ese paraíso imaginario es el indómito pensamiento que no os deja reposar ni de noche ni de dia.

—Él me abrirá el camino...—dijo el anciano levantando los ojos y hablando consigo mismo.

—Decíais—siguió Iberina—que es el deber de la familia legendaria de aquel príncipe caido...

—Sí, hija mia—interrumpió Tameobrigo, é inflamándose su pensamiento, que resplandecía en su mirada, siguió hablando:—Desde los tiempos más antíguos,—cuando el caos áun mezclaba las sombras con la luz, y la vida se arrastraba por el lodo, sin forma ni conciencia, agitando débilmente el *plesiosauro,* molde en rudimento de la creacion que comenzaba á esbozar los cetáceos, el águila y los leones, la reverberacion de la mirada de los ángeles en la corola de las flores, los mundos luminosos que pueblan ese vacío sin término y los séres que viven á millares en una gota de rocío,—desde entónces nuestra raza conspiró á ese fin; y, ocultando á las muchedumbres nuestro objeto verdadero, velado por la creencia de algun dios ó de algun héroe, nuestros antepasados levantaron la torre de Babel, el palácio del dios Indra, las pirámides que se yerguen como montes en las márgenes del Nilo y abrieron las entrañas de la tierra en Flora y Elefanta y construyeron esos templos donde

los pueblos, impulsados por la fé que le inspirábamos, corrian en nuestra ayuda para restituirnos de nuevo al imperio celestial.

Mas ¡ay! la Tentacion seguía de cerca nuestros pasos y algunos, los más, prefirieron ser mónstruos ó falsos dioses, ánte las muchedumbres que les adoraban, á rescatar el perdido puesto en el eterno festin celeste. Nosotros, los ménos, elevábamos el espíritu de la humanidad á la Region Santa donde brota la fuente que da al alma la posesion de la verdad absoluta; los demás aniquilaron al hombre inteligente para formar imperios de bestias que luego guiaban con el miedo á los espantosos castigos que ellos mismos inventaban, ó por medio de los terrores supersticiosos que sabian imponerle á modo de cabestro.

—Padre mio!—habló Iberina con dolor.—Hermes os dejó su ciencia y su malogrado afan...

—¡Ah! ¡Valhala está muy alta!...—exclamó el anciano usando el nombre que da al cielo la bíblia escandinava.

VIII

Iberina, de nuevo entregada á una preocupacion que embargaba su alma por entero, volvió

á buscar con los ojos la anhelada estrella cuyo augurio deseaba conocer. Pasaron algunos instantes de silencio y dijo, por fin, á Tameobrigo:

—Las nubes comienzan á replegar sus paños de vapor: mirad como lucen ya libres las estrellas.

—Tiemblan bajo la planta de Dios: cada una de esas luces es una lámpara del cielo: ellas adornan el festin glorioso y hablan desde el éter al mortal iniciado en su lenguaje divino.

Iberina hizo, á esta respuesta del anciano, un movimiento de impaciencia, y habló con viveza:

—¡Siempre la misma manía! Pero yo, padre mio,—prosiguió con creciente exaltacion,—no veo en ese cielo que escudriñais con avaricia más que sueños vagorosos que mi alma persigue complacida, buscando algun vaticinio favorable á mis deseos ya en el rutilante centelleo de algun astro, ya en el resplandor momentáneo de alguna estrella voladora... ¡Padre mio! En la tierra hay pájaros que cantan, bosques que repiten hechizados su cancion, alas que hienden armoniosas el espácio impelidas no sé por que misteriosa vehemencia, aguas que lloran al pié de un árbol muerto ó se detienen quietecitas contemplando los hechizos de una flor: y cuando sobre esta tierra las nubes se amontonan y le lanzan su caricia abrasadora, como el beso de

los dioses debe ser, y luego sobre ella vierten llanto ó la envuelven en tules ligerísimos como si temiesen herirla con los paños más groseros de Tiro y de Sidon, en mi pecho siento penetrar un plácido sosiego que me arrulla cantando halagüeñas quimeras ó tal vez doradas esperanzas...

—¿Dónde te lleva esa fiebre que te inunda?—interrumpióla Tameobrigo, cuya mirada brilló como el áscua que aviva un soplo repentino y en los ojos inspirados de su hija clavóse como un dardo cuya acerada punta busca en el pecho el corazon.

Las cejas del anciano se fruncieron como para sostener el peso de un pensamiento terrible ó demasiado doloroso para caber sin quebrantarla en aquella frente espaciosa y veneranda; mas solamente algunos hilos de la retorcida plata de su barba demostraron, en un estremecimiento ligerísimo, la convulsion interna que sufría en sus ideas.—Así se agitan las yerbecillas de la superficie de la tierra, cuando el cíclope se revuelve bramando en sus entrañas.

Vibraban áun en el pecho del astrólogo las fibras quebradas por el soplo instantáneo de aquel torbellino de inquietudes que había pasado por su alma poderosa,—lo mismo que en las honduras de las sierras se prolonga quejumbrosa la voz de las tormentas despues del último estallido

de la tempestad,—pero serenando sus ojos centelleantes y con el acento impregnado de dulzura, dijo á su hija, tratando de ahogar una sospecha que le oprimia las entrañas:

—Tú leiste á Kalidasa, y el pérfido veneno del *curare* ha penetrado sin sentido en tu corazon con la armonía del canto embriagador.

—¿Llamais veneno á lo que aumenta en mí la vida?—preguntó Iebrina con una sonrisa angelical.

—¡Insensata! — exclamó Tameobrigo.— Las Valkirias recojen el alma y el llanto de los pechos varoniles; pero no hay divinidad que reciba los suspiros, ni venga á enjugar las lágrimas del que se debilita en los goces afeminados y corruptores de una pasion humana indigna del cielo.

—Freya murmuró Iberina—oyó el canto de Braga, dios del hermoso lenguaje, y sus lágrimas se trocaron en gotas de oro.

A esta observacion de su hija sintió, Tameobrigo, circular por sus venas un viento sutil y helado: como el roble herido por el hacha se extremeció todo su cuerpo, y, semejante á los jigantes de la tradicion eslava, su rostro cubrióse de fria palidez.

IX

Iberina prestando entónces á su voz y á sus ojos todas las seducciones que atesoraba aquella criatura deliciosa, cual se yergue el jacinto silvestre entre los musgos del bosque, levantó su cabeza hasta la frente del sábio y, con la vaporosa soltura y delicada gracia de una vision creada por la fantasía en el seno de la neblina que flota en tarde serena sobre el mar, deshojó sobre la frente de su padre esa dulce corona de caricias que las hijas forman para ellos con la más íntima ternura de su pecho; y dijo, á su oido, cual si sus lábios modularan los acordes de una melodía fresca y quejumbrosa, entonada por las auras al atravesar los sáuces que festonan la trasparente sábana del lago:

—¿Por qué veo en vuestros ojos esas nubes tan sombrías? ¡Ya no teneis para mí aquella dulzura que solamente encuentro parecida á los versos del poeta!

—Dulce es tambien el amor que mata—contestó el anciano.

—¿Amor?—repuso Iberina.—Nunca me enseñásteis nada de eso. ¿Hipatia murió así empon-

zoñada? Recuerdo haberos oido que esa griega se sentía abrasada por un insaciable amor.

—Sí; mas era el suyo el amor que enciende en nuestra alma la antorcha que ilumina el camino por donde quisiera yo llevarte, como ella fué obediente en seguimiento de su padre, á la region santa de la inmortalidad.

—¡Ay de mí!—exclamó Iberina.—¿Hay dos amores?

—Tan solo uno debe penetrar en el alma—contestó Tameobrigo con acento severo—avasallando el corazon.

—¡Ay!... Os confieso, padre mio, que, incauta dejaba el Almojesto de Tolomeo que poníais en mis manos, y, más complacida que en las áridas relaciones de Dios, la creacion y el alma de los antíguos libros del Indostan y ménos sedienta de dar á la memoria el catálogo de las estrellas de Hiparco que de llegar al fin de las hermosas páginas que refieren las batallas de los Koros y los Pandos, me entregaba al encantador relato de esos libros empolvados que dejais en un rincon de vuestra estancia ó arrojais, algunas veces á las llamas del hornillo, cuando fosforece en vuestros ojos una luz irresistible y buscais en el vapor penetrante de algun cuerpo misterioso, fundido en el crisol, no sé que cifra enigmática que nunca podeis alcanzar.

—¡Los espíritus maléficos te guiaban!...— rugió el sábio respondiendo, más bien que á su hija, á su interno pensamiento.

—Pero miradme ya tranquilo ¡oh padre mio! —prosiguió Iberina.—Que sienta reposar en mi frente vuestra mano, esta mano adorada que mis besos no pueden retener cuando se levanta al cielo para arrebatarle una dicha incomprensible..., y no dudeis que, si lo que en mi produce este desconocido bienestar, es eso que vos llamais amor; nó, no es este que yo siento el que da la muerte, sino el que infunde en el alma sueños venturosos que me arrebatan á unos cielos donde la dicha no puede acabar nunca. Al través de estas visiones mias ¡tan risueñas! veo, enajenada de felicidad, lucir un sol que brilla más que el que diariamente aparece por detrás de aquellas cumbres. Pero son sus resplandores tan suaves que los ojos le contemplan sin fatiga y soñadores, cual si fuese la casta deidad de las nocturnas sombras: es un fuego divino que abrasa sin quemar. ¡Ah! ¡si supiérais que dicha es la mia cuando, cerrados los ojos, veo ese astro levantarse lentamente en el mundo de mi amor, sobre un cielo esplendoroso, cual si fuera de ígneo oro, donde las estrellas son coros de alados trovadores que llenan el zafíreo espácio con las dulcísimas armonías que forman sus argentadas arpas!...

¡Si pudiérais verlo, padre mio! ¿Cuál fuera entónces vuestro encanto? Y daros una idea de él es imposible!... ¿Recordais como la blanca nube sube al cielo dejando que, voluptuoso, el viento la estreche entre sus brazos y luego sacudiendo sus alas, más ligeras que la muselina tejida por el sudra, deja caer la gota que reluce como la mirada de las hadas en la yerba extremecida de púdico placer? ¡Ah! en los vaporosos horizontes del mundo que yo habito, cuando mis ojos cerrados se niegan á mirar á la tierra, se levantan nubes formadas por el aroma que suspiran los jazmines y las azucenas de blanco seno, y extendiéndose en azules gasas, como la luz de mis ojos trasparentes, tienden ese manto que forma el cielo sobre el que lucen los astros apiñados cual racimos de verbenas, y estos, sacudidos por el blando aliento de las áuras, que es el hálito primero de las flores al romper su virginal capullo, dejan caer de su frente el rocío que reluce como el velo de una hurí extendido sobre el frondoso ramillete de los campos por donde cruzan, con insensible movimiento, trasparentes rios susurrantes, produciendo el dulce rumor de los besos que prodiga la amante cariñosa al objeto de su amor, adormecido en su seno.

Tameobrigo se quedó, despues de haber oido á su hija, pensativo y sombrío, como el busto an-

tíguo de un brahman. Iberina le miraba con la pupila brillante y extremeciéndose, como la pitonisa que acaba de pronunciar un oráculo y siente todavía agitarse dentro de sí á la divinidad.

Pasaron algunos instantes de angustia en que los ojos de Iberina preguntaban... y la mirada del astrólogo no veía... De aquella abstraccion violenta fué arrancado Tameobrigo para volver á la realidad, que acababa de asestarle un golpe mortal en medio del corazon, por las caricias cada vez más tiernas que su hija le prodigaba. Repentinamente, el viejo sábio, desvió á aquella con un brusco movimiento y se irguió con solemne majestad: permaneció largo tiempo con la cabeza elevada y mirando con fijeza al cielo y luego abatió la frente sobre el pecho.—De igual manera que los gases subiendo lentamente desde los lagos oscurecen el puro cielo y aglomerados en la atmósfera lanzan de su seno el rayo que aniquila, así se fué borrando la calma de la serena frente del anciano, primeramente por lijeros surcos que semejaban los rizamientos de las aguas que duermen en el abismo á las ráfagas primeras del Simun, luego levantados y profundos como las olas removidas por el brazo del huracan.

Iberina cayó de rodillas á los piés de Tameobrigo.

—¡Desdichada!—gritóle entónces el astrólogo.—¿No viste como la mujer de Siqueo pagó con la vida el ponzoñoso placer de escuchar ese mónstruo tentador? Pero ántes que verte desgarrada por su abrasador aliento volará tu alma á la estrella que luce por la noche con luz más triste que ninguna, y allí velaré yo tu expiacion que estará consumada cuando los rayos del astro truequen sus melancólicas miradas en fulgores de gloria rutilantes.

Dijo: y arrancando del rojo cinturon el puñal del sacerdote de Moloc, lo levantó con terrible ademan encima de la cabeza de su hija.

X

Iberina miraba aterrada el brillo siniestro que despedia el acero que iba á hundirse en su pecho, guiado por la mano airada de su padre.

El sacrificio iba á consumarse.

Volaban los instantes y el puñal volaba al par de ellos.

El arma homicida, oprimida por la convulsa mano de Tameobrigo, tocaba ya la cima de la parábola descrita por el músculo que buscaba el máximum de fuerza para herir con más vigor á

la víctima, la cual veía brillar la muerte inevitable próxima á descender como un rayo sobre ella; cual serpiente de acero, con su ojo ardiente y fijo, habia fascinado ya la presa: saltar sobre ella y devorarla era un momento. El movimiento fatal ya estaba comenzado en la intencion del anciano, más veloz que el instante en que iba á exhalar aquella hostia humana su último suspiro. Iberina, por un efecto de la imaginacion, sobrescitada por el terror, ya creía haber sentido la hoja del puñal paralizando la vida en sus entrañas y, bajo el hielo de la muerte, sentía tambien apagarse rápidamente aquel fuego que, poco ántes, corría por sus venas y habia inflamado en su lábio las vehementes imájenes de una palabra ardiente y apasionada.

Un rayo de la luna tocó en aquel instante la hoja del puñal, reflejándose en el bruñido acero en lo alto de la crispada mano del sábio...

Iberina cerró los ojos... y, con los párpados cerrados, le vió descender...

—¡Vasco mio!—gimió con ahogada voz.

Una cosa sutil pasó silbando y calló al ocultarse en el pecho de Tameobrigo.

El astrólogo bajó la airada mano con lentitud, el puñal cayó al suelo inofensivo, y, llevando ambas manos al corazon, el adusto sacrificador desplomóse sobre el suelo.

La sangre brotó humeante de la herida.

—¡Ah, viejo lobo!—gritó una voz que venía del bosque.—¿Eres acaso un mónstruo de la Mauritania que apareces con esas hordas «vomitadas por el centro de la tierra,» á arrebatarnos nuestra pátria y nuestro Dios?...—He llegado á tiempo.

Iberina al oir aquella voz desconocida, abrió los ojos.

Un caballero, cubierto con una clámide que flotaba al viento desgarrada, atravesaba volando la llanura: así que hubo llegado al pié de la torre del astrólogo detuvo el soberbio alazan y descendió al suelo. El bruto produjo un largo relincho y el ginete bramó un juramento.

La hija de Tameobrigo, aturdida por los sucesos que acababan de pasar con la instantánea rapidez de una vision, arrodillada al lado de su padre, rodeaba la cabeza del astrólogo con sus brazos y le decía:

—¡Padre mio, padre mio, vuelve en tí!

Luego aplicó su boca á la herida del anciano y con ella procuraba retener la vida que se escapaba del corazon de Tameobrigo á cada latido que Iberina sentía, debilitándose, en sus convulsos lábios.

—¡Oh padre mio!—vuelve, vuelve en tí!... exclamaba.

—Á fé mia que os empeñais en resucitar á un muerto—dijo con ágrio acento el caballero.

Iberina volvió la cabeza, é irguiéndose con la magestad de su hermosura y resplandeciendo en su elevada frente la dolorosa indignacion que producen en las almas privilegiadas las grandes conmociones, apostrofóle con voz reposada y vibradora:

—¿Quién eres tú? ¿Acaso el génio del mal?

El guerrero dió un paso hácia tras sin poder apartar los ojos de la mirada inflamada de Iberina.

—¡Ah!—prosiguió la hija del sábio.—Tú eres un malvado.

El desconocido, cada vez más absorto, permanecía clavado en el suelo como una figura de hierro, sin voz ni movimiento.

—Nada tienes, pues, que hacer aquí—añadió con desden de régia magestad Iberina.—Pero nó; espera: si tienes en tu alma maldita algun sentimiento generoso te pido la muerte.

—¡Vive Dios!—exclamó por fin el caballero. —¡Tú eres la Caba!

—¿Te falta valor en el menguado pecho que escondes con esa coraza?—apostrofóle de nuevo la hija del astrólogo.

—¡Valor!—repitió el caballero con asombro.

—Sí, valor—repitió á su vez la hija de Ta-

meobrigo, y añadió:—¿Acaso has gastado tu último dardo? Toma!

Y recogiendo el puñal que el astrólogo había querido hundir en su pecho, lo arrojó al desconocido que continuaba contemplándola, petrificado por la mirada inspirada de aquella sacerdotisa del amor filial.

—¡Arroja esa espada, villano!—añadió Iberina—que mejor cuadra á tu aspecto un cayado que un acero.

—¡Cruel destino!—exclamó el caballero, hablando como un loco.—¡Tambien ella me maldice! ¡Tambien ella me escarnece, cuando ella fué la que á su blando yugo dobló la cerviz de mi arrogancia! Pero nó... Florinda tenía... ¡bien lo recuerdo! las fúrias en sus dulces ojos. ¡Ay! ¿Cómo olvidarlo? en aquellos ojos que inflamaban las ondas del Tajo cuando la envolvian suspirando en su diáfano seno... Pero tú—gritó dirigiéndose á Iberina—tienes el filo de la espada de la venganza en tus miradas... ¿Quién eres?

—¡Oh, maldicion!—prorrumpió entónces Tameobrigo esforzándose por levantar su cabeza. —¿Dónde estoy? Acabo de oir la voz del rey Rodrigo. No, no fué una alucinacion de mis sentidos que la fiebre comienza á trastornar: la conozco, esa voz maldita, desde que, en su corte

afeminada, recibía su visita diaria en la torre donde me tuvo encarcelado.

—¡Satan me trague!—dijo con repentina rábia el rey.—Es el maldecido hechicero que pronosticó mi ruina.

—Dí, infame corruptor,—prosiguió Tameobrigo.—¿Has puesto tu planta temeraria en la torre misteriosa?

—Allí entré—contestóle el rey—y entre las cabezas de aquel lienzo faltaba una.—Y se lanzó con la espada levantada en ademan de herir al moribundo anciano. Iberina se interpuso y con su diestra sujetó el acero de Rodrigo.

—Responde, hijo infame de Teodofredo,—añadió Tameobrigo.—¿Han desembarcado ya los pueblos del desierto al pié de las asperezas de Calpe? ¿Huyes de la cimitarra de Tarik? Esa loriga ensangrentada, ese manto hecho girones y esa corona rota encima de tu casco me lo dicen. ¡Anda! corre á ocultar tu vergüenza, como las zorras de estos montes, en los agujeros de las rocas, si la tierra te consiente áun encima de ella.

La voz solemne del astrólogo cayó abrasadora en el alma de Rodrigo, como la profecía del espectro de Samuel, evocado por la pitonisa de Endor, en la del primer rey de Judá. Y, el desdichado, concluyó de hacer girones con las manos el manto que cubría su armadura abollada

en la fatal batalla, ayudándose con los dientes á desgarrar la régia púrpura. Luego levantó los crispados puños encima de su cabeza é hiriendo con ellos la frente, exclamó:

—¡Oh, infierno! ¿por qué no me tragas?

Una ráfaga de viento agitó con violencia la salvaje melena de los montes, el bosque mugió con estrépito y, de entre aquel pavoroso extremecimiento de la naturaleza, el sonido agudo de un clarin se elevó por los aires, cual si á la evocacion del blasfemo hubiera despertado Satan en su lecho de sombras del Averno.

XI

Poco despues aparecieron, corriendo en desordenado rumbo, algunos ginetes que venían á mezclarse en aquella escena donde el drama se producía al choque de las más encontradas pasiones, reunidas allí accidentalmente por la mano ciega del destino.

—Ya os buscábamos impacientes, señor—dijo uno de los recien llegados.

—¿Por qué me buscais?—contestó Rodrigo con sombrío acénto.

—Bien sabeis, señor, que áun os quedan súbditos leales—repuso el primero.

—¡Ah! ya no tengo súbditos... ni amigos... ¿Sabeis de Teodomiro?

—Probable es,—respondió uno de los caballeros—que el noble gardingo haya perecido al fin entre los estragos causados por su espada al enemigo, cediendo su vida al número de esas gentes que él mismo no sabía *sí eran venidas del cielo ó de la tierra.*

—¿Y Pelayo?—preguntó de nuevo el rey.

—El conde de los espatarios—contestó otro—levantó monumentos de cadáveres á su valor en las márgenes del Cryssus. Su esfuerzo indomable no se debilitó por la desgracia, y más avivado que ántes, juró levantar él solo el trono que acababa de caer con vos al ímpetu de ese viento devastador venido del África.

—¡Ay!—exclamó cruzando los brazos sobre el pecho el rey Rodrigo.—¿Dónde va mi ejército? ¿Qué és del pendon que tremoló mi mano? ¿Qué del cetro que empuñó mi diestra? ¿Por qué no habré escuchado la voz amiga que me rogó no penetrara en la torre misteriosa de Toledo? Don Julian... don Oppas... Witizas... ¡oh, traidores! Fuí clemente y en lugar de entregarlos al verdugo les dí parte en mi poder... ¡Oh, Conde! gózate en tu vergüenza: no será el infortunio de tu señor y de tu rey el alimento de que vivirá tu alma rencorosa... ¡nó! Yo ocultaré mi desventura

lejos de los hombres, y pediré al cielo mi perdon. Pero la Pátria que entregaste ¡impío! á los enemigos de tu Dios, te mostrará por todos lados la profanacion de los altares, los templos en ruinas y la miseria de tus hermanos sujetos al duro yugo de la servidumbre de los sectarios del Koran... ¡Oh ascendientes de mi estirpe! ¡Raza lidiadora, nacida entre los bosques de un pueblo libre! Tú derribaste el orgulloso poderío del que á sus piés, postrado y mudo, sujetara al mundo encadenado, y el ala altiva del águila imperial cayó abatida por tu framea victoriosa entre el fango que manchó el casco de nuestros bárbaros caballos. Alarico, Recaredo, Recesvinto ¡sombras augustas de mi estirpe régia! ya no oiré más pronunciar vuestros nombres en mis *asambleas* de Toledo, dónde vuestro númen presente era consultado por los sábios de mi *sínodo* (1). ¡Leyes de mi pueblo! ¡Venerando monumento de la piedad y de la justicia de mis mayores! Tambien vosotras desaparecereis con los cantos de Draconcio, Orencio, Merobaude y de Isidoro... Los valles que guardaban el encanto dónde nuestra frente soñó tantas veces cosas halagüeñas, que recordarlas ahora es arrojar en el filo de

(1) «¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que tan singular fisonomía dieron al gobierno de la nacion gótica?»—Lafuente: discurso preliminar á la *Historia de España* y tomo II.

una daga el corazon, repetirán otros cantares; y aquellas brisas que refrescaron nuestro lábio, aquellos céfiros que murmuraron á nuestro oido dulces músicas del armonioso y encantador Guadalquivir... ¡Todo!... Brisas, céfiros, luz, cantos y recuerdos ¡ay!... todo nos fué arrebatado. Allí donde nacimos, allí donde pasó el regalado tiempo de nuestra infancia, aquellos lugares que fueron testigos de tantas cosas que sólo sabe el corazon... ¡ya no más podré verlos!... La rústica cabaña que quizá nos niegue la extranjera tierra será el albergue de los reyes...; y en el humo que brote del inseguro hogar recordará el alma lacerada, como el ave arrojada del roble que abatió el hacha, que el nido está deshecho y muerta ó dispersa la familia. Las montañas que fueron valladar y guarda de mis reinos trocáronse en muro solamente franqueable á las ánsias del proscrito. ¡Ay! me abrasará la sed y los rios que presenciaron los juegos de mi infancia y reflejaron extremecidos el brillo de mi corte, me negarán el agua de sus ondas. ¡Dulces brisas! ¡Natal aliento de mi perdida pátria! vosotras sereis el amante desvelo de mi pecho; mas ¡ay! que no podré vivir sin respiraros!...

XII

Acababa el último descendiente de Eurico y Leovigildo de lanzar estas quejas á los vientos, que parecían extremecerse condolidos de sus cuitas, cuando apareció un jóven vestido con el pintoresco traje de los trovadores. Una blanca pluma ondeaba graciosamente sujeta á su gorra de terciopelo negro por una alondra de oro cuajada de lucientes diamantes y sobre su pecho ostentaba el escudo de la casa condal del viejo Unaldo. No traía el paño de consuelo para enjugar las lágrimas que corrian de los ojos de Rodrigo; traía el espanto pintado en su hermoso rostro, y agitado por las sombras del terror exclamó:

—Ganad presto la altura; no perdais tiempo: los caballos del África, veloces como el viento, dirigen su curso hácia estas sierras.

—¡Vasco!...—suspiró Iberina palideciendo.

—¡Ella!...—dijo el trovador mientras su mirada fué á reposar amorosa en la belleza explendente de Iberina.

—¿Por qué viene de ese modo?—pensó la hija del astrólogo.

—¿Por qué la veo así?—pensó al mismo tiempo el trovador.

—Tiemblo!...—notó Iberina.

—Tiemblo!...—dijo Vasco.

—Dame una caricia—dijeron los ojos de éste.

—Toma mi alma—respondieron las miradas de aquélla.

Los caballeros, en tanto, arrimaron el acicate á sus caballos y partieron, como una manada de cuervos que los perros levantan entre los jarales del monte, sin cuidarse del que acababa de lanzar de su pecho las amargas quejas de una dinastía que espiraba, despues de tres siglos de pujanza, en la soledad del destierro.—El rey destronado pasó una mano por la luciente piel de su corcel y acariciándole al mismo tiempo con la voz, le dijo:

—Orelia (1): tú eres el único amigo que me queda: tambien eres tú rey destronado.—Y poniendo el pié en el estribo exclamó:

—¡Vamos dónde el destino nos lleve!...

Y partió como una flecha hácia las lejanas tierras de Viséu (2).

(1) Nombre del corcel del rey Rodrigo.—Lafuente y *Crónicas.*

(2) Entre las diferentes versiones acerca del fin de Rodrigo, hay la conocida opinion que dice haber pasado sus últimos dias haciendo penitencia en aquella antiquísima ciudad de Lusitania; á lo que ha contribuido aquello del sepulcro hallado dos siglos más tarde con la inscripcion: Hic requiescit Rudericus, ùltimus Rex Gothorum. —Lafuente.

—¡Anda!—gritóle Tameobrigo—vé á meditar en la ley de tu código: «Rey serás si ficieres derecho, et si non ficieres derecho non serás rey.»

Y la voz del sábio fué vibrando largo tiempo en el oido del fugitivo, como la maldicion del cielo en el alma réproba del hijo maldito de Jerusalen.

Otro ginete cruzó como un relámpago por entre los seculares robles del bosque; detuvo un instante su caballo al pasar por delante de Iberina, exhaló un hondo suspiro y exclamó:

—¡Hermengarda, hermana mia!

Y desapareció, como el águila que vuela al nido, entre las elevadas cimas de las sierras que reciben el aire purificado de la sagrada cumbre de Covadonga (1).

(1) Creo no haber violentado los sucesos históricos haciendo venir á Galicia á Pelayo y al último rey de la dinastía gótica, máxime tratándose de hechos que la crítica de la Historia no ha logrado esclarecer. En esta suposicion poética me pareció racional, ó por lo ménos posible, que Rodrigo huyendo hácia el norte, con muchos de los derrotados en Guadalete, atravesase estas regiones por apartadas que estuviesen; que todo es posible en medio del trastorno y turbacion que sigue á un fracaso como aquél. Por lo demás, las *leyendas* del ilustre Herculano son bien conocidas, y en el *Eurico* se puede ver como la hermana de Pelayo atraviesa este país acompañada por algunos bucelarios de su padre.

XIII

La llanura de Prado, elevada encima de extensos y pintorescos paisajes y teniendo encima de sí la rugosa frente de altísima montaña, se asemeja al regazo de una diosa fabulosa, cuya desgreñada cabeza agitan los vientos y humedecen las nubes, mientras sus piés se hunden en el profundo Miño que pasa llorando no sé qué seculares cuitas sobre las plantas de la colosal matrona.

Aquel *regazo* es un jardin que siembra y cuida la misma Naturaleza con su mano para regalo y solaz de rebaños y pastores. Allí parece que se oyen siempre églogas. Desde un extremo de la llanura (las rodillas de la diosa fabulosa) los ojos descubren un inmenso horizonte cuya hermosura y grandeza suspenden el ánimo arrobado: cien valles cubiertos de lujoso manto, formado de variadísima vegetacion, por donde corren innumerables feudatarios que marchan, con su tributo de siglos, hácia el rio cantando idilios que recoje el áura: el hombre que mueve por todos lados el hacha y el arado para sostener la vida en mil moradas aisladas ó en pequeños grupos reunidas

entre el ramaje de las vegas. cual rebaño esparcido de corderos que pacen á su antojo; y allá á lo lejos los azulados cendales que ciñen la frente de Lusitania, recostada en la márgen del Miño, con los piés sumergidos en las tumultuosas olas de los mares oceánicos y la augusta cabeza reclinada en la almohada de flores que le ofrece Galicia. Aquella llanura, donde gimen los vientos y suspiran los céfiros eternamente, mirada desde el valle parece un altar inmenso donde la Naturaleza oficia elevando al cielo las exhalaciones de Flora, plegaria repetida siempre con el mismo fervor y recogida por Dios como la columna de humo que brotaba del ara campestre del bendecido Abel.

En el centro de esta llanura se levantaba la siniestra torre que habitaban Tameobrigo é Iberina. Era una edificacion primitiva, adusta, negra, rodeada de espesos bosques, con una estrechísima puerta por entrada, y cerca de la cima dos angostas ventanas enrejadas con gruesos barrotes de oxidado hierro. Uno de estos agujeros miraba, como el ojo de un buitre, al Mediodía y el otro ojo observaba el Oriente: el primero pertenecía á la estancia donde Tameobrigo se dedicaba á las investigaciones de su misteriosa ciencia y alumbraba el segundo la vivienda de Iberina. Una jigantesca yedra había trepado por el muro

de la torre, y, colgando sus guirnaldas desde la cima, habia concluido por esconder entre sus brazos aquel viejo jigante del que solamente se veía, por entre los pliegues del verde manto, la reja donde por las noches relucía el fuego del hornillo y un pequeño trecho de muro alrededor. La imaginacion hubiera cotejado sin esfuerzo aquella torre á la frente con un ojo del jigante que burló el rey de Itaca en las costas de Sicilia.

XIV

Iberina habitaba el viejo torreon tan vigilada de su padre como el tesoro guardado por el avaro.

Pero la hija del sábio tenía dentro del vetusto edificio un nido de cisnes, compuesto con las sedas, alfombras, brocados y tapices más raros, por su mérito y riqueza, que se tejian en la Persia. La púrpura de Tiro, las telas de Palmira y de Damasco, las muselinas de la India, las turquesas de Khorasan y las joyas de Basora y de Persépolis, con mil objetos de arte de altísimo valor, ya por su mérito intrínseco, ya por los grandes recuerdos históricos que evocaban, allí

estaban reunidos por la mano inteligente del viejo Tameobrigo, como para retener cautiva de tanto explendor á la hermosa solitaria.

El gusto del astrólogo se había traducido al ornamentar la estancia de su hija en un capricho tan extraño como bello.

Riquísimos paños, sujetos en el centro de la techumbre por una hermosa ave del paraíso—prodigio del arte que habia hilado, para hacer su fino plumaje, el oro de Catay—caían en franjas de grana alternando con opulentos tisús de oro y plata, donde una genial fantasía había hecho brotar un bosque de ramajes cuajados de fina pedrería, formando una tienda árabe, cuyos lienzos sostenian perchas de oro macizo, en las que, un delicado esmalte de vivísimos colores, representaba la embajada del rey Poro, señor de seiscientos príncipes, á Augusto, las múltiples representaciones de Budda, la peregrinacion de Brahma por la tierra con sus innumerables metempsícosis, las luchas de Osiris y Tifon, las metamórfosis de Júpiter y varias otras escenas de las mitologías india, griega y egipcia, así como los principales pasajes de los poemas y dramas de la rica literatura de aquellos pueblos, y muchos de los sucesos de los notabilísimos siglos llamados de Pericles, de Sesostris y Vikramadita.

Un lecho ó divan de plumas de cisne, cubierto por una dorada piel de tigre de Bengala con uñas de oro guarnecidas de gruesos diamantes de Golconda, se veía en medio de uno de los lados y frente á la ventana enrejada de la tienda nómada, del que caía un fleco formado por sartas de perlas, tan largo que se doblaba sobre la plancha de oro cincelada que servía de base al confidente de los sueños y de los pensamientos de Iberina. Á un lado de este divan-lecho estaba colocado un Atlante, del mejor bronce de Corinto, sosteniendo en sus hercúleos hombros un mundo, roto por violenta sacudida de Pluton y mostrando sus entrañas, que eran los volúmenes que la hija del sábio leía con más frecuencia. Al otro lado una graciosa Hebe, hecha de alabastro lúcido, sostenía en una mano la ánfora del néctar, mientras su diestra ofrecía, en una pequeña bandeja de topacio, una copa ó crátera de esmeralda llena de zumo refrescante de frutas de Hegiaz.—Iberina humedecía en esta copa, de vez en cuando, sus lábios desecados por la contínua evaporacion del pensamiento cuya llama avivaba en un estudio asíduo y sin reposo.

Frente á la puerta de entrada, que ocultaban los paños de la tienda, y entre el divan y la reja, estaba arrimado al muro un magnífico bajo relieve hecho en barro cocido, despojo de un templo

babilónico, que representaba á Belo y á Milita en medio de voluptuoso coro de mujeres desnudas. Este resto inestimable de las artes de la ciudad de Nino y de Semíramis, estaba colocado encima de un grande, pero bellísimo pedazo de mármol blanco, en el que se detenian los ojos prendados del suavísimo cincel de Fidias, que allí habia representado el banquete de los siete sábios de la Grecia. Este mármol era un sillar arrebatado de las ruinas de un templo de Minerva, en cuya parte anterior ostentaba el precioso trabajo del divino discípulo de Hipias; y sostenía, juntamente con el barro babilónico, algunos trozos, prolijamente esculpidos, de los mármoles del palácio de Darío, en Persépolis, devorado por la tea inflamada que contra él dirigió la mano ébria de Alejandro; Fré, y algunos otros idolillos egipcios se veían tambien sobre el mármol pentélico, con una estátua de oro, adornada de cuatro cabezas y muchos brazos, del glorioso Brahma, que tenía á sus piés á Visnú, verbo de su voluntad divina entre los hombres; otra estatuita de Krisna, en cuya boca vió su nodriza, Yacoba, con asombro, todo el mundo...; y entre todo esto aparecía la cabeza enigmática de una esfinje rodeada de varios bustos de sábios y poetas de los más notables de toda la antigüedad. Colgado de la pared, sobre las magníficas telas que forma-

ban la tienda árabe, y detrás de esta aglomeracion de objetos preciosos, destacábase una tabla pintada, donde á la torpeza del dibujo se oponía la brillantez del color. En la parte alta de la tabla aparecía el dios indio, primordial, medio velado por los resplandores de su gloria; debajo, y ocupando el fondo del cuadro, se veía al propagador de sus doctrinas religiosas en el mundo, ó sea el mismo Budda, en la personificación de Sakia-Muni. A la derecha de éste, estaban los quinientos ascetas en actitud de compilar los libros buddísticos, y ocupaban el ángulo izquierdo de la tabla los setecientos venerables que, ciento diez años despues, los redactaron nuevamente.

Cerca de la ventana enrejada, y en un enorme jarron de porcelana china, adornado con brillantes esmaltes que dibujaban sobre el vaso profusion de ramos, frutos y pájaros, crecía una planta indiana de lustrosas hojas y preciosísimas flores, en cuyo seno germinaban delicados y suavísimos aromas.—Un Ramasés de Egipto había recibido este soberbio vaso, como presente régio de un emperador del Celeste Imperio, y despues lo había regalado aquél para que sirviera como de el mejor adorno en el tocador de una de las más bellas princesas faraónicas.

El suelo de aquella maravillosa estancia estaba hecho de una sola malaquita, medio oculta

por una felpa pérsica que semejaba, con pasmosa verdad, los musgos amarillentos y verde esmeralda de los bosques.

El faisan de la techumbre prendía, con su pico, los cordones diamantinos que sostenían una lámpara de ónice, siempre encendida, y que afectaba la forma pintoresca de una flor del Ganjes, de la que caían titilantes, semejando gotas de rocío, gruesos topácios, ópalos, rubíes, granates y otras piezas de inestimable belleza y fulgente trasparencia.

En medio de esta estancia estaba colocada la silla de bambú barnizada, reluciendo como el vídrio, donde se sentaba Iberina á leer su autor favorecido; y á su lado ardían constantemente, en un trípode de oro, las más preciadas resinas de Levante y el mejor ámbar cogido en los mares de la Jónia. Completaban el suntuoso mueblaje de aquella habitacion de huríes, un alto espejo de metal bruñido, colocado al lado izquierdo de la puerta, donde la reina de Cartago había contemplado su funesta belleza en el momento de ir al encuentro del héroe Eneas. Al otro lado, encima de un velador de ágata enriquecido con un esmerado adorno,—muy usado en los monumentos griegos y que llamó despues la atencion de los eruditos verlo igualmente empleado por los artistas indios,—se veía un precio-

so grupo, hecho en porcelana, que representaba á Dusmanta recibiendo de mano de Sacontala, arrodillada á sus piés, la flor que contenía el billete amoroso. En la base de este grupo el artista había grabado las palabras del billete.

XV

La hija de Tameobrigo dedicada exclusivamente al estudio de la ciencia tenía muy presente que la filósofa Aviar, una de las mujeres de Brahma y uno de los siete sábios de Malabar decía: «Uno de los mejores placeres es la lectura;» y obediente á esta máxima no desdeñaba aquellos libros que su padre le recomendaba igualmente, siguiendo el consejo de Confucio que decía á su hijo: «aprende la poesía, pues sinó no sabrás hablar.» Además, como los sábios del orígen de las ciencias no sabían escribir sin la gracia de las Musas (1), Iberina, sin advertirlo siquiera, dejaba los dísticos del código de Manú ó los diálogos versificados del rey Parakiti

(1) Es singular entre todas la literatura sanscrita por el íntimo enlace de la poesía con la ciencia. Muchos de los antiguos libros filosóficos se hallan escritos en verso, sin que por esto padezcan menoscabo ni en la exactitud del análisis ni en su lógico desarrollo. Está escrito en dísticos el código de Manú, y lo está tambien hasta el diccionario de Amhara Sinha.—Cantú. *Historia Universal,* tomo I, libro II.

con el sábio Suka y pasaba sus ojos por los interesantes episodios del *Ramayana* y del *Mahabarata,* ó elegia los dramas del apasionado Bavabuti, del rey Sudraka ó las obras de los siete grandes poetas que produjo el siglo de oro de la literatura india y fueron llamados las siete piedras preciosas de la corte del rey Vikramadita que dió su nombre al siglo.

En estas lecturas encantadoras el corazon de Iberina solía detenerse al llegar á algunas páginas que la venian á decir confusamente que había otras inquietudes muy distintas de las que, hasta entónces habían producido en ella el deseo de alcanzar una verdad abstracta, y otros goces más apetecidos para el alma de una mujer, cuyo corazon comienza á entreabrirse al magnetismo de las calladas pasiones, que el de la posesion de un ideal buscado por los áridos senderos que conducen á una altura raras veces alcanzada ó nunca en absoluto conseguida. La ciencia llegó á causarle enojos y sus lecturas predilectas fueron aquellos libros que la hablaban un lenguaje enigmático para ella, pero, por lo mismo, más adecuados á su naturaleza floreciente de vida y de pasion. Kalidasa, la joya de más precio entre las siete que adornaron la corte del afortunado rey Vikramadita, fué su entretenimiento preferido.

Tameobrigo observó con sobresalto los efectos del veneno en la exaltacion que producía en su hija, y proscribióla estas lecturas. Mas, la hija del sábio, notó que la prohibicion aumentaba sus deseos de empaparse en el aroma que brotaba del jardin de los poetas, y buscaba con afan las rosas de su agrado, burlando los cuidados y previsiones, ya tardías, del anciano.

XVI

Un dia leía Iberina con arrobamiento este pasaje de un drama del rey Vikrama donde la ninfa *Urvasi,* «el más bello ornamento del cielo,» dice al rey *Pururaba* por medio de un billete:

«Igual llama, aunque oculta y misteriosa, »abrasa dos corazones. El puro y fresco aliento »que riza las nubecillas y juguetea entre mis »cabellos en las grutas celestiales, no me es ya »suave, ni me da vida ni salud: el vientecillo »más dulce y fragante es para mí soplo de muer»te. Las flores se secan bajo mis pasos y mueren, »como mi alma consumida de amor, como mi ce»leste y delicada forma, destruida por el fuego »amoroso.»

Iberina sintió caérsele el libro de sus manos

dejándose arrebatar por un repentino vuelo de la imaginacion, y con los ojos elevados al cielo buscaba la traduccion de un enigma, mientras sus lábios murmuraban:

—Amor... amor...

Su hermosa cabeza se inclinó sobre el pecho, su seno se levantaba y se deprimia al choque de un oleaje impetuoso, y de su pecho exhaló hondo suspiro, como el que desfallece, sin conseguir, despues de ruda lucha, el fin propuesto.

De pronto irguió los ojos, y tropezando sus miradas con el grupo de Dusmanta y Sacontala, una conmocion rápida extremeció su cuerpo, cual si entre su corazon y los personajes del drama indio se hubiese establecido una corriente eléctrica. Luego leyó los versos que estaban grabados en la base de la escultura; pero leyólos con el pensamiento. Sacontala decía en su billete al amado de su alma: «Yo no conozco tu corazon; acaso esté exento de piedad: el mio se abrasa noche y dia de amor»...

Iberina no concluyó de leer y con la mirada vagorosa repitió:

—Amor... amor... ¿qué es amor?

Y sin darse cuenta de lo que hacía, sin obedecer á ningun deseo ni propósito, su mano buscó alguna cosa, y se detuvo en un volúmen, cuyas pastas eran de sándalo, minuciosamente

trabajadas por uno de esos artistas que la India produjo y nosotros admiramos en las maravillas que nos dejaron en el marfil osificadas. Abriólo con indolencia la hija de Tameobrigo, y su mirada se detuvo.

«Nalo, rey de Nisa,—comenzó á leer en el sumario de un canto,—se enamora de Damianti, hija de Bima, rey de Vidarba, por la fama de su belleza. Un cisne con alas de oro se le ofrece por mensajero de amor.»

Iberina se detuvo de nuevo para preguntarse á sí misma:

—¿Qué es, qué es amor?...

Y comenzó á leer el canto.

«Los pájaros alzan el vuelo de alegría»...

En este momento entró una golondrina por la reja, trazó con sus alas un rápido surco en la azulada atmósfera del májico aposento, murmuró un confuso sonido, detuvo sus piececitos en el borde de la copa de esmeralda y allí, columpiándose y moviendo la graciosa cabecita, seguía arrullando sordamente, y diciendo con el pico cosas que embelesaban el inquieto corazon de la hermosa solitaria. Por fin miró á Iberina con su ojo brillante, hundió el piquito en el zumo refrescante que contenía la copa y, levantando el vuelo, huyó de nuevo por la reja.

La hija de Tameobrigo, como le habian en-

señado tambien á leer en el vuelo de las aves, dejó el libro y se acercó á la ventana.

En aquel momento se oyó una deliciosa voz que cantaba acompañándose de los sones armoniosos de una arpa.

Iberina exclamó:

—¡Oh Damianti! ¡Oh Sacontala! comprendo vuestro dolor. ¡Yo amo! Tambien se abrasa de amor mi corazon y, como el vuestro, se siente consumido por ese fuego que hace tiempo llevo dentro de mi pecho. ¿Pero como explicar el que así de improviso haya venido á mi alma este afan desconocido? ¡Ah! quizá las plantas y el humano corazon obedecen á una misma ley...

XVII

La golondrina, como el cisne de Nalo, había venido á traer, á la hija del sábio, el mensaje por esta misteriosamente esperado; y el que así confiaba los secretos de su pecho á las aves del cielo era el trovador del conde Unaldo que, al ver aparecer á Iberina en la alta reja de la torre, dió al viento aquellos acéntos en que vibraba la pasion y palpitaban súplicas, ruegos y suspiros de un pecho tan conmovido y anheloso que, la

hija del astrólogo, obedeciendo á la fascinacion en que se encontró sujeta, quiso meter la mano dentro del pecho para enviarle una entraña que pugnaba por marcharse; y arrancando el broche, que era una alondra de oro con plumaje de finísimas piedras, con que sujetaba los ricos cendales que velaban su casto seno, se la arrojó al trovador.—Una ave contestaba á otra ave: aquélla había venido del cielo; ésta partía de un paraíso.

Vasco, el trovador, recogió la joya, y con los ojos clavados en la reja la oprimió sobre su pecho; luego arrancó el cintillo de su gorra de terciopelo negro y con la alondra de oro sujetó á ella la blanca pluma que ondeaba en su cabeza.

El arpa de Vasco siguió oyéndose debajo de la reja todas las noches cuando la luna comenzaba á descender hácia Occidente.

Los poetas que ántes leía Iberina con instintivo placer fueron luego el alimento requerido por su espíritu inflamado y para su corazon como la fresca fuente en medio de las abrasadas arenas del desierto que la sedienta caravana encuentra en su marcha sin camino á través de las removidas llanuras del continente africano. Las flores de eterno perfume y lozanía que aquellos sublimes hijos del cielo le ofrecían, eran aspirados, por la hija del sábio, con ánsia tan febril

que, alguna vez delante de su padre, en la abstraccion del pensamiento que la dominaba, había comenzado á recitar con inspirado acénto los versos que más armonizaban con la pasion que crecía, formando torbellinos de deseos vehementes, en su pecho atribulado, por los delirios de la mente. Pero la mirada severa del anciano apagaba de súbito aquellas llamaradas imprudentes en los lábios de su hija, como apaga la sañuda ola del Océano la voz de fuego del titan de los abismos.

El trovador cesó de oirse.

Iberina pasó las noches en sueños angustiosos llenos de zozobra y de inquietudes, y los dias eran siglos en que las furias la cojian para sujetarla, implacables, á los crueles suplicios del que dudando espera la dicha de ver llegar al bien que tarda. Por mas que había tenido el cuidado de colocar en la parte exterior de la reja la copa de esmeralda, la golondrina no volvía á hundir en ella el sediento pico, ni á decirla, como el cisne del rey Nalo á Damianti, que su amado la esperaba al pié de la torre para verla y en sus amorosos brazos recibirla palpitante de alegría. Cada vez que levantaba los ojos de aquellos libros, que eran sus inspirados confidentes, para interrogar á los cielos por la amiga misteriosa que viniera á traerle una cita

del trovador del conde Unaldo hendiendo los vientos con sus alas, se estremecía viendo el espácio desierto, y con el alma sumida en hondísima melancolía tornaba á sumerjirse en el fuego sagrado del génio que la hablaba, en una lengua divina, de aquello que su pecho estaba ansioso por conocer, su oido impaciente por escuchar y su lábio abrasado con el deseo vehemente de beber.

XVIII

Una noche leía á Kalidasa con el arrobamiento del que soñando en los tesoros guardados por los grifos, encuentra las palabras misteriosas para llegar al seno de la tierra burlando la vigilancia de aquellos terribles guardianes del camino codiciado.

La luna levantó su disco esparciendo misterios y creando fantasmas en los bosques, en la negra montaña y en la sombría llanura, al mismo tiempo que hacía sonreir los espíritus del aire, que hablaban muy quedito en la mansa corriente del arroyo y en el manantial que brotaba al pié del sáuce, bajo la dura mole de la peña y entre los olmos y los álamos.

Un rayo de la dulce amiga de los corazones

apenados entró discretamente por la reja, besó el lábio ardiente de Iberina, y se retiró huyendo detrás de una nube cual si de tanta belleza, tambien enamorada, temiese un reproche por su robo sigiloso.

Iberina levantó la frente.

El arpa del trovador suspiró al mismo tiempo en la brisa: luego, un canto de extremada melancolía subió hasta la reja en alas del viento, que parecía condolerse de la tristeza que revelaba, y llevándolo á los écos que escondidos le escuchaban parecía que despertaban llorosos repitiendo el canto del trovador.

Iberina se levantó de la silla de bambú, que relucía como el vídrio, y de pié, en medio de la estancia, escuchaba sin respirar y sin hacer un solo movimiento como si un conjuro irresistible la hubiese petrificado en aquel punto. Se sentía atraída...: su alma habia volado ya.

—¡Oh alma mia!...—exclamó; y obedeciendo á la fuerza que luchaba en su interior para vencer las dificultades casi imposibles que la encarcelaban en la torre habló de esta suerte:

—Mas ¿cómo ir?... Él me habla en los rayos de la luna, las ligeras golondrinas me traen el mensaje adorado de su amor...

Quedóse abismada de nuevo en un piélago de encontrados pensamientos, y despues de largos

instantes de silencio, su corazon habló por medio de sus lábios automáticos:

—Las hadas cruzan el espácio... (me lo ha dicho mi padre); flotan sobre la corriente de los rios, y su pié cruza, sin hacerle temblar siquiera, el cristal incoherente de los lagos, como las ligeras brumas de la mañana que despierta la Aurora adormecidas sobre su quieta superficie... Tambien se deslizan invisibles por las rejas de las torres... (él me lo dijo tambien) y de igual manera vuelven á entrar por los agujeros del rastrillo... ¡Si yo poseyera el secreto de mi padre!...

Y su mano, obedeciendo á aquel magnetismo de la idea, se levantó muy alta como si fuera á pronunciar el conjuro de las hadas.

La cancion del trovador vertía en aquel momento, en torrentes de inspiracion, el centelleo de un alma que se abrasaba en la pasion más vehemente y ardía en una llama de arrebatador idealismo: era locura, era delirio, era el frenesí de una mente devastada por los violentos raptos del corazon. El arpa y la voz del trovador se confundían, se igualaban: parecían sonidos de una misma nota, acéntos de una misma voz: ora gemían cual si herido gimiera el mismo corazon, ora lloraban como si las lágrimas cayeran resonando pesadumbres de los ojos del cantor, ora lanzaban suspiros que venían quejumbrosos y

suplicantes á decir desfallecidos al oido de Iberina «Ven, que muero.»

La hija de Tameobrigo sintió algo extraño dentro de su pecho; su frente ardía; y los latidos de su corazon eran tan violentos que le causaban dolor.—La luna libre en aquel instante de las nubes, alumbró de lleno la figura de Iberina, llevó la imájen de esta al espejo de metal bruñido que la devolvió á los ojos de la hija del astrólogo. Iberina vió aparecer repentinamente la vision con el brazo levantado; y creyendo que una hada venía en su auxilio, y le ordenaba que marchase, con la rapidez del pensamiento descolgó la lámpara de oro que sujetaba el ave del paraíso con su pico, las piedras preciosas agitadas lanzaron mil destellos que ella tomó por una mirada de la hada y, despues de colocar la lámpara en la piedra de la reja, bajó volando las estrechas escaleras de la torre, corrió el cerrojo de la puerta, y salió á la llanura.

XIX

Vasco, al ver aparecer á su amada, soltó el arpa de sus trémulas manos y cayó de rodillas á las plantas de Iberina.

—¡Ay! yo hubiera muerto sin verte—exclamó con conmovida voz.

—Ahora comienza para mí la vida—contestó la hija del sábio.

—Tuve celos de las aves que anidan en lo alto de la torre—dijo Vasco—y hubiera querido que la luna se apagase para siempre, porque sus rayos alcanzaban á tus lábios y te besaban...

—Eres ingrato, amado mio! Esas aves y esa luna me llevaban tu amor y tus caricias.

.....

.....

.....

.....

Las horas de la noche se pararon encantadas de aquel diálogo de amor que nádie escuchó más que ellas.—Se oyó el canto de un gallo y Vasco desprendiéndose de los brazos de Iberina dijo:

—Ya viene el dia...—El conde Unaldo, mi señor, parte mañana para el Cryssus: el rey le llama con urgencia. Dicen que el trono de Rodrigo está en peligro de volcarse...—Es esta la vez primera que te estrecho entre mis brazos; dime tu, amor mio ¿será tambien la última?

Iberina se quedó pensativa; y oprimiendo luego al trovador sobre su seno le dijo sorbiendo el aliento de su amado:

—Hay una flor en la india á la que solo los

ardientes besos aseguran que su amor está presente... (1)

—Y ¿cómo vive en su ausencia?—preguntó Vasco.

—Sufre y se marchita...—contestó Iberina con preocupacion.

¿Y si la muerte le roba su amor y no vuelve? añadió Vasco.

—Muere tambien,—dijo Iberina extremeciéndose.

—La muerte!—pronunció Vasco con terror.

—Sus hojas secas—siguió hablando Iberina —son arrastradas por las aguas, y la corriente las lleva suspendidas en sus brazos á la superfície de los lagos, donde esperan que, alguna vez, el alma de su amado venga á hacerlas reverdecer con sus caricias.

—Y ¿cómo viene?—preguntó el trovador con ansiedad.

—Toma la forma de alguna ave—contestó Iberina;—y el bengalí del Ganjes suele detener sobre ella su ala reluciente para apagar en la fresca onda la sed que le atormenta.

—¡Ah! Si yo muero—exclamó Vasco—y mi espíritu se siente por la sed acometido ¿sabes tú si encontrará esa hoja seca de la preciosa flor

(1) Del drama indio *Mrichacati* del rey Sudraka.

donde posarse para beber en la onda fresca del lago?

—¡Amor mio!—contestó Iberina—El loto es ménos sensible que mi corazon. Yo presentiré tu vuelta desde muy léjos: haré que mi padre interrogue aquella estrella que parece complacerse en nuestra dicha presente, luciendo con tan vívidos destellos, y él satisfará mis ánsias sin saberlo.

—La estrella le dirá—dijo Vasco, con el temor que todos sienten de perder una dicha al acabar de conseguirla—¿si el bengalí de la India vendrá al lago donde flote la hoja de la flor?

—Tus ojos son hermosos, amor mio,—suspiró Iberina.—El ave que yo esperaré impaciente vendrá á esconder su cabecita adorada en mi seno, donde escuchará el rumor de las olas que en él levantan las miradas de tus ojos; porque tus ojos son muy hermosos, amor mio.

El trovador del conde Unaldo rodeó la cabeza de la hija del astrólogo con sus brazos, la oprimió con delirio sobre el corazon, imprimió luego un beso en la estrechísima línea que separaba en opulentas trenzas los hermosos cabellos de su amada y, separándose repentinamente, huyó. Así que estuvo á alguna distancia se detuvo y volviéndose hácia Iberina le gritó:

—El ave del Ganjes volverá.

—La flor del loto—contestóle Iberina—ya lozana, ya muerta, esperará al bengalí de la India eternamente.

La rutilante diadema de la Aurora comenzó á elevarse por Oriente: las primeras brisas del alba gimieron en los cardos y en los floridos retamales de la llanura; los pájaros entonaron un himno al nuevo dia y el sol apareció.

XX

El trovador del conde Unaldo, acababa de ver nuevamente la hermosa flor del loto; pero una desgracia le amenazaba en su presencia.

Tameobrigo yacía tendido al pié de la torre solitaria próximo á exhalar el último aliento de la vida, mientras Iberina permanecía á su lado bañándolo con el llanto que corría de sus ojos. Vasco contemplaba aquel cuadro de dolor, mudo como la estátua de la terrible Fatalidad.

Una vaga resonancia, como el éco de lejano cáuce cuyas aguas clamorean en repentina lucha con la piedra desprendida de la montaña, llenó el bosque. La Naturaleza parecía que hablaba sosteniendo un confuso diálogo consigo misma ante un peligro inminente para el monte, para el

valle, para el robusto cedro, para la dura roca y para todo lo creado: los pájaros huían y las fieras se ocultaban en sus cavernas.—El rumor aumentaba.

Por la parte del Mediodía una nube de color plomizo había subido hasta cubrir el cielo todo; en su seno rujían el trueno y el granizo, los vientos, las lluvias y los rayos.

Iberina y Vasco se miraron con angustia.

Ésta tocó los ojos de Tameobrigo con sus lábios y los párpados del sábio se levantaron con pesadez: una claridad débil brotó de aquella pupila mortecina.

El rumor que llenaba el bosque crecía, crecía á cada instante.

Un relámpago reventó el seno de la nube, cayó de ella un torrente de agua conjelada; y de las simas de las montañas eleváronse al cielo clamores inmensos.

La hija del astrólogo cruzó los brazos sobre el pecho y con la mirada en el cielo exclamó—¡Dios mio!—No dijo más; pero aquellos ojos hermosísimos seguían implorando la proteccion del sordo cielo.

El rumor se convirtió en estrépito formidable: se distinguía el galopar de los caballos, el sonido agudo de los clarines, el choque de las armas de batalla con los broqueles y corazas,

los juramentos y blasfemias de los guerreros, las voces de mando y el relinchar de los corceles.

Tameobrigo abrió los ojos y de ellos brotó una luz como un relámpago. Luego habló con suma lentitud:

—Tarik... rayo vengador... El rumor que producen tus falanjes se acerca... crece...: ¡helo ahí!... El suelo se extremece bajo la planta de tus indómitos caballos...: son..., son los corceles de Ukrania... veloces... más... más veloces... que el viento... Los conozco... sí... bien los veo... en mi memoria: en aquellas regiones abrasadas, la vida es un vértigo... un vértigo... una vehemencia... un afan, ó la desolacion de la muerte. Los desiertos se mueven... ¡Ah!... ¡La pátria muere!

Tameobrigo volvió á cerrar los ojos y quedó como sumido en la inmovilidad de la muerte por algun tiempo; más repentinamente se reanimó y dijo:

—¡Ah!... ¡no! La Pátria no muere... ¡es inmortal! Que ciña mi frente una corona de esa yedra... Entremos ámbos en la region divina... Yo... resucitaré allá... Ella... resucitará aquí... Cantadme el himno de la inmortalidad.

Iberina cortó algunos ramos de yedra, tejió con ellos una corona, y luego la ciñó á las sienes del anciano.

Vasco, el trovador del conde Unaldo, cojió el arpa.

La nube que se retorcía como un mónstruo bajo la maza de un Hércules contuvo su furor; el viento se aplacó, y el arpa del trovador vibró con el acénto que del pecho de Vasco subió derecho hasta la region de los héroes.

XXI

Su canto fué así:

Desde aquí veo las cumbres de Lusitania irguiendo su frente hasta las nubes: son el pedestal del héroe.

Mi vista no alcanza hasta el ara santa del Medulio, porque esos cerros, cubiertos de bosques como la melena del leon que vive en el desierto, se interponen. Pero oigo á Solma (1), el génio de mi Pátria, que bate sus alas celestiales y desde la cima del Medulio remonta el vuelo á las alturas.

La sombra de Viriato, como el cedro de la

(1) «*Séola*, tel était le doux nom de l'ame chez les peuples de race gothique ou scandinave.»—Saintine: *Mythologie du Rhin.*

De *Séola* hice *Solma*, por parecerme más armonioso en nuestro idioma.

montaña, se levanta sobre aquellas cumbres que veo desde aquí: apenas distingo su cabeza: los resplandores de la gloria me impiden fijar en él mis ojos...

Mira á Solma con amor...

Á Solma, que en la cima del Medulio resplandece como un sol. Allí, detrás de aquella sierra, sus reflejos inmortales forman como una aurora: mis ojos no resisten...

Solma es muy hermosa.

El amor levanta olas en el pecho de Viriato, como la luna, cuando aparece en la cima de los montes, en los tempestuosos mares de Brigantium.

Solma es grande: el héroe es digno de ella.

En otro tiempo, compañero de los ciervos, con su lanza victoriosa y con su esposa sentada á la grupa de su caballo de guerra, recorría los montes que su valor había adornado con las insignias del pretor Unimano. Su esposa le adoraba como las aguas de la laguna de la Limia adoran los olmos á quienes le dan su sávia y de ellos reciben placenteras sombras. Pero sus guerreros le miraban como á un dios que repartía recompensas á los buenos y fulminaba rayos destructores contra las legiones del enemigo de la pátria. Despues de la batalla, su corazon siempre clemente, perdonaba á los vencidos y

repartía el botin entero á sus soldados. Era valiente entre los valientes y todos le temían. Era bueno entre los buenos y todos le amaban. Entre los más grandes era grande y le miraban todos con respeto.

El águila no se lanza con tanta rapidez sobre su presa como Viriato cuando se precipitaba, desde la cima del monte escabroso, sobre las lejiones romanas que huían, como tímidos corderos al ver aparecer el oso que habita las asperezas de los cerros. En Tarteso no hubo quien pudiera llevar al cuestor la noticia de la derrota de los belos y los tibios, sus aliados, porque allí había brillado «como funesto metéoro» la espada de Viriato. Tríbola le vió aplastar, con su escudo, al pretor Vitelio y al pretor Plencio con centenares de enemigos, cual pino gigantesco desgajado por el huracan sobre un campo de menudo trigo... Roma era señora del mundo...: Viriato venció á Roma: y el cónsul Serviliano aceptó la paz que la mano magnánima de Viriato le ofreció, cuando tenia al romano acorralado en las gargantas sin salida de Eresina.

Roma era dueña del mundo: Viriato venció á Roma...

Por eso la perfidia y la traicion clavaron en su pecho el puñal del asesino...

Mas hele allí... ¡No ha muerto, no!

Yo le veo, como el cedro de robusto cuerpo que desafía las tormentas en lo alto de la montaña, erguido sobre las cumbres de Lusitania que esconden su frente en las nubes del cielo; aunque no pueden mirarle mis ojos porque su frente está ceñida con la gloriosa corona de la inmortalidad.

¡Ah! sus ojos lanzan rayos cual si le animara todavía el ardor de la pelea.

Mira á Solma con amor.

A Solma, el alma de mi Pátria, que sobre la cumbre del Medulio resplandece como un sol.

Solma es hermosa, Solma es grande: su hermosura y su grandeza no tienen igual.

Pero el héroe es digno de ella, porque ámbos viven en la inmortalidad...

XXII

Vibraban áun las cuerdas del arpa cuando apareció de súbito un grupo de ginetes, cuyos largos mantos de tela blanca, encarnada y de otros cien colores, flotaban al viento en el ímpetu de la carrera que aquellos llevaban. Uno de ellos se acercó á Vasco y levantando el brazo le arrojó un dardo que fué á clavarse en el pecho

del trovador. Vasco cayó. El árabe descendió con rapidez de su corcel y cuando iba, con los brazos abiertos á precipitarse sobre Iberina, ésta arrancó el hierro de la herida de su amante y lo hundió en su seno.

.....

El trovador no había muerto.

Al golpe del acero había rodado sin sentido sobre el suelo, y vuelto luego del aturdimiento sus lábios besaron los frios lábios del cadáver de la hija de Tameobrigo.

.....

XXIII

Y cuando, ahora, el pastorcillo de Prado olvida su rebaño, que trisca descuidado en la llanura, y viene á sentarse con su amada sobre la pequeña colina, revestida de serpol, margaritas y tomillos, que el trovador del conde Unaldo levantó encima del cuerpo adorado de Iberina, y el ave de largas alas abate el vuelo sobre la peña que domina el alto risco lanzando un agudo grito, y los pinos sacudidos por el vendabal zumban como cuerdas sonoras heridas por el viento, entónces sus pechos se oprimen entre sus

brazos amantes y la pastorcita murmura al oido de su amado:

—¡Ay! ¡Ella amaba... y se ha muerto!...

Y el pastorcillo le responde:

—¡Ah! Pero él amaba tambien... y el arpa del trovador gime desde entónces sin consuelo...

Cortegada Setiembre de 1879.

ÍNDICE.

ÍNDICE.

LEYENDAS.

Páginas.

Dedicatoria.
Prólogo.
Flámen..... 1
Dedicatoria.
Gundifredo de Pallares..... 27
Dedicatoria.
La Niebla..... 201

LAS LEYENDAS DEL CONDE.

Dedicatoria.
Énide 261
Iberina 319

Obras del mismo autor dispuestas para la publicacion.

EL MUNDO RURAL, 1.ª y 2.ª série.—Cuadros, perspectivas y horizontes gallegos, dos tomos.

TINTA Y PAPEL, un tomo.

PQ
6627
.J4
C4

Whitehill
IMS

Ojea, Jose.
Celticos :

DOMINICAN INSTITUTE
OF MEDIEVAL STUDIES
[illegible]
TORONTO 5, CANADA